

Hay algo muy extraño en el pequeño pueblo de Greyfalls.

Bueno, realmente no es *algo*, sino *alguien*. *Algunos*, mejor dicho. Los Witton. Mi padre se refería a ellos como «raritos», pero no de una buena manera. Yo no creía que fueran raros, solo discretos y tranquilos. Vivían al otro lado del pueblo, en una enorme granja ecológica y, que yo sepa, jamás habían molestado a nadie de la comunidad. Al contrario, traían mucho dinero al pueblo porque su enorme propiedad daba mucho dinero.

Eran ricos. Muy ricos. Al menos, para los estándares de Greyfalls. Y eso, a veces, hace que la gente te tenga envidia y diga cosas malas de ti.

—Da gracias que traigan aquí sus jodidos coches y camionetas, Parks —le decía Dalton a mi padre. Dalton era el único empleado de Parks Motors, el negocio de mi familia. Nosotros no teníamos una enorme granja, solo un pequeño taller mecánico que siempre olía a aceite de motor y metal; pero eso a mí me gustaba mucho. Me pasaba días enteros allí de niño, viendo a mi padre y a Dalton arreglando coches. Quizá demasiados días y por eso me iba tan mal en la escuela.

—No pasa nada, Willy, a tu viejo tampoco se le daba bien estudiar —decía mi padre mientras me daba un apretón en el hombro, dejando tras de sí una mancha de aceite negro.

Los Parks no éramos los más inteligentes del pueblo, eso sin duda. «Mi viejo», como le gustaba a mi padre referirse a sí mismo, era un hombre simple, con gustos clásicos y una mentalidad un poco chapada a la antigua. También era grande, enorme, con manos callosas y una espesa y tupida barba negra que a mí siempre me había fascinado.

Estaba deseando crecer lo suficiente para dejarme una igual. De niño, incluso usaba el aceite de motor para pintármela en la cara. Eso siempre hacía reír mucho a mi padre y su voz grave llenaba el taller de arriba abajo y de derecha a izquierda, como un trueno.

—Algún día tendrás la barba de tu viejo y su taller, Willy —me decía.

—Y su larga lista de corazones rotos —añadía a veces Dalton con malicia. «Corazones rotos» es la que más recuerdo porque era la que, a esa edad, más o menos entendía. Yo era todavía muy pequeño para comprender cosas como: «y su colección de polvos» o «y su agenda de follamigas».

Esas cosas empecé a entenderlas cuando crecí lo suficiente y dejé de ver a «mi viejo» como al padre perfecto; entonces lo miraba como hacían los demás: como el hombre que era. Ya no le preguntaba sobre las mujeres con las que a veces le veía a través de las cristalerías del bar, o las que a veces le visitaban al taller con malas excusas, o las que a veces salían a escondidas de casa por las mañanas.

Mi padre era un hombre muy atractivo y, aunque había amado a mi madre con locura, llegó el momento de pasar página y continuar adelante.

—Creo que es lo que ella hubiera querido —me dijo una vez en la cocina. Yo ya era mayor, quizá diez u once años, lo suficiente para que mi padre tuviera que explicarme porqué había encontrado a una desconocida duchándose en casa al llegar del colegio —. Tu madre, me refiero... Yo... la quería mucho, Willy, te lo juro. No es que trate de olvidarla con... estas mujeres. Jamás haría algo así —y me lo dijo mirándome fijamente a los ojos, así que supe que no mentía—. Pero la vida continúa y hace mucho tiempo que ella nos dejó. Sé que crees que tu viejo es perfecto, pero no es más que un hombre. Y... también tengo mis necesidades, ¿entiendes?

En ese momento asentí con la cabeza y le dije que no pasaba nada. Que lo entendía. Pero mentí, porque no conocía qué era la soledad, ni tampoco la sensación de ser

querido y amado de aquella forma. Después lo entendería, y es por eso que nunca se lo he echado en cara a mi viejo.

Hubo un momento en el que yo también fui un hombre con necesidades, y le entendí. Recuerdo la primera vez que lo sentí, aquella llamada dentro de mí. Un extraño fuego que me consumía. Una necesidad de algo que yo no sabía que quería.

Y su nombre era Derek. Derek Witton.

Cuando le conocí, tenía quince años, el pelo revuelto, una ridícula pelusa en la cara que me negaba a afeitarme y las manos y el mono de trabajo llenos de grasa de motor. Era un caluroso verano. Estaba en el taller de mi padre, ayudándoles, como hacía siempre, y sudaba y tenía tanto calor que me había quitado la parte de arriba del mono para atar las mangas alrededor de la cintura. No llevaba camiseta interior porque no esperaba que viniera nadie.

Pero vinieron. En un carísimo Cadillac color rojo que gritaba: «somos de la gran ciudad y tenemos dinero». Dalton silbó nada más verlo aparcar delante del taller. Incluso inclinó el cuello a un lado y frunció el ceño, como cuando veía irse a una de las «amigas» de mi viejo.

Mi padre salió del despacho — así es como llamábamos al cuartucho en la esquina donde se apilaban el papeleo y las facturas —, se subió el mono que tenía exactamente anudado como yo y cubrió su pecho grande de rizado pelo negro antes de ir a recibir a los clientes.

Un hombre con ropa limpia y elegante: camisa blanca, pantalones lisos grises y gafas de aviador; salió del coche y nos miró. Era un hombre muy grande, debía serlo para hacer que mi viejo pareciera de una estatura normal a su lado. Mi padre sonrió, el hombre hizo lo mismo y señaló hacia la carretera bordeada de enormes pinos. Mi padre se rio y negó con la cabeza, respondiendo algo rápido antes de llamarle e indicarme el surtidor.

— ... no se preocupe, suele pasar. La gasolinera está muy mal señalizada y no es que vengan muchos turistas a Greyfalls — decía mi padre, cruzándose de brazos y mirando su reflejo en las gafas del visitante.

— Sí, acabamos de llegar — le respondió él. Tono de voz tranquilo, denso y casi tan grave como el de mi padre.

— Oh, ¿se van a quedar aquí? — mi padre sonó sorprendido. Nadie se quedaba en Greyfalls si podía evitarlo.

— Sí, nos vamos a quedar.

Yo en ese momento ya estaba llegando con el bidón de gasolina que teníamos guardado para casos como aquel. No necesité más indicaciones para acercarme al depósito del coche, abrirlo y empezar a llenarlo. El visitante me observó con atención, pero no dejó de responder a mi padre.

— ¿Han comprado una casa? ¿Dónde? ¿Cerca de la mina? Es un sitio precioso — preguntaba mi viejo, quien, a veces, se pasaba de curioso. Los años no habían pasado en valde y había un límite de lo que la televisión por satélite podía entretenerle.

De pronto, oí un extraño gruñido. Cuando levanté la mirada, vi el cristal ahumado del Cadillac, mi reflejo en él y, un poco más arriba, la abertura de la ventanilla por la cual se veían unos ojos. Me asustó un poco, porque creía que el hombre era el único que había llegado; sin embargo, no me moví y no dejé de verter gasolina en el depósito.

— Que bien hueles... ¿a qué hueles? — me dijo una voz desde el interior. Esa del joven de ojos ambarinos y extraños que me observaba desde el interior.

— Amh... — fue toda mi respuesta. No soy un hombre de muchas palabras, nunca lo he sido —. ¿Grasa de motor?

— Sí, pero hay más. Mucho más. Mmh... — era un murmullo, pero que había sonado extrañamente similar al gruñido de un animal —. Qué grande eres... — sí, era bastante

grande para mi edad, pero siendo hijo de quien era, a nadie le sorprendía —. Que ojos más bonitos tienes — añadió después, pasando de mi torso desnudo a mis ojos grises —. Que guapo eres... — ese fue el momento en el que arqueé las cejas. En Greyfalls, los hombres no se decían esas cosas. Bromeaban sobre lo mucho que follabas o lo locas que tenías a las mujeres, pero jamás se llamaban «guapos»; y mucho menos con el tono de voz que él había empleado: puro y visceral deseo contenido —. Ey, ¿cómo te llamas? ¿Dónde vives? ¿Aquí?

— Emh... Sí.

De aquel interior ensombrecido, del que solo parecía brotar una intensa y peligrosa mirada de color ámbar, surgió un rostro en cuanto el joven bajó la ventanilla. Como eso no fue suficiente, terminó por abrir la puerta y sacar una pierna para girarse hacia mí.

— Yo también voy a vivir aquí — me dijo con una sonrisa de colmillos extrañamente grandes —. Me llamo Derek, por cierto.

Entonces lo noté por primera vez. Ya lo había sentido antes, alguna vez, mirando a otros chicos o a alguno de los trabajadores que iban y venían por la carretera de la mina y se paraban en el bar del pueblo. Sin embargo, aquella vez lo *noté* de verdad. De una forma muy intensa. No podía ponerlo en palabras porque ni yo estaba seguro de lo que era, no por entonces, habiendo crecido en una pequeña comunidad tan cerrada.

Pero Derek lo tenía. Su pelo rubio y salvaje, su rostro atractivo, sus ojos vibrantes, su sonrisa pícaro de extraños dientes. La forma en la que te miraba, lo tentador que resultaba el tono de su voz, incluso lo extraño que olía: todo en él me llamaba.

Y por eso todo en él me dio miedo.

Recuerdo que tiré del bidón de gasolina, apreté tan rápido como pude la rosca del depósito y me di la vuelta para escapar al interior del taller sin si quiera mirar atrás.

— ¡Ey! ¡Espera! No me has dicho tu nombre — decía él a mis espaldas, apretando con fuerza la puerta del coche y mirándome con tal intensidad que podía sentir sus ojos en cada centímetro de mi piel, como si me quemaran.

— Derek — dijo su padre, interrumpiendo al mío —. Vuelve al coche.

— Ah, tú también tienes un crío de esta edad — se sorprendió mi viejo —. No pasa nada, chico — dijo, esta vez en dirección a Derek mientras me señalaba con el pulgar —. Willy es un poco tímido.

— Willy... — murmuró el joven demasiado rubio y demasiado guapo y demasiado raro. Dijo mi nombre como si lo paladeara con gusto, como si quisiera engullirlo y tragárselo por completo.

— ¡Derek! — exclamó su padre —. Vuelve al coche...

Yo ya estaba lejos, escondido en el despacho y con las manos en los bolsillos del mono. Tenía el rostro colorado y una sensación pesada en el estómago. Esa noche soñé con él, con sus ojos brillando en la penumbra y su sonrisa.

Cuando me desperté, tenía la entrepierna manchada, sudaba como un cerdo y el corazón me iba a mil por hora en el pecho.

Derek Witton se llamaba, de los Witton de Greyfalls. Su nombre y apellido no tardaron ni dos días en recorrer el pueblo de esquina a esquina. Había llegado con su padre, que también se llamaba Derek Witton, desde la gran ciudad. Ahora iban a vivir con el resto de su gran familia en la granja ecológica; lejos de todos los demás.

Eso estaba bien, me dije, así no tendría que volver a verle nunca.

El primer día de instituto, allí estaba él.

1969

Lo primero que hice cuando volví a verle, fue toser el humo del pitillo que le había robado a mi padre. Tosí varias veces hasta conseguir recuperar la respiración, para cuando eso pasó, él ya estaba frente a mí con su extraña sonrisa de extraños colmillos.

—¡Hola, Willy! —me saludó en un tono demasiado alto y, quizá, demasiado agudo.

A mí a veces también me pasaba, la pubertad no era divertida. Sin embargo, él perdió la sonrisa, frunció el ceño y cerró un momento los ojos con expresión de estar autoflagelándose por aquello.

—Hola, Willy —repitió, esta vez con voz normal—. Es un placer volver a verte. Ha pasado un tiempo, ¿eh?

—Sí —respondí. Solo había pasado un mes, pero supongo que para un chico de quince años de la gran ciudad, eso era mucho.

—He estado en la granja, asentándome con mi familia y esas cosas, así que no he podido bajar mucho al pueblo. Pero ahora estudio aquí, como tú. Podemos ser amigos

—concluyó tras aquella rápida sucesión de palabras.

—Sí —repetí, porque no supe qué más decir.

Yo de aquella ya era un chico extraño y no tenía muchos amigos. Cada mes me hacía más alto y cada mes me hacía más grande debido al trabajo del taller. Era como un gigante con cara de tonto que apenas hablaba. Sabía que en el instituto se reían a mis espaldas, pero también sabía que en el fondo me tenían miedo. Mi viejo ya me lo había advertido: «los Parks somos hombres grandes, Willy. Hombres grandes, guapos y fuertes. Ahora pensarás que es una mierda, pero cuando crezcas... bueno, cuando crezcas entenderás porque tu viejo es un rompecorazones», y me guiñó un ojo.

—Mi padre no quería que viniera, decía que no lo necesitaba, que estaba bien en la granja y que él y mi madre podrían enseñarme mejor que aquí; pero yo me negué —continuó contándome Derek, aunque yo no le hubiera preguntado al respecto—. Les dije: ey, otros chicos de la granja estudian aquí, es bueno, ¿sabes? Mezclarse con los human... con los del pueblo y no parecer algún tipo de secta rara que vive apartada de todos mientras planta tomates ecológicos —y sonrió.

—Ya.

Sí, era verdad que otros jóvenes de la familia Witton estudiaban en el instituto, y eran muy agradables y nunca se metían en problemas, pero eso no significaba que no se quedaran apartados del resto de estudiantes. En parte porque la gente era estúpida, y en parte porque ellos no hacían mucho por integrarse realmente.

—Vamos a las mismas clases. Tenemos la misma edad, no sé si lo sabías. Normalmente parezco mayor de lo que soy, porque en mi familia crecemos mucho y muy rápido; y cuando te vi temí que tú también fueras mayor, porque eres tan grande... —y entonces su voz se quebró en un gruñido bajo y denso mientras me miraba fijamente con aquellos ojos de oro líquido. Un color que no creía que fuera siquiera posible—. Así que fumas —añadió, parpadeando, echando una rapidísima ojeada al pitillo que se consumía entre mis dedos—. ¿Lo haces mucho? Espero que no, hueles demasiado bien para estropearlo con tabaco.

—No, solo de vez en cuando.

No quería parecer un completo idiota, quedándome allí parado y sin apenas hablar; pero Derek era un torbellino, pura electricidad y energía desbordándose por todas partes. Era en parte confuso y en parte amocionante.

—Bien —sonrió, mostrando un poco más de aquellos dientes blancos de colmillos desproporcionados—. Podrías enseñarme el instituto, Willy, ¿qué te parece? Antes iba a uno que era como en triple de grande que este, así que supongo que no tardaré mucho en conocerlo y adaptarme, pero me vendría bien tu ayuda...

Y así empezó el nuevo curso, con un Derek que parecía beberse dos litros de café cada mañana y que no se separaba de mí ni un segundo. Incluso cuando veía a sus familiares por el pasillo o en el comedor, tan solo les dedicaba un asentimiento o un par de palabras antes de volver hacia mí. Íbamos juntos a todas las clases, comíamos juntos, hacíamos los trabajos juntos, entrenábamos al rugby juntos e, incluso, íbamos al baño juntos. Una de las experiencias más extrañas de mi vida había sido intentar mear mientras Derek estaba a mi lado, fingiendo hacer lo mismo, aunque no paraba de mirarme.

—Eres muy callado, Willy —me dijo tras el primer mes—. Creía que eras tímido, pero ahora creo que simplemente no te gusta mucho hablar.

—No, no hablo mucho.

—Eso está bien, no me importa. Quizá yo hablo demasiado. No lo sé, ¿te parece que hablo demasiado?

Me encogí de hombros. Sí hablaba demasiado, pero no era algo que me molestara ya. Derek tenía una especie de magnetismo que atraía a la gente hacia él. Era su humor vibrante y vivo, su sonrisa fácil, sus ojos brillantes, su increíble atractivo y ese olor que siempre le acompañaba. Tan raro y tan fascinante a partes iguales. No tardó ni medio año en convertirse en «el chico»; y, desde entonces, siempre mantuvo ese título, al menos, hasta la graduación.

Pero me estoy adelantando.

Por entonces, habíamos cumplido los dieciséis y Derek había empezado a acercarse mucho a mí. Todo empezó a mediados de curso, con roces inocentes y contacto superfluo: un contacto de nuestras piernas bajo la mesa del comedor o una palmada amistosa en mi espalda. Nada importante.

Después, hacia el final del curso, ya se inclinaba sobre mí para explicarme un problema que no entendía, pegando parte de su cuerpo al mío mientras me hablaba cerca del oído. A veces me rodeaba los hombros mientras caminábamos por el pasillo o se sentaba a mi lado en el mismo banco del comedor, acercándose todo lo posible, como si el asiento estuviera abarrotado, aunque allí solo estábamos nosotros.

Empezaba a ser raro, pero, a esas alturas, ya nos habíamos convertido en buenos amigos y tampoco llamaba mucho la atención de los demás. Sí, a Derek parecía gustarle mucho el contacto físico, pero no era algo que a mí me molestara en absoluto. No con él, al menos.

Quienes no parecían tan contentos con todo aquello eran sus familiares. De la noche a la mañana empecé a sentir sus miradas a lo lejos, sus expresiones de rostros serios y ceños ligeramente fruncidos. Derek nunca hablaba de su familia ni de la granja, solo algún comentario suelto y sin importancia, prefiriendo escuchar todo lo que yo pudiera decirle de mi vida.

¿Y trabajas siempre en el taller? ¿Y cuál es tu comida favorita? ¿Y donde vives? ¿Y qué haces para entretenerte? ¿Y qué más deportes te gustan además del rugby? ¿Y cuál es tu película favorita? ¿Y siempre has vivido aquí? ¿Y tienes más amigos que yo? ¿Y te gusta esa chica?, tú le gustas mucho. Puedo olerlo cada vez que pasa por tu lado. ¿Y qué me dices de esa otra? También le gustas. Parece que les cuesta entender las indirectas...

Yo siempre respondía, de alguna forma, pero a veces no entendía la verdadera intención de Derek con todo aquello. Aunque mi constante calma y mi falta de palabras me hiciera parecer simplón y, a veces, incluso tonto; yo no era imbécil. Derek me trataba de una forma muy especial y se ponía algo celoso cuando hablaba con otras personas, por muy ridícula y breve que fuera la conversación. Él no tenía problemas en bromear con las chicas, cegarlas con su atractivo y su preciosa sonrisa e incluso hacer algún comentario subido de tono; pero siempre volvía junto a mí y me decía algo como:

—Ya conoces el encanto de los Witton, Willy, a veces no puedo evitar dejarme querer un poco, ¡pero nunca haría nada! Te lo juro. Son solo bromas, de verdad... Bueno, lo que acabo de decir de que tengo la polla bastante gorda, no era broma... —sonrisa pícaro, guiño de ojos y leve apretón en el hombro que me rodeaba con el brazo.

No, yo no estaba ciego. Podía sentir esa electricidad que nos rodeaba constantemente y me hacía cosquillar la piel. Era un sentimiento extraño y confuso, porque Derek era mi amigo —mi mejor amigo al llegar el verano—, y a él le encantaba jugar con aquella frontera entre la broma y el erotismo. Con la fina línea entre la confianza y la intimidad. Con el confuso límite entre dónde terminaba la amistad y empezaba... algo más.

—Tengo que irme unos días con mi padre, pero vendré lo antes posible, no te preocupes. Yo siempre volveré contigo.

—Sarah ya te ha tocado «por accidente» más de cuatro veces, quizá debería recordarle que eres mío. Joder, es que es difícil que lo entiendan si no puedo... bueno, da igual.

—Uff... Will, te juro que un día en gimnasia no voy a poder controlarme. Cuando sudas hueles incluso mejor...

—Oye, Willy, eso de la fiesta en la piscina de Paul Mills... No vas a ir, ¿verdad? Yo no puedo ir, mi padre es un gilipollas y me lo ha prohibido. Dice que todavía soy joven y que podría descontrolarme... Pero si tú vas, tengo que ir. No pienso dejarte solo y en bañador... Oh, ni de puta broma. Así que preferiría que no fueras y me obligaras a seguirte.

—Sabes, no quiero que te asustes, pero a veces pienso que si te pudiera encerrar en mi habitación para que no hablaras con nadie y solo yo pudiera mirarte y estar contigo; lo haría. ¿Es eso raro o es que yo soy muy celoso? Mi madre dice que los... Wiltton somos muy celosos y posesivos con nuestros... con nuestras cosas; pero nunca me había pasado antes.

—Odio que no tengas teléfono, ¿cómo no tienes teléfono, Will? En serio, me pone de los nervios tener que esperar hasta el día siguiente para volver a hablar contigo. Dile a tu padre que te compre un puto teléfono, lo necesitas. Menos revistas de mecánica y más entrar en el siglo XX, ¿de acuerdo?

—¿Qué vamos a hacer este verano? No irás a trabajar en el taller todo el día, ¿verdad? ¡¿Verdad?! ¡No, Will... no me hagas eso! Tenemos que estar juntos, es lo que hacen los... los mejores amigos.

Era la clase de cosas que me decía, a las que yo respondía:

—Claro, Dek.

Aquel primer verano tras su llegada, el verano de los dieciséis, me lo pasé entre el taller y Derek. Cuando no estaba en uno, estaba con el otro. Recuerdo que hacía calor, que el agua del río estaba fresca, el bosque era verde y el aire del atardecer arrastraba un aroma especial.

También recuerdo que fue una de esas noches claras y tranquilas cuando Derek me besó por primera vez. Fue en el pequeño lago donde siempre íbamos a darnos un baño antes de volver a casa. Derek me dijo que pronto habría luna llena y, cuando miré al cielo estrellado, sentí su cuerpo muy cerca del mío. Al bajar el rostro, me encontré con

un brillo especial en sus ojos dorados. Había algo hambriento en él, algo que se había acumulado durante mucho tiempo y que, ahora, en pleno verano, no pudo contener por más tiempo.

Sin embargo, cuando me rodeó la cadera y acercó su rostro al mío, lo hizo con lentitud, como si quisiera darme tiempo a apartarme y alejarme. Derek no quería robarme un beso, quería dármelo. Y yo no me aparté, porque, como todos en el instituto, estaba hechizado por todo lo que él era.

Nuestro primer beso fue breve, suave y sencillo. A mí me chifló, por supuesto, estaba duro como una piedra bajo el bañador, con el corazón a mil por hora y la respiración acelerada; creía que sus labios eran lo mejor del mundo y que jamás volverían a besarme de esa manera. Pero todavía era un adolescente aturdido y sin ninguna experiencia.

Sí, Derek daba los mejores besos del mundo, de esos que te hacen cerrar los ojos y fruncir el ceño mientras te preguntas cómo es posible derretirte por dentro como mantequilla en la sartén; pero todavía tardaría un poco en conseguir eso.

Por entonces, estaba tan perdido y era tan inexperto como yo.

Tras aquel primer beso nos quedamos un par de segundos mirándonos fijamente, bajo las estrellas. Entonces sonrió y me dio otro, otro más y otro después de ese, siempre pegando sus labios a los míos como si quisiera fundirlos mientras me abrazaba con tanta fuerza que me ahogaba un poco.

Sin decir nada y con las mejillas coloradas, volví a casa sin levantar la mirada del suelo. Había una guerra en mi mente: ¿Yo le gustaba a Dek de esa forma? ¿Y qué significa eso? ¿Ahora somos... algo? ¿Qué somos? Esa era la clase de preguntas que hervían dentro de mí como una caldera, aunque por fuera siguiera siendo ese chico calmado e impasible de siempre.

No a ojos de mi padre, que, nada más verme cruzar la puerta trasera de la cocina, me echó una ojeada y dejó la cerveza en la mesa con un golpe seco, manchando la madera de espuma blanca.

—¡No me jodas! —exclamó, llegando a asustarme. Pero cuando le miré, vi una gran sonrisa en su rostro de barba negra y densa mientras el pitillo a medio fumar le colgaba de los labios—. ¡Mi chico ya es un hombre!

—Papá... —murmuré, porque aquel espectáculo solo me hizo sentirme peor y más nervioso y más avergonzado. Y no sabía si en el buen sentido.

—Espera, Willy, cuéntale a tu viejo qué tal fue. ¿Es una de tus amigas del instituto?

Negué con la cabeza y me escapé lo más rápido que pude, seguido por la risa de mi padre resonando desde la cocina. Él estaba orgulloso de su hijo porque creía que iba a mantener la buena reputación de los Parks como «rompecorazones»; pero yo estaba muy lejos de seguir sus pasos en ese sentido. Principalmente, porque temía que ninguna mujer me haría sentir lo que Derek me hacía sentir.

Aunque, lo cierto fue que, tras aquel beso, me dio un poco de vergüenza volver a verle. A Derek, digo. Huía de él, evitaba sus llamadas al taller o incluso me escondía en casa y le pedía a mi padre que mintiera, absurdo, pero cierto. Fue Derek quien, tras una semana de intentos, apareció de forma inesperada por el taller, rodearme por sorpresa los hombros desnudos con el brazo mientras yo reparaba el viejo Ford de la señor Timber.

—¿Qué pasa, Will? ¿Ya no quieres estar conmigo? —me preguntó cerca del oído.

Giré el rostro sudado y manchado de aceite y miré aquellos ojos de ámbar y oro. Tan cerca, tan increíblemente cerca. El corazón me empezó a latir deprisa y, angustiado, busqué a mi padre y a Dalton por si estaban viendo lo cerca que Derek estaba de mí, o lo fijamente que me miraba, o lo fuerte que me apretaba contra su cuerpo.

—Tu padre y el otro están fumando en la parte trasera —dijo Derek, como si me hubiera leído la mente—. Pero necesito saberlo, Will, ¿ya no quieres estar conmigo? Tenía la boca seca y tardé un poco en encontrar las palabras dentro de mí.

—No, o sea, sí. Lo que quiero decir es que... No, sí quiero estar contigo. Eres mi mejor amigo.

—Entonces, ¿por qué me ignoras y me evitas? ¿Fue por lo que pasó en el lago? Sabía que Derek tenía razón y que ni mi padre ni Dalton estaban allí, pero no pude evitar volver a comprobarlo rápidamente antes de decir en un susurro:

—No, eso me... eso estuvo bien. O sea, sí... —me encogí de hombros—. ¿Querías practicar para cuando salgas con alguna chica?

Él se rio y me miró con un brillo especial en sus ojos ámbar.

—Eres tan raro que hasta eres divertido.

—Ambos sabemos que no soy divertido.

Derek se encogió de hombros y soltó un leve suspiro.

—Yo qué sé, Willy, hay algo fascinante en lo aburrido que eres. Como si nada cambiara...

De aquella, no lo entendí del todo. No pude comprender por qué Derek iba a encontrar fascinante a alguien como yo; pero un tiempo después, me lo volvió a explicar, solo que el mundo era muy diferente y Dek había cambiado tanto que casi ni le reconocía.

—Tú nunca cambias, Will. No importa lo que pase. Aunque el mundo arda en llamas y se derrumbe, sé que volveré a este puto pueblo de mierda y tú seguirás aquí, trabajando en el mismo taller, tomando la misma cerveza, fumando el mismo tabaco y sonriéndome de la misma forma. Eres la muerte, ¿lo entiendes? Amarte es morir, y yo quiero seguir vivo.

Eso fue lo que me dijo.

1970

El segundo beso que nos dimos aquel caluroso verano, fue culpa mía.

Había pasado casi un mes y ambos habíamos fingido que esa noche en el lago no había ocurrido. Derek me seguía tocando con familiaridad, se acercaba con cualquier excusa y me susurraba al oído; pero no me besaba. Tuvo buenas oportunidades para hacerlo, y no lo hizo.

Eso me preocupó. Yo quería aquel segundo beso, y un tercero, y un cuarto. Quería que Derek me mirara fijamente con sus increíbles ojos como la miel y me hiciera sentir especial. Único.

Pero los días pasaban y yo no tenía ni la voluntad ni la fuerza para decir nada al respecto. Como el agua de un río, me dejaba guiar por la corriente a la espera de llegar al mar; por muy lejos que este mar estuviera.

El día que me cansé de esperar, fue cuando miré a Derek con una chica del instituto. Acababa de terminar mi trabajo en el taller y, todavía con grasa bajo las uñas, caminaba distraído en dirección al único bar-restaurante-cafetería de Greyfalls. Tras los enormes ventanales, les vi, compartiendo una *Coca-cola* en enormes vasos con pajitas de colores. El sonreía y ella se reía, tocándose la melena caoba mientras le dedicaba la mirada más coqueta del mundo.

Entonces, sentí un ligero vacío en las entrañas, un frío en mi corazón y un dolor en el alma. No era la primera vez que Derek se dejaba adorar por una de las chicas de nuestro instituto; pero era la primera vez desde que nos habíamos besado. Algo había cambiado con aquel beso. El mundo; o quizá solo yo.

Me detuve al otro lado de la calle y les miré, como si fuera alguna clase de pervertido. Un enorme adolescente de diecisiete años que ya media más de uno ochenta y cinco y que se negaba a afeitarse la barba negra. Ese era yo. Con las manos manchadas de grasa y el pelo revuelto, mirando a una preciosa pareja sacada de uno de los anuncios de las revistas de coches que solía leer.

Entonces Derek giró el rostro, como si hubiera podido sentirme allí, mirándoles fijamente al otro lado de la calle. Con una preciosa y enorme sonrisa, me saludó a través del cristal y me invitó a entrar. No quise hacerlo, pero lo hice, porque mis pies empezaron a caminar por sí mismos. Como un idiota, me quedé de pie frente a la mesa de mi mejor amigo y la preciosa pelirroja con la que tomaba una *Coca-cola* en grandes vasos de cristal con pajita.

—Ey, Willy, te estaba esperando. Mira con quién me he encontrado, ¡con Penny!

—Hola, Penny —la saludé junto un asentimiento.

—Hola, William. ¿Vienes del taller?

Volví a asentir.

—Penny me estaba diciendo que van a poner una película en el aparca-cine de la colina. La Cosa del Pantano... —terminó diciendo, moviendo los dedos en el aire y con tono fantasmagórico. Penny se rio como una tonta—. ¿No sería genial que fuéramos? Creo que podría pedirle el Cadillac a mi padre.

—¡Oh, eso sería genial! —exclamó ella. Penny, la preciosa pelirroja con su limpio vestido y su olor a algodón de azúcar—. ¿Por qué no llamo a Sarah y vamos los cuatro? Derek arqueó las cejas rubias y no dejó de sonreír, pero yo pude ver la duda en sus ojos dorados.

—Yo trabajo mañana.

—Ogh, vaya... —negó él, poniendo una fingida expresión de pena, pero aún así, muy sexy—. Tendremos que dejarlo para otro momento, entonces.

Penny trató de convencerme, de sugerirme que le pidiera a mi padre el día libre, que él entendería que era verano y no todos los días podías «ir con dos chicas en el Cadillac de tu mejor amigo a ver una película». Esas fueron sus palabras.

—Lo intentaré —mentí, porque después no lo hice.

Entonces Penny tuvo que morderse el labio y aguantar sus ganas de gritar. Ella no podía ir sola con Derek. Su padre, al contrario que el mío, se negaría a dejarla «ir con un chico y su Cadillac a ver una película».

Cuando se fue, decepcionada y haciéndonos prometer que otro día iríamos los cuatro juntos, me quedé a solas con Derek.

—¿Quieres ir a ver la película? —le pregunté.

Él terminó de sorber la Coca-Cola, haciendo burbujear el fondo del vaso.

—Sí, no creo que dé miedo, pero puede ser divertido.

Asentí. Esa noche, en el asiento delantero de su Cadillac, le volví a besar mientras en la pantalla en blanco y negro se proyectaba la imagen de un monstruo de barro y una mujer muy guapa chillaba.

No fue un momento preparado con antelación, ni siquiera algo bonito y suave. Solo fui yo, dejando de darle vueltas a la cabeza para girarme, inclinarme sobre Derek y plantarle un inesperado beso en los labios. Después, se hizo el silencio. La mujer de la película seguía chillando tras la música de violines y chelos que le daban tensión a la escena; pero yo no podía oírlos del todo. Solo miraba aquellos ojos de miel y me preguntaba si había cometido el mayor error de mi vida.

Y Derek, con una lenta sonrisa, se pasó la lengua por los labios y se arrojó sobre mí con un gruñido.

Creo que la película terminaba bien, creo que mataban al monstruo o lo encerraban o algo. No lo sé. Solo pude ver escenas sueltas en los escasos momentos en los que Derek se alejaba para dejarme respirar. Me apretaba contra él como si quisiera ahogarme y me besaba como si no pudiera volver a hacerlo nunca más.

Cuando me dejó a la puerta de mi casa, yo todavía jadeaba, con la mente nublada y los pantalones manchados por dentro. Tenía diecisiete años y los labios tan enrojecidos que me dolían. Al cruzar la puerta y echar una mirada al salón, vi a mi padre en calzoncillos y camiseta de asas. Sin apartar la boca de la lata de cerveza, me miró de vuelta y soltó aire, derramando parte del contenido sobre su camiseta ya sucia.

—Ese es mi chico... —me dijo antes de guiñarme un ojo.

Totalmente colorado, aparté la cara y subí a mi cuarto.

La tercera vez que nos besamos, fue Derek quien se lanzó. Fue apenas unos dos días después de la noche de cine, en mi habitación. Ya había estado allí cientos de veces durante el año, toqueteándolo todo como a él le gustaba e incluso tumbándose en mi cama deshecha; pero, en esta ocasión, nada más cerrar la puerta a sus espaldas se tiró sobre mí. Con una intensidad aterradora en los ojos, me levantó entre los brazos y dio dos pasos en dirección a mi cama para tirarme allí.

Yo estaba demasiado sorprendido para reaccionar. No estaba nada acostumbrado a que alguien pudiera levantarme con esa facilidad, siendo, como yo era, uno de los chicos más grandes del pueblo. Pero a Derek le faltaba muy poco para alcanzarme en altura y, no sé qué les daban de comer en la granja, pero la ropa ya casi ni le cabía.

—Ten cuidado, William Parks —me dijo entonces con una voz extraña, gutural, casi a punto de convertirse en un gruñido, al mismo tiempo que se inclinaba sobre la cama y sobre mí. Sus ojos parecían brillar con luz propia y daban un poco de miedo—. Huye antes de que sea tarde —me dijo—. Huye todo lo lejos que puedas —me pidió—, porque como te quedés... serás mío.

Sin palabras, como de costumbre, me limité a asentir, completamente perdido en la fuerza de su mirada y en la forma en la que se acercaba a mí como una bestia salvaje. Con un último gruñido, cayó sobre mí con todo su peso y me dejó sin aliento. Me besó más fuerte que nunca, hundió su rostro en mi cuello, aspirando con fuerza antes de volver a gruñir y lamerlo. Yo miraba los viejos posters del techo de mi habitación, pero no veía nada, con los ojos borrosos y demasiado aturdido por la fiereza de un Derek decidido a dar el siguiente paso.

Ya nos habíamos metido la mano por entre los botones de la camisa o bajo la camiseta en la noche del cine, pero todavía no nos habíamos desnudado, rozando piel contra piel. Derek olía a algo extraño, sudor, pero muy cálido y agradable. Estaba en su piel y en su pelo, y, cuando más se frotaba contra mí, más fuerte olía.

Con un mordisco de mi labio inferior, deslizó la mano desde mis abdominales al botón de mis vaqueros. Creo que sentí cierto miedo entremezclado con la locura de aquel momento. Creo que sentí vértigo cuando su mano escarbó debajo de la cinta de mis calzones, alcanzando mi vello público y lo que había más abajo.

Yo gruñí con fuerza, pero él gruñó más alto.

—Joder, es que lo sabía. Lo sabía, Will... —le oí jadear, gruñir, o algo entre medias.

No estuve seguro, porque su mano no paraba de moverse bajo mis calzones y yo estaba demasiado ocupado sintiendo un placer como nunca había experimentado antes. No era ningún monje y, aunque mi actitud reservada y calmada no diera pie a pensar en ello, me masturbaba bastante a menudo. Sin embargo, aquello era muy diferente. Mejor. Mil veces mejor. Quizá porque lo hacía otro, quizá porque ese otro era Derek.

—Tócame tú también —gruñó, desesperado, casi sin aliento, buscando mis manos para pegarlas a su pectoral abultado, a su abdomen perfecto, a su entrepierna tensa y abultada—. Toca lo que es tuyo, Will. Tócame siempre que quieras —me pidió, pero fue más bien un ruego.

Y eso hice: con una mano, recorría todo su cuerpo a mi alcance; con la otra, agitaba el grueso tronco carnoso que había bajo su calzón, tal y como él hacía con el mío. Esa fue la primera vez que lo toqué, pero me llevaría un par de veces llegar a comprender lo gruesa que Derek la tenía y lo ciertas que eran sus bromas guarras al respecto. En esa ocasión, solo pensaba en darle placer como él me lo estaba dando, en besar sus labios, recorrer su cuerpo y disfrutar de cada segundo de aquella locura con olor a sudor cálido y vibrante.

Éramos adolescentes teniendo una primera aproximación al mundo secreto de los adultos, hasta entonces, vetado para nosotros; así que no duramos mucho. Solo puedo decir que, para mi sorpresa, yo no fui el primero en llegar. Ese fue Derek, apartando sus labios empapados de los míos para cerrar con fuerza los ojos, apretar los dientes de grandes colmillos y gruñir de una forma que, estaba seguro, hubieran confundido con la de un animal salvaje.

Me manchó toda la mano, la muñeca y gran parte de sus calzones. Poco después yo hice lo mismo con los míos y, entonces, todo cesó. Derek se derrumbó sobre mí, jadeante y algo acalorado, despidiendo aquel olor tan suyo con una intensidad un tanto abrumadora. Con mi mano limpia, le rodeé la espalda y él hundió el rostro en mi cuello, aspirando con fuerza antes de suspirar.

Nos quedamos así un buen rato, todo lo que pude permitirme antes de obligarnos a ir a limpiarnos. Mi padre estaba en el trabajo, pero ya había anochecido y no tardaría en llegar. Cuando lo hizo, nos encontró en la cocina, tomando una de sus cervezas. Nos saludó a ambos con un asentimiento y fue a por una cerveza para sí mismo.

—Oléis a fiera, chicos, ¿habéis estado entrenando en el jardín?

—Algo así —respondió Derek con una amplia sonrisa en los labios.

Lo peor es que nos habíamos duchado y el olor todavía seguía ahí. A Derek le encantaba olisquearme a escondidas y gruñir con placer:

—Mío...

Aquel verano de 1970 tuve mi primer beso y mi primer... algo en la cama, supongo. No creía que fuera especial o que tuviera que contarla como «la primera vez» de una experiencia vital; pero para mí, lo fue. Hacía un año, no creía ni que alguna vez llegara a conocer a alguien que me gustara, y ahora estaba besando, manoseando y... disfrutando del chico más guapo que jamás hubiera pisado Greyfalls.

Para cuando empezamos ese último año de instituto; antes de la universidad o de, en mi caso, sacarme el graduado para contentar a mi padre cuando ambos sabíamos que iba a terminar trabajando en el taller sí o sí; pues para cuando empezamos ese último año, las cosas iban muy bien. Entre Derek y yo, digo. Aunque se resintieron un poco cuando no nos dio tanto tiempo libre para... estar juntos.

Tras el primer mes y solo dos ocasiones para volver a tocarnos, besarnos y terminar a gusto, Derek me dijo:

—Vale, Will, hay algo sobre mí que quizá no sepas. Pero a los lob... a los Wiltton nos encaantaaa —y dijo así esa palabra, alargando tanto las vocales—, tener... emh, relaciones... con nuestros... ya sabes —se encogió de hombros. No quería llamarlo de ninguna forma porque, sinceramente, yo tampoco tenía palabras para ponerle nombre—. Y es mucho peor cuando empezamos y tenemos un... bueno, *un alguien*, y ese alguien huele muy bien, pero también huele a ti, y eso te excita más todavía y estás cansado y frustrado de hacértelo tú solo, porque lo que quieres es a ese alguien desnudo y muy pegado a ti... ¿Entiendes lo que quiero decirte?

Asentí.

—Yo también estoy tenso —y arqueé las cejas en «tenso», para que entendiera el concepto.

—Ya... —murmuró, acercando sus labios a mi oído, aunque estuviéramos en el taller y mi padre podría vernos, por muy distraído que estuviera entre las hojas de pedidos y facturas—. Pero yo no estoy «tenso», Will. Estoy hambriento, jodidamente hambriento. Ladeé el rostro y rocé su mejilla contra la mía. Algo discreto, pero bastante íntimo y personal. A Derek le gustaba mucho cuando lo hacíamos.

—Tengo una idea.

La idea era simple, aunque no demasiado elegante. Yo no podía entrar en la granja porque nadie de fuera de la familia Wiltton podía. No era una ley ni nada así, solo una costumbre muy aferrada en Greyfalls. Cosas raras ocurrían a las personas que cruzaban los lindes de la enorme propiedad cercana a las montañas. Por ello, allí donde nos viéramos, tenía que ser de mi propiedad, o, al menos, en parte.

—¿Esta es tu gran idea? —me preguntó Derek, observando el viejo granero del señor Johnson, a solo diez minutos de mi casa cruzando el bosque—. ¿Quieres que lidie con mi frustración sexual cuidando de animales? Me preocupa un poco porque, a estas alturas, sería capaz de follarme hasta a un caballo; pero solo porque tenéis el mismo tamaño de polla —y me guiñó un ojo antes de tomar una buena bocanada de aire y mirar el techo del granero—. Y... otra vez cachondo. Bien. Perfecto.

Me acerqué con una sonrisa y le cogí de la mano. Eso le sorprendió, porque era extraño que yo tomara la iniciativa de tocarle; en mi defensa, diré que era solo porque nunca estábamos a solas y a mí no me salía lo de ser tan afectivo en público. Ni siquiera cuando lo disfrazaba como inocente intimidad amistosa.

Derek me siguió en silencio y una mueca de leve curiosidad en su atractivo rostro. Empezaba a tener una leve barba rubia y eso me encantaba. A veces era del color del trigo de su pelo, y a veces resplandecía como una hebra de oro.

Subimos las escaleras al altillo y le enseñé mi gran trabajo añadiendo un ridículo: «tachán».

—Oh —fue su respuesta, más similar a lo que yo diría que a lo que él diría.

Allí, en lo alto, en un lugar tranquilo y discreto, aunque no exento de los peligros de una picadura de araña; había extendido una colchoneta vieja con una manta. Ya dije que no era una idea elegante.

—El señor Johnson nunca cierra el granero porque ya es demasiado mayor para tener animales aquí —le expliqué—. Además, está lo suficiente lejos de su casa para que no nos vea ni nos oiga y a solo diez minutos de mi casa en esa dirección, y de la carretera de Old Mine en la otra. Puedes aparcar tu llamativo Cadillac allí y reunirnos aquí.

—Aha, sí, ya, entiendo, oye, ya me lo explicarás después, Will, ahora... quítate la ropa. Encima de mí, con el rostro perlado de ligero sudor y una enorme sonrisa en los labios, Derek ya fue capaz de interesarse por algo que no tuviera que ver con mi cuerpo; al menos, en parte.

—Así que sí, por ejemplo, nos reunimos aquí cada tarde después de que salgas del taller —me dijo con la boca pegada a mi cuello—. No pasaría nada, ¿no?

—No, no pasaría nada —respondí.

—Bien, bien... —murmuró, frotando la nariz contra mi mejilla mientras me abrazaba más fuerte.

A la noche siguiente, después de trabajo en el taller, Derek pasó a recogerme en su precioso Cadillac rojo y me llevó directo al granero. Ya me estaba besando y apretándome contra él antes si quiera de subir al altillo. Para cuando lo hicimos, yo ya tenía los vaqueros por las rodillas y la camiseta medio levantada. Derek me miraba de una forma que daba miedo. Sus ojos, dos pozos de oro, brillaban incluso en la penumbra del granero. Había algo peligroso en ellos, salvaje y aterrador.

Un gruñido bajo brotaba de sus labios entreabiertos y empapados mientras se acercaba lentamente, a la caza.

—Dime que eres mío, Will... —gruñó, algo bajo, denso, profundamente oscuro.

Y se lo dije, porque, muchas veces, me sentía de esa manera. Sentía que Derek era todo lo que necesitaba en la vida. Y eso era incluso más aterrador que sus ojos brillantes.

Esa noche me hizo... algo con la boca. Algo más de lo que solía hacer; lamirme el cuello y morderme suavemente. Esa noche no se detuvo en mi pecho cada vez más velludo, sino que continuó bajando, más y más hasta que abrí los ojos y todo se derritió a mi alrededor.

Yo era un chico de pueblo. Mi padre jamás me había hablado sobre lo que se podía hacer con otra persona. Los besos y las caricias, sí, porque las veías; pero después de eso, creía que todo era meter y sacar. Derek me demostró lo equivocado que estaba.

Esa noche gruñí yo más alto que él, lo cual, era difícil. Me retorció un poco y no sabía dónde poner las manos, si en la fina colchoneta o en su pelo rubio y revuelto. Cuando terminó, yo jadeaba y miraba el techo a dos aguas. La ventana en lo alto dejaba entrar una fresca brisa de principios de otoño que refrescaba nuestras pieles sudada y calientes. Olía a noche, a la humedad de la tormenta que se aproximaba y al polvo que llenaba el granero, pero, sobre todo, olía a Derek.

—Ni te imaginas las ganas que tenía de hacerte eso —me susurró al oído antes de acariciarme la mejilla con sus labios empapados.

—¿Qué era *eso*? —pregunté apenas con un hilo de voz.

Derek se rio, pero yo no lo había dicho en broma. Fuera lo que fuera, se convirtió en nuestra nueva *cosa*. El toqueteo, los besos y las friegas bajo los calzones ya no fueron

suficientes nunca más, ambos estábamos hambrientos de la nueva y siguiente experiencia que pudiéramos compartir. Una que nos acercara más y más.

A la siguiente oportunidad, yo se lo hice a él. Estaba muy nervioso e incluso algo sonrojado. Ni siquiera habíamos subido al descansillo y yo ya estaba de rodillas sobre el heno y el polvo. Derek puso una expresión de sorpresa que se fue convirtiendo en una sonrisa oscura y densa. Hundió sus largos dedos en mi pelo revuelto y jadeó profunda y lentamente, a la espera. Recuerdo que me costó un poco desabotonarle el vaquero, porque la tela estaba muy apretada y tensa debido a la erección de Derek y porque a mí me temblaban las manos.

—Will, si no quieres... no tienes que hacerlo —oí su voz en lo alto.

Levanté la mirada y me encontré con aquellos ojos dorados, brillando incluso en la penumbra.

—No, sí que quiero —dije, tratando de que mi voz no se quebrara y no transmitiera el huracán que había explotado dentro de mí—. Pero... —cerré los labios y tragué saliva. Notaba la boca seca y eso no iba a ser bueno para... bueno, para hacer *eso*—. Va a ser mi primera vez y no sé qué tengo que hacer exactamente —le confesé.

Derek no se rio en esa ocasión. Deslizó su enorme mano de mi pelo a mi rostro y me dio una cálida caricia.

—También fue mi primera vez —murmuró—. Todo lo que hacemos es mi primera vez. Parpadeé. Era estúpido, pero había asumido que Derek iba siempre un paso por delante de mí. Nunca parecía tener miedo, nunca parecía dudar en las decisiones que tomaba. Había creído que, quizá, en la gran ciudad, antes de venir a *Greyfalls*, alguna chica... o puede que incluso otro chico...

—Si quieres hacerlo —siguió diciendo, interrumpiendo mis acelerados pensamientos—, yo puedo decirte cómo creo que me gusta. ¿Eh? —Un gruñido denso y profundo brotó de sus labios mientras su pectoral abultado se desinflaba—. Buff... sí, tú sigue mirándome con esos ojos y yo te lo explico...

Asentí con la cabeza y, más tranquilo, le bajé la cremallera y el calzón. Derek tomó mucho aire, muchísimo, y levantó la mirada al techo antes de mover la mano de vuelta a mi pelo.

—Joder... Voy a explotar —fue lo que dijo, y yo ni siquiera había empezado.

Después diría unas pocas cosas más, pero sus palabras se confundían con gruñidos roncros y profundos, casi animales, antes de, simplemente, apretarme el pelo con fuerza hasta hacerme daño y soltar un último gruñido.

Yo no aparté la boca, como él tampoco había hecho, pero a mí me sorprendió porque casi habíamos acabado de empezar y Derek no me había dado las advertencias que yo a él antes de alcanzar el orgasmo.

Nos quedamos en silencio un buen rato, el suficiente para que me diera tiempo a levantarme del suelo, limpiarme las rodillas del vaquero y pasarme la mano por los labios. Derek se quedó allí, con la mirada fija en las hebras de heno esparcidas por el suelo y la respiración lenta. Ni siquiera se había subido el vaquero.

—Esto es absurdo —fue lo que dijo. Cerró los ojos y negó con la cabeza antes de dejarla caer—. Qué puta vergüenza.

—¿No...? —tartamudeé, no pude evitarlo—. ¿No te gustó?

Derek levantó la cabeza lo suficiente para dedicarme una intensa mirada por el borde superior de los ojos.

—Sí, Will. Ese es el problema. Que me gustas... demasiado. ¿Lo entiendes? Esto ha sido humillante para mí —y se señaló su entrepierna todavía al aire.

Creí entenderlo, así que me encogí de hombros y recorrí el paso que nos separaba antes de abrazarle y hundir mi rostro en su cuello, como él hacía conmigo. Oía mucho a Derek, como siempre que estábamos juntos.

—No pasa nada —le dije—. Seguro que la siguiente vez, aguantas más, y la tercera, más que la segunda, y la cuarta todavía más, y la quinta... —aparté el rostro y busqué sus ojos brillantes y dorados—. Todas las veces que quieras, Dek.

Un escalofrío recorrió su cuerpo de arriba abajo, haciendo que se estremeciera de una forma visible y agitara la cabeza como un perro después de bañarse.

—Buff... —jadeó—. Vas a acabar conmigo, William Parks.

Eso fue lo que dijo, lo que, muchos años después, me repetiría. En otro lugar, en otro momento, en otra situación muy diferente a aquella; pero con las mismas palabras. Por aquel entonces, no fui capaz de comprender a qué se refería, así que solo sonreí, creyendo que era algo bueno.

No tardamos ni dos días en volver a intentarlo. Como ya casi era costumbre, Derek apareció con su Cadillac rojo frente a la puerta del taller, yo salía corriendo a cambiarme y, cuando volvía, mi viejo y Dalton ya estaban limpiándose las manos de grasa y admirando aquel maravilloso coche. Mi padre ya me había hecho un par de preguntas sobre Derek Witton, dejando caer la leve advertencia de que tuviera cuidado «con esa familia tan rarita», antes de centrarse en el tema principal:

—¿Y crees que algún día podremos meterle mano a esa preciosidad pelirroja? —a Dalton y a él le encantaban los paralelismos de ese tipo, comparando a los coche con mujeres y bromeando sobre los que «les harían si pudieran».

—No lo sé —era mi respuesta de siempre.

Pero volviendo a Derek y a mí, y lo que hacíamos en aquel viejo granero...

—Muy bien, Willy, esta noche no me vas a ganar —me aseguró, dejándose caer, ya con la camisa completamente abierta, sobre el fino colchón. Se desabotonó él mismo el vaquero y después abrió las piernas, quedando con el cuerpo apoyado en los codos y medio extendido.

La imagen fue... aterradora. Derek era más y más adulto cada día que pasaba. Su cuerpo, su rostro y el vello que empezaba a cubrirlo, ya se acercaban más a los de un adulto que a los de un adolescente. Incluso su olor a cálido sudor parecía más denso y penetrante cada semana. No pude más que caerme de rodillas frente a él y observar la maravilla que era.

No había nadie en el mundo más guapo y sexy que Derek Witton.

Esa ocasión tampoco aguantó demasiado, pero, para ser justos, yo no tuve misericordia. Incluso cuando Derek llegó, envuelto en gruñidos y jadeos animales, yo seguí un poco más, queriendo terminar con... *todo* él en la boca. Dek se quedó en silencio y apesadumbrado mientras yo me dejaba caer sobre él y hundía mi rostro en su cuello. Derek me acariciaba la espalda y yo sonreía como el mayor tonto del universo.

—Déjame a mí —me pidió dos días después, durante el fin de semana.

Todavía hacía calor y yo llevaba una camiseta de asas bajo la camisa abierta. Derek no había apartado la mirada de mi cuerpo durante todo el tiempo que habíamos estado en la cafetería, bebiendo Coca-Colas en grandes vasos de cristal con pajitas de colores.

Incapaz de soportarlo más, me había arrastrado a su coche y llevado a toda velocidad al granero. Allí, me había saltado encima como un animal salvaje y lamido del cuello al pecho, todo centímetro de piel que tuviera al descubierto. Cuando había hecho el gesto de ponerme de rodillas, él se había negado, apretándome con fiereza contra la columna de madera vieja. Entonces él se había agachado.

Recuerdo que apreté los puños con fuerza y que pegué tanto la cabeza contra la viga que me dolió. Derek no tuvo piedad conmigo, como yo no la había tenido con él.

Pero eso no fue nada comparado a cuando, un frío día de noviembre, Pamela Kipper quiso hacer grupo conmigo en la clase de química. El profesor solo aceptaba parejas

mixtas, así que a Dek no le quedó otra que alejarse de la mesa y disfrutar mientras las chicas discutían por ver quién se quedaba con el gran premio.

Oí una voz tímida a mi lado y me giré. Era ella, Pamela, acercándose mientras se colocaba el cabello detrás de la oreja en un gesto nervioso. «¿Tienes pareja, William?», me preguntó. Negué con la cabeza. «¿Te importa que lo hagamos juntos?». Acepté, por supuesto, porque temía quedarme solo y tener que hacer el experimento por mi cuenta, lo que, sin duda, hubiera resultado en desastre. Yo era un desastre en todo menos en el taller.

Pamela sonrió mucho, me ayudó mucho y quizá se acercó mucho; pero nada que me llamara la atención. A menos, a mí, porque Derek estaba a dos mesas de distancia, con ojos brillantes y salvajes.

En el momento en el que sonó la campana, se levantó de un salto felino y salió disparado hacia mí. No me dio tiempo a despedirme de Pamela. Dek me llevó directo al baño, me empujó a uno de los cubículos y me atrapó entre su cuerpo y la pared.

—Todo esto es mío —jadeó, metiéndome la mano por debajo de la camisera antes de recorrerme el pectoral y arañarme—. Mío... —había sed en su voz gutural y grave. Cierta locura en sus ojos dorados con los que buscaba desesperadamente los míos. Olía intensamente a sudor cálido y delicioso y, a cada respiración acelerada, solo me llenaba más de él.

Entonces me besó, allí, en los baños del instituto, donde cualquiera podría entrar y escuchar sus gruñidos. Con labios enrojecidos y aquel brillo de locura en los ojos, me agarró de la muñeca y volvió a tirar de mí. Yo solo pude seguirle, tratando de no tropezarme en el camino al seguir su paso apresurado. Primero fuimos al aparcamiento, después a su Cadillac, de allí, al granero, y, en lo alto de nuestro pequeño refugio, sin decir nada, me quitó la ropa a tirones y se echó sobre mí.

—Siempre serás mío —fue lo único que me dijo—. Siempre...

Esa fría mañana de noviembre yo tenía dieciocho años y perdí la virginidad con el hombre más guapo del mundo.

Un año después, ese mismo hombre me está rompiendo el corazón.

Al año siguiente, me dice que yo soy la muerte y que él quiere vivir.

Diez años después de aquella mañana de noviembre, Dek está en mis brazos, quiere besarme y me dice que siempre me ha amado.

Pero ya era tarde.

1971

A principios de año una mujer con un precioso Corvette C3 del 68, llegó al taller. Aparcó entre la nieve despejada y salió del interior. Dalton y mi padre sacaron la cabeza del capó de la vieja camioneta que arreglaban y se quedaron mirando. Yo no estaba lejos, cambiando las cintas, por lo que pude oírles susurrar:

—¿Es una de tus chicas? —dijo Dalton.

—No —negó mi viejo, limpiándose las manos contra el mono del taller antes de incorporarse del todo.

—No... todavía —sonrió Dalton.

—Tiene una anillo de casada en el dedo.

—Ya, como si eso te hubiera detenido antes.

Mi padre le dirigió una mirada feroz a su compañero. Temía que yo estuviera cerca y no quería que su hijo descubriera que su viejo no era un hombre perfecto; pero yo sabía que a veces mi padre hacía cosas malas. A veces escondía dinero para no pagar impuestos; y a veces se acostaba con mujeres con un anillo de casada en el dedo.

—¡Bienvenida a Parks Motors, ¿en qué puedo ayudarla? —Gran sonrisa en el rostro y cabeza alta, porque era una mujer «de catálogo», como decían ellos. Piernas largas, labios gruesos y carnosos, piel pálida y pelo rubio y salvaje—. Vaya preciosidad tiene usted aquí —añadió mi padre antes de ponerse el trapo sobre el hombro y cruzarse de brazos.

—Hola, sí, es un coche muy bonito —dijo con un acento extraño. ¿Ruso? Sin duda no era americana—. Quería arreglarlo, porque hace ruido raro a veces.

—¿Ah, sí? —mi padre se acercó al Chevrolet y abrió el capó. Casi pude verle la sonrisa de satisfacción en los labios. No todos los días traían coches así al taller—. ¡Chico!

Yo ya estaba de camino con las herramientas y lo necesario para hacer una comprobación rápida. Sentí la mirada de la mujer, así que le dediqué un educado asentimiento y un breve: «señora», antes de acercarme a mi padre. Entonces ella respiró más fuerte y dijo:

—Así que tú eres Will.

Me detuve, volví a mirarla, fruncí el ceño y pregunté:

—¿Perdone?

—Oh, sí —ella sonrió y se quitó sus gafas de conducir. Sus ojos eran de color ámbar y su rostro, la perfección—. Yo soy madre de Derek. Derek Witton. Me hablar mucho de ti.

—Ah... —comprendí antes de volver a asentir—. Sí, soy yo. Will.

Dek me había hablado de su madre. Un poco, lo suficiente para saber que era algo pesada y sobreprotectora, que tenía ideas ancladas al pasado y que le costaba entender la «nueva mentalidad americana».

—Es un placer conocer a ti al fin —me dijo, con la cabeza un poco levantada para poder mirarme a los ojos. No es que fuera baja, pero pocas personas podían permitirse no tener que hacer aquello para mirarme a la cara, su hijo, entre ellos.—. Eres más mucho guapo de lo que dice Derek.

Me quedé helado en el sitio. Fue una frase extraña y peligrosa. Mi padre estaba delante, fingiendo que revisaba el motor y escuchando todo lo que decíamos. Me puse algo nervioso y volví a asentir.

—Gracias, señora Witton.

—Tienes que venir un día a granja. No entiendo por qué Derek no te traído ya.

—Oh... —me llevé la mano al pelo y me lo revolví un poco—. No sé... No quiero molestar.

—¿Molestar? Para nada, Will. Eres el... —ahí se detuvo, y, sin dejar de clavarme aquella mirada intensa de oro líquido, añadió en un tono más bajo—: el más amigo de mi hijo.

—Vale, sí, gracias —Ya nunca volví a preguntarme de dónde habría sacado Dek aquella forma de mirar tan intensa y salvaje. Su madre me miraba como si estuviera desgarrándome, pedazo a pedazo, para ver qué escondía dentro de mí.

—No parece que haya nada raro aquí, señora Witton —nos interrumpió mi padre, justo a tiempo, mientras cerraba el capó—. Quizá se trate del...

—Oh, ¿nada raro? Maravilloso —dijo ella, girándose para meterse en el coche con una amplia sonrisa—. Gracias, póngalo en factura de la Granja. Gracias. —Y se fue.

—Joder, mira que son raritos —murmuró mi padre, mirando como se alejaba por la carretera nevada.

Tuve que reconocer que aquello sí fue muy «rarito». Por eso dudé en decírselo a Dek; pero hace tiempo me había hecho la promesa de siempre ser sincero si un día me enamoraba, así que se lo dije.

—¿¡Qué?! ¿en serio? Joder, es que... ¡Agh! ¡Siempre está haciendo esas mierdas! No paran de tratar de controlar todo lo que hago, es... muy frustrante.

Estábamos en la parte trasera del taller. Yo fumaba con el hombro apoyado en la pared y miraba la nieve caer sobre el pelo revuelto de Derek. Con discreción, alargué la mano para rozar la suya.

—No fue para tanto, solo quería conocerme.

—No, no lo entiendes, Will. Siempre hacen lo mismo —negó. Estaba enfadado—. Mi padre está obsesionado con que sea el siguiente alf... el siguiente jefe de la granja. Dice que es mi destino y mi deber; que lo llevo en la sangre. Y mi madre no para de tratarme como si todavía fuera un puto crío. Cuando olió que... —volvió a detenerse—. Cuando supo que estábamos juntos, no dejó de joderme para que le contara todo.

Arqué las cejas y me quedé sin respiración, soltando el humo del tabaco en un golpe seco que me quemó la garganta.

—¿Lo sabe? —las palabras casi no salieron de mis labios fríos por el viento.

—Claro que lo sabe, Will —respondió él, como si fuera lo más obvio del mundo—. Tú... no puedes olerlo, pero es muy obvio. Todos en la granja lo saben.

Me costó entender aquello, la verdad, porque dos hombres juntos, en un pequeño pueblo como Greyfalls... las cosas podrían ir muy, muy mal si lo descubrían; sin embargo, Derek parecía de lo más tranquilo. Yo empecé a sentir una presión en el pecho y la bilis en la garganta.

—No, no, Will —me dijo Derek, alargando su mano para rozar de nuevo la mía. Sonrió—. Tranquilo, solo lo sabe mi familia, y a ellos no les importa. No se lo contarán a nadie.

—Ah —murmuré.

—Mi madre no vino a amenazarte ni nada así, solo a conocerte —insistió, porque mi corazón latía muy rápido en mi pecho y Dek siempre había demostrado tener muy buen oído para esas cosas—. Sabe que eres muy especial para mí y, como me niego a contarle mucho, decidió venir a buscar sus propias respuestas. Solo sale de la granja para joderme la vida.

Asentí. Me hubiera costado más creerle si no fuera porque su familia era extraña y el lugar donde vivían todos, la granja ecológica, estaba apartada del pueblo. Además, si alguno de los Witton venía y decía por ahí que Derek y yo hacíamos... cosas, no creía que nadie les creyera realmente.

—¿Sabes qué? No importa, no voy a dejar que las locuras de mi madre me afecten. Ya no soy un niño —dijo Dek antes de volverse hacia mí y apoyar el hombro en la misma pared donde yo lo hacía—. ¿Por qué no vamos al granero y me ayudas a distraerme? —me guiñó un ojo y sonrió—. Mañana es Luna Llena...

Miré a mis espaldas por encima del hombro. Era una tarde aburrida sin mucho trabajo y mi padre no me echaría en falta una hora o dos. Además, por alguna razón, Derek siempre se excitaba mucho en los ciclos lunares; según él, era cosa de familia.

—De acuerdo... —sonreí.

La primera vez había sido... complicada. La primera vez que *lo hicimos*, digo. Yo estaba nervioso y Derek parecía un poco enloquecido; tratando de hacer las cosas demasiado rápido y demasiado fuerte. Cuando habíamos terminado, ni siquiera había estado seguro de que me hubiera gustado. Todo hasta entonces me había encantado, así que fue una ligera decepción. Derek, por el contrario, se quedó casi veinte minutos sobre mí, recuperando el aliento y restregándose su cara sudada por la mejilla, el cuello y el pecho.

La siguiente vez que lo intentamos, a la semana, le pedí que fuera más lento y con más cuidado. Él debió notar la duda y el temor en mis ojos, porque detuvo su acostumbrado ritual de lamidas y gruñidos animales para mirarme fijamente con una expresión preocupada.

—Sí, yo... perdí un poco el control la primera vez. Sé que te hice daño. Pero tranquilo, no volverá a pasar. ¿Confías en mí?

Más que en nadie. Eso le dije. Derek sonrió y me dio un beso lento y suave antes de empezar su rutinario descenso por mi cuerpo, entre gruñidos, escalofríos y resoplos. Como prometió, esa segunda vez fue muy diferente a la primera. Mucho más lenta, mucho más dulce y comedida. Me gustó muchísimo. Me besaba y me llenaba y me miraba a los ojos y jadeaba en mis labios. Todo olía a él y yo le abrazaba y susurraba su nombre apenas sin aire.

A partir de entonces, le perdí por completo el miedo, e incluso tomé yo la iniciativa; algo a lo que, aunque Derek parecía resistirse, siempre le hacía gruñir más alto y llegar un poco antes de lo habitual. Lo único que no le gustaba en absoluto era que yo fuera el que... el que estaba encima, digamos. Lo intentamos una vez y tuvimos que dejarlo porque Derek no paraba de apretar los dientes y cerrar los ojos y gruñir de una forma furiosa.

—Lo siento, Will, no... no me gusta nada —se disculpó—. También he de decir que tratar de meterse tu polla es como que te empalen. Ahora entiendo porque tu padre es casi un mito sexual entre las mujeres.

—No hables de mi padre aquí —le pedí antes de darle un beso—. Y no pasa nada, no me importa que no te guste.

Para cuando llegó la primavera a Greyfalls, había pocas cosas que no hubiéramos hecho en aquel viejo granero, bajo las mantas que ya olían completamente al cálido sudor de Derek. A veces, todavía desnudos, yo le abrazaba por la espalda y él se tumbaba sobre mí, mirando las telarañas del techo a dos aguas y escuchando la lluvia.

—Estoy empezando a cansarme —me decía—. De mi madre, de mi padre, de la puta granja... Es como si ya hubieran planeado toda mi vida y yo no tuviera la más mínima elección sobre ello.

—Mi padre pudo elegir —me decía—. Antes de venir aquí tuvo una vida. Fue a la universidad, viajó, conoció a toda clase de personas, a mi madre... Entonces mi tío

murió y todo cambió. Tuvo que venir aquí y ser el... jefe de la granja. Es... complicado de explicar. Mi familia siempre fue la principal, la que... manda. Mi abuelo lo fue, mi bisabuelo lo fue, mi tatarabuelo lo fue... Mi padre pudo haberse negado, pero dice que lo llevamos en la sangre, que es nuestro deber y nuestra carga guiar a la familia. Pero yo no quiero hacerlo... ¿entiendes? No quiero.

—A veces siento que me ahogo, Will —me decía—. Tengo casi dieciocho años y pienso que la vida ya no esconde ninguna sorpresa para mí. Incluso tú... Tú ya estás aquí. Todo está aquí. Y sé que eres tú, porque lo sé. Nosotros sabemos esas cosas... Pero a veces... me gustaría que no lo fueras. ¿Sabes? No, olvida eso. Perdona. Yo... solo estoy cansado.

Aquel lluvioso año de 1971, Derek empezó a ser más silencioso, a sonreír menos, a dejar atrás el joven dicharachero y sociable que siempre había sido desde que le conocía. Paseaba por los pasillos del instituto con su brazo alrededor de mis hombros y la mirada perdida. Había días que solo quería estar conmigo, días en los que me acompañaba a todas partes con tal de no volver a la granja con su familia.

—¿Ocurre algo? —le pregunté una vez en el comedor, porque el resto de Witton que iban al instituto habían empezado a mirarnos más fijamente de lo normal. Y eso era decir mucho. Se quedaban parados, en silencio, mirando con aquellos ojos extraños y brillantes mientras Dek los ignoraba por completo.

—No —respondió él, pero supe que mentía.

A finales de marzo empezó a quedarse a dormir en el granero. Yo me quedaba con él los sábados, pero el resto de la semana tenía que volver a casa con mi padre. En abril, ocurrió algo, quizá algo que ya debería haber ocurrido o que acabaría ocurriendo; pero que ocurrió en abril.

Fue entrenando, en el campo de detrás del instituto. El entrenador Fort nos dividió en dos grupos, Dek y yo estábamos en el mismo equipo y, frente a nosotros, estaban algunos Witton que también jugaban al rugby. Uno de ellos, no recuerdo cual, me hizo un placaje y me tiró al suelo; entonces Derek salió corriendo hacia mí y se tiró encima de su familiar como un animal salvaje. Le tumbó en el suelo y empezó a darle puñetazos mientras apretaba los dientes y gruñía de una forma extraña.

Tuve que agarrarle con ambos brazos y tirar de él para levantarlo. Todos nos miraban asombrados, pero no miré atrás hasta llegar a los vestuarios. Allí, Dek se dejó caer sobre un banco y se quitó el casco. Todavía respiraba con fuerza cuando me puse de cuclillas frente a él y busqué su mirada de ojos dorados.

—¿Qué pasa, Derek? —le pregunté.

Él me miró y parecía estar a punto de llorar. Fue la primera vez que le vi así, pero, por desgracia, no fue la última.

—¿Tú crees en el destino, Will? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—Entonces no crees que todos tenemos un papel en la vida y que tú y yo estábamos destinados a conocernos.

Volví a negar con la cabeza, pero añadiendo un bajo:

—Conocerte es lo mejor que me ha pasado en la vida, pero no creo que fuera el destino. Derek sonrió y levantó la cabeza para apoyarla en la pared agrietada y con manchas de humedad. El vestuario era viejo, como el instituto, como el campo de rugby, como todo en Greyfalls.

—Últimamente estoy siempre enfadado —me dijo—. No puedo evitarlo, cualquier cosa me pone furioso: mi madre, mi padre, los demás chicos, la granja, las clases... Todo menos tú. —Ahí se detuvo, pero yo sabía que no había terminado, que solo necesitaba tomar una bocanada de aire antes de continuar—: Quiero irme, Will. Quiero ir a la universidad y dejar este pueblo atrás.

Sentí una punzada en el pecho y un leve vacío en el estómago. Derek debió notarlo, porque volvió a mirarme con sus ojos húmedos y dorados.

—No me refiero a dejarte a ti. A ti nunca te dejaré.

Una ligera sonrisa de tranquilidad apareció en mis labios y asentí.

—Si es lo que necesitas. Hazlo —fue lo que le dije. No quería que se fuera de mi lado, jamás, pero le quería demasiado para no dejarle ir.

Dek levantó su mano manchada de tierra húmeda y hebras de césped, levantó mi casco hasta dejar mi rostro al descubierto y me dio una caricia.

—Te quiero —me dijo—. Muchísimo.

Parpadeé un par de veces. Los ojos se me humedecieron y la sonrisa en mis labios se hizo más amplia que nunca.

—Y yo a ti —respondí.

Tras aquello, no volví a ver a Derek en dos días, ni siquiera en el instituto. Me preocupé tanto que incluso llegué a llamarle desde el teléfono del despacho de mi viejo. Una voz grave y autoritaria respondió.

—Eh, hola. Soy William Parks, el amigo de Derek. ¿Podría hablar con él, por favor?

—Ah... Will —dijo el hombre. Sonaba cansado—. Me temo que mi hijo no está ahora en casa. Su madre y él han ido a la ciudad para hablar de... su futuro.

—Ahm... —murmuré mientras un denso silencio se propagaba por la línea.

—¿Tú quieres que se vaya, Will? —me preguntó entonces.

—Eh... No, señor Wittom —le confesé—, pero no es mi decisión. Es la suya.

El padre de Dek cogió aire y lo soltó lentamente. Recordaba muy vagamente su rostro de haberlo visto en alguna ocasión, siempre en la distancia, con su ropa elegante y sus gafas de sol.

—Te voy a decir algo, Will, porque tú eres la única persona en el mundo a la que mi hijo va a escuchar siempre. Derek no puede huir de quién es, de su deber y su familia; como no puede huir de ti. ¿Lo entiendes? Cuando más luche contra su naturaleza, cuanto más se esfuerce en buscar una salida de Greyfalls, más se va a perder.

Asentí un par de veces, aunque él no pudiera verme al otro lado del teléfono.

—Claro, señor Wittom —murmuré—. Lo entiendo.

El padre de Derek volvió a suspirar. Ahora sonaba muy cansado.

—Si lo entendieras, harías todo lo posible por hacer que se quede —respondió segundos antes de colgar.

Aquella conversación me hizo sentir un poco mal, con una sensación rara y pesada en el estómago. No quería que Dek se perdiera, pero tampoco quería obligarle a quedarse si, lo que a él le haría feliz, era ir a la universidad.

Cuando volví a ver a Derek, tan solo un día después de la llamada, él sonreía. Volvía a ser el joven divertido, animado y bromista de siempre.

—¡Voy a ir a la universidad! —declaró con orgullo, como si hubiera conseguido el mayor de los logros.

Yo sonreí mucho y le abracé con fuerza, pero en el fondo, estaba algo triste.

Desde entonces, en lo que quedó de curso hasta graduarnos, siempre me hablaba de sus planes, de lo que quería hacer en la ciudad y de cómo creía que iba a ser su vida desde entonces: lejos de su madre, su padre y la granja.

En junio de ese año, nos graduamos. Yo había sufrido muchísimo con los exámenes finales y, para mí, conseguir el certificado escolar ya era todo un logro. Mi viejo se sentó en las últimas filas durante la ceremonia, pero incluso a aquella distancia, pude verle aplaudiendo y frotándose el rostro para que nadie le mirara llorar cuando el director dijo mi nombre y me entregó el diploma.

Como dictaba la tradición, todos los chicos nos fuimos al claro del bosque cercano a la vieja mina para celebrarlo. Hubo cerveza y música, algo de baile y algún que otro

romance producto de la emoción del momento. Derek me llevó con él al bosque cuando cayó la noche. Sus ojos dorados parecían brillar en la oscuridad y sus pies no vacilaban entre las ramas y raíces del suelo; no como los míos, al menos.

—Es un poco peligroso salir aquí de noche, Dek —le dije, porque incluso borracho yo no era nada divertido—. Hay muchos lobos por esta zona.

Dek se rio, muchísimo, como si hubiera hecho la broma más graciosa que hubiera oído jamás.

—¿Le tienes miedo a los lobos, Will? —me preguntó con una fina sonrisa en los labios antes de abrazarme y pegar su frente a la mía—. ¿Crees que un lobo te va a comer esta noche? —añadió, haciendo su sonrisa tan grande que casi se podían ver sus colmillos al completo.

—No les tengo miedo, pero es peligroso.

—Tranquilo, yo te protegeré... —murmuró, pegando sus labios a los míos, pero sin llegar a besarme—. Yo soy el más fuerte de todos...

Su aliento olía a cerveza y estaba caliente, al igual que el olor a sudor que siempre emanaba de su cuerpo. A veces creía que yo también olía un poco así, como él. A veces captaba aquel aroma, pero Derek no estaba cerca, y, cuando me olía la ropa, lo notaba.

Aquella noche lo hicimos en el bosque, sobre las hojas y la hierba, bajo los pinos y la tenue luz de una luna nueva. Dek gruñía muy alto, sus ojos brillaban y me miraban fijamente. Jadeaba en mi oído con cada investida y me agarraba con tanta fuerza las piernas que me clavaba las uñas. Después me mordió cerca del cuello y gruñó más fuerte todavía. Tuve la impresión de que lamió mi sangre y que eso le puso cachondo y más salvaje. Entonces lo hizo con más fuerza y me apretó tanto contra él que me ahogó. Para cuando terminó, yo estaba tan aturdido que no entendía lo que había pasado. No fue hasta la mañana siguiente cuando me di cuenta de los muchos arañazos que tenía en el cuerpo.

A partir de entonces, ese verano se convirtió en uno de los más felices de mi vida. Derek estaba muy feliz y no paraba de sonreír ni un momento, así que yo también sonreía. Me venía a buscar al taller, bromeaba con mi padre y después nos íbamos a recorrer los muchos sitios que se pueden encontrar en un pueblo de las montañas como era Greyfalls. Una vez acampamos toda una semana en la montaña y nos gustó tanto que terminamos pasándonos todo el caluroso agosto durmiendo juntos bajo la fina tela de una tienda de campaña. Incluso ni necesitamos bajar para conseguir comida, porque el río estaba cerca y yo era un buen pescador; además de que a Derek se le daba increíblemente bien la caza. No conseguí ver cómo lo hacía, pero siempre volvía con algún conejo o alguna alimaña que poder poner al fuego.

—Esto es una mierda —dijo una de esas noches.

Recuerdo que levanté la cabeza y le miré. Dek estaba tumbado, con la cabeza apoyada en mi pecho mientras miraba fijamente las estrellas. Entonces, suspiró de una forma pesada.

—Sabía que ninguna idea de mi padre podía ser buena. ¿Por qué no vais a acampar al bosque? Seguro que es divertido —dijo con un tono más grave y serio, tratando de imitar al señor Witton—. Qué cabrón...

—¿No te gusta? —pregunté con un tono tranquilo. Nunca se me había dado bien mostrar sentimientos, de haber sido así, mi voz hubiera sonado muy dolida.

—Claro que me gusta, Will —murmuró—. Me encanta... Todo esto me encanta: el bosque, la tranquilidad, la caza, estar siempre a tu lado, follar todo lo que queramos... Un sitio para nosotros. Un lugar que huele a mí tanto como tú. Es... asquerosamente perfecto.

—¿Entonces por qué dices que es una mierda?

—Porque es una mierda que me guste tanto, ¿entiendes? Es justo lo que quiere mi padre. Está intentando convencerme de que esto es todo lo que necesito para ser feliz. Pues conmigo había funcionado, porque yo era increíblemente feliz en aquel pequeño rincón del mundo que era nuestro.

—Pero ya has conseguido la plaza y has pagado la matrícula de la universidad y la habitación de la residencia. Es mucho dinero invertido para que todavía intente que cambies de opinión —eso fue lo que dije, no lo que pensaba. Lo que pensaba era que ojalá aquel mes no terminara nunca.

—Es muy terco. Nunca se rendirá con tal de demostrar que tiene la razón —declaró antes de girarse y apoyar las manos a ambos lados de mi rostro, sobre la hierba tibia—. Pero yo sé lo que quiero, y voy a conseguirlo.

Sus ojos brillaban en la penumbra mientras las llamas de la hoguera les arrancaban destellos salvajes. Había una determinación de hierro en él y, si yo podía verlo, estaba seguro de que su padre también.

Quitó las manos de detrás de la cabeza y rodeó con ellas su cuerpo, atrayéndolo y pegándolo a mí. «No te vayas», le rogué en silencio cuando le abracé. «Quédate siempre conmigo», le grité sin palabras cuando le besé. «Te amo», susurré sin voz mientras, una vez más, hacíamos el amor bajo las estrellas.

Pero Derek se fue. Un día de septiembre fui a buscarle en mi vieja camioneta y me detuve a las puertas de la granja. No se veía mucho desde la carretera comarcal: la larga valla de madera, los primeros trazos de campo, un par de silos subiendo la colina y algunas casas tras una plantación de manzanos.

Él se acercó cargando dos maletas y una bolsa. Tenía la piel tostada después de nuestro mes en la montaña y una gran sonrisa en los labios. Estaba solo, porque ninguno de los Witton le acompañó para despedirse. Dek me había contado que las cosas no iban bien con su gran familia.

No bajé de la camioneta y seguí fumando tranquilamente, porque él era tan grande y fuerte como yo y no necesitaba ninguna ayuda. Con suma facilidad, dejó el pesado equipaje en la parte de atrás y, de un solo salto, se subió al coche. Estaba increíble con su camisa medio abierta y sus vaqueros de cinturón negro.

Ya no quedaba nada de adolescente en él. Ahora era todo un hombre. El hombre más atractivo que jamás vería en mi vida.

—¿Ocurre algo, Will? —me preguntó, porque me había quedado con el pitillo en los labios y mirándole en silencio.

—Eres demasiado guapo —respondí.

Dek sonrió, se mojó los labios y me dedicó una de sus miradas por el borde superior de los ojos.

—¿Qué yo soy demasiado guapo? Creo que no te has visto bien, Will. —Suspiró—. Todas esas mujeres que van al taller, ya no lo hacen para ver a tu padre, te lo aseguro. Pero que se jodan porque... —me señaló con un gesto de pistola y, al disparar, dijo—: eres solo mío, William Parks.

Sonreí. Con el pitillo en los labios, levanté el freno de mano y comencé nuestro camino a la gran ciudad. Las ventanillas estaban todas abiertas, el aire nos revolvía el cabello y la ropa fina de verano. Olía a la carretera bajo el sol de la mañana y a delicioso sudor cálido. Dek miraba el paisaje y sacaba la mano para hacerla nadar con la corriente, movía la cabeza al ritmo de la música y tomaba alguna que otra bocanada de aire antes de suspirar.

Tenía dieciocho años, iba a la universidad y era un hombre feliz.

Cuando alcanzamos la gran ciudad tras cuatro horas de trayecto entre carreteras de montaña, fuimos directos al campus universitario. Era grande, enorme, y no pude evitar quedarme mirando de lado a lado mientras me encendía un pitillo. Estaba

seguro de que, a todos aquellos jóvenes de ropa moderna y peinados a la moda, yo debía parecerles un completo paleta de pueblo. Probablemente, lo que era.

Sin embargo, Dek sonreía y miraba lo que yo miraba con un brillo especial en los ojos.

—¿Entiendes ahora lo que te digo, Will? —me preguntó, dándome un amistoso golpe en la espalda antes de dejar la mano y añadir una cariñosa caricia—. Esto no lo hay en Greyfalls. ¿No lo sientes? La vitalidad, la emoción, la juventud... —tomó una gran bocanada de aire, como si pudiera olerlo flotando en el aire—. Es maravilloso.

Moví la cabeza hacia arriba mientras murmuraba un bajo «mmh». No podía sentir lo que él sentía, ni entender por qué ese campus lleno de gente, gritos y movimiento era mejor que la tranquilidad del bosque, ni diferenciar la razón por la que aquello era mejor o peor que Greyfalls; pero quizá yo era un hombre demasiado arraigado a la tierra.

Recuerdo que fueron unas risas cantarinas lo que me distrajeran de mis pensamientos. Cuando volví el rostro, vi a un grupo de tres mujeres, con sus peinados modernos, sus vaqueros de campana y sus blusas coloridas. Nos miraban fijamente, directamente a los ojos y sin vacilar ni un segundo, como no haría jamás ninguna de las chicas de Greyfalls. Pasaron cerca y volvieron a reírse cuando Derek se giró y les dedicó una sonrisa y un saludo de la mano.

Ellas solo fueron las primeras, pero no serían las últimas, porque ni siquiera en la gran ciudad podían escapar del atractivo salvaje de Derek Witton.

Sacamos las maletas de detrás de la camioneta y buscamos la residencia universitaria. Otro grupo de chicas nos detuvieron para darnos un folleto de una especie de fiesta de principio de curso. Yo no pude cogerlo, porque llevaba una maleta en una mano y la bolsa en la otra; así que la mujer de gafas grandes y pelo liso con una cinta de estampados, sonrió y acercó la mano a mi pecho. Yo llevaba una de mis camisetas de asas bajo la camisa abierta y se me veía el vello negro sobre el pectoral, allí donde la muchacha pretendía dejarme el folleto para que no se me olvidara, metido dentro de la ropa.

—Ya lo cojo yo —la interrumpió Dek. Mano firme en la muñeca de la chica, rápida, quizá demasiado firme, mirada salvaje y sonrisa helada en los labios—. No te preocupes...

Después de aquello, Derek dejó de sonreír tanto y de saludar a cada grupo de mujeres que pasaba por delante, ofreciéndonos toda clase de actividades universitarias, ayuda o, incluso, consejos.

Puede parecer raro, pero yo no estaba nada sorprendido de todo aquello. Era la gran ciudad, después de todo. Allí las cosas eran diferentes al pueblo. Allí la gente vivía rápido, no tenía miedo de lo que los demás pensarán y hacían lo que querían. Se ponían su ropa apretada, sus peinados salvajes y disfrutaban de la diversión.

—Creo que tendré que comprarme uno de esos pantalones —llegó a decirme Dek, ya dentro de la residencia masculina, donde casi todos los chicos llevaban la misma ropa y los mismos pantalones tan ajustados que, sinceramente, parecían incómodos—. Tú no lo hagas, Will, no creo que ninguna de esas cremalleras fuera capaz de aguantar tu polla de caballo. —Y, nada más decirlo, cogió aire y volvió a perder la sonrisa.

Normalmente solo se ponía cachondo cuando hablaba de mi entrepierna, pero, por alguna razón, aquella vez se puso serio. Sin decir nada, buscamos su habitación: un pequeño cuarto con una pequeña ventana y una pequeña cama en la que, dudaba, Dek pudiera dormir cómodamente.

—Es una mierda, lo sé —me dijo, adentrándose un par de pasos para dejar la maleta en el suelo y mirarme—, pero era de las pocas que no eran compartidas. Necesito tener mi propio espacio y, además, no podría dormir y descansar al lado de alguien que no fueras tú —me dijo antes de encogerse de hombros—. Ya sabes, cosas de... los Witton.

Me limité a asentir y dejar la maleta en el suelo. Los Witton eran extraños y yo no hacía muchas preguntas al respecto.

—¡Ey, Bienvenidos, chicos! —nos interrumpió un joven desde la puerta, apoyando las manos en el marco antes de inclinarse un poco al interior. Primero miró a Dek y, después, a mí. Se quedó un segundo en silencio y, de pronto, continuó—: ¡Reunión para los novatos en el comedor en una hora! No faltéis. —Y se fue.

Dek se acercó a la puerta y la cerró con un fuerte portazo, quizá tan cansado de todo aquel barullo de ruido y gente como yo lo estaba. Entonces agachó un momento la cabeza, apretó los puños y, tras una respiración, me dijo:

—Quizá no me haya parado a pensar bien en todo esto, Will... —se giró y apoyó la espalda en la puerta antes de cruzarse de brazos. El ruido de los gritos, las maletas sobre el suelo y el alboroto de pasos emocionados aún se oían llegando desde el pasillo y llenándolo todo—. Quizá me haya obsesionado con la idea de huir de Greyfalls y la ma... la familia.

Me miró a los ojos, pero, si buscaba una respuesta esclarecedora en mí, no la encontró, porque yo solo asentí en silencio.

—No lo sé —miró el suelo, la pared y, finalmente, la ventana al otro lado—. La universidad no queda tan lejos, creí que la distancia no supondría problema alguno, pero... —se detuvo. Tras un par de segundos, me miró a los ojos—. ¿Has visto cómo te miran, Will? ¿Has visto cómo el gilipollas este de antes se ha quedado desnudándose con la mirada? Aquí, delante de mí.

—Creo que todas esas chicas te estaban mirando a ti, Dek —respondí, porque era lo que creía de verdad.

Derek tensó la mandíbula y negó con la cabeza, revolviendo un poco su pelo salvaje y ondulado.

—Tú no puedes olerlos, Will —me dijo, como ya había hecho un par de veces antes en el instituto, cuando teníamos una conversación muy similar a aquella—. ¿Qué pasará cuando yo no esté cerca para protegerte? ¿Qué pasará cuando ya no huelas tanto a mí? —y, esa simple idea, le hizo apretar los dientes y gruñir por lo baño.

—No pasará nada, Dek —respondí, acercándome a él para apoyar la mano en el lateral de su cuello, de tal forma que mi pulgar rozaba su mejilla.

Él cerró los ojos y dejó caer la cabeza contra mi mano, disfrutando del suave roce. Sabiendo que lo necesitaba, le atraje a mí y le abracé. Siempre había pensado en lo ridículos que deberían parecer dos hombres de nuestra altura, grandes y pesados, abrazándose en la intimidad de una habitación o un granero abandonado.

Y aún así, siempre lo disfrutaba. Hundía el rostro en su cuello y tomaba una profunda respiración, percibiendo aquel olor tan cálido y especial. Oía a noches de verano bajo las estrellas, a amor apasionado, a secretos susurrados y a ese profundo cariño que no se va con el tiempo.

—Yo siempre te amaré, Derek Witton —le prometí.

Dek me apretó con más fuerza contra él, cerrando los puños alrededor de la fina tela de mi camisa de verano.

Teníamos dieciocho años y toda la vida por delante.

Yo estaba convencido de que nuestro amor lo vencería todo.

Me creía todo un hombre, pero seguía siendo un chico estúpido.

Al siguiente año, Dek me dice que lo siente. Tiene los ojos húmedos y enrojecidos. Dice que no sabe lo que quiere. Dice que siempre me amaré.

Pero ya es tarde.

La distancia fue algo complicada de asumir, sobre todo después de pasarnos juntos tanto tiempo. Hasta que le perdí, no fui consciente de lo unida que estaba mi vida a Derek. De cómo todo mi mundo orbitaba a su alrededor como si fuera el sol de ese pequeño universo que consideraba Greyfalls.

Ya nadie venía a recogerme al taller, ya nadie me esperaba en el granero, ya nadie me pasaba la mano por los hombros y me susurraba alguna broma al oído, ya nadie me tocaba de una forma indiscreta y gruñía con un placer salvaje.

Lo echaba todo de menos: su forma de mirarme, su voz, su olor, su cuerpo y su compañía.

—¿Qué te pasa, chico? —llegó a preguntarme mi viejo, quitándose de las manos una llave inglesa antes de inclinarse sobre el capó del coche que, en teoría, yo llevaba tres horas intentando arreglar—. Andas en las putas nubes. ¿Problemas de faldas?

«Problemas de faldas» era lo que él siempre decía para referirse a las fricciones que podían ocurrir con las mujeres.

—No —respondí.

Mi padre me echó una mirada de ojos marrones y arqueó una de sus cejas espesas y negras.

—¿Qué ha pasado con ella? —insistió, pero ahora en voz más baja—. La chica, esa que te llevabas al granero.

Me quedé sin aire en los pulmones, el corazón se me detuvo en seco y por todo mi cuerpo se propagó una pesada sensación de tirantez. Por suerte, nada cambió ni en mi postura ni en mi rostro.

Mi viejo terminó de enroscar una tuerca del motor y me volvió a mirar, sonriendo un poco.

—¿Te crees que tu viejo es gilipollas, Willy? ¿Te crees que no te oía llegar por la noche? Una mañana aún tenías una hebra de heno en el pelo y ni te habías dado cuenta —eso le hizo reírse un poco—. Entiendo que prefieras tener tus secretos y que no se lo cuenten todo a tu viejo, lo respeto, yo también lo hacía con tu abuelo. —Terminó con el trabajo, uno que a él solo le supuso un par de minutos. Cerró el capó y se limpió las manos con un trapo ya manchado—. Lo único que te pido es que uses protección, porque como llegue al taller el padre de alguna chica tonta a la que hayas dejado preñada, no voy a protegerte. Voy a dejar que ese hombre te dé una paliza por gilipollas —me dijo con su tono serio—, y después te daré yo otra paliza, y después te obligaré a casarte con esa chica y a cuidar de ese niño que tú, tu polla inquieta y tu cerebro vacío, habéis creado. ¿Lo entiendes?

Asentí. Un poco tarde, pero mi viejo al fin me había dado «la charla».

—Pero solo si esa chica puede demostrar que es tuyo —añadió Dalton, con un pitillo en los labios y peligrosamente cerca de los bidones de gasolina—. Tampoco vas a cargar con el bastardo de otro solo porque venga y te acuse de ello.

—Ah, eso sí —asintió mi padre, dándole toda la razón a su mejor amigo—. Pero si es tuyo, se va a notar. Los Parks somos hombres enormes que tienen bebés enormes que se van a convertir en hombres enormes —y, como si no necesitara más pruebas, puso la mano en mi hombro con un leve apretón y nos señaló a ambos.

La única diferencia entre mi viejo y yo, era que en mi caso había heredado los ojos azules de mi madre y no los suyos del color del chocolate; en todo lo demás, éramos casi iguales. El pelo negro de los Parks, la barba densa de los Parks, la cara masculina de los Parks, los hombros anchos de los Parks, el abundante vello de los Parks...

—Así que, si de verdad es tuyo, estás jodido, ¿de acuerdo? —dijo, apretando un poco más mi hombro—. Dime, Willy, ¿es ese el problema? ¿Crees que está preñada?

—No —dije—. No está preñada. Solo... se ha ido a la universidad.

Mentí sobre Dek porque era lo que tenía que hacer. Porque era más sencillo y menos aterrador que decir la verdad.

Mi viejo tomó aire y lo soltó, visiblemente aliviado al oír aquello. Sin embarazos indeseados de por medio, volvió a sonreír y me dio una leve bofetada en el rostro.

—Pues allí no va a encontrar a nadie como tú —me aseguró, y, lo curioso, es que todavía recuerdo el tono convencido con el que dijo esas palabras—. Quedan pocos hombres buenos en este mundo, Willy, de los de antes: trabajadores, leales y sinceros. Cuando se dé cuenta de lo que ha perdido, volverá.

—Y esperemos que no lo haga cuando se quede preñada —añadió Dalton—. Los chicos de la ciudad no son tan responsables como aquí en el pueblo. A ellos les suda la polla todo, se la meten y se largan sin mirar atrás.

Mi viejo arqueó las cejas y asintió repetidas veces de camino a la caja de herramientas.

—De todas formas, ¿por qué fue a la universidad? —insistió Dalton, agitando la mano con la que sostenía el cigarro.

Me acerqué a él, saqué la cajetilla del bolsillo de mi mono y usé su mechero para encenderlo, todavía, peligrosamente cerca de los bidones de gasolina. Ya no tenía que esconderme. Tenía dieciocho años y mi padre sabía que le llevaba robando tabaco desde los dieciséis.

—Las mujeres de ahora van a la universidad —respondió mi padre antes de encogerse de hombros—. Estudian artes, libros y esas cosas para poder conocer a hombres inteligentes y con dinero.

—¿En serio? —Dalton estaba sorprendido—. Pero entonces solo van las feas, ¿no? Las chicas guapas no necesitan esforzarse tanto para conocer a un hombre. ¿Es esa chica tuya fea, Willy?

Negué con la cabeza.

—Todos en el instituto le andaban detrás —dije antes de soltar el humo a un lado.

La risa orgullosa y baja de mi padre de oyó llegando del despacho.

—Entonces, ¿para que fue a la universidad? ¿Tú no eras suficiente bueno para ella?

Dalton no quería hacer daño con todo aquello, pero sus preguntas dolían igualmente.

—Quería estudiar, ya está... —murmuré.

—¿Qué quería estudiar que fuera más importante que tú?

Un breve silencio después, conseguí decir:

—Economía.

—¿Economía? ¿En serio? —la risa de Dalton estalló como si hubiera prendido fuego con el pitillo a los bidones—. ¿Lo has oído, John? ¡Una mujer economista! —y se rio más fuerte.

—A mí no me parece tan descabellado —respondió mi padre—. Las mujeres siempre piden dinero para hacer la compra o encargarse de las facturas. Que una de ellas haya decidido estudiar economía, no me sorprende. Quizá quiera ayudar a las demás a ahorrar en el carrito de la compra o en maquillaje.

Apuré el pitillo y me fui, con pocas ganas de escuchar otra de sus conversaciones.

Entonces, sonó el teléfono.

Mi viejo ya estaba en el despacho, así que no llegó a timbrar dos veces antes de que lo cogiera y respondiera el acostumbrado:

—Parks Motors. Ah, hola, Derek. ¿Qué tal en la ciudad? Justo estábamos hablando con Willy sobre su chica, esa que se fue a la universidad, ¿tú la conoces?

Estiré la mano y miré a mi padre, a la espera de que me entregara el maldito teléfono. Él me miró con una de sus sonrisas y me guiñó un ojo antes de pasarme el auricular.

—Hola —dije, girándome a un lado mientras mi padre se iba en dirección a la salida del pequeño despacho.

—Así que tu chica se ha ido a la universidad, eh, Will —respondió aquella voz que tanto añoraba—. Seguro que la echas muchísimo de menos.

—Muchísimo —asentí. Mi voz era la misma, pero Dek me conocía demasiado bien para no saber que estaría un poco sonrojado al decirlo.

—Mmh... yo también te echo muchísimo de menos —me dijo. No habían pasado ni un mes desde que se había ido y había vuelto a Greyfalls cada fin de semana para verme. Teníamos dieciocho años y estábamos demasiado enamorados—. Incluso llegué a pensar en comprarme un enorme oso de peluche, ponerle un mono de trabajo y una camiseta de asas y después grabarte al teléfono diciendo: «Mmh», «sí», «no», «te quiero, Dek». Que es, básicamente, el noventa por ciento de cosas que dices en una conversación.

Apoyé la cadera en la mesa y miré el suelo. Había una leve sonrisa en mis labios y un agradable calor en mi pecho.

—Mmh, sí, no, te quiero, Dek —susurré.

Tardó un momento en responder. Pude oír la profunda respiración que tomó y el ruido que hizo al soltar el aire.

—Mañana podré volver antes —me dijo—, un profesor no puede venir y ha cancelado la clase. Te llamaba para avisarte y porque los chicos me han hablado de un lugar... es una especie de hotel rural con cabañas de madera entre los árboles. Dicen que tienen chimeneas y pieles de animales en el suelo. Que es muy romántico para... por ejemplo, llevarte a una chica especial y conseguir que pierda las bragas y no las vuelva a encontrar en todo el fin de semana.

—Ahm... —murmuré.

—Sí, y se me ocurrió que me encantaríiiiiiaaaa —y lo dijo así, alargando aquellas vocales con un tono de profundo deseo—, llevarme a alguien muy especial allí y que perdiera toda la ropa durante todo el fin de semana. ¿Tú conoces a alguien que sea así de especial para mí, Will?

Esta vez, fui yo el que tomó una lenta bocanada de aire y tardé en responder:

—¿Cuánto cuesta? Tengo algo ahorrado.

—No, no, yo invito. Mi padre es un completo gilipollas, pero al menos me da una buena paga. Solo jodería, con lo que gana en la granja...

No me gustaba que Derek lo pagara todo, pero él tenía una familia rica y yo no. Al contrario de lo que pudiera parecer, el orgullo no era uno de mis males.

—¿Dónde es ese sitio? —pregunté.

Dek ya estaba gruñendo de esa extraña forma con la que gruñía cuando se excitaba. No era un simple murmullo, sino algo más grave y gutural. Casi felino.

—Está en Velvet Mountain, siguiendo la treinta y cuatro al oeste. Casi a mitad de camino.

—¿Nos vemos mañana allí?

—¿Te dará tiempo?

—Claro, no voy a llevar ropa.

Dek gruñó más alto. Mucho más alto; no tan alto como gruñiría cuando me tuviera desnudo, sobre una piel de oso frente al chisporroteante fuego de la chimenea; pero bastante alto.

El hotel de cabañitas en el bosque se llamaba *The Hollow Groove*. Ese sería el nombre del lugar que sustituiría al granero del señor Johnson como nuestro lugar favorito para estar juntos.

Volvimos a las dos semanas, y repetimos antes de navidad, momento en el que le pregunté a Dek si iba a volver a la granja a pasar las fiestas, ya que, aunque las cosas

estuvieran tensas, siempre les visitaba al menos una vez al mes. Tumbado sobre mí, con una manta sobre los hombros y su rostro hundido en mi cuello, susurró:

—Ya no me hablo con mi familia, Will.

Le rodeé más fuerte con los brazos y las piernas, pero, como muchas otras veces, no supe qué decir al respecto.

—Mi padre y yo no solemos hacer gran cosa, pero puedes venir a cenar con nosotros, si quieres.

Derek levantó la cabeza y me miró con aquellos ojos de ámbar y miel. El fuego les arrancaba destellos salvajes, al igual que a los grandes colmillos que sobresalían de su sonrisa perfecta. Todavía tenía la boca y la barba empapada de saliva y olía a mí. Pero, todo lo demás, olía a él.

—¿También vas a meter un pavo en el horno y quemarlo como en Acción de Gracias? —me preguntó.

—No, en navidad le toca cocinar a mi padre. Así que preparará algo a última hora y lo dejará crudo por dentro.

Dek se rio, haciendo vibrar su musculoso pecho sobre el mío. Todos los Witton tenían esa privilegiada genética que les hacía muy fuertes, anchos e imponentes; Derek, más que ninguno, aunque él hubiera dejado de trabajar en la granja y ahora solo se dedicara a sentarse en clase, estudiar e ir a fiestas.

—Los Parks tenéis muchos dones —murmuró, acercando sus labios mojados a los míos mientras me miraba fijamente a los ojos—, pero la cocina no es uno de ellos.

Esa navidad mi padre preparó un plato de pescado quemado por fuera y crudo por dentro. Derek se comió casi la mitad con una sonrisa y cinco cervezas. Dos horas después, borrachos y a oscuras, lo hicimos en mi habitación cuando mi padre marchó a tomarse la última copa al bar del pueblo.

En enero llegó una gran tormenta de nieve y, con ella, algunas sorpresas. Derek no pudo venir al pueblo debido a los exámenes; pero esa no fue una de las sorpresas, porque ya me lo había dicho. La sorpresa fue que, primero, Dinna Chamber, una de las hijas del predicador del pueblo, resultó estar embarazada. ¿Recordáis que dije que en la fiesta de la graduación, en el claro del bosque, hubo algunos romances espontáneos? Pues, al parecer, Tommy Sullivan no se puso protección y, siete meses después, el predicador fue a darles una visita al señor y la señora Sullivan para confirmar una boda.

—¿Ves de lo que te hablaba, Willy? —me dijo mi viejo, arqueando las cejas y resoplando—. Imagínate tener que casarte con esa chica por una noche tonta de borrachera.

Lo decía porque Dinna no era ni la más guapa, ni la más delgada, ni la más lista del pueblo. Sin embargo, a mí me parecía una joven muy buena y agradable, no la clase de mujer que haría lo que Dalton supuso al decir:

—Algunas solo consiguen casarse de esa forma, cazando a algún tonto y obligándoles a que se ocupen de ellas y sus hijos.

Por desgracia, mi padre estuvo de acuerdo con eso.

—Puede que incluso el predicador estuviera deseando que la cría se quedara preñada para sacarla de casa —dijo antes de cruzarse de brazos—. Pobre Tommy Sullivan, le han cazado pero bien.

La segunda gran sorpresa que trajo la tormenta de enero, fue un derrumbe en la ladera de la montaña. Nadie salió herido, gracias a Dios, pero sí afectó a algunas construcciones importantes, entre ellas, uno de los pozos que alimentaba la granja Witton.

La familia no pidió ayuda, pero yo me pasé por allí igualmente. Ya había gente de sobra despejando las construcciones que sí afectaban al pueblo y los Witton

agradecerían cualquier ayuda posible, porque, aunque fueran más grandes y más fuertes, eran menos.

Recuerdo que todavía nevaba y que aparqué no muy lejos del canal helado del pozo. Bajé de la camioneta cubierto con mi cazadora de invierno y mi gorro de trampero con forro interior, porque hacía un frío de mil demonios, y me dirigí directo al grupo de hombres que trabajaban despejando la nieve.

—Hola, ¿necesitáis ayuda? —les pregunté, levantando la mano en la que tenía la pala.

Los ocho hombres se habían quedado parados, mirándome con sus ojos extrañamente intensos. Pasaba algo con los Witton y sus ojos, porque todos tenían aquel brillo salvaje e intimidante. Te hacían sentir un tanto incómodo, algo así como se sentiría un venado frente a una manada de lobos. Por eso a los del pueblo no les acababa de gustar tenerles cerca, por eso nadie más había venido a ayudarles y por eso los Witton casi siempre llevaban gafas de sol cuando bajaban al pueblo.

—Creí que necesitaríais ayuda —insistí, levantando la pala de nuevo y señalando el trabajo que todavía había por delante. Llevaban diez segundos mirándome en silencio y empezaba a dar un poco de miedo.

Se oyó un silbido por encima del viento. Los Witton movieron los rostros casi al unísono en la misma dirección y miraron al hombre que acababa de aparcar su camioneta de la policía no muy lejos de nosotros. Se trataba del sheriff: Gregor Witton.

—¿Necesitas algo, Parks? —me preguntó, levantando su sombrero del uniforme para dedicarme una expresión seria. Como siempre, él sí llevaba sus grandes gafas de espejo, esas que no se quitaba nunca de servicio.

—No, sheriff, solo vine a preguntar si hacía falta ayuda —y, una vez más, le mostré la mano en la que tenía la pala.

—Eso es muy generoso de tu parte, chico —me dijo—, pero ya lo tenemos todo controlado. —Con la misma mano con la que se había estado frotando la parte baja de la nariz, me señaló mi camioneta—. Es mejor que te marches, estás muy cerca del territorio y eso pone a los chicos nerviosos.

Asentí, aunque no terminé de entender lo que quería decir con aquello. Lo que sí entendí era que no necesitaban mi ayuda, así que me fui. Me despedí del sheriff con la mano, todavía allí aparcado a un lado de la carretera nevada. Él hizo lo mismo, pero no sonrió, como solía hacer cuando traía el coche al taller. Al mirar por el retrovisor, todavía pude verle vigilándome.

Pasó menos de una semana cuando, Neil Witton, su hijo, vino a hacerme una visita. Aparcó su Harley de la policía casi a la puerta del taller y solo apoyó el pie para equilibrar el peso de la máquina, porque era una visita rápida y no quería desmontarse. Como todos los Witton, Neil era enorme, con un cuerpo muy ancho bajo su cazadora de invierno y el ajustado pantalón del uniforme. Sin quitarse el casco ni las gafas de espejo, siguió masticando lo que creía que un chicle antes de decir con una voz grave y alta:

—William.

Yo no estaba lejos, con el hombro apoyado en la pared y los brazos cruzados mientras pensaba en lo que aquella visita podría significar. No quería problemas y, aunque los Witton raramente se inmiscuían en algo del pueblo, que la policía te hiciera una visita no podía significar buenas noticias.

Salí de mi escondite y me apoyé el trapo al hombro antes de dirigirme hacia él. Neil era un poco más mayor que yo, quizá tres o cuatro años. Recordaba vagamente haberle visto por el instituto, entre los mayores, y recordaba vagamente mirarle de vez en cuando por el pueblo, aunque siempre en uniforme y acompañado de su padre el sheriff.

Por el contrario, Neil Witton no parecía acordarse de mí, porque, cuando me vio, casi pude notar su mirada de arriba abajo tras sus gafas de espejo y la forma en la que, repentinamente, dejó de mascar su chicle. Aunque fuera tan solo un segundo antes de decirme:

–Hola, William.

–Neil –asentí, dejando claro que le conocía. Al menos, de vista y oídas—. ¿Necesitas algo?

–Sí, mi padre me contó lo que pasó en el pozo. –Apartó las manos enguantadas de la moto y se las llevó a la cadera, al más puro estilo «soy el policía bueno y no vengo a detenerte, solo a charlar»—. ¿Te pidió Derek que vinieras a ayudarnos?

La pregunta fue tan inesperada y extraña que consiguió arrancarme una mueca de ceño fruncido. Todo un logro.

–No. Fue idea mía.

–¿Por qué?

–Porque el pozo se derrumbó, nevaba de cojones y no debe ser divertido quedarse sin agua caliente en una noche así. Por eso.

Neil siguió masticando su chicle, moviendo su mandíbula cuadrada de mentón fuerte y perilla corta. Tras un par de segundos de aquello, se quitó el casco, descubriendo una de esas medio melenas salvajes que estaban tan de moda ahora. Mi viejo las odiaba y ya casi podía estar escuchándole decir: «un policía no debería llevar ese puto pelo de hippie». Sin embargo, Neil Witton era de esos hombres tan atractivos que todo les quedaba bien.

–Mira, William –me dijo. Su tono no era serio, tan solo un tanto paternalista—. No es un buen momento para que te acerques a la granja, ¿de acuerdo? Las cosas son complicadas con Derek.

Asentí y me crucé de brazos.

–Si hay algo que quieras decirnos, a los Witton o al padre de Derek, yo les llevaré el mensaje –levantó una mano de su casera e inclinó la cabeza antes de bajarse un poco las gafas de espejo. Por el borde superior de los ojos me dedicó una mirada del azul más profundo y vivo que vería jamás—. ¿De acuerdo?

–Si Dek quiere decirnos algo, ya lo hará cuando os visite este mes.

Neil se quedó un momento en silencio.

–Bien –concluyó sin más.

Tranquilamente, siguió masticando su chicle, se pasó la mano por su melena parda y se puso el casco. Con un gesto de dos dedos en la frente, al estilo militar, se despidió antes de salir con su Harley a la carretera nevada.

–Pff, un policía no debería llevar ese puto pelo de hippie –dijo mi padre a lo lejos.

La primera semana de febrero, un gruñido grave y salvaje retumbó por todo *The Hollow Groove*. Alguno de los clientes llamaron a recepción y temieron que algún oso grizzly anduviera por las inmediaciones del bosque; pero solo se trataba de Derek Witton llegando al orgasmo tras dos semanas y media de abstinencia.

Incluso después de terminar, se quedó apretándome con fuerza, sudando y jadeando durante casi dos minutos hasta que tuvo la fuerza suficiente para hacerse a un lado entre las mantas de piel.

Yo también estaba acalorado, sudado y jadeante; pero no había sido yo él que se había vuelto completamente loco. Derek se había quedado helado un par de segundos nada más verme, con los labios entreabiertos y un extraño brillo en los ojos. Yo creía que se debía a la cena sorpresa que le había organizado. Nada especial, un par de velas, vino y algo de comer.

Pero Dek había tomado una profunda respiración, bajado la mirada a mi cuerpo ya desnudo bajo una bata negra y, como un puma salvaje, se había lanzado sobre mí,

besado sin parar, metido mano hasta el fondo e insistido en darme la vuelta para tener sexo contra la pared.

Allí mismo, mientras la cena se enfriaba.

—Uff... Joder, Dios, que puta pasada —dijo Derek, aun resoplando de vez en cuando tras lo que, en menos de veinticuatro horas, ya había sido nuestro cuarto polvo. Ladeó el rostro para mirarme, tragó saliva y siguió respirando agitadamente por la boca mientras añadía —: Casi me había olvidado de lo increíble que eres, Will.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—¿Lo qué?

—Que casi te hayas olvidado.

—Mmh... pues... —lo pensó mientras alargaba un brazo y me atraía a su lado. Solo cuando le abracé y él pudo limpiarse el sudor del rostro en mi mejilla, continuó —: A veces con la distancia, es difícil recordar cómo es esto. Lo intenso que es nuestro vínculo y las cosas que me hace sentir. Es como recordar un sueño, ¿entiendes? Un gran sueño, el sueño perfecto, donde eres increíblemente feliz, pero es eso, un sueño que tratas de recordar una y otra vez. Al final, te preguntas, «¿de verdad era tan, tan bueno como crees?». «¿De verdad era tan maravilloso o solo lo recuerdas así?» Y entonces te veo y... joder, es incluso mejor. —Me apretó con más fuerza y gruñó, volcándome para hundirme bajo su cuerpo y su peso —. Eres todo lo que necesito, Will, eres la persona que el universo ha creado para mí. Mi almaaaa geemeelaaaaa.

Dek quiso decirlo en broma, dándole un tomo fantasmagórico y dramático, pero yo creía que era cierto. Yo creía que Derek Witton era mi alma gemela.

—Nosotros lo llamamos «estar predestinados», pero es una expresión algo desfasada y ninguno de los jóvenes lo dice ya —continuó, encerrándome en esa burbuja de mantas de piel, la calidad de su cuerpo y su agradable olor a sudor. Al terminar la semana, llevaría conmigo aquel aroma de vuelta a Greyfalls, junto con una nueva colección de arañazos y mordiscos; como el que ya me había hecho en el cuello—. Antes se diferenciaban, ¿sabes? Las parejas que tenían el vínculo de las que no, a unas se las llamaba «compañeros» y a los otros solo «pareja» o «novios». Todavía hay quien lo hace, pero a mí me parece frívolo y maleducado sugerir que la pareja de alguien es menos importante o intensa que tu «pareja especial».

—¿Es una costumbre de los Witton? —pregunté, porque cuando hablaba de esas cosas tan raras, solían tener que ver con las extrañas tradiciones de su familia.

—Sí, es una cosa nuestra, de los Witton y las demás familias que son como nosotros —sonrió, buscó mis labios y los besó un par de veces antes de frotar su nariz contra la mía—. Pero ocurre muy pocas veces, Will. Encontrar a tu compañero es... casi un milagro. No significa que no puedas llegar a amar a alguien —añadió, resoplando y poniendo los ojos en blanco—. Mis padres no están predestinados y se quieren muchísimo. Pero ninguno de los dos sentirá jamás lo que yo siento a tu lado. ¿Entiendes? —Me miró fijamente a los ojos y casi pude sentir la corriente eléctrica que manó de ellos—. No pueden ni imaginarse lo intenso que es lo que tú y yo compartimos.

Asentí, llegando a rozar mi frente contra la suya. Pero había una duda rondando mi mente.

—¿Así que crees que soy tu «compañero»?

Dek se rio.

—No, no lo creo. Lo sé. ¿Tú no lo sientes, Will?

—Siento que te amo con toda mi alma, pero no sé si yo te amo más de lo que otra persona podría llegar a amar a su... novio, o marido.

—Ya, pero eso no lo sabes porque nos hemos conocido muy pronto —respondió—. No hemos tenido otras parejas y no tenemos con qué comparar. Es como cuando follamos.

Solo lo hemos hecho entre nosotros, así que no sabemos si es mejor o peor que con otros. ¡No me entiendas mal, Will! Ni te imaginas lo mucho que me gusta hacerlo contigo, pero... Sant y Liam siempre se ríen de mí. Dicen que me tienes «domado».

—Sant y Liam pueden meterme en su puta vida y dejar de decir gilipolleces sobre las que no tienen ni la más remota idea. Si creen en el «amor libre» y en no ducharse, es su puto problema. Tú eres *mío*, y punto.

Mi tono fue duro y seco y, junto con mi voz grave, sonó bastante intimidante. Además de que yo no solía decir palabrotas y, si las decía, era porque el tema me molestaba especialmente.

Derek se quedó sin habla, parpadeó y, de pronto, puso la sonrisa más tonta del mundo mientras se agitaba un poco y gruñía por lo bajo.

—Joder, Will... cuando te pones así, me... buff... —terminó resoplando antes de besarme con pasión—. Me encanta que seas tan tranquilo, pero me gusta más cuando te sale el carácter. ¿Es eso raro? Quizá solo me ponga muchísimo verte celoso.

—No estoy celoso —le corregí—. Solo digo que esos dos amigos tuyos y sus ideas hippies, no me gustan.

Dek estaba demasiado ocupado abrazándome, pegándose a mí y hundiendo su rostro en mi cuello como para responder al momento, pero, cuando lo hizo, dijo:

—Son solo dos amigos, Will. Son divertidos, siempre van a las mejores fiestas y conocen a un montón de gente.

—Son drogadictos y comunistas.

—Vale, ahí has sonado como tu padre y no me ha puesto nada —murmuró, apartando la cara de mi cuello para mirarme a los ojos. Tenía el pelo revuelto, la barba más larga y estaba tan guapo que dolía verle—. Fuman marihuana, ¿y qué? —se encogió de hombros—. Ni te imaginas la de gente en la universidad que lo hace. Y sus ideas políticas son cosa suya. A mí no me parece mal que estén a favor de una sociedad más igualitaria y en contra de la guerra.

Tensé la mandíbula, entreabrí los labios, no dije nada, tragué saliva y volví a intentarlo:

—Dek... ya te convencieron para fumar porros. Me da miedo que también te convenzan para tener tres novias, como tienen ellos.

Derek tomó aire y miró hacia arriba, hacia el chisporroteante fuego de la chimenea. Su expresión era de aburrimiento, porque era algo que ya habíamos medio hablado por teléfono un par de veces aquel mes. Todo había empezado con un casual: «¿Sabes qué, Will? Liam me dio un par de caladas para probar y no estaba tan mal. Después me entró un montón de sueño, estaba mareado y no pude estudiar, pero ellos siempre van fumadísimos a los exámenes y sacan muy buenas notas. Dicen que les ayuda. No tengo ni puta idea de cómo lo hacen».

Yo no era el padre de Derek, ni quería serlo. No quería ser esa persona que le dijera lo que podía o no podía hacer con su vida; pero saber que había empezado a consumir drogas no me había gustado nada. Nada en absoluto. Y me daba igual «que todos las tomaran allí».

—Will, yo no voy a tener tres novias porque, primero, no las quiero; y, segundo, no las necesito; y, tercero, sería más fácil llegar a la luna andando que convencerte a ti de participar en una relación poliamorosa. —Bajó la mirada a mis ojos y añadió—: porque no me imagino un mundo en el que no te ame más que a nadie.

Sentí un calor en el pecho y un cosquilleo en el estómago. Nada nuevo después de tres años enamorado, fascinado y hechizado por Derek Witton.

Así que cogí aire y le abracé para pegarle a mí.

—Ahora que has sacado el tema... —susurró en mi oído—. ¿Has vuelto a ver a Neil?

Abrí los ojos y miré el techo a dos aguas de la cabaña.

—Una vez o dos en el bar —respondí.

– Aha... ¿Y te dijo algo?

– No. Solo nos saludamos con la cabeza.

– Así que ahora te saluda...

– Es el hijo del sheriff, creo que solo es educado. Saluda a todo el mundo y siempre bromea con Cindy y Pearl, las camareras. Están bastante enamoradas de él.

– Sí, Neil es muy encantador, y muy listo para lo que quiere –murmuró Dek, apretándome con fuerza entre los brazos–. La próxima vez que le veas, ¿puedes decirle algo de mi parte?

– Si quieres decirle algo, ¿por qué no se lo dices tú cuando les visites este mes?

– Porque no es una visita social, Will. Solo voy en la luna llena porque tengo que hacerlo. Es una obligación.

Tras un par de segundo, murmuré un bajo:

– Claro. –Gente extraña con sus extrañas costumbres.

– Pues si vuelves a verle, puedes decirle que, como te toque, voy a ir hasta allí y le voy a pegar tal paliza que el próximo vehículo que conduzca será una silla de ruedas. ¿De acuerdo?

Le acaricié la espalda y asentí, aunque solo para que se relajara. Desde que le había hablado de mi visita al pozo que se había derrumbado, lo raro que me habían tratado su familia y el sheriff, y la consecutiva visita de Neil al taller; Derek andaba un poco irascible y nervioso con todo lo relativo a los Witton y la granja.

Insistía en que me pusiera la ropa que me había dejado, o que llevara alguna prenda suya escondida dentro del mono de trabajo o la cazadora. Yo creía que me lo pedía como algo simbólico, un recuerdo; pero, por alguna razón, no dejaba de pensar que debía de haber otra razón detrás de aquello. No era normal que, al final de todas sus visitas; y especialmente antes de despedirnos aquel fin de semana, siempre me diera una prenda de ropa especialmente usada, como si hubiera estado durmiendo con ella todos los días.

– Póntela –dijo, aunque sonó casi como una orden.

Entonces, se señaló el gorro de trampero que llevaba en la cabeza, mi gorro de trampero, para demostrarme que él también llevaba puestas mis cosas. Extrañas costumbres de los Witton y sus «compañeros», supuse.

– Sí –murmuré, acercándome para darle un último beso lento y suave.

Después de un mes sin verle, un fin de semana sabía a muy poco. Él se apartó, creyendo que ya era momento de irse, pero yo le rodeé la cadera y le obligué a besarme un poco más. Derek sonrió. Le encantaba que hiciera aquello.

– Ey, Will... –murmuró, rozando su nariz contra la mía–. La semana que viene vuelvo. Es el cumpleaños de tu padre, ¿recuerdas?

Asentí, pero no consiguió que me alejara. Por un momento, pensé si todo el mundo lo pasaba tan mal lejos de sus parejas. Pensé en si todos sentían que les faltaba algo dentro. Pensé en si aquella tortura de la universidad merecería la pena.

Esperaba que sí.

Derek volvió cada fin de semana de febrero, marzo y abril. No siempre a *The Hollow Groove*, porque era caro y, según me dijo, su padre le estaba enviando un poco menos del dinero acostumbrado. Que viniera a casa no era lo mismo que tenerle desnudo entre pieles y frente a una hoguera, pero seguía siendo mil veces mejor que no tenerle. Aunque allí no pudiéramos tener tanto sexo como nos gustaría, siempre encontrábamos la manera de disfrutar el uno del otro.

En Mayo me dijo:

– Liam y Sant me han hablado de un festival de música este fin de semana. Será al aire libre, con acampada, buena comida y un montón de drogas que, te juro, no voy a consumir. Solo un porro o dos. ¿Qué te parece?

—Me parece que tienes muchas ganas de ir —respondí, mirando el suelo sucio del despacho del taller.

—La verdad es que sí —se rio—, entonces, ¿vamos?

Yo no quería ir y no tenía ganas de conducir cuatro horas ida y vuelta a la ciudad para escuchar música de tambores y ver cómo la gente consumía drogas y se toqueteaba. Llevaba toda la semana cargando piezas y reparando viejos tractores para la puesta a punto de antes de la siembra. Lo único que deseaba era una cerveza fría, un pitillo y poder abrazar a Dek por la espalda mientras mirábamos la televisión por satélite.

—Claro —respondí—. Si te hace mucha ilusión, vamos.

—No suena que a ti te haga ilusión.

—Estoy un poco cansado y nunca he ido a ningún festival, así que no sé qué esperarme.

—Pues seguro que te diviertes más de lo que crees.

No lo hice. No me gustó nada de lo que pasó allí: no me gustó la música, no me gustó la gente, no me gustaron los discursos, no me gustó el lugar dónde se celebraba y, sobre todo, no me gustaron los amigos de Derek.

No quería sonar como mi padre, porque yo no estaba tan cerrado de mente y chapado a la antigua... pero aquellos eran una panda de putos hippies sucios, drogadictos y desmelenados que no sabían nada de la vida ni del trabajo duro. Hablaban de la libertad, de la libre-elección y del amor, pero todos venían de familias acomodadas y a las que nunca les había faltado de nada. Consumían drogas diciendo que deseaban trascender a mundos espirituales y entrar en comunión con la naturaleza y las energías; pero yo solo les veía colocarse, bailar y follar entre ellos. Las mujeres podían tener novias y novios y participar en toda clase de relaciones; pero cuando Derek me presentaba como su «compañero espiritual», algunos hombres nos dedicaban sonrisas frías y una mirada que, aunque enmascarada, seguía siendo de desaprobación y asco. Uno de esos hipócritas amantes de la paz y el amor al que no le hizo demasiada gracia conocerme, fue a Liam. A mí tampoco me hizo gracia conocerle a él, porque era todo lo que me imaginaba que sería. A Sant, sin embargo, no le vi mucho, porque al parecer tenía muchas ganas de hacer comunión con la madre tierra gracias al LSD y el sexo desenfrenado.

—Así que tú eres el famoso Will, eh. Con ese nombre «will», como el futuro, tan... lleno de posibilidades y determinación, me esperaba otra cosa. No te ofendas, hermano, pero pareces sacado de lo más profundo de las construcciones sociales de lo que debe ser «un hombre». Eres... demasiado cliché. Un arquetipo de lo que está mal y es tóxico en esta sociedad. La personificación de la masculinidad más cerrada y opaca...

Todo esto fue lo que me dijo a la cara nada más conocerme, segundos después de que Dek y yo nos acercáramos al grupo.

—Es verdad, Will. Que vean la maravilla que escondes —dijo Derek, con un brazo alrededor de mis hombros y su otra mano ya desabrochando los botones de mi camisa de franela a cuadros rojos y negros. Ese era mi concepto de «moderno».

Cuando tuve el abdomen y el pecho al aire, Derek le dio una leve caricia, pasando la mano por el vello negro que cubría los músculos y la piel pálida. Yo trabajaba mucho en el taller y, aunque no estuviera tan definido como Dek, también estaba muy fuerte. Sin pensar en que había bastante gente delante y alrededor, mi «compañero espiritual» me dio un beso en los labios, terminando por morderme el inferior antes de separarse, gruñir y sonreír.

Me sentí terriblemente incómodo y empecé a ponerme tan colorado como mi camisa. Quizá allí las mujeres y los hombres se besaran entre ellos delante de todos, pero de donde yo venía, eso seguía siendo un tabú.

Algunos de ellos, sin embargo, se rieron, silbaron con excitación, pidiendo más, o soltaron un «oh...» como si hubiera sido un momento bonito y tierno. Liam no hizo nada ni dijo nada, porque Liam creía en el amor libre, pero era un celoso. Liam creía en el comunismo, pero lo quería todo para él.

Liam era un mentiroso, un traidor, un ladrón y un asesino.

Sería fácil buscar un culpable, señalar con el dedo a las personas que hicieron que Derek se perdiera en la oscuridad y se consumiera. Pero también sería injusto. El único culpable de que Derek se perdiera, fue el propio Derek.

Las personas como Liam, tan solo le ayudaron.

1972 - 1973

En el mes de los exámenes finales, antes del verano, fui a verle un par de veces a la ciudad. Empezaba a hacer mucho calor y había dado por hecho que no le vería hasta que terminara el curso, pero Dek me había llamado la primera semana y me había dicho:

—Te necesito conmigo.

Así que cogí mi vieja furgoneta y me fui directo al campus. Aún recordaba su habitación en la residencia, a la que llamé dos veces antes de quedarme esperando con las manos en los bolsillos del vaquero. Un Derek de barba espesa y pelo revuelto y ya bastante largo tras unos meses sin cortarlo, me abrió la puerta.

Solo llevaba puestos unos calzones, los cuales no hacían mucho por contener el bulto carnoso y de punta mojada que sobresalía muy marcado sobre la tela blanca. El resto de su cuerpo grande, musculoso, de piel tostada y vello rubio estaba completamente al descubierto y perlado de una fina capa de sudor que olía de una forma deliciosa. Los ojos le ardían como dos hogueras de oro puro y un gruñido brotó de entre sus dientes de grandes colmillos:

—Will...

Con cierta violencia, me agarró de la camiseta y tiró de mí al interior. Tras un polvo bastante salvaje, dejó de gruñir como un animal para, simplemente, quedarse jadeando a la altura de mi cuello. Yo tenía la cabeza recostada contra el colchón y todavía apretaba las mantas deshechas entre los dedos cuando me preguntó:

—¿Te hice daño?

—No —murmuré apenas sin voz.

—¿Seguro?

—Estabas muy mojado. Entró bien —me esforcé en decir mientras Dek se inclinaba lo suficiente para darme un beso en la mejilla, aunque sin salir de dentro de mí.

Con un casi inteligible «bien», tomó una bocanada de aire y me abrazó por la espalda; pegándose tanto a mí como pudo. Tras un par de minutos, le pregunté:

—¿Estabas demasiado cachondo?

Dek gruñó una afirmación.

—Fui un gilipollas —me dijo—. Mañana es luna llena, así que te empecé a echar mucho de menos y a pensar en la granja, entonces me puse tu camiseta y te olí y me olí y... ya sabes —suspiró—. De pronto estaba cachondo de cojones, pero tú estabas lejos y yo tenía que estudiar y no te iba a ver en todo lo que quedaba de putos exámenes. Me puse triste y furioso y se me ocurrió la brillante idea de fumarme un porro. —Ahí se detuvo, porque no necesitó explicarme lo que pasaba cuando fumaba y estaba cachondo, enfadado y triste. Una mezcla que ya me había producido algún que otro dolor de trasero aquel año.

—No pasa nada, Dek —murmuré—. Sabes que puedes llamarme siempre que quieras.

—No es eso, Will... —levantó la cabeza del hueco de mi cuello y me dio un beso en la nuca. Sin separar mucho los labios de allí, me explicó—: No puede ser que yo haya tomado la decisión de venir aquí y que seas tú el que tenga que dejar el trabajo cuando a mí me apetezca, conduciendo cuatro horas ida y vuelta para que me desahogue porque soy un puto gilipollas sin autocontrol.

Sonreí, pero él no pudo verlo. Así que moví la mano sobre el colchón y entrelacé nuestros dedos.

—Creo que solo se te juntaron demasiadas cosas —le dije—. Y no me importa conducir cuatro, ocho, veinte o cien horas si me necesitas a tu lado.

Derek frotó su rostro contra mi pelo y volvió a suspirar.

Hubiera sido un momento íntimo y romántico si no hubiera sido por el repentino retumbar en la puerta que nos interrumpió. Me puse muy tenso y nervioso y traté de quitarle de encima lo antes posible para que no entrara nadie y nos viera... así; pero Derek me detuvo usando un poco la fuerza y susurró un suave: «Ssh... tranquilo». Ni siquiera me la sacó de dentro antes de gritar:

—¿Qué cojones quieres?

—¿Derek? ¿Qué pasó?, ¿te estabas follando a un oso pardo o qué coño era ese ruido de antes? —Risas de grupo. Otra voz que decía—: ¿Es tu novia esa del pueblo? ¿No será en realidad un puma de monte con vestido, por eso siempre hueles a fiera? —Más risas—. ¿Nos la presentas? Puedo bajar al comedor y coger algo de carne cruda para ella.

Dándose por satisfechos con aquello, volvieron a dar un par de golpes a la puerta y se alejaron por el pasillo, manteniendo una conversación que no fuimos capaces de escuchar.

Derek se volvió a dejar caer con todo su peso sobre mí y cerró los ojos.

—Y yo que pensaba que los chicos de la granja eran subnormales... —murmuró.

—¿Les has dicho que tenías una novia en el pueblo? —pregunté.

—No, lo que les dije fue que yo ya tenía pareja. Ellos asumieron que era una mujer.

—Es lo normal.

—Lo normal para vosotros —respondió, no sin cierta amargura en la voz—. Estoy un poco cansado de tener tanto cuidado al hablar de ti. Y ya sabes lo mucho que me gusta hablar de ti. —La verdad era que yo no sabía lo mucho que a Derek le gustaba hablar de mí, porque no me imaginaba lo que podría decir de alguien tan serio y aburrido como yo—. Esto no pasaba donde me crié o incluso en la granja, allí podía decir: es jodidamente guapo, es jodidamente enorme, huele jodidamente bien, me vuelve jodidamente loco y, además, la tiene jodidamente grande.

Por alguna razón, eso me hizo sonrojarme un poco.

—¿Así es cómo me describías al principio?

—No, Will, así es como te describo siempre.

Cerré los ojos y negué con la cabeza.

—Pero aquí solo puedo decir: me gusta mucho, estamos muy bien juntos, le quiero. Y aún así, hay algunos que no lo pillan y que siguen insistiendo.

Abrí los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Nada —murmuró. Se quedó callado, pero no tuve que insistir, solo esperar un poco a que añadiera—: a veces, no todos, pero a veces alguien siempre intenta ligar conmigo. Las mujeres se ríen y se hacen las tontas para que me las lleve a la cama, después mis amigos me preguntan por qué no lo hago, y les digo que yo ya tengo a alguien y entonces bromean. Nunca lo sabrá, no pasa nada. La universidad es para esto, para divertirse sin complicaciones. Es solo un amor adolescente, ahora eres un hombre. Sabe que eres demasiado guapo para dejarte solito en la gran ciudad. Si de verdad le preocupara que no lo hicieras, estaría aquí vigilándote... esas cosas.

Sentí una presión en el pecho que, incluso al respirar, me apretaba las costillas y me ahogaba.

—Liam y Sant dicen que me estoy perdiendo la oportunidad de vivir la vida —me dijo—. Que sigo anclado a ti y no eres más que un peso muerto que me hunde. Que un día me despertaré a tu lado con cuarenta años y me preguntaré por qué no hice todo lo que quería hacer cuando aún podía.

—¿Y tú qué piensas? —conseguí decir sin que la voz se me quebrara.

—Quiero pensar que no es cierto.

Sorbí por la nariz y parpadeé. Tenía los ojos húmedos, pero no quería que él lo viera.

—Dek —le dije—. Yo te querré siempre, de una forma u otra. Pero si piensas que soy un lastre en tu vida, prefiero que me lo digas.

—No, no es eso. Yo... —perdió la voz.

Él se levanta, sale de mí y se sienta en el borde de su cama deshecha. Está desnudo, tiene el pelo revuelto, huele a sudor y es el hombre más guapo que veré jamás.

Yo tengo diecinueve años y están a punto de romperme el corazón.

Los ojos se le humedecen y no es capaz de mirarme. Me dice que lo siente, que no sabe lo que quiere. Dice que me amaré siempre. Me dice que a veces se pregunta si ha escapado de su familia y su destino para después estar pasando por lo mismo conmigo. Me dice que soy la persona que más le importa en el mundo. Me dice que no quiere despertarse una mañana con cuarenta años y arrepentirse de haberse quedado a mi lado.

Me dice que ha besado a un par de personas para saber lo que se sentía.

Me dice que lo siente.

Yo no digo nada. Me levanto de la cama, me visto y me voy.

Quizá era solo yo el que sufría así, pero me gustaría pensar que no. No podía ser la única persona en el mundo que sintiera que le habían desgarrado por dentro, quemado, echado ceniza ardiendo y vuelto a desgarrar los restos. No podía ser el único hombre en el mundo al que le hubiera roto el corazón y no hubiera podido dejar de llorar en las cuatro horas de camino hasta su casa. El único ser humano que se hubiera tirado en cama, se hubiera abrazado a sí mismo y se hubiera quedado así un día entero. Quería creer que eso le pasaba a mucha gente a la que habían decepcionado y traicionado como a mí. De dentro afuera y sin previo aviso.

Fue ese pensamiento, entre otros, el que me ayudó a levantarme, darme una ducha e irme a trabajar al taller. El dolor no cesó, ni ese día, ni el siguiente, ni el siguiente a ese. No cesó en toda la semana, ni en todo el mes; pero si se fue convirtiendo en un sentimiento tan habitual en mi vida que, simplemente, me fui acostumbrando a él. En agosto ya solo me quedaba en el porche, fumando y bebiendo cerveza, pero sin llorar. En septiembre fui capaz de volver a hacer algo más que ir del trabajo a casa y de casa al trabajo. Volví a pasarme por el bar e incluso cené allí un lluvioso viernes de octubre. Tomé una hamburguesa doble, miré el partido y fumé un cigarro con el café.

Carol me preguntó dónde me había metido todo aquel tiempo. Sonrió y me dijo que me habían echado de menos. Eso me hizo sentir bien, así que volví al siguiente viernes. Me senté en la esquina de la barra y esperé con la mirada perdida en el televisor a color. Por un momento recordé a mi viejo diciéndome: «en mi época eran todos los programas en blanco y negro. Así que todas las mujeres que salían eran rubias o morenas». Eso me hizo sonreír un poco.

—Hola, William.

Bajé la mirada y perdí la sonrisa al momento. A mí lado estaba Neil Witton, el hijo del sheriff. No llevaba el casco de moto pero sí las gafas de espejo, en las cuales, se reflejaba mi rostro y mi cuerpo todavía cubierto por el mono de trabajo.

—¿Te importa si me siento? —preguntó, señalando el taburete de cuero rojo que había a mi lado.

—¿Ocurrió algo, agente?

—No, no, solo te vi y me acerqué a saludar —sonrió. Tenía los colmillos más grandes que el resto de los dientes y eso me produjo un pinchazo de angustia en el pecho—. Hace tiempo que no te veo por el pueblo.

– He estado distraído.

Neil asintió, pero no tuvo tiempo a responder antes de que Wendy, la nueva camarera, llegara corriendo para tomarle pedido. Tenía dieciocho años recién cumplidos, el pelo anaranjado, el rostro pecoso y los ojos azules. Sonreía mucho y había dejado de atender al señor y la señora Vicent para prestarle toda su atención al guapísimo agente de policía.

– Yo tomaré el especial de la casa y una cerveza. ¿Tú, William?

– Hamburguesa doble con queso y cerveza, por favor.

– Ahora mismo, chicos – dijo ella, guiñándonos un ojo antes de mirar a Neil, sonreír más y fijarse en lo mucho que se le abultaba el bíceps bajo su camisa gris del uniforme. Empezando a sonrojarse tanto como el color de su pelo, agachó la cabeza y salió a paso rápido en dirección a la cocina.

– Creo que le gustas bastante – le dije a Neil –, y para que yo me dé cuenta, es que debe de ser muy obvio.

El agente me miró tras sus gafas y, tras quedarse mascando un poco más su chicle, volvió a sonreír.

– Sí, es bastante obvio. – Mascó un par de veces más –. ¿Qué tal el taller?

– Bien – asentí –. ¿Qué tal en... la policía?

Si Neil Witton no conocía mis dotes sociales y mi facilidad de palabra, sin duda ya se estaría haciendo una idea aproximada de lo que era mantener una conversación conmigo.

Sin embargo, a Neil se le saltó la risa y llegó a poner otra sonrisa; esta vez más amplia, mostrando más dientes e incluso parte del chicle que mascaba. Girándose un poco hacia mí en el taburete, se llevó la mano a las gafas y se las quitó. Sus ojos eran como zafiros repletos de matices, desde el azul profundo del mar al azul claro del cielo, brillantes, intensos y, como los de todos los Witton, con algo salvaje, peligroso e intimidante.

– Pues en la policía bien – respondió, guardándose las gafas en el bolsillo de su camisa con placa –. No es un trabajo tan emocionante como se piensa la gente. Todo a lo que me dedico es a patrullar, llevarme borrachos a sus casas y poner alguna que otra multa de tráfico. Esto es Greyfalls, después de todo.

– ¿Ningún gran misterio que resolver?

– Mmh... – murmuró él, moviendo los envases de ketchup y mostaza para hacerse un poco más de hueco en el que apoyar los brazos –. Hay algunos misterios, pero nada como en las películas o la televisión. ¿A ti te gustan los misterios, William?

– Mucho – reconocí –. Siempre tengo alguna novela negra en el taller, para los tiempos muertos en los que no hay trabajo. Agatha Christie sobre todo, no porque me guste en especial, sino porque es la que más tiene Joe en la tienda.

– ¿Joe Sweyer, el del anticuario?

Asentí.

– ¿Vas a comprar libros a un anticuario? – eso pareció resultarle especialmente curioso y especialmente divertido.

Asentí de nuevo, pero añadiendo un poco más de información al respecto.

– Mucha gente le vende los muebles o le lleva cajas de cosas sin mirarlas antes. Normalmente hay muchos libros viejos que nadie quiere, así que yo se los compro a precio de coste y me los llevo al taller, donde no importa que se manchen con aceite o se rompan. Después los tiro – y me encogí de hombros.

– Vaya... – Neil volvió a sonreír. No era tan extraño porque, aun siendo un hombre más bien serio, siempre le sonreía educadamente a todo el mundo. Era uno de los pocos Witton que lo hacían –. Pues si hay un gran asesinato en Greyfalls, ya sé a quién llamar para que me ayude a investigarlo.

Sonó estúpido e incluso infantil, como lo que le dirías a un niño, pero aún así me arrancó una levísima sonrisa de los labios.

—No hay mayordomos en Greyfalls —murmuré, echando un vistazo a la televisión—. Y ese es siempre mi primer y único sospechoso.

—No te gustan los mayordomos. Entendido.

Volví a mirarle, pero más bien por el borde izquierdo de los ojos y sin apartar la vista del frente. Neil se quitó su gorra de policía y la dejó a un lado de la barra, pasándose una mano por su media melena.

—¿Quién es tu sospechoso habitual, Neil? —le pregunté.

—Maridos borrachos y celosos, mujeres borrachas y celosas, novios borrachos y celosos... —enumeró, moviendo la cabeza de lado a lado de tal forma que un mechón se le empezó a caer por la frente—. El alcohol y los celos han matado a mucha gente —concluyó antes de pasarse la mano por el pelo para quitárselo del rostro.

—Los celos son algo jodido —murmuré, mirando de nuevo el televisor a lo lejos, colgado en la esquina del local.

No lo vi, pero pude oír a Neil bufando y asintiendo a mi lado.

—Los Witton sabemos mucho de eso —me aseguró con un tono algo más grave, quizá incluso oscuro.

En ese momento llegó Wendy, menos sonrojada pero igual de nerviosa que cuando se fue. Sin dejar de mirar los platos de comida, nos los puso delante y susurró un rápido: «que aproveche, chicos», antes de marcharse. Neil puso su sonrisa educada, pero intentó esconder los ojos de ella con un fingido gesto de rascarse las cejas. Cuando la muchacha se fue, él no giró el rostro para mirarle el culo apretado bajo sus vaqueros.

Eso me sorprendió, porque todos lo hacían.

Neil se quitó el chicle y usó una servilleta para envolverlo antes de llevarse un par de patatas fritas a la boca. Las masticó tranquilamente y sin dejar de mirarme.

—¿Tú eres muy celoso, William? —me preguntó.

Dejé la hamburguesa en el plato tras darle un buen mordisco y me miré la mano manchada de ketchup. Con tranquilidad, fui en busca de una servilleta que Neil tuvo el detalle de acercarme. Me pasé la lengua por el borde de los labios, también manchados, y finalmente dije:

—Sí, supongo que sí. No soy de los que matan por ello, pero me gusta que mi pareja me dé cosas que no le dé a nadie más.

—¿Como sexo? —Neil conseguía hacer esa clase de preguntas de una forma casual, casi anecdótica, por eso casi nunca te dabas cuenta de lo que hacía.

Comía sin pausa, te miraba, hacía preguntas y esperaba a que respondieras.

Yo le miré de vuelta y me quedé callado, compartiendo una silenciosa mirada de aquellos ojos tan azules y brillantes.

Normalmente, le hubiera dado la respuesta que todo hombre de Greyfalls daría:

—Sí —sonrisa y guiño de ojos—. Sobre todo sexo del bueno.

Pero lo que dije fue:

—Me gusta mucho el sexo, pero hay otras cosas que también me gustan mucho.

Él asintió. Ya no sonreía.

—¿Y qué piensa Derek de eso?

Ahí estaba. El momento que había estado esperando desde que Neil se había sentado a mi lado. Bajé la mirada a la hamburguesa entre mis manos. Entreabrí los labios, pero nada salió de ellos. Luché porque los ojos no se me humedecieran una vez más. No allí, delante de todos.

—Ya no sé lo que piensa Derek —consegui decir, tan bajo que estuve seguro de que no había podido oírme entre el murmullo de las conversaciones que llenaban el bar; pero lo hizo.

Con una mueca de asco que nunca le había visto en su atractivo rostro, tiró al plato un par de patatas que aún le quedaban en la mano y se las limpió con otra servilleta.

—Perdona, William —me dijo—. Ya lo sospechaba, pero tenía que confirmarlo. Lo siento mucho.

Negué con la cabeza y fingí que todo estaba bien. Que yo estaba bien. Le di un mordisco a mi hamburguesa y me supo a ceniza y grasa.

De pronto, había una mano apretando mi hombro y unos ojos extrañamente azules que me observaban como si pudieran ver dentro de mí.

—Nos traicionó a todos, William. Traicionó a su familia y después te traicionó a ti. No se merece nada.

Eso no me hizo sentir mejor. Quizá Neil lo supo, porque me dio otro apretón antes de retirar la mano y volver la vista a su perrito caliente a medio comer.

—¿Y cuál de las novelas de Christie te gustó más? —me preguntó.

Y, como si no hubiera pasado nada, le respondí. Lo hice aquella vez, y la siguiente, cuando volvimos a encontrarnos en el bar; y, desde entonces, cada viernes, cuando nos reuníamos para cenar, tomar una cerveza y charlar. También lo hice cuando trajo su Harley al taller para una revisión después de dos meses conociéndonos, y cuando le sorprendí comprando en la tienda de la señora Millers a mediados de febrero.

—Se me hace muy extraño verte sin el uniforme —reconocí, porque Neil y yo ya habíamos hablado bastante y le consideraba un buen amigo.

El joven se pasó una mano por su media melena parda y sonrió. Seguía con un chicle en la boca y las gafas de espejo, porque eso nunca cambiaba, pero el resto de él sí lo había hecho: cazadora vaquera con forro de oveja, camisa de franela y vaqueros gastados con botas de montaña.

—A veces no estoy de servicio, William —me dijo—, y me visto como una persona normal.

—¿No te sientes desprotegido sin tu arma? —eso era una broma.

—Yo siempre voy armado, William.

Miré hacia abajo, hacia su cintura bajo la cazadora, pero no encontré nada, solo un bulto sobresaliendo de la tela vaquera de sus pantalones, justo por debajo de la cremallera. Al momento parpadeé y busqué cualquier otra cosa que mirar.

—¿Armado con qué, con cerveza? —pregunté, señalando el pack de cervezas que llevaba colgado de la mano.

—Sí, con cerveza... —masticó el chicle un par de veces en silencio, pero terminó por encogerse de hombros—. Se acerca la luna llena y la cerveza me ayuda.

Arqué un poco las cejas en una de las muecas más expresivas que se podían apreciar en mi rostro normalmente.

—Creía que solo... —me detuve. Había llegado el momento de poner a prueba si nuestra relación había avanzado tanto como para poder tratar temas más complicados. Con determinación, me incliné un poco sobre él y bajé la voz para decir—: Creía que solo os poníais muy cachondos.

Neil sonrió un poco más, mostrando parte de sus grandes colmillos.

—También —murmuró—. Bastante cachondos. —Se detuvo, quizá valorando la misma duda que yo había tenido antes. Cuando se inclinó hacia mí, me miró por el borde superior de los ojos y por encima de sus gafas de espejo, sus ojos azules brillaban con luz propia y tenían un *algo* salvaje—. Llevo dos días follándome tan fuerte la almohada que tengo miedo de que se quede preñada.

Bufé y sonreí. Sí que habíamos llegado a esa clase de intimidad compartida. La verdad, me alegraba.

—Me suena eso —reconocí.

Neil levantó la cabeza para recuperar la postura. Mascó su chicle con una fina sonrisa en los labios y casi gruñó al preguntarme:

—¿Sí?

Tomé una bocanada de aire y eché un rápido vistazo al resto de la tienda. No había mucha gente a esa hora y nosotros estábamos lo suficiente lejos, al final del pasillo, para que nadie pudiera oírnos.

—Sí... —murmuré, aunque mi tono había sonado más cansado que otra cosa—. Hubo un tiempo tras... —ya habían pasado siete meses y todavía me costaba—, tras Derek, en el que no sentía nada. Pero hace un par de semanas, me volvió todo de golpe. Pensé incluso en... —y me callé, sintiendo el inicio del rubor en mis mejillas. Con suerte, Neil creería que era debido al frío y no a la vergüenza.

—William —me dijo en ese mismo tono bajo—. Con que no sea nada ilegal por lo que tenga que detenerte, puedes contarme lo que sea.

—No, no es nada ilegal —un risa tonta brotó de mis labios y recorrí de nuevo la tienda con la mirada.

—Oye —dijo entonces, dando un paso para acercarse y, lentamente, pasar su brazo por encima de mis hombros—. ¿Por qué no vamos a tomar una copa y me lo cuentas?

—¿Al *Chips*? —la cafetería de siempre.

—No, me refería a algo más como el *Grezzly*.

Arqué las cejas y giré el rostro hacia él. Estaba muy cerca, más cerca de lo que nunca había estado de mí. Podía captar a la perfección su olor a sudor, ese que todos los Witton parecían poseer. Algunos en el pueblo decía que no se lavaban, pero a mí me parecía algo diferente; porque no olía mal, solo cálido e intenso.

—Amh... tengo veinte años, Neil —le recordé—. Todavía no puedo ir al *Grezzly*.

El *Grezzly* era un bar de carretera a mitad de la ruta catorce, a veinte minutos del pueblo. No era gran cosa, pero servían alcohol fuerte y ponían música suave. Era la clase de bar al que ibas cuando querías emborracharte o, como mi viejo, al bar que ibas cuando querías encontrar «a una amiga para la noche».

—Oh, es verdad —dijo, levantando un poco la cabeza mientras me daba otro apretón en el hombro—. No sería bueno que el hijo del sheriff llevara a un menor allí. Bueno, entonces tendremos que bebernos esto —concluyó, levantando la mano con el pack de cervezas. Me soltó y fue a coger otro pack del estante—. Y esto.

¿Dónde? Al parecer, en su coche, un Chevrolet Bel Air del 59 color azul claro con capota blanca. Le hice algún comentario sobre él, diciéndole, en broma, que debería llevarlo al taller porque a mi viejo le encantaría meterle mano. Neil sonrió un poco y siguió mascando su chicle mientras se abría la primera cerveza. Sorbió la espuma blanca que brotó tras el «clac» y me miró.

—Todavía quiero saber qué es eso en lo que pensaste cuando estabas cachondo —me dijo.

Entreabrí los labios y volví a ponerme colorado.

—Es una tontería, de verdad. Si te lo digo quizá me pierdas el respeto.

—Eso sería muy complicado, William —respondió con tono serio—. Vamos, yo te he contado como mancillo a mi almohada cada noche.

Sonreí, miré al frente, bebí un buen trago de cerveza, el corazón me latía deprisa, me ardían un poco las mejillas.

—Había pensado en comprar... alguna revista de adulto. Ya sabes cuales.

Hubo un breve silencio, pero no fui capaz de mirar a Neil a los ojos.

—¿Es eso? ¿Solo? Vaya —oí su bufido de risa—. Yo tengo cajas llenas, si quieres te las dejo.

—No, ya, no me... —respiraba tan fuerte que a las palabras les costaba salir. Sabía que yo ya era un hombre adulto. Tenía un trabajo y no debería avergonzarme de tener

apetito sexual, pero no conseguía tratar aquel tema como si no siguiera siendo un tabú—. Mi padre también tiene revistas de esas. Pero no... yo me refiero a... con hombres —susurré, clavando la mirada en la lata de cerveza entre mis manos.

Derek había dicho que los Witton lo sabían, que sabían lo nuestro y que a ellos no les importaba. Quizá a Neil tampoco. Esperaba que a Neil tampoco.

—Sí, a eso me refería yo.

Esta vez le miré, completamente incrédulo. Neil tenía la mano detrás de mi asiento y estaba un poco girado hacia mí, mascando su chicle como si no pasara nada. Al ver mi expresión, sonrió y se fue a quitar las gafas de espejo. Sus ojos brillaban incluso en la penumbra del coche.

—No me digas que no lo sabías, William.

—No.

Apoyó el codo en el asiento compartido y resopló.

—¿Y por qué creías que no invitaba a ninguna chica a salir? ¿Por qué creías que esquivaba todas sus tonterías y propuestas? ¿Te pensabas de verdad que trabajaba demasiado como para echar un polvo?

Ahora que lo decía, lo entendía. Quizá ya lo supiera en el fondo y solo me había negado a verlo.

Asentí varias veces y miré al frente.

—Así que, si quieres, te dejo una de mis muchas revistas con hombres desnudos. Te ayudará ver a otras personas, William. No pensar en recuerdos en los que no quieres pensar.

Tomé una bocanada y asentí. Era cierto.

—Gracias, Neil, pero no hace falta que me las prestes. Bueno... —me lo pensé mejor—, quizá alguna que ya vayas a tirar a la basura.

Eso le hizo gracia.

—¿Por qué, también te las quieres llevar al taller para tus ratos aburridos?

Esa vez me reí yo, sentí un calor en las mejillas y me mordí el labio inferior. Con la vista al frente, le di un buen trago a la cerveza y dije:

—No, no al taller, pero si hay algo que hacen los Parks, es mancharse mucho y ensuciarlo todo. —Era algo que siempre decía mi viejo antes de reírse a carcajadas. De pequeño me hacía gracia, pero de mayor lo entendí.

Un leve gruñido se oyó a mi lado. Nada fuerte, tan solo un murmullo gutural, como el ronroneo de un motor. De pronto sentí ese olor a sudor más intenso en el aire.

—Es mejor que vayas a casa, William —murmuró Neil. Su voz era más grave y densa de lo habitual. Masticaba su chicle, pero lo hacía lentamente. En sus ojos había un brillo que daba miedo—. Es peligroso que te quedes a mi lado ahora...

Parpadeé. Neil apretaba la cerveza de su mano con tanta fuerza que el líquido había salido y le había manchado la mano, goteando en dirección a su vaquero. Tomaba profundas respiraciones, controladas y lentas. De su cuerpo manaba un intenso olor a sudor que empezaba a llenarlo todo y a traerme recuerdos de un pasado en el que eso solo significaba sexo salvaje del bueno.

Tragué saliva. Tenía la garganta seca y el corazón bombeando a toda prisa en el pecho. Asentí, murmuré un bajísimo «gracias por la birra», y me fui antes de que fuera tarde.

La siguiente vez que le vi, el viernes a la noche, entró en el *Chips* y dirigió su mirada de gafas de espejo directamente a la esquina de la barra donde yo siempre me sentaba. Junto los dedos a la altura de la frente, justo bajo su gorra de policía, y me saludó con el acostumbrado gesto militar. Llevaba el uniforme ajustado y una cazadora de cuero por encima. En el camino hacia mí saludó a algunos de los vecinos del pueblo, pero algo rápido antes de poder sentarse en el taburete y quitarse las gafas para mirarme.

—Hola, William.

–Hola, Neil.

Apoyó los codos en la barra y entrelazó los dedos. Esperó a que Wendy llegara corriendo para atendernos, pedimos lo de siempre y, cuando se fue, Neil se inclinó un poco hacia mí y me dijo:

–Oye, lo de la otra noche...

Negué con la cabeza. No le hizo falta terminar la frase.

–No pasa nada.

–No quería incomodarte.

–No estaba incómodo. Además, faltaba muy poco para la luna llena.

–No fue solo la luna llena, William.

Silencio.

–No pasa nada –repetí.

–Entonces, ¿todo bien?

–Todo bien.

Sonrió.

–¿Has oído lo del señor Johnson? Creo que era tu vecino, ¿no?

–Sí, lo era. ¿Estuviste allí? He oído que se cayó por las escaleras.

–Sí... una desgracia –suspiró pesadamente y miró la barra y sus manos entrelazadas sobre ella—. Ya era muy mayor, no debería haber bajado al sótano el solo.

–El señor Johnson siempre fue uno de esos hombres a los que no les gustaba pedir ayuda. Te aseguro que incluso con cinco enfermeras cuidando de él, trece mayordomos y una ama de llaves, hubiera bajado por sí mismo mientras decía algo como: «es mi puta casa e iré a donde quiera».

El tema era triste, pero a Neil le hizo gracia lo que dije.

–Hemos contactado con sus familiares. Tiene tres hijos, creo.

Asentí, porque aquello había sonado casi más como una pregunta que una afirmación.

–Están todos fuera. No se llevaban demasiado bien con el señor Johnson.

–No, al parecer, no.

Se detuvo cuando llegó Wendy, a la que no miró directamente sin sus gafas de espejo. Había empezado a preguntarme si los Witton escondían sus ojos para no sentirse incómodos, o para no incomodar a los demás; porque a mí Neil siempre me miraba fijamente y sin vacilar.

–Oye, William –dijo cuando la joven se fue. Se inclinó sobre la mesa y bajó la voz—.

Esto es algo que no escucharías de mí, porque yo sé guardar los secretos de mi trabajo y no traiciono la confianza que el público deposita en mí y en el cuerpo de policía... pero los Johnson parecen muy despreocupados con todo lo relativo a su padre. Creo que solo están deseando venderlo todo y olvidarse para siempre.

Me quedé escuchándole en silencio y, cuando terminó, asentí lentamente.

–Es una granja muy grande –dije en el mismo tono bajo—. Pedirán un buen precio.

–Mmh... –Neil parecía escéptico. Se quitó su gorro de policía, lo puso a un lado y miró su perrito caliente—. No creo ni que vengan al pueblo para enterrar al padre. Cuando les llamamos, la hija mayor, ¿Pamela? –Asentí—. Pamela nos dijo que, por ella, podíamos quemar todo y verlo arder, como va a arder su padre en el infierno.

Tomé una profunda respiración y asentí varias veces. En la intimidad de nuestra conversación privada, le hablé de las cosas que se escuchaban por el pueblo, las cosas que, siendo vecinos, se ven.

El señor Johnson iba a misa todos los domingos, al prostíbulo todos los viernes y al bar cada día de la semana. Su mujer había tenido un accidente con los somníferos y una botella de whisky, porque había tomado demasiado de ambos. Y sus hijos se habían ido, porque estaban cansados de tener miedo.

Neil se estaba terminando su perrito caliente, cuando, todavía masticando, me dijo:

—Entonces estoy seguro de que, si alguien les hiciera una oferta, por pequeña que fuera, estarían dispuestos a aceptarla y deshacerse de esa casa y ese horrible pasado.

—Quizá.

—Además —se inclinó lo suficiente y susurró—: ¿no sería maravilloso que un depravado homosexual viviera allí? Eso sí que le hará retorcerse en la tumba. ¿Por qué no se lo dices a los hijos? Puede que incluso te la acaben regalando.

La broma era oscura y cruel, pero me hizo sonreír de todas formas.

En abril de 1973 le hice una oferta a los Johnson por menos de la mitad de lo que valía la enorme propiedad familiar. En mayo de 1973 estaba firmando los papeles del notario. En junio de 1973 estaba entrando por primera vez en mi nueva casa.

—Vaya desastre —me dijo Neil, echando un vistazo de desaprobación a su alrededor. Olía a polvo, a cerrado y a la decadencia de la vejez.

—Solo necesita un poco de trabajo —respondí con una sonrisa.

El verano era caluroso, el viento soplaba con suavidad y la vida parecía mejor cada día que pasaba. Todavía había un oscuro agujero dentro de mí, pero era tan profundo que a veces hasta me olvidaba de él.

—Sinceramente, William, tu optimismo a veces me sorprende —respondió Neil antes de pasarme un brazo por los hombros. Era su día libre y, como casi todos los anteriores, había decidido pasarlo conmigo—. ¿cómo puedes ver esta pocilga y pensar que solo necesita «un poco de trabajo»?

—Vamos, Neil, no está tan mal. La limpiaremos, cambiaremos algunos muebles, algunas tablas del suelo que estén rotas, algunos electrodomésticos, solucionaremos los problemas de las cañerías... En unos años, será la casa perfecta.

Él se quedó en silencio, mirándome por el borde de los ojos antes de darme un apretón en el hombro.

—Pues dime por dónde empezamos. Yo te ayudaré.

Y eso hizo, como haría siempre.

1973-1974

Un año y pico después de que Derek me dejara, fui a comprarme mi primera revista porno. Como todas las grandes ideas de Neil, se debió a la cercanía de la luna llena y a la forma en la que afectaba a la sangre de los Witton.

—Joder, no puedo entrar —me negué, hundiéndome más en el asiento del coche para que nadie me viera.

Él, sin embargo, estaba muy tranquilo, mascando su chicle y mirándome con una sonrisa de anchos colmillos. En mi defensa diré que estaba bastante borracho y... por desgracia, cachondo; de no ser así, no creía posible que me hubiera convencido de ir a *Doom Town*. No se llamaba así realmente, el pueblo, digo. En verdad se llamaba *Court Town*, pero todos lo conocían como *Doom Town* debido a... bueno, a que allí había muchos negocios que no se encontraban en otro lugar de los alrededores.

—¿Quieres que entre yo solo? —me preguntó Neil, señalando con el dedo el local al otro lado de la calle.

Llovía y el cristal del coche estaba repleto de gotas y regueros de agua, pero, aún así, se podía distinguir a la perfección los carteles de neón anunciando: «Sexo», «Pornografía», «Películas X».

—¿De verdad has venido aquí más veces? ¿es seguro? ¡Ha entrado alguien! ¿Y si nos reconoce?!

Neil se rio muy alto. Al parecer, le resultaba muy divertido verme borracho y al borde del infarto.

—William... —dijo, poniendo su mano en mi pierna. No era la primera vez que lo hacía—. Somos dos hombres adultos entrando en una tienda para adultos para comprar revistas de adultos... Ahora que tienes una casa para ti solo, es el momento de que dejes de hacerte pajas tristes en el baño. Venga, vamos —concluyó, dándome un cachete antes de salir del coche.

Con el corazón en un puño y la boca seca, le seguí. Me bajé más mi gorra de beisbol, me subí el cuello de la cazadora y, por si eso no fuera suficiente, me cubrí la boca y la barba con la mano, como si caminara con una constante postura pensativa.

—¿Quieres parar, William? —me pidió él, tirando de mi brazo. Ambos llevábamos una de sus gafas de espejo. Él porque lo hacía siempre y yo porque no quería que nadie me reconociera—. Nadie va a decir nada porque nadie que entre quiere que digan nada de ellos. ¿Lo entiendes?

Tenía sentido, pero yo estaba borracho y nervioso y no era la persona más racional del mundo. Asentí, pero cuando se giró para entrar, volví a cubrirme la boca, esta vez fingiendo que me rascaba el bigote.

El interior era tan lúgubre y sórdido como el exterior. Un solitario hombre calvo fumaba tras un mostrador cubierto una película de plástico. En las paredes pintadas de un horrible tono rojo, había posters de películas x. Mujeres desnudas que enseñaban sus pecho y su entrepierna con una sonrisa de deseo.

Neil pasó de largo y fue hacia el final, donde una cortina separaba una pequeña sala aparte. Sobre la puerta se leía: «GAY». En ese momento sentí una arcada de los nervios. Neil abrió la cortina para mí y me hizo una señal para que pasara, como si quisiera ser caballeroso en el lugar más asqueroso y sórdido del mundo. Crucé rápidamente y miré alrededor.

No había nadie. Respiré. El corazón todavía me iba a estallar en el pecho, pero el local estaba vacío y eso me calmó un poco. Con una tranquilidad pasmosa, Neil se acercó al mueble central donde estaban las revistas expuestas como en una tienda normal. No sabía que me esperaba realmente, algo estrambótico, supongo.

—¿Qué te parece esta? —me preguntó, levantando una de ellas.

En la portada había un hombre desnudo, con las manos detrás de la cabeza y el pene erecto. Parpadeé y di un paso a los expositores.

—No sé, quizá algo más... —murmuré. Las manos me temblaban y pasaba las revistas rápidamente. Había una especie de mezcla entre el ansia y el placer de lo prohibido.

—¿Esta? —me enseñó otra. Negué con la cabeza. Él la miró y frunció el ceño—. Pues está bastante bueno... —dijo, abriendo la revista para ver el interior.

Sonreí, pero fue algo rápido y nervioso. Me gustaba que Neil no tuviera miedo a decir ese tipo de cosas. Nunca lo hacía con nadie más, solo conmigo, y eso me gustaba.

—Quizá esta —murmuré, cogiendo una de las revistas.

Con curiosidad, Neil se acercó a mí y le echó una ojeada.

—¿En serio, William? ¿Bigotes?

Me puse más colorado, si eso era siquiera posible. Tragué saliva pero, una vez más, noté la garganta seca.

—Sí, bigotes —respondí. El alcohol ayudaba—. Y esta también —me envalentoné, cogiendo otra que ya había mirado un par de veces, pero que me había dado vergüenza coger.

En la portada había hombres con grandes barbas, grandes bigotes, grandes brazos, grandes piernas y grandes herramientas... de trabajo.

—Amh... —fue una vocal muy alargada y abierta—. Entiendo... Así que eres un hombre del pueblo, eh. No te van los principitos, solo los albañiles, carpinteros y... ¿qué se supone que es este? ¿Un leñador?

—Sí, un leñador —respondí con un tono más duro de lo que hubiera deseado.

—Perdona, no estaba seguro, solo lleva la camisa abierta y un hacha en las manos —sonrió.

Como un gesto casual y amistoso, pasó su brazo por encima de mis hombros y me dio un leve apretón contra él.

—Así que bigotes y gente del pueblo —murmuró—. ¿Y qué me dices de esta? ¿No te gusta?

Neil cogió una revista donde había un policía en la portada. Me miró fijamente y esperó mi respuesta.

—Para ver a un policía grande, guapo y fuerte, ya te tengo a ti —le dije, quitándole la revista de las manos para tirarla a un lado.

Quizá fuera el alcohol, quizá fuera la luna, quizá fuera la erótica del momento, pero eso fue lo que dije. Neil, no digo nada. Solo gruñó por lo bajo y empezó a oler más fuerte a sudor. Se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—¿Me ayudas a encontrar una revista porno de mecánicos, William? Las que tengo ya están rotas de tanto usarlas.

No quise girar el rostro hacia él. Me daba miedo lo que podría pasar si lo hacía.

—De esas debe haber bastantes —dije.

—No las suficientes.

—Mmh —murmuré con un leve asentimiento.

El corazón me latía deprisa, pero ya no eran los nervios ni el miedo, sino otra cosa. Neil y yo habíamos empezado a jugar a un juego peligroso, pero ninguno daba el primer paso. Quizá él estuviera esperando por mí, y quizá yo estuviera esperando a... a algo. No sabía el qué.

Cogí otra revista de hombres igual de barbudos, igual de desnudos e igual de fuertes y apilé las tres que había seleccionado.

—Yo ya estoy, ¿y tú? —le pregunté, todavía sin mirarle.

Neil tomó una buena respiración, de esas profundas y hondas, la soltó entre los labios y se apartó de mí.

—Salgamos ya de aquí —fue lo que dijo.

Le miré alejarse hacia la puerta. Neil era todo lo que me gustaba. ¿A qué cojones estaba esperando?

La respuesta a aquella pregunta llegó en septiembre de 1973, cuando, uno de nuestros viernes, Neil apareció por el Chips con expresión seria. Supe que algo iba mal porque no sonrió a nadie y fue directo hacia mí. Sin quitarse ni la gorra de policía ni las gafas, me preguntó:

—¿Puedes acompañarme un momento, William?

—Claro.

Me levanté del taburete y, aunque tuviera mil preguntas al borde de los labios, le seguí en silencio al exterior. Allí había una camioneta que reconocí, porque era una de esas viejas que los Witton llevaban a menudo al taller para reparar. Tenían dinero de sobra, pero no eran la clase de familia adinerada que malgastara las cosas si aun funcionaban. Eso me gustaba de ellos.

Dentro de la camioneta, me esperaba un hombre que también reconocí. No lo había visto en mucho tiempo, y no recordaba que tuviera canas incipientes en la barba y las sienes, pero su rostro era el mismo.

—Señor Witton —le saludé con una asentimiento.

El padre de Derek me miró tras sus gafas de aviador. Hacía calor pero ya era de noche. Con un intento de sonrisa, me pidió que subiera un momento. Dijo que tenía que hablar conmigo y yo me temí lo peor.

—Escucha, William. Sé que no tengo derecho a pedirte esto, pero me gustaría que me contaras si conociste a algún amigo de mi hijo, o alguien cercano, quizá un compañero de la universidad con el que se relacionara.

La presión que sentía en el pecho se hizo más profunda e intensa.

—Sí.

—¿Y podrías decirme su nombre o dónde encontrarlo?

Había un lugar dentro de mí donde había enterrado algo. Algo que no quería recordar.

—Sí. —Cerré los ojos y respiré más hondo. Por un momento creía que me ahogaba —.

¿Le ha pasado algo a Derek? —pregunté.

Su padre me miró tras sus gafas. Con una mueca seria y cansada, se las quitó para mirarme directamente con sus ojos dorados. Los mismos ojos dorados de los que me había enamorado.

—No estoy seguro. Hace un año que no sabemos nada de él y estoy empezando a preocuparme mucho.

Miré mis manos de uñas manchadas de aceite de motor y pensé en todo lo que había perdido.

—¿Podrías ir a buscarle? —me preguntó—. ¿Podrías encontrarle y decirnos si está bien? —me pidió.

Tardé casi todo un minuto en responder:

—Sí.

Ocurre algo cuando amas a alguien de la forma en la que yo amaba a Derek Witton, y es que ese amor nunca muere. Quizá se transforma, cambia, se aletarga y pierde el sentido, pero jamás desaparece. No importaba lo que pasara, ni antes, ni ahora, ni después.

Cuando bajé de esa vieja furgoneta, Neil me esperaba con la espalda apoyada en la pared del Chips. Por la forma en la que me miró, por la forma en la que sus labios se torcían en una ligera mueca de asco, supe que él sabía lo que el señor Witton iba a pedirme.

—Voy contigo —no fue una oferta educada, solo un hecho.

—No creo que sea buena idea.

—No voy a dejarte solo, William. Yo no soy él.

Neil jamás nombraba a Derek. Yo tampoco hablaba de él. Era el pasado, un pasado que ahora iba a buscar de nuevo.

Asentí. Estaba cansado y la cabeza me daba vueltas. El lunes de esa semana me subí al Chevrolet de Neil y nos fuimos a la gran ciudad. Él estaba serio, callado, respiraba lentamente y conducía deprisa. Yo miraba el paisaje y me preguntaba si no sería un error. El viaje, digo. Pero dentro de mí había algo que me empujaba a hacerlo.

Necesitaba saber que Derek estaba bien. No me importaba dónde o con quién, solo me importaba que estuviera a salvo.

Llegamos al campus y Neil aparcó frente al lado de la facultad de económicas. Me miró por encima de sus gafas de sol y mascó su chicle de una forma rápida y furiosa.

—¿Podemos terminar con esto rápido, por favor? —me pidió.

Asentí.

Bajamos del coche y entramos en la facultad. Yo desentonaba tanto allí como la vez anterior, pero esta vez, había alguien conmigo que desentonaba incluso más. A Neil no parecía hacerle muy feliz que los estudiantes le miraran, las mujeres le sonrieran o que intentaran detenernos para darnos algún folleto.

Buscamos el aula de los estudiantes de tercer año. «Al parecer, dejó la universidad a comienzos del segundo curso», me había dicho el padre de Derek. «Ya hemos llamado para preguntar por él, nadie sabe nada».

Pero alguien tenía que saber algo, y yo iba a encontrar a ese alguien. Yo conocía a ese alguien.

Sant salió de la clase entre los primeros, porque era de esos que ya estaban en la puerta incluso antes de que el profesor diera por terminada la hora. Estaba muy diferente a cómo le recordaba, pero tenía la misma melena de hippie y el mismo aire de superioridad moral. Lo que no llevaba era un poncho colorido sin pantalones ni ropa interior, ni un montón de pulseras y colgantes. Tampoco estaba hasta el culo de LSD, solo muy fumado.

Le señalé y Neil asintió, apartándose de la pared en la que se había quedado de brazos cruzados y con cara de pocos amigos.

—Sant —le llamé por el pasillo.

Él se giró. Sus ojos estaban vidriosos y llegó a entrecerrarlos para tratar de descubrir quién era esa sombra enorme y amenazadora que conocía su nombre.

—Espera... ¿tú no eres...? ¡Will! —exclamó—. ¡El peso muerto! —y sonrió y dio una palmada, orgulloso de su prodigiosa memoria.

Ese era yo «El Peso Muerto».

Apreté el puño, pero dejé el dolor para más tarde.

—Sí, escucha, Sant, hace mucho que no sabemos nada de Derek. ¿Tú sabes si está bien?

—Oh, no, no... —negó con la cabeza y los brazos.

La gente nos miraba al pasar, sus compañeros de clase, pero era solo una curiosidad momentánea antes de seguir adelante. No creía que Sant les cayera lo suficiente bien para preocuparse del enorme hombre que le miraba de una forma tan seria y amenazadora.

—¿No sabes nada? Eráis mejores amigos.

—Sí, o sea, sé algo —explicó, llevándose una mano al pecho. Ahora le debían gustar los anillos y no las pulseras, porque llevaba unos cuantos—. Pero no es algo que te vaya a decir. Como entenderás, si Derek quisiera que supieras donde está, te lo hubiera dicho él. Además, le rompiste el corazón, hermano. Fuiste un puto egoísta y le...

Es increíble lo gratificante que puede ser pegar a alguien.

Yo no era violento, los Parks no eran esa clase de hombres que aprovechaban su tamaño para creerse mejores que los demás. «Eso es de hombres con la polla corta, y nosotros no tenemos ese problema, Willy», me decía mi viejo. Sin embargo, sentí un

enorme y profundo placer cuando le di un puñetazo tan fuerte a Sant que lo tiré al suelo.

Eso llamó un poco la atención, por lo que Neil se apresuró a ponerse a nuestro lado y sacar la placa de policía. Mala idea. Aquello era la universidad, no *Greyfalls*. En 1973, en plena revolución juvenil, la policía solo producía un tipo de reacción.

—¡Esto es abuso policial! —gritó alguien. Una mujer, creo.

—¡Fuera de aquí, nazis!

—¿Te crees que podéis con todos nosotros?!

—¡Libertad, hijos de puta! —y alguien tiró un café a Neil.

No importó demasiado, en todo aquel ruido y gritos, pude decirle a Sant:

—¿Quieres contármelo ahora o quieres contármelo cuando te falten todos los dientes y cagues sangre?

Sant no lo dudó. Me dio una dirección y me juró que no sabía nada más, que ahora solo les veía muy de vez en cuando. Que ya no eran tan amigos como antes.

Asentí y fui en busca de Neil, quien se limpiaba la mancha de café de su camisa de franela y miraba al grupo que se había reunido a nuestro alrededor. Le agarré del brazo y tiré de él antes de que empezara una carga policial, de esas que no dudan en hacer todo el daño posible y dar patadas a todo lo que se moviera.

En una cafetería no muy lejana, mientras él se limpiaba en el baño, busqué la dirección en la guía telefónica. Estaba al norte de la ciudad y, cuando pregunté a la camarera sobre el barrio, puso una mueca de labios fruncidos.

—Yo no iría por allí de noche, cielo —me dijo—. Incluso siendo un chico grandote como tú.

Asentí y le di las gracias. Cuando Neil volvió del baño, nos bebimos el café, comimos algo rápido y nos fuimos para terminar con aquello lo antes posible. Al contrario de lo que nos habían advertido, llegamos a aquel barrio marginal cuando caía la tarde. Los edificios eran de ladrillo, estaban pintarrajeados con grafitis y vallados. La acera estaba mal cuidada, las tiendas eran tan pobres como los vecinos y flotaba en el ambiente esa lacónica decadencia que siempre acompañaba a la pobreza.

—Aquí hay muchos negros y latinos. Ten cuidado y no te alejes de mí —dijo Neil, a lo que yo respondí con una mirada seria—. No soy racista, William —fue lo que dijo después—, pero ya he visto a tres personas vendiendo droga y a muchas más portando armas escondidas. ¿Sabes lo que me haría esta gente si supiera que soy policía?

No quise seguir con la conversación.

Al llegar a la dirección que Sant me había dado, me quedé mirando el edificio, tan similar, decadente y ruinoso como los que lo rodeaban. Un grupo de jóvenes fumaba en las escaleras y el portal estaba abierto de par en par, como si a los inquilinos no les importara quien entrara en sus casas. Tomé una bocanada de aire y salí del coche. Una mano me detuvo, cuando me giré, vi los ojos azules y brillantes de Neil por encima del borde de sus gafas.

—Subes, miras que está vivo y a salvo, bajas y nos volvemos a Greyfalls. ¿De acuerdo?

Asentí, pero a Neil le costó soltarme la mano y dejarme ir. Finalmente, me dio un apretón más fuerte y me soltó.

—Te espero aquí —murmuró con la vista al frente.

No recuerdo lo que pensé mientras cruzaba el umbral del edificio. Seguramente algo sobre lo sucio que estaba el hall, la basura que se acumulaba en una esquina, las pintadas que había en todas las paredes, el ascensor que llevaba más de veinte años sin funcionar o los extraños sonidos que se oían salir de los pasillos.

No recuerdo lo que sentí cuando llamé a esa puerta cerrada y me quedé esperando. Creo que no sentí nada. Creo que estaba tan lleno de emociones que, simplemente, mi cuerpo no pudo asumirlas y entró en un estado de ensueño.

Una mujer entreabrió la puerta con cadena de seguro y me miró. Vi sus ojos marrones y su pelo rizo. La recordé de aquella vez que había ido al festival hippie, y ella, me recordó a mí.

—Tú... —jadeó, como si fuera un muerto resucitado.

—Hola, soy William Parks. Me han dicho que Derek vive aquí, ¿podría hablar con él, por favor? —dije de forma mecánica.

Parpadeé y tragué saliva. Quería vomitar y me costaba respirar.

La chica cerró la puerta, pero solo para quitar el seguro y poder volver a abrirla y mirarme de arriba abajo. Llevaba una blusa sin sujetador y una falda demasiado corta, su pelo era algo y sujeto a la cabeza con una colorida cinta. No era fea, pero le pasaba algo en los ojos, estaban húmedos y parecía costarles enfocarse en un solo punto.

Yo no era ningún experto, pero juraría que estaba muy drogada.

—¿Eres real? —me preguntó.

—Sí. ¿Te importaría decirme si Derek está en casa? Sino puedo volver un poco más tarde.

Ella no respondió, dio un paso con sus pies descalzos y trato de alcanzarme con la mano. Yo retrocedí. No quería que me tocara. La joven no reaccionó, solo bajó la mano y se la miró.

—¡Lola! —gritó una voz desde el interior—. ¿Quién cojones es?

Oí unos pasos en el pasillo y vi un rostro que no quería volver a ver. Liam seguía con su pelo de gilipollas, su barba de gilipollas, su ropa de gilipollas y su actitud de gilipollas. Nunca había odiado a nadie en mi vida, pero a él me daban ganas de hundirle el pie en la boca cada vez que la abría.

Al mirarme, se detuvo. Frunció el ceño y entrecerró los ojos tras sus gafas. Parecía costarle tanto creerse que estaba allí como a su novia, y él no iba tan drogado como ella.

—¿Qué... coño...? ¿Quién te ha dicho dónde vivimos? —tardó en reaccionar, pero cuando lo hizo fue como una explosión de palabras y tonos de voz—. ¡Lárgate de aquí! ¡Vuelve a tu puto pueblito de mierda y muérete!

Tiró de su novia, la cual se seguía mirando las manos como si hubiera magia en ellas. Una vez dentro, quiso cerrar la puerta de un portazo, pero una mano le detuvo.

Sentí un último latido en el pecho.

Su mano, eso era todo lo que necesité para reconocerle. Después su brazo, su hombro y poco después, su rostro. ¿Cuánto podía cambiar alguien en un año? Al parecer, mucho. Derek Witton me miró con aquellos ojos de oro, pero unos diferentes a los que recordaba. Ahora era un metal frío y falto de vida, como si lo hubieran fundido para crear algo estúpido y banal. Como una salsera. No sé por qué pensé en eso, pero lo hice.

Su pelo estaba muy largo, atado en una coleta a la nuca. Seguía siendo de un rubio precioso y vivo, pero estaba descuidado y maltratado. Su rostro seguía siendo tan atractivo y masculino que dolía verlo, pero más delgado y marcado, con leves ojeras y una herida reciente a la altura del labio. Su ropa no era mucho mejor que la de los demás: una camiseta demasiado grande, incluso para él, y unos vaqueros rotos con unas sandalias que daban asco.

Y, aún así, lo sentí.

Sentí aquel recuerdo supurando de lo más profundo de mí como un volcán. El amor, el dolor, los celos, la rabia, la tristeza, la traición, la felicidad y la angustia. Todo junto y a la vez en el justo instante en el que volvimos a mirarnos.

¿Cuánto se podía decir con tan solo una mirada? Al parecer, demasiado.

—Hola, Dek —le dije y, por alguna razón, alcé un poco las comisuras de los labios.

Por alguna razón, me alegró tanto de volver a verle que no me importó nada más.

—Hola, Will —respondió. Su voz era grave, áspera, pesada.

—¡No, ha venido a espiarte! —gritó Liam, mirando a Derek con ojos un tanto desorbitados—. ¡Que le follen! ¡Ahora estás aquí! ¡Nos tienes a nosotros y no le necesitas!

Y de un golpe seco, cerró la puerta y el sonido retumbó por todo el pasillo. Me quedé allí esperando con una leve sonrisa en los labios. ¿A qué? No estaba seguro. Quizá a que Derek volviera a abrirla, me mirara, me abrazara y me dijera que me quería. Solo una vez más. La última vez.

Pero nadie salió a buscarme. Me quedé un minuto mirando aquella puerta con los ojos húmedos y una lágrima cayendo por la mejilla hasta morir en mi barba espesa.

Tomé una respiración profunda y me di la vuelta.

—Está bien —le dije a Neil cuando me senté a su lado en el coche.

Él miró mis ojos húmedos y después miró al frente antes de arrancar a toda prisa.

—Pues me alegro... —murmuró.

Ninguno dijo nada en todo el camino de vuelta. Cuando Neil me dejó a la entrada de mi casa, me preguntó:

—¿Necesitas que me quede?

Yo negué, le di las gracias y me fui a mi habitación para echarme en la cama y mirar el techo.

Quizá Derek había tenido razón cuando había dicho que él y yo compartíamos un vínculo especial. Uno que pocos eran capaces de vivir y experimentar. No era normal que solo necesitara un par de segundos a su lado para volver a sentir que tenía dieciséis años y estaba frente al chico más guapo del mundo.

No era normal que, aún a pesar de todo: lo que hizo, el tiempo, la distancia... yo solo hubiera deseado poder abrazarle con fuerza y preguntarle si era feliz.

Al menos, uno de los dos se merecía serlo.

Neil vino a verme al taller la tarde del día siguiente. Aparcó a un lado y se quitó las gafas y el casco de la moto. Parecía haber dormido poco aquella noche y ya era bastante obvio que había decidido dejarse crecer el bigote. Había sido solo una ligera impresión mía, pero ahora era más que obvio porque se había vuelto a recortar el resto de la barba menos esa parte.

—¿Qué tal estás, William? —me preguntó mientras me miraba fijamente a los ojos, quizá buscando respuestas a preguntas que no quería formular en voz alta.

Terminé de limpiarme las manos con el trapo sucio y lo puse sobre mi hombro. Hacía calor y solo llevaba la camiseta de asas y el mono remangado a la cintura. Estábamos solos y Neil pudo acercarse a mí y poner su mano en mi brazo de piel brillante y sudada.

—Me alegra saber que Derek está bien. Cuando su padre me pidió ir a buscarle, me temí lo peor —respondí.

—Sí... él también se alegró mucho al saber que estaba bien. —Miró su mano sobre mi brazos y, con el pulgar, me dio una suave caricia a la altura del bíceps. Mascaba un chicle, pero lo hacía con cierta pereza, moviendo lentamente la mandíbula ancha y fuerte—. Todavía no me has respondido, ¿tú estás bien?

Miré la montaña de neumáticos apilada en una esquina y después el suelo manchado de aceite.

—No lo sé, Neil —dije en voz baja—. Fue como volver a sentirlo todo de nuevo.

Él asintió en silencio. Separó la mano de mí y se cruzó de brazos, tensando los extremos de la camisa gris del uniforme y mostrando parte de su pecho abultado y de fino pelo pardo.

—Anoche estuve pensando mucho —me dijo—. Y necesito preguntarte algo, William. Sin separar la mirada de la torre de neumáticos, asentí.

—Sabes que hace mucho que te veo como algo más que como a un amigo, ¿verdad? Busqué sus ojos azules y brillantes. Sin decir nada, volví a asentir.

—Sabes que sería cruel jugar conmigo y darme esperanzas si sabes que nunca vas a quererme, ¿verdad?

Asentí.

—Sabes que Derek se fue y te dejó tirado, pero que yo estoy aquí y no pienso marcharme, ¿verdad?

Tardé un par de segundos, pero, después, asentí.

Neil dejó un breve silencio, después también asintió y, sin más, se dio la vuelta y se fue. Esa tarde me fumé medio paquete de tabaco y me quedé sentado en el despacho, mirando los cristales manchados de grasa. Pensaba en Derek, en el presente y en el futuro. Pensaba que había tratado de esconder sentimientos que no quería afrontar y que, ahora, cuando habían vuelto a la luz, me ahogaban. Pensaba que no quería pasarme la vida echando de menos a alguien que no me merecía. Pensaba que era el momento de decir adiós. Pensaba que ya había llorado demasiado.

Y, entonces, mientras pensaba en todo aquello, el teléfono sonó. Quité los pies de encima de la mesa y me acerqué al borde de la silla para alcanzar el auricular.

—Parks Motors, ¿en qué puedo ayudarle?

Silencio. Sentí una punzada en el pecho y lo supe. Lo supe incluso antes de que dijera:

—Hola, Will.

—Hola, Dek.

—Querías hablar conmigo, ¿no? —su voz era densa, fría, seria—. ¿Qué querías decirme?

—Quería saber si estabas bien. Tu padre estaba muy preocupado, decía que no sabía nada de ti.

Un bufido sonó al otro lado de la línea, pero no uno divertido.

—Si tanto le hubiera preocupado, no hubiera dejado de mandarme dinero. ¿Eso te lo dijo?

—No, eso no me lo dijo.

—Pues es lo que hizo.

Bajé la mirada a la mesa y esperé un momento, solo una respiración o dos.

—Entonces, ¿no estás bien?

—Estoy de puta madre. —No sonaba de puta madre—. La vida está cambiando, el mundo está cambiando, son los setenta, Will. No sé si te has enterado.

—Algo me suena —murmuré.

No había sido una broma, al menos, no había sido una broma intencionada; solo una de mis clásicas respuestas. Una que provocó un breve silencio al otro lado de la línea.

—Es difícil sentir algo en ese pueblo de mierda —dijo después—. Allí nunca pasa nada. Aquí hay una historia nueva cada noche. Hay mil sitios a los que ir y mil personas con las que estar.

Sentí otra punzada al oír aquello, pero fue solo eso, un dolor momentáneo y el recuerdo de por qué Derek me había dejado.

—Suena a todo lo que querías —le dije. No había rencor en mis palabras, solo la verdad.

Él se rio, pero fue algo seco y corto.

—Lo es, Will.

—Oye, Dek... Ya no soy nadie para meterme en tu vida, pero tus amigos estaban muy drogados ayer. ¿Tú sigues consumiendo drogas?

—¿Y qué pasa si lo hago?

Eso me preocupó, mucho, curiosamente, más de lo que me había dolido el hecho de que estuviera teniendo mil relaciones sexuales con mil personas distintas.

—Dek, ten cuidado, por favor. Ese mundo es muy peligroso.

—¿Qué coño vas a saber tú de eso, Will? Tú solo sabes de mecánica y novelas de misterio.

Me quedé callado, pero no lloré, no se me humedecieron los ojos.

¿Cuánto puede cambiar alguien en un año? Al parecer, demasiado.

—Perdona, Dek, quizá tengas razón —le dije.

—No, no t... —se detuvo, tomó aire y, como si de pronto hubiera viajado en el tiempo, un Derek de dieciocho años, me dijo—: No estoy tomando drogas, ¿vale? Tranquilo, yo no me meto ninguna mierda de esas. Incluso dejé los porros. Bueno, a veces me sigo fumando alguno, pero solo cuando me... me siento muy angustiado. El caso es que no te preocupes, estoy genial, todo está bien —concluyó, regresando a ese tono duro y seco—. De todas formas, ¿para qué preguntas? Yo a ti ya no te importo.

Levanté la mirada hacia el cristal y fruncí el ceño. Las luces del taller estaban apagadas y, la lamparilla del despacho, encendida; así que pude ver mi propio reflejo en el cristal grasiento. Yo era solo una figura luminosa y difusa entre la oscuridad.

—Tú siempre me importarás —dije. Y sonó de verdad, de corazón, porque es lo que sentía—. Te dije que siempre te querría.

A Derek se le escapó un jadeo seco y una risa amarga.

—¿Ah, sí? Pues bien que te fuiste sin mirar atrás cuando te conté que lo estaba pasando mal. ¿O es que ya no te acuerdas, Will? Cogiste tus cosas, te largaste, y te olvidaste de mí.

—Me fui porque tú no sabías lo que querías, Derek. Me fui porque no estaba dispuesto a quedarme esperando mientras tenías sexo con otras personas solo para «saber lo que se siente». Me fui porque tú me dijiste que mi amor no era suficiente para ti.

—¡Yo nunca te dije eso! —rugió, tan alto y tan fuerte que me dolió el oído.

—Sí, sí me lo dijiste —respondí, calmado, como un río que nunca cambia—. Me dijiste que yo era un peso muerto en tu vida y que tenías miedo de despertarte una mañana y arrepentirte de haberme amado.

—Porque lo eres, Will.

Y, entonces, me lo dice. Me dice que yo nunca cambio. Que soy la muerte. Que amarme es morir y que él quiere seguir vivo.

Los ojos se me humedecen esta vez, pero asiento con la cabeza y le digo:

—¿Tú eres feliz, Dek?

No dice nada. No en un par de largos segundos.

—Hago todo lo que quiero y con quien quiero. Liam y Lola no son celosos ni me controlan. Tenemos una de esas relaciones poliamorosas y abiertas. Vamos a un montón de sitios y estoy viviendo un montón de experiencias. Experiencias que jamás podría haber vivido en ese pueblo... ni contigo.

Vuelvo a asentir. Él no puede mirarme hacerlo. Tengo veintiún años y estoy a punto de cerrar un capítulo importante de mi vida.

—No mentí cuando te dije que siempre te querría, Dek, y siempre podrás contar conmigo, y siempre me alegrará saber que eres feliz, aunque no sea a mi lado.

Él no dice nada. No hay nada que decir ya.

—Gracias por llamarme —y cuelgo.

Estoy tranquilo y me siento bien conmigo mismo. Donde había un dolor que no cesaba, ahora solo hay escrito un simple y elegante «FIN», como el de mis novelas de misterio.

1974 - 1975

A mitad de un caluroso octubre de 1974, tuve sexo por primera vez con Neil Witton. Recuerdo que no fue algo premeditado, sino algo que simplemente pasó. Recuerdo que había venido a ayudarme a sacar los muebles viejos de la casa. Recuerdo que hacía tanto calor que se había quitado la camisa y el sudor le perlaba la piel y la hacía brillar. Recuerdo lo bien que olía.

Recuerdo que no había podido parar de lanzarle miradas a escondidas. Recuerdo cómo bebía su cerveza y se mojaba los labios, con una gota manchando su barba y goteando de su mentón mientras la nuez de su cuello se movía al ritmo de cada trago.

Recuerdo que la luna llena estaba cerca. Recuerdo que él hizo una broma al respecto y que cogió un cojín del sofá para fingir que se lo follaba. Recuerdo la envidia que sentí de aquel puto cojín bordado y polvoriento.

Recuerdo que había anochecido y él había ido en busca de la última cerveza de la nevera. Recuerdo que, cuando se dio la vuelta, yo estaba allí, mirando sus ojos azules y salvajes. Recuerdo que me pregunté por qué seguía esperando a alguien que no iba a volver a mi vida. Recuerdo que me pregunté por qué seguía perdiendo el tiempo cuando, la felicidad, estaba justo delante de mí.

Entonces, rodeé su rostro entre mis manos y le besé.

Neil entreabrió los labios por la sorpresa y se golpeó la espalda contra la nevera debido a la intensidad con la que me pegué a él. Yo también me había quitado la camiseta de asas y me la había colgado del pantalón para usarla de trapo con el que limpiarme el sudor, así que pude sentir su piel caliente contra la mía. Sus labios estaban húmedos y un tanto salados. Su bigote más espeso que el resto de su barba, me picaba. Sus ojos me miraron aturcidos y brillantes cuando me separé de él.

Pero su confusión duró tan solo un par de segundos, porque algo más violento, salvaje y oscuro surgió de su interior junto con un gruñido ronco y animal. Entonces se lanzó sobre mí con tanta fuerza que me hizo trastabillar hasta golpearme contra la mesa de la cocina. Me besó como si hubiera estado esperando por aquello toda la vida y me apretó entre sus brazos como si no fuera a soltarme nunca.

Le agarré del pelo largo y tiré de él para mirar su rostro. Le escupí cerca de la boca y sonreí. Neil no se lo esperaba, pero gruñó más alto cuando lamí la comisura de sus labios y volví a besarle. Con el puño en su pelo y sin querer separarme ni un centímetro de su piel ni de sus labios; le llevé al salón. Con una necesidad ardiente, le tiré en el sofá y me puse de rodillas entre sus piernas.

Quizá me había pasado demasiado tiempo sin sexo. Quizá Neil era demasiado guapo y tenía esa clase de cuerpo que es imposible no mirar con admiración. Quizá la tensión sexual se había alargado hasta el extremo de lo insufrible. Quizá fuera la luna.

Fuera lo que fuera, había causado un ansia animal en mí y ahora no podía parar.

Casi sufrí durante lo que tardé en desabrochar el cinturón, desabotonar los vaqueros, bajar la cremallera y, finalmente, tirar de los pantalones hacia abajo. Neil apretaba los dientes de grandes colmillos, estiraba los brazos por encima del respaldo del sofá, gruñía por lo bajo y me miraba. Cuando al fin me metí su miembro duro en la boca, cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y gruñó mucho más alto.

Ya me había imaginado que Neil tendría algo digno de mención entre las piernas, solo por lo mucho que le abultaba en los pantalones ajustados del uniforme; lo que no me esperaba era que su cabeza ancha y redondeada estaba cubierta por un grueso prepucio, algo que me volvió especialmente loco descubrir. Sabía fuerte, pero llevábamos toda la tarde trabajando y sudando y yo no era de esos hombres a los que les detuviera un sabor o un olor intenso.

Me quedé ahí un buen rato hasta que, con la boca empapada y una mirada de locura, me levanté y me puse de rodillas en el sofá, sobre él, de tal forma que mi entrepierna quedara a la altura de su cara. Sin dejar de mirar sus ojos azules y salvajes, me desabroché mi propio vaquero, me la saqué y, agarrando con un puño su pelo largo y pardo, se la acerqué a la cara.

Entonces Neil apartó el rostro, echándolo hacia atrás.

Hubo un cortocircuito en mi cabeza. Un momento de duda que se llevó parte de la oscura pasión en la que me había sumergido.

—Perdona —jadeé—. Si no te gusta no...

Me iba a levantar, pero él me detuvo, agarrando los extremos sueltos de la cremallera de mi vaquero.

—Había oído decir que la tenías enorme, William, pero no me esperaba esto —me dijo con un tono grave y ronco.

Sonreí, relajado por saber que no me había precipitado; y orgulloso de haberle sorprendido.

—De todas formas, si no quieres, no tienes que... —pero, antes de terminar, ya estaba lamiendo la punta mojada, mirándome por el borde superior de los ojos y produciendo un gruñido ronco y profundo que compitió en intensidad con el mío.

Recuerdo que cerré los ojos y que perdí la respiración. Había pasado mucho tiempo desde que alguien me hacía aquello, demasiado.

Empecé a mover la cadera, con cuidado, pero también con necesidad y deseo. Neil se había metido la cabeza en la boca y atravesaba su propio camino del redescubrimiento y el placer. Ya habíamos hablado de ello, ya habíamos hablado de casi todo.

Él me había dicho que había tenido varias experiencias en el pasado, pero que hacía tiempo que no se veía con nadie. Me había dicho que le gustaba más meterla; sobre todo cuando la luna llena se acercaba; pero que, un día tonto del mes, no le decía que no a recibir. Me había dicho que era un poco dominante en la cama, que a veces le gustaba usar las esposas de la policía, que tenía un lívido muy grande y se masturbaba cada día.

Yo le había dicho que a mí me daba igual si tenía que ponerme arriba o abajo, pero que siempre me gustaba un poco duro y salvaje. Le había dicho que me gustaba un poco sucio y rudo. Le había dicho que me ponía un poco cerdo y ansioso cuando me excitaba demasiado. Le había dicho que me gustaban los hombres que sabían lo que querían y no dudaban en cogerlo. Le había dicho que me encantaba ser de alguien y que él me lo dijera.

Esas eran las cosas que nos habíamos confesado el uno al otro, quizá, conscientes de que tarde o temprano llegaría aquel momento. El momento en el que Neil gruñía y trataba de meterse demasiado en la boca, sufriendo arcadas y respirando con fuerza. El momento en el que yo apretaba con fuerza el respaldo del sofá, inclinado sobre su cara y disfrutando de cada segundo de aquello.

—Joder... —le oí jadear tras la última arcada.

Me levanté y le miré desde arriba. Sus ojos azules brillaban de una forma salvaje, estaban húmedos y enrojecidos. Tenía el bigote y la barba repletos de saliva, que todavía le goteaba por el fuerte mentón. Neil estaba hambriento, pero había demasiado que comer.

Me incliné sobre él y le besé. Sentí mi sabor en su boca y eso me hizo contraer el abdomen y gemir un sonido ronco de puro placer. Neil me besó más fuerte, me apretó con fuerza la cadera y solo dijo:

—Móntame.

Sin dudarle, salí de encima para poder quitarme el pantalón y ponerme a horcajadas sobre él. Neil ya me estaba esperando con los brazos extendidos en el respaldo del

viejo sofá, el cuerpo estirado en el asiento, el miembro muy duro y una locura salvaje y oscura en los ojos.

Había pensamientos que navegaban por el fondo de mi mente, pero que no tomaban forma ni se convertían en palabras que pudiera procesar de una manera consciente. Tenían que ver con las diferencias entre Derek y Neil a la hora de tener sexo. Dek siempre había sido pura pasión desenfrenada, follaba muy rápido y rugía muy alto. Neil, sin embargo, era calmado y comedido. Gruñía, pero se trataba más de un sonido constante y bajo que solo cambiaba cuando había algo que le gustaba especialmente. A Neil le gustaba mucho mirarme fijamente y apretar los dientes de grandes colmillos. Le gustaba hablar poco y decir solo las cosas necesarias.

—Bésame.

—Más fuerte.

—Hazlo de nuevo.

Sudado y jadeante, me incliné para besarle mientras volvía a mover lentamente la cadera de arriba abajo, produciendo otro ronco gruñido de placer en su garganta.

Derek ya se hubiera corrido después de aquello, ya se hubiera corrido hacía un buen rato; pero Neil continuaba mirándome sin si quiera pestañear, a la espera de que continuara montándole como a un semental que tratara de domar.

Él lo supo, supo lo que me pasaba por la cabeza, porque me agarró del cuello con una de sus grandes manos y me apretó, solo lo suficiente para ahogarme suavemente. Me acercó a él hasta que nuestras frentes sudadas se tocaron.

—Yo no soy un crío estúpido y caprichoso que no sabe ni follarte, William —me dijo.

Su voz era densa y oscura. Su aliento era cálido y me producía escalofríos sobre toda la piel. Olía a sudor fuerte y cada respiración era más dulce que la anterior.

—Ahora eres mío... —me dijo, jadeando y gruñendo, como si tan solo decirlo le produjera un inmenso placer—. Y yo no te voy a dejar solito y frustrado, ni te voy a dar un pequeño mordisco creyéndome muy hombre, ni te voy a dejar una mierda de camiseta usada para mantener a los demás alejados, porque es patético y no funcionó conmigo...

Me apretaba el cuello lo justo para mantenerme domado, pero no lo suficiente para hacerme daño. Movía la cadera y no paraba. Me follaba y me ahogaba y me miraba como si fuera a devorarme entero.

Entonces me acercó más y susurró en mi oído:

—Yo voy a montarte mañana y noche, y como alguien se te acerque le voy a romper cada hueso del cuerpo, y tú me vas a dar todo lo que yo quiera, y yo voy a cuidar muy... muy bien de ti. ¿Quieres que cuide de ti, William? —Una ardiente pregunta que me hizo estremecerme de arriba abajo.

—Sí —jadeé. Apenas un susurro ahogado. Quizá incluso un ruego enloquecido. O, puede que, simplemente, un puro y arrollador «sí».

Sí que lo quería.

Neil gruñó un poco más alto y, moviendo la cadera para meterse todo lo que pudo dentro de mí, me mordió el cuello. Fue extraño. Una mezcla entre lo doloroso y lo erótico. Me trajo recuerdos de un pasado en el que Derek hacía lo mismo, pero por entonces creía que solo era una manía suya, no algo generalizado en los Witton.

Neil dejó de agarrarme el cuello y separó la cabeza y, algo mareado, me apoyé en el respaldo del sofá para parpadear y recuperar la respiración. La herida reciente me dolía y me picaba mientras una gota de sangre recorría mi hombro y la parte alta de mi pecho. Neil se relamió con sumo placer sus labios rojos y manchados. Sonrió como nunca le había visto sonreír. Me miró con unos ojos que daban miedo. Había algo profundamente perturbador y oscuro en ellos. Me pasó la mano por el pecho y el

abdomen, hundiendo un poco sus uñas, como si me arañara. Como si quisiera escarbar hasta mi interior y devorarme por dentro.

Había locura en él. Intensa y sofocante locura.

Todavía aturdido, casi ni me di cuenta del momento en el que me movió, levantándome de encima de él para poder incorporarse, ponerme a cuatro patas sobre el sofá y agarrarme la cadera con fuerza para gruñir muy alto y follarme muy fuerte.

Recuerdo que pasé los brazos al otro lado del respaldo y apreté la tela vieja y polvorienta. Recuerdo que temblaba. Recuerdo que Neil me hacía un poco de daño y recuerdo lo mucho que eso me gustaba. Recuerdo que cerré los ojos con fuerza y gemí como no había gemido nunca; porque nunca me lo habían hecho de aquella manera.

Recuerdo que, cuando terminó, me sentí agradecido y no pude moverme en media hora. En parte, porque Neil se había dejado caer sobre mí y me hundía bajo su cuerpo grande y musculoso, su calor y su intenso olor a sudor; en parte, porque había sido uno de los mejores polvos de mi vida y me había dejado muy lleno de Neil, y, a la vez, completamente vacío de todo lo demás.

—Las cosas van a cambiar, William — me susurró al oído.

Y yo volví a estremecerme.

Lo que dijo Neil en aquel momento sonó mucho más oscuro y peligroso de lo que realmente terminó siendo. Las cosas cambiaron, sí, pero no de una forma aterradora. Lo único que pasó fue que Neil marcó una palpable diferencia entre cuando éramos solo amigos y ahora, que éramos pareja.

A algunos quizá les hubiera resultado sofocante y excesivo, pero a mí me gustaba. Me gustaba muchísimo que Neil hubiera dejado a un lado las tonterías, las dudas y los juegos. Me gustaba muchísimo que viniera a verme siempre que quisiera. Que aparcara su Harley de la policía a un lado del taller y esperara de brazos cruzados y mascando tranquilamente su chicle a que yo me acercara para prestarle toda mi atención. Que viniera a dormir cada noche a mi casa y no pidiera permiso para hacerlo. Que me tocara siempre, discreto en público pero directo en la intimidad. Que me tratara como si fuera *su* hombre, y no solo *un* hombre.

Porque yo no era una experiencia entre muchas. Yo era lo que él quería.

Eso fue lo que cambió entre nosotros, aunque, para el resto del mundo, es decir, Greyfalls, no hubo diferencia alguna. Neil y yo seguíamos cenando los viernes en el *Chips*, yendo una vez al mes a tomar una copa al *Grezzly*, y siendo tan anodinos y educados como siempre habíamos sido.

Invité a Neil a pasar las navidades en mi casa, con mi viejo, quien se emborrachó mucho y casi ni tocó el pavo quemado que había cocinado para la ocasión.

—Ese chico, Neil, me gusta — me dijo aquella misma semana, mirando las cortinas de la cocina como si fuera algo que tuviera que reflexionar concienzudamente—. No es un rarito como el resto de su familia. Al menos sonrío y es educado.

Asentí, solté el humo del pitillo y lo apagué en el cenicero con forma de árbol de navidad. La única decoración festiva que mi padre sacaba cada año.

—A mí también me gusta mucho — le dije.

Aunque decir que Neil Witton no fuera «rarito», era algo cuestionable. No lo parecía, eso sin duda. Nadie sospechaba que detrás de esa fachada atractiva, calmada y serena, se escondía toda una bestia. Ni siquiera yo lo había sospechado, por mucho que él me lo hubiera advertido.

—Estar conmigo no es como estar con cualquiera, William. Incluso para los estándares de los Witton, yo tengo un hambre feroz —me solía decir. Antes. Cuando éramos amigos y me miraba con ansia, pero también con cuidado.

Yo no le entendí por entonces. Hasta que empezamos a estar juntos y pude conocer ese mundo oculto que había en su interior. Neil era alguien diferente en la intimidad. No me refiero a alguien cruel y aterrador, como el señor Johnson. Me refiero a «diferente» a como era normalmente en público.

Siempre me mordía el cuello una vez al mes, justo antes de la luna llena, cuando más salvaje, intenso y pasional se volvía. El resto de las noches, solo me hacía el amor a su particular manera.

Muchas veces me agarraba de las muñecas o el cuello, me tiraba del pelo y me azotaba en el trasero hasta que me picaba. Algunas veces me inmovilizaba con su cuerpo y me ponía la entrepierna en la cara y me decía justo lo que quería que le hiciera. A veces me montaba él y me arañaba el pecho, y me escupía y me daba un par de firmes bofetadas. A veces, me esposaba a lugares y me hacía todo lo que deseaba.

Recuerdo la primera vez de eso, fue en marzo de 1975. Lo recuerdo por dos razones: la primera es que fue cuando Dalton tuvo un accidente en la carretera, así que mi viejo y yo nos turnábamos para irle a visitar al hospital de NorthPeak y así no dejar el negocio vacío.

Neil sabía que yo estaba solo en el taller, así que metió la moto dentro, bajó la trapa hasta la altura de sus rodillas y se acercó a mí. Yo le sonreí, le guiñé un ojo y fui a darle un buen beso; pero él continuó mascando su chicle tranquilamente. Se quitó el casco de la moto, lo dejó a un lado y, como todo un agente de policía en servicio, uso mano firme y tirones algo violentos para llevarme a un lado. Yo le miraba con el ceño algo fruncido, lo que, en mi rostro, era toda una expresión de sorpresa.

Neil sacó las esposas y se pegó mucho a mí para, sin decir una palabra, ponerme los brazos a la espalda y esposarme a una de las columnas del taller. Entonces movió el rostro y tomó una buena bocanada a la altura de mi cuello. Oí ese leve y familiar gruñido de excitación, pero no vi sus ojos cuando me miró, solo el reflejo de mi rostro en el espejo de las gafas plateadas.

Sin dejar de mascar tranquilamente su chicle, me bajó la cremallera del mono y metió la mano bajo mi camiseta. Me tocó, me apretó los pezones y tiró del vello negro que cubría mis pectorales. Después, descendió directo a mi entrepierna. Yo estaba demasiado sorprendido como para reaccionar. Solo jadeaba y me removía mientras él me frotaba, se escupía en la mano para humedecerla y volvía a frotarme de nuevo.

Tardé dos tristes minutos en pegar la nuca a la columna, cerrar los ojos y soltar un profundo gemido antes de liberarme por completo. Neil siguió un poco más y, cuando estuvo seguro de que ya estaba todo fuera, apartó la mano completamente manchada. La agitó un par de veces para deshacerse de lo más grueso, después, con la misma calma y determinación con la que había llegado, fue a por un trapo sucio y se limpió el resto.

Se repasó la cazadora de cuero por si le había manchado allí, se reajustó el cinturón, se acomodó el enorme bulto que tensaba la tela gris de su uniforme y, solo cuando estuvo listo, me quitó las esposas, se las guardó al cinto y se largó.

Cuando llegué a casa aquella noche, él ya estaba allí, sentado en el sofá y mirando la televisión con una cerveza en una mano y el mando en la otra. Me miró, me sonrió y levantó un brazo hacia el respaldo para hacerme un hueco a su lado.

—¿Qué tal hoy, William? —me preguntó, como hacía siempre después de que le diera un beso.

—Bien —murmuré mientras colocaba la mano en su pierna. Miré sus ojos azules y su suave sonrisa—. Me gustó mucho lo que hiciste hoy.

—Lo sé —respondió—. Me he pasado toda la tarde oliéndote en mi ropa. Te corriste mucho, incluso más de lo normal. Y eso es bastante para un Parks.

Asentí. Yo ya no me sonrojaba con Neil, porque no me daba ninguna vergüenza disfrutar tanto con él y, evidentemente, que eso se notara.

—¿Vas a volver a hacerlo? —pregunté.

—Sí —respondió—, pero no voy a decirte dónde ni cuándo. Será una sorpresa.

Sonreí y sentí un calor muy agradable en el pecho.

—¿Sabes que te quiero? —pregunté.

—Lo sospechaba.

—Pues te quiero mucho.

—Mmh... dímelo otra vez...

—Te quiero mucho.

—Ahora dime la segunda cosa que más me gusta oír de ti.

—Soy tuyo...

Neil se humedeció los labios, sonriendo, mordiéndose un poco la lengua y jadeando entre los dientes de grandes colmillos. Sin decir nada, me incliné para darle otro beso y después me puse de rodillas entre sus piernas.

Esa es la segunda razón por la que recuerde tan bien ese día de marzo de 1975. No por la mamada en el sofá. Eso se lo hacía mucho. Me refiero a que fue la primera vez que le dije que le quería.

Desde entonces, se lo decía todos los días y él siempre sonreía al escucharlo.

En verano de 1975, varios excursionistas desaparecieron en las montañas de Greyfalls. La noticia recorrió el pueblo como una cálida brisa más, sin que nadie se sorprendiera lo más mínimo. Casi todos los años desaparecía alguien en esas montañas nubladas y boscosas; normalmente turistas que no querían hacer caso de las advertencias, o aventureros atraídos por el misterio y el peligro que rodeaba el lugar.

La policía tampoco se molestaba mucho en investigar esas desapariciones. Abría un informe, hacía una breve búsqueda por el bosque, un par de preguntas, anotaba un par de cosas y, tras unos días, cerraba el caso y lo archivaba en la sección «Sin Resolver».

Neil me visitaba muy a menudo mientras «investigaba» esas desapariciones. Cuando solo éramos amigos, iba al taller y me hacía preguntas, bromeaba, después me decía que sonaba sospechoso.

—No me obligues a esposarte y llevarte conmigo, William Parks —volvía a bromear.

Ahora me metía mano y me decía que tendría que cachearme, después me daba una leve bofetada cuando yo sonreía y trataba de besarle.

—Esto es serio, señor Parks —me dijo con un tono duro en la voz y una mirada firme en sus ojos salvajes—. Se dice en el pueblo que tienes dueño, ¿es eso cierto?

—Sí, señor —respondí.

—¿Te hace feliz?

—Sí, señor. Muy feliz.

—Dicen que te folla más duro de lo que puedes aguantar.

—No, señor. No más de lo que puedo aguantar.

Neil quitó la mano de mi culo y, mascando su chicle, fue en busca de su libreta para anotar algo.

—No más duro de lo que puede aguantar... —murmuró mientras escribía. Con el extremo del bolígrafo, se levantó un poco la visera de su gorra de policía—. Esto será crucial para la investigación —me dijo.

Sonreí.

—Si necesita más información, no dude en venir a buscarme —le dije—. Ya sabe que estoy a su total disposición, agente Witton.

Neil mantuvo bastante bien el tipo, pero no pudo reprimir un leve gruñido de garganta ni aquel aroma a sudor que le rodeaba cuando se excitaba.

Entonces llegó mi padre y se acabó la diversión. Con las manos en los bolsillos del mono, me aparté de Neil y me apoyé en el capó del furgón de la señora Cooper. Neil tomó una buena respiración y, de espaldas a mi padre, trató de ajustarse el pantalón y ocultar el bulto que le tensaba la fina tela del uniforme.

—¿Has venido por las desapariciones, Neil? —le preguntó, acercándose con una amplia sonrisa y el pack de cervezas frías que había ido a buscar al pueblo—. ¿Por qué no te quedas y te bebes una? —le ofreció.

A mi viejo le caía muy bien Neil, pero lo que más le gustaba de él era la cantidad de cotilleos e información que su trabajo podía ofrecerle. Sonreí al agente Witton y, con un cariñoso apretón en el hombro, le invité al interior del taller.

—He oído que este era como famoso o algo así —dijo mi padre mientras abría la primera lata con un gratificante «clac».

La cerveza estaba muy fría y el verano era muy caluroso.

—Sí, entre ellos había un escalador con cierto renombre en el mundillo y una aspirante a modelo —respondió Neil. Ahora parecía cansado. Se quitó la gorra y se pasó el reverso de la mano por su frente sudada y por su poblado bigote, más largo que el resto de su barba.

Al contrario que nosotros, él no podía darse el lujo de quitarse la parte de arriba y quedarse medio desnudo mientras trabajaba. Así que había un círculo más oscuro en las axilas de su camisa de la policía y un reguero cruzando su espalda. Tenía varios botones desabrochados y parte de su pectoral hinchado y de vello pardo brillaba con el sudor que lo cubría.

Yo bebía mi cerveza, los escuchaba y le miraba. Pensaba en la suerte que tenía de que aquel pedazo de hombre fuera mío y me preguntaba por qué había dudado tanto en dejarle entrar en mi vida.

—La prensa y el alboroto mediático que ha levantado está complicando un poco las cosas —continuó diciendo—. Todos los días viene algún periodista de la ciudad a hacer preguntas a la comisaría.

Mi viejo resopló y puso los ojos en blanco.

—Todos saben que estas montañas son peligrosas. No tienes que traerte a tu novia súper-modelo aquí para hacer el subnormal escalando. Vete a Malibú, a la playa, a uno de esos resorts de moda para gente pija y con dinero. Cómprale un bañador de esos europeos a tu chica y pásala para que todos vean el cabrón con suerte que eres.

Neil asentía y daba largos tragos a la cerveza. Ya conocía a mi viejo y sus muchas opiniones sobre todos los temas.

—Yo pienso lo mismo que usted, señor Parks —le dije—. Por desgracia, han venido aquí y se han perdido. Como eran medianamente conocidos —y dijo «conocidos» con mucho escepticismo en la voz—, han llamado la atención y esos periodistas aburridos y sedientos de titulares andan a decir toda clase de gilipolleces.

—He leído los periódicos —afirmó mi padre—. Lo de «Las Montañas de las Brujas» seguro que lo sacaron de Troy Jobworth. Ese hombre está mal de la puta cabeza y siempre ha creído que había monstruos o algo así en esos bosques.

Asentí. Yo también recordaba haber escuchado al señor Jobworth hablando de cosas extrañas que creía haber visto u oído. Era de los que más lejos vivían, casi a los pies de la ladera junto a la granja de los Witton. Decía que había noches que veía sombras entre los árboles. Monstruos de ojos brillantes que caminaban a dos patas en la oscuridad.

De niño había sufrido alguna que otra pesadilla con aquello.

—Lo único que hay en esos bosques son osos y un peligro constante a caerte, hacerte daño o perderte. Seguramente, las tres cosas, que es lo que le habrá pasado a esta gente de la ciudad —dijo Neil.

Mi padre le dio la razón con una sucesión de asentimientos y una mueca de circunstancias.

—Es justo lo que le decía a los chicos en el bar. Si las montañas estuvieran embrujadas, habría desaparecido mucha gente del pueblo; pero, que yo sepa, ninguno de nosotros se ha perdido, porque ninguno de nosotros es tan gilipollas como para subir ahí arriba.

—Exacto, señor Parks —afirmó Neil—. Quizá pueda explicárselo usted a los periodistas, porque a la policía no parecen entendernos.

—Mmh... Esperemos que se vayan pronto —murmuró mi padre—. El dinero que se están dejando en el pueblo no compensa los problemas que están dando.

El último de los reporteros aún tardó una semana más en irse, pero, cuando lo hicieron, no volvieron de nuevo. Ya habían conseguido todos los jugosos y llamativos titulares que habían podido ordeñar de aquella triste situación, así que, como una plaga de ratas, se escaparon en busca de otra desgracia de la que alimentarse.

Neil al fin respiró tranquilo y el sheriff cerró el caso y lo archivó junto a todos los demás. Aquella misma noche anunció:

—Ya se acabó todo.

Yo tenía un pitillo en los labios y movía la sartén sobre el fogón. Era mi noche de cocinar y preparaba un salteado rápido de champiñones y huevo. Neil se acercó por la espalda, me abrazó, me dio un beso en el cuello y se fue a por una cerveza a la nevera.

—¿Los habéis encontrado? —pregunté.

—No.

—Es extraño. El campamento estaba allí, con todas sus cosas, incluso las de escalar, así que no pudieron haberse caído de un precipicio.

—No.

—Y el hombre, el escalador, tenía una brújula y un mapa. Todos sus conocidos decían que sabía orientarse muy bien.

—Sí.

—Es imposible que se perdieran. Incluso si estaban escapando de ese grupo de osos que les atacó, los que dejaron las marcas de arañazos en los árboles y el rastro de sangre.

—Aham.

—Pero no habéis encontrado los cuerpos por ningún lado. Ni siquiera un resto de huesos.

—No.

Levanté la mirada y me quité el pitillo de los labios. Solté el humo y observé mi reflejo en la ventana de la cocina que daba al patio. Afuera ya era de noche y tan solo se veía oscuridad.

—Ninguna criatura se come hasta los huesos de sus presas.

Neil se acercó, dejó la cerveza a un lado y volvió a abrazarme por la espalda. Como le gustaba hacer, hundió su rostro en mi cuello y aspiró el olor de su propio sudor en mí. Con labios tibios, besó la marca de mordisco que había allí.

—No sé los huesos, pero el resto de ellos era muy tierno —me dijo.

Miré nuestro reflejo en la ventana. Neil levantó la cabeza y frotó su mejilla contra la mía. Había una ligera sonrisa en sus labios y un brillo salvaje en sus ojos.

Creí que bromeaba.

Eso fue lo que creí.

En octubre de 1975, viví lo que, a día de hoy, sigo considerando una de las experiencias más extrañas de mi vida.

Fue en el aniversario de mi relación con Neil. No se podría decir que fuéramos los hombres más románticos del universo, no si lo medíamos por los estándares normales; pero esa noche me esforcé en preparar algo decente para cenar y no el clásico plato rápido para salir del paso.

Puse velas, un mantel bonito, abrí una botella de vino y busqué mi mejor camisa. Cuando Neil llegó de su turno de la tarde, traía un ramo de flores entre las manos y una caja de bombones. Nos miramos el uno al otro y sonreímos.

—¿Cuál de los dos crees que ha cumplido el cliché más rancio? —me preguntó.

—Tú, sin duda —respondí.

Neil sonrió más y asintió. Me dio el ramo y un beso en los labios, después se quitó la gorra y la dejó en la encimera junto con sus gafas de espejo. Yo había preparado una cena sorpresa, pero Neil tenía preparada una sorpresa mucho mayor para mí.

—Esta noche es muy especial, William —me dijo mientras se lavaba las manos en el fregadero—. Hay algo importante que tenemos que hacer.

—Amh —murmuré—. ¿Te refieres a sexo?

—Claro que me refiero a sexo —respondió, mirándome a través del reflejo del cristal de la ventana—. Sucio, salvaje y duro, como a nosotros nos gusta.

—Ya contaba con ello —le aseguré, yendo a dejar el ramo encima de la mesa del salón.

Seguíamos reformando la casa poco a poco. Todavía faltaban muchas cosas, pero cada día era un poco más nuestro hogar.

—Pero este es especial —insistió, siguiéndome al salón. Apoyó el hombro en el marco de la amplia entrada y se cruzó de brazos—. Hace un año que te mordí por primera vez.

Le miré.

—¿Y qué?

—Pues que, cuando se cumple el año, el vínculo se asienta y se forja —me explicó, como si yo fuera capaz de entender algo de lo que decía. Se apartó del marco y se acercó a mí. Sus ojos azules parecían refulgir con luz propia en la penumbra del salón—. Pero para que eso ocurra, tenemos que ir al bosque y hacerlo bajo la luz de la luna.

Me rodeó con sus brazos y suspiró.

—Mi abuela decía que el ciclo lunar de la noche en la que forjabas el vínculo, tenía un significado especial. Hoy hay luna menguante. La luna de los enamorados.

—Aha... ¿es algo de los Witton?

Neil se rio.

—Sí, claro es algo de los Witton —me dijo—. Yo no veo a ningún humano yendo al bosque a follar bajo la luna en su aniversario.

—No, yo tampoco.

No se me escapó el hecho de que hubiera dicho «humano», tan solo fue algo que ignoré intencionadamente.

—Ya he cazado al animal. Un corzo precioso. Mi padre me ayudó.

Asentí, muy lentamente.

—Podía haberlo hecho yo solo —me dijo, separándose un poco para empezar a desabotonarme mi camisa más elegante—, pero... —se encogió de hombros—, es una especie de tradición de mi Clan que te ayude tu padre la primera vez.

Volví a asentir. Tomé aire y lo solté por la nariz. Neil terminó con los botones y me quitó la camisa, entonces empezó a hacer lo mismo con mis pantalones.

—Escucha, William. Sé que esto no lo has hecho con Derek — me dijo—. Bueno, sé que hicisteis algo parecido pero no como *debe* hacerse. Yo creo en las tradiciones. Son importantes. ¿Lo entiendes?

—Claro.

Se agachó para quitarme las botas y los pantalones, desde el suelo, me bajó también la ropa interior y me dejó desnudo. Sus ojos me recorrieron de arriba abajo y su pecho se hinchó con una buena respiración.

—No quiero que te asustes, porque no te voy a hacer daño. ¿Vale? Eres mi compañero y te quiero más que a nadie. Esto va a salir bien.

Le miré. Él se levantó del suelo y puso mis manos en su pecho sobre la camisa. Creo que sentí el retumbar de su corazón bajo la tela gris y el pectoral abultado. Neil parecía nervioso y había empezado a respirar más fuerte.

—Desnúdame tú a mí — me dijo.

A partir de ese momento, lo recuerdo todo como si fuera un sueño. Mi mente racional me abandonó y lo único que quedó fue mi cuerpo. Desnudé a Neil porque era lo que me había dicho que hiciera, y después le vi marcharse al porche y traer algo entre las manos. Un enorme ciervo muerto. Lo dejó en mitad del salón, sobre la alfombra, y después fue a la cocina a por un cuchillo.

Miré cómo le cortaba el cuello y como se empapaba las manos antes de levantarse y pasarlas por mi rostro. Olía a metal y salitre y estaba viscoso y tibio. Lo repitió otra vez. Me manchó el pecho, el abdomen, los genitales y las piernas. Cuando terminó por delante, hizo lo mismo por mi espalda.

Después dijo:

—Ahora tú.

Las manos ni siquiera me temblaron. Las manché de la sangre de aquel corzo astado de mirada muerta y, con calma, las pasé por el atractivo rostro de Neil. Por su espeso bigote y su barba corta. Por su cuello. Por sus hombros anchos y su pecho abultado, por sus abdominales, su entrepierna y sus pies. Hice lo mismo con su espalda y, al terminar, se giró y me miró con unos ojos más brillantes y azules de lo que jamás los había visto.

Jadeaba entre los labios y se veían sus colmillos sobresaliendo por detrás. Parecían más grandes de lo normal.

—Te quiero, William — me dijo. Su voz sonaba extraña. Perdida. Diferente.

Con una mano de uñas afiladas, me agarró de la muñeca y tiró de mí.

Me llevó al jardín trasero y, de ahí, al bosque. Le seguí en la oscuridad. La luna era tibia y no alumbraba demasiado. Unas nubes oscuras la cruzaban en un cielo estrellado. No supe cuánto caminamos ni cuan lejos me llevó. En algún momento, en algún lugar, Neil se detuvo. No reconocía el bosque ni nada a mi alrededor, solo los enormes y brillantes ojos azules que brillaban con luz propia en las sombras.

El gruñido que produjo fue más grave y denso de lo normal. Cuando se acercó a mí y pegó su cuerpo, noté que estaba especialmente caliente, como si tuviera fiebre, y que parecía especialmente velludo.

Me besó. Su lengua estaba más áspera y su saliva, más densa.

Sus dedos de uñas largas se clavaron en mi espalda y me hicieron daño. Neil me llevó al suelo, sobre las hojas secas y los helechos. Me puso de espaldas y me ahogó bajo su peso. Me abrió las piernas para hacerse un hueco entre ellas y gruñó de una forma animal en mi oído.

Aquel ruido no era humano.

Eso fue lo que pensé.

Después, ese extraño sueño se volvió borroso y confuso. Neil me lo hacía de espaldas, sin parar, jadeando cerca de mi oído, pero había algo extraño, muy extraño. Una

enorme mano se apoyaba en el suelo no muy lejos de mi rostro. Yo la miraba con los ojos nublados. Era una mano de dedos largos y uñas negras como garras.

Alguien jadeaba en mi nuca debido al descontrolado ritmo con el que me estaba follando. Creo que era Neil, pero Neil no gruñía como un animal ni olía a almizcle y sangre.

Todo terminó cuando se escuchó un gruñido mucho más alto. La mano de garras se cerró entre la tierra y las hojas y, de pronto, alguien aulló mientras se hundía más en mí.

Creo que era Neil. Creo.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, él estaba a mi lado en la cama. Me abrazaba por la espalda y respiraba tranquilamente. Parpadeé y fruncí el ceño. Había tenido el sueño más raro del mundo.

Recuerdo que me levanté y me rasqué el hombro, sentía un ligero escozor en la espalda. Recuerdo que busqué mis pantalones de pijama y me los puse antes de bajar las escaleras y entrar en la cocina. Recuerdo que vi algo por el borde de los ojos.

Recuerdo que me detuve y di un paso al salón.

Sobre la alfombra, había una enorme mancha de sangre.

Algo cambió dentro de mí la noche de nuestro aniversario.

No era algo real. Más bien se trataba de una sensación, una especie de sentimiento. Me sentía más... lleno. De alguna forma. Como si me hubieran colocado otro corazón en el pecho, al lado del mío. No podría describirlo de otra manera.

Simplemente, ahora sentía algo. A alguien más. Y ese alguien era Neil Witton.

Aquella mañana en la que se despertó y bajó a la cocina, me miró en silencio desde la puerta y sus ojos se humedecieron. Sonrió, mucho. Soltó un jadeo de emoción y se acercó a mí para abrazarme con fuerza. Casi me tira el café y se quema con el pitillo que tenía en los labios, pero no le importó.

Pude sentir su profundo alivio y su intensa alegría dentro de mí. No era una sensación, sino algo que venía de ese segundo corazón que me habían puesto en el pecho.

—Te quiero muchísimo, William —me dijo. Eso también lo noté. Neil me amaba de verdad y era la primera vez que me lo decía con palabras.

—Y yo a ti —murmuré.

Apartó el rostro de mi cuello y me miró. Se le había escapado una lágrima que le había empapado la mejilla, aun así, seguía sonriendo de oreja a oreja. Si podía sentir lo que yo sentía, sabía que no mentía. Le quería muchísimo.

Neil tomó una gran bocanada de aire y puso una mano en mi rostro. Su amor me llenó como una corriente de olas suaves y cálidas.

—Buff —resopló, cerró los ojos y tragó saliva—, esto es muy intenso.

—Sí —dije.

Yo no era estúpido, simplemente no quería ver la verdad. Lo llevaba haciendo desde los diecisiete años y lo seguiría haciendo hasta los veintinueve.

Sin abrir los ojos, Neil se inclinó y me besó. Fue como un primer beso. Fue como redescubrir sus labios y su boca. Ahora había una electricidad que nos unía, un cosquilleo, una sensación nueva y profunda. Y yo sentía su placer, y él sentía el mío, y aquel deseo y goce se reflejaba una y otra vez, rebotando entre él y yo y haciéndose más intenso y grande por momentos; como una gigantesca avalancha de nieve.

Así me sentí cuando, diez minutos después, estaba llegando al orgasmo con las manos apretando con fuerza el fregadero, los pantalones del pijama por los tobillos y con Neil muy pegado a mi espalda. Sentí como esa avalancha de nieve y sensaciones me golpeaba de lleno y me dejaba sin aire.

Las piernas me temblaron y me derrumbé, y Neil cayó conmigo al suelo y, como dos drogadictos hasta las cejas, nos quedamos tirados en las baldosas de la cocina, incapaces de movernos, porque nos costaba demasiado concentrarnos en seguir respirando.

Una hora después, estaba llamando al taller para decirle a mi padre que no me encontraba bien y que no podría ir. Neil hizo lo mismo, pero tuvo que dar menos explicaciones que yo.

—Ha salido bien, padre —le dijo—. Necesito quedarme con él.

Nos pasamos el resto del día pegados. Hablamos poco. No hacían falta palabras. Nos mirábamos y nos tocábamos como si fuéramos dos ciegos que, de pronto, habían recuperado la vista. Como dos sordos que ahora podían oír. Pero lo que veíamos y oíamos estaba dentro de nosotros; en ese otro corazón que ahora teníamos en el pecho. Acostumbrarse a poder sentir lo que siente otra persona, es complicado. Abrumador por momentos.

—Eres como un lago —me dijo Neil.

Asentí. Él era como una cueva, hundiéndose en las profundidades. No daba miedo, pero era complicado.

Tuvimos sexo un par de veces, pero nada al nivel de nuestra fiereza acostumbrada. Poco a poco, suave en su mayoría. Lo que sentíamos ya era demasiado intenso y violento. Aún tardaríamos un mes o dos en poder recuperar nuestros polvos salvajes, y fueron mejores que nunca.

—Ahora sí que eres mío, William —jadeó en mi oído a medianoche—. Por dentro y por fuera. Todo mío.

Él pudo sentir la felicidad en mí, y yo pude sentir la devoción en él. Neil me adoraba con un fervor casi religioso, como si yo fuera una especie de dios para él.

—Y sabes que soy tuyo, para siempre —susurró.

Sonreí.

Tengo veintidós años y acabo de forjar un vínculo con el segundo hombre que más me querrá en el mundo.

Me llevó un par de días habituarme a la sensación, a la conexión que ahora tenía con Neil, al hecho de no estar solo nunca; ni siquiera dentro de mí. Podía saber dónde estaba y lo que sentía en todo momento, pero, en la distancia, era menos intenso y más fácil de llevar.

Mi viejo me echó un par de broncas, sobre todo al principio, porque me detenía en mitad del trabajo o me frenaba en seco y me quedaba mirando la nada. De ese segundo corazón en el pecho me llegaban sensaciones de enfado, frustración y rabia. Eran repentinos, como pinchazos que después se disolvían hasta desaparecer. Yo no estaba habituado a esas emociones, y por eso eran las que más me costaba pasar por alto.

—Neil, ¿por qué te enfadas? —le pregunté.

Tomó una bocanada de aire y se quitó sus gafas de espejo. Estaba cansado y dolido de que me hubiera dado cuenta. Tenía miedo de lo que yo pudiera pensar de él. Le aterraba decepcionarme.

—Este trabajo es duro, William. A veces, me cabreo. A veces me gustaría poder darle un puñetazo a alguien y después patearle hasta que aprendiera a respetarme. Intento ser bueno —y lo decía de verdad—, pero yo no soy un hombre bueno...

No dije nada. No lo necesité.

Lo más curioso era que, gracias a ese vínculo, mi gran problema de no poder expresarme como me gustaría, desapareció por completo. Apoyé la mano en el hombro de Neil y miré sus ojos azules, salvajes y brillantes. Esos que, cuando sintieron lo que yo sentía, se humedecieron hasta derramar una lágrima.

Neil apoyó el rostro en mi cuello y me abrazó. Estábamos en el taller y era peligroso, pero no quise separarle de mí.

Cuando puedes sentir todo lo que alguien siente, es cuando comienzas a conocerle realmente. Estás completamente expuesto y no hay nada que te proteja. Te sientes indefenso y desnudo, veinticuatro horas al día, siete días a la semana, cuatro semanas al mes, doce meses al año.

No hay dónde esconderte. No hay a dónde huir. Es estar en carne viva.

—¿Todos los Witton tienen esto? —le pregunté una noche.

Neil había cocinado pasta y la había bañado en salsa de tomate. Ahora él sabía lo poco que me gustaba que hiciera aquel plato. Ya no podía fingir que no me importaba.

—No, no todos. Ni siquiera la mayoría. Es algo muy peligroso.

—¿Por qué?

—Podría haberte matado.

Neil se sentía culpable por no habérmelo dicho. Había sido egoísta y cruel. Él lo sabía; pero lo quería. Quería tener esto conmigo. Lo había deseado con todas sus fuerzas.

—Si me lo hubieras preguntado, te habría dicho que sí —le dije.

—Lo sé —asintió—, pero entonces no lo sabía.

Bajé la mirada al plato y le di un par de vueltas a la pasta antes de llevármela a la boca.

—Así que odias mis espaguetis a la salsa de tomate —sonrió.

—No los odio, simplemente no me gustan. —Mastiqué lentamente y le miré—. ¿Y tú por qué odias a mi padre?

—No le odio, simplemente no me gusta. Trata a las mujeres como objetos —respondió antes de meterse un buen bocado de pasta. Uno de los espaguetis se quedó colgando de sus labios y lo sorbió, manchándose la barba parda de salsa de tomate—. Tranquilo, podrás lamerlo luego si quieres —me dijo—. Voy a follarte en la ducha.

Sonreí. Por alguna razón, a mí me encantaba que Neil viera tan dentro de mí. Quizá porque me había pasado la vida luchando por hacerme entender y ahora todo era demasiado fácil.

—Yo también te quiero —me dijo.

Sonreí más.

Dos días después, una tranquila tarde en el taller a finales de octubre, alguien llamó. Supe que no era Neil, porque él estaba en la ruta catorce, sintiéndose relajado, libre y feliz mientras hacia su recorrido habitual por la carretera boscosa. A veces pensaba en mí y sentía una oleada cálida de amor que me llegaba a través de ese hilo invisible que nos unía.

—Parks Motors, ¿en qué puedo ayudarle? —respondí. Mi padre me había vuelto a dejar al cargo y Dalton seguía recuperándose tras el accidente; así que estaba solo. Físicamente, al menos.

—Hola, Will.

Un latido más rápido en el pecho. Silencio.

—Hola, Dek —respondí.

Una breve pausa.

—No hay forma de decirte esto que no sea humillante, así que lo soltaré sin más: ¿Podrías prestarme dinero?

—Claro. ¿Cuánto necesitas?

Más silencio. Demasiado silencio.

—¿Dek?

—Sí, emh... No sé, quizá unos... mil o algo así.

—Tengo dos mil seiscientos ahorrados. Dame una cifra.

Oí una respiración profunda y el sorbido de una nariz húmeda.

—Dos mil —murmuró. Sonó muy cansado—. Necesito dos mil.

—De acuerdo. Dame una cuenta y voy ahora a transferirlos —miré el reloj del despacho. Quedaban cuarenta minutos para que el banco cerrara.

—No, no tengo cuenta. Me la cancelaron cuando me quedé sin fondos —me dijo. Su voz era tan grave como siempre, pero estaba teñida de algo triste. Por un momento, deseé poder tener el vínculo con él para saber qué era lo que realmente sentía.

Cuando experimentas algo así, te das cuenta de lo opaca y lejana que está la gente de ti.

—¿Y cómo te los mando?

—¿Podrías...? Joder —se detuvo—. ¿Podrías venir a la ciudad y traérmelos?

Miré de nuevo el reloj.

—¿Ahora?

—¿Te importaría? —al final de esa frase, la voz se le quebró un poco.

—Salgo ya hacia allí.

– Estoy en *Callum Street*, en un local llamado *The Buzzer*, cerca del centro.

– De acuerdo.

– Bien. Sí... Gracias, Will.

– No pasa nada – dije –. Nos vemos ahora –y colgué.

Nada más hacerlo, el teléfono volvió a sonar. Neil estaba nervioso, impaciente, un poco enfadado conmigo.

– Hola, Neil – dije nada más descolgar.

– ¿Qué ha pasado? – ladró con tono duro –. ¿Estás bien? ¿Necesitas que vaya al taller?

– No, estoy bien.

– William...

Cerré los ojos.

– Derek ha llamado. Dice que necesita dinero y se lo voy a llevar a la ciudad.

Neil no dice nada, pero no hace falta que lo haga, porque el nuevo corazón en mi pecho me dice todo lo que necesito saber. Está furioso, dolido, angustiado y decepcionado. No quiere que vaya a ver a Derek porque le odia. Pero le odia porque le tiene miedo. En el fondo, le aterra que yo pueda amarle más que a él.

– Te quiero, Neil –le digo, porque es la verdad. Él sabe que es la verdad–, pero Derek necesita mi ayuda.

Hay un silencio en la línea y una conversación a gritos en nuestro interior.

– Si te toca...

– Lo sé.

Le matará.

– Ten cuidado – me pide –. Te espero en casa.

– Gracias, Neil.

Tengo veintidós años y un hombre que me quiere demasiado para no dejarme ir.

Recuerdo que sentí sus nervios y su angustia durante todo el camino. No podía evitarlo. Quizá yo tampoco hubiera podido de haber sido él el que hubiera ido a ver a su «alma gemela». Pero lo cierto era que no había almas gemelas ni amores predestinados en esa historia, solo Derek y yo. Solo eso.

Cuando llegué al *The Buzzer*, aparqué en doble fila y me puse la cazadora vaquera con forro de oveja. En casa el cielo estaba nublado, pero allí llovía con fuerza, así que salí aprisa con una bolsa en la mano y las llaves en la otra. Corrí hasta cubrirme bajo el toldo del local y miré al interior, justo por encima de las letras de neón que anunciaban cerveza.

– Will – me dijo una voz a mi lado.

Cuando me giré, vi los ojos más dorados del mundo bajo una capucha gastada. Dek estaba bastante delgado y ni la espesa barba que se había dejado podía ocultarlo. Había ojeras bajo sus ojos, dos nuevos pendientes en su oreja izquierda y un tatuaje a la altura de su cuello. Tenía un moratón en la mejilla y el labio partido. Me miraba fijamente y respiraba profundas bocanadas.

Tengo veintidós años y sigo creyendo que Derek Witton es el hombre más guapo del mundo.

– Hola, Derek – sonreí un poco, pero fue un intento triste –. Dime que este dinero no es para drogas, por favor.

Dek frunció el ceño y bajó la mirada al suelo. Parecía dolido, pero su tono fue duro cuando respondió:

– Te dije que no me iba a meter en esa mierda. ¿Lo recuerdas? A veces cumplo mis promesas, Will.

– Sí – asentí –, perdona – añadí, entregándole la bolsa con el dinero.

Él la miró un momento y, apretando los dientes, sacó la mano del bolsillo de su vieja cazadora para cogerlo.

—¿Quieres... una copa? — me preguntó, girando la mirada hacia el interior del local.

—La verdad es que tengo un poco de hambre. He visto una cafetería con platos caseros no muy lejos de aquí —y señalé a mis espaldas—. ¿Te apetece?

Dek me dedicó una mirada por el borde de los ojos, ojos que de pronto se volvieron brillantes y húmedos. Parpadeó y fingió rascarse la ceja antes de pasar por mi lado y murmurar:

—Lo que quieras.

Ninguno de los dos dijo nada hasta alcanzar el local, apurando los últimos metros bajo la lluvia. La cafetería hacía esquina, tenía grandes cristaleras, decoración en blanco y rojo y el mismo aire a los sesentas que el *Chips* de Greyfalls. Por un instante, fue como volver a tener diecisiete años y estar enamorado del chico más guapo que había visto jamás; pero fue solo eso, un instante.

Derek eligió la mesa, sentándose en una de las esquinas con buena visión de la entrada y la calle lluviosa. Se quitó la capucha y se quedó mirando hacia un lado. Se había rapado el pelo y tenía dos dedos de la mano malamente vendados.

—¿Vamos a fingir que todo está bien? —le pregunté.

Derek no respondió, ni siquiera me miró. Llamó la atención de la camarera tan rápido como pudo, cogió la carta y pidió dos platos solo para él: algo salado y algo dulce. La mujer lo anotó todo y me miró. Tenía los labios pintados y los ojos muertos.

—Yo tomaré café y la tarta de la casa, por favor.

—Marchando —respondió.

Cuando volví a mirar a Dek, me encontré con sus ojos de ámbar medio escondidos en el borde superior de los ojos.

—¿Vamos a fingir que no apestas a Neil Witton y que no llevas puesta su cazadora? — me preguntó.

—No, claro que no —respondí.

—Ah... —dijo mientras una sonrisa asqueada y fría le cruzaba los labios—. Bien, ¿y qué pasó, Will? Dime, ¿cuánto tardó ese cabrón en echarse sobre ti? ¿Eh? ¿Fue nada más volver sin mí? Quizá incluso antes...

Tomé una respiración. A cuatro horas de distancia, el hilo se tensaba tanto que percibir cosas era más complicado, pero seguían estando ahí. Al otro lado. Esperando por mí.

—Hace un año que estamos juntos —le dije—. Me ayudó mucho a superar la ruptura y...

Y no pude continuar, porque Derek le dio un fuerte golpe a la mesa y se rio de una forma muy desagradable mientras echaba la cabeza hacia atrás.

—¡No me jodas! —exclamó. No me miraba, solo negaba de lado a lado y clavaba los ojos dorados y húmedos en la acera lluviosa al otro lado del cristal—. Que te ayudo... ¿Cómo te ayudó? ¿Poniéndote a cuatro patas en la cama y de rodillas en el sofá? ¿Eh, Will? ¿Así es como te ayudó a olvidarme?

Me quedé un momento en silencio. Una vez más, me costaba encontrar las palabras.

—No, me ayudó solo con palabras. Como te dije, empezamos a ser pareja desde el año pasado.

—No hace falta ser pareja de alguien para echar un puto polvo —me interrumpió. Abrió las manos se encogió de hombros y me miró con los labios apretados—. Porque entonces yo he tenido cientos de parejas desde que te fuiste. A veces, varias a la vez.

Fruncí el ceño y le pregunté:

—¿Por qué quieres hacerme daño? No lo entiendo.

—No quiero hacerte daño, Will —se rio—. Solo digo que te crees que tener pareja y follar es lo mismo. Y no lo es.

—De acuerdo —murmuré—. Pues empezamos a ser pareja y a tener relaciones sexuales desde hace un año. Todo el tiempo anterior desde que rompiste conmigo solo hablam...

—Yo no rompí contigo. Tú te fuiste.

Su tono fue rápido, decidido, como si realmente se creyera aquello. Miró otra vez por la ventana y empezó a tamborilear repetidamente con el dedo en la mesa.

—¿Hubieras preferido que me quedara?

No respondió.

—¿Tienes idea de cuánto lloré en ese momento? —pregunté—. ¿Tienes idea del daño que me hiciste, Derek?

—Solo me había besado con un...

—¡ME TRAICIONASTE!

He gritado muy pocas veces en mi vida, esa fue una de ellas. Después, todo se quedó en silencio, tanto, que apenas tuve que susurrar para que se me oyera decir:

—Te di todo lo que tenía y tú me traicionaste, Derek Witton.

Dek se había encogido un poco al oírme gritar, había bajado la vista hacia una esquina de la mesa y había dejado de golpear la tabla con el dedo.

—Si quieres ser libre, de mí, de tu familia y de la granja... de acuerdo —asiento—. Si quieres vivir tu vida y no quieres que nadie te frene. Lo entiendo —asiento—. Si quieres decir que amarme es la muerte —me detengo—, adelante... —asiento—. Pero como vuelvas a decir que fui yo «quien te dejó». Me voy por la puerta y no me vuelves a ver nunca. ¿Lo entiendes?

Derek no dijo nada. Dio un par de toques más con el dedo en la mesa y volvió a mirar la calle. Las luces de las farolas y los neones se reflejaban en sus ojos con tanta fuerza como en las gotas que empañaban el cristal.

—Yo nunca quise que te fueras, Will —murmuró—. Eras alguien muy importante en mi vida.

Con calma, alargué la mano y rodeé la muñeca de Derek. Por encima de su cazadora vieja y sin rozarle la piel. Le di un leve apretón y pregunté:

—¿De verdad creías que me quedaría? Cuando besabas a esas personas, ¿de verdad creías que a mí me iba a dar igual?

Dek miraba fijamente mi mano sobre su muñeca. Sus ojos se humedecieron un poco más y parpadeó.

—¿Sabes lo que sentí cuando besé a esas personas? —me preguntó—. Nada, Will... No sentí absolutamente nada. Eran solo labios, saliva y lenguas que se movían. Ninguno sabía tan bien como tú. Ninguno olía tan bien como tú. Ninguno me hacía arder por dentro como tú. Sant y Liam me decían que era tu culpa, que me tenías domesticado, que yo había caído en los constructos sociales y rancios sobre lo que debía ser una pareja. Decían que debía liberar la mente y experimentar el mundo. Y yo quise creerles... —frunció el ceño y entrecerró los ojos—. Quise creer que había algo más en alguna parte. No mejor que tú... solo diferente. Porque si lo encontraba, quería decir que quizá hubiera algo más que la granja, algo más que mi familia, algo más que... la luna llena.

Le di otro leve apretón y después le acaricié el brazo con cariño. No dijimos nada, solo nos quedamos así hasta que la camarera volvió con nuestros pedidos. Entonces me separé y dejé ambas manos en el regazo.

Cuando la camarera se fue, miré a Dek. Tenía la mano en los labios, como si se mordiera una uña, y miraba con ojos húmedos y enrojecidos hacia la carretera.

—Come un poco, por favor —le pedí.

No me escuchó.

—¿Me crees, Will? —preguntó, apartándose un poco la mano de los labios—. ¿Me crees cuando te digo que no quería que te fueras, o piensas que soy solo un crío inmaduro que no sabe lo que quiere?

—Te creo, Dek. Sé que me querías muchísimo. Por eso estoy aquí.

Me dedicó una mirada por el borde de los ojos. Tras unos segundos, asintió lentamente y se puso a comer sus huevos revueltos con salchichas y beicon. Yo bebí mi café. Estaba tibio, aguado y amargo. Todo en aquella ciudad sabía decepcionante.

—¿Sabes quién es Neil, Will? —me preguntó tras terminarse casi todo el plato en menos de dos minutos—. ¿Sabes lo que hace su familia en la granja? Todos en su Clan son unos putos nazis obsesionados con tradiciones de mierda de hace mil años. ¿Sabes lo que hizo él cuando era joven? Mató a un chico. Pero bueno, su padre no tiene problemas en encubrir asesinatos cuando le conviene, para eso es el sheriff. ¿No?

No respondí, solo le miré terminar su plato salado y poner encima la montaña de gofres con mantequilla y sirope.

—Dime, ¿cómo es follarse a un asesino y un puto psicópata, Will? Eso es algo que ni yo he probado.

—Dek...

Él se mojó los labios y asintió varias veces. Entonces levantó los ojos y me miró.

—Sabes que él jamás te amaré como yo, y que tú jamás podrás amarle a él como me amas a mí, ¿verdad? Puede que las cosas no... hayan sido como deberían; pero nosotros somos compañeros, y eso Neil no podrá cambiarlo nunca. Por mucho que le joda.

Asentí.

—No creo que él quiera cambiar eso, Dek.

Metí la mano en el bolsillo de la cazadora y saqué mi paquete de tabaco. Me puse un pitillo en los labios y busqué el mechero.

—¿No? Entonces, no entiendo qué cojones hace. ¿Es solo sexo? Follarte es una puta pasada, Will, pero, aún así, es un poco humillante para él quedarse con el compañero de otro. —Se metió un buen trozo de tortitas en la boca y las masticó sin dejar de mirarme. Una gota de sirope se escurrió por sus labios y le manchó la barba rubia—. Tú eres mío —me dijo.

Detuve la calada a medio camino y la punta del cigarro dejó de brillar con un fulgor anaranjado. Solté el humo y una nube fina y grisácea me envolvió el rostro.

—Yo no soy tuyo, Dek —le dije—. Ya no.

Derek dejó de masticar las tortitas y me miró con sus ojos como el oro. Ya no eran más que una sombra de la maravilla dorada y salvaje que habían sido en el pasado.

Me quité el pitillo de los labios y, con la misma mano, le acerqué la bolsa del dinero.

—Si necesitas algo más, ya sabes dónde encontrarme —murmuré.

Me levanté del asiento y, sin mirar atrás, me fui del local. Conduje todo el camino de vuelta bajo la lluvia y, cuando llegué a casa, me encontré con Neil tumbado en la cama. Todavía estaba despierto, con las manos detrás de la cabeza y la mirada perdida en el techo. Estaba desnudo, pero la fina sábana de verano le cubría hasta la mitad del abdomen.

No dijo nada. No necesitaba hacerlo. Sentía frustración, celos, enfado contenido, nervios, angustia y, bajo todo aquello, en las profundidades de la cueva que era su ser: miedo. Un intenso, frío y devastador miedo a perderme.

Me quité la cazadora, las botas de montaña, la camisa de franela y el pantalón. Desnudo, me incliné sobre la cama y gateé hacia él. Puse las manos a los lados de su cuerpo y el rostro sobre el suyo. Miré sus ojos vivos, salvajes, feroces, del azul del mar y del cielo de verano.

—Te eché de menos —le dije, porque era la verdad.

Y Neil lo sabía.

—Yo te puedo querer tanto como él —susurró—. Si de verdad fuera tu compañero, no te hubiera dejado.

Negué con la cabeza.

—Tú ya me quieres más que él —respondí.

Me incliné y le di un beso. La electricidad pasó de sus labios a los míos. Aquel dulce picor que encendió mi pecho y el suyo en el mundo de emociones que compartíamos. Solo nosotros dos.

Neil quitó las manos de detrás de su cabeza y me rodeó con ellas, atrayéndome todo lo que pudo contra él. Lentamente, empezó a gruñir y a besarme con más fuerza. Me dio la vuelta y se echó sobre mí, apartando la manta para hacerse un hueco entre mis piernas.

—Dímelo —jadeó en mi oído.

—Soy tuyo.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Neil gruñó más alto y agitó la cabeza, revolviendo su media melena parda y ondulada. El placer que sentía al oír aquellas palabras era difícil de describir, pero muy real.

—¿Le jodió olerme en ti? Porque hueles mucho a mí, William. Yo me aseguro bien de eso... —Frotaba su entrepierna contra la mía y jadeaba—. ¿Se enfadó? ¿Se puso a llorar como un crío? ¿Te preguntó por qué prefieres a un hombre de verdad y no a él? ¿Eh?

—Agachó la cabeza y gruñó. Su melena se precipitó en ondas sobre su rostro. Cada vez estaba más mojado y olía más fuerte a sudor—. ¿Le enseñaste cómo te he marcado? ¿Le dijiste que lo hice la primera noche que te follé? Dime que le contaste que hemos hecho el Ritual de la Luna... Oh, sí... Eso tuvo que joderle muchísimo...

Levantó la cabeza y me miró. Mechones de pelo revuelto le tapaban parte de rostro atractivo y masculino, tras ellos, sus ojos eran dos pozos de locura salvaje y primitiva.

—No seas cruel —le pedí—. Lo está pasando mal.

Neil entreabrió los labios y me mostró sus grandes colmillos. Se pasó la lengua por ellos y sonrió.

—Ya te dije que no soy un buen hombre...

Y, sin dejar de mirarme fijamente, buscó el camino a mi interior y movió la cadera. Un poco rudo, un poco fuerte, un poco violento.

—Pero eso te encanta... —gruñó.

Era la verdad.

Navidad de 1975

Esa navidad, antes del fin de año de 1976, alguien llamó al taller. Era nochevieja y yo me había temido lo peor: algún vecino borracho que hubiera estrellado el coche de camino a casa. A veces pasaba. Greyfalls era esa clase de pueblo donde el único entretenimiento era la cerveza, la pesca y la caza.

—Parks Motors, ¿en qué puedo ayudarle? —respondí, esperando no tener que remolcar un coche a solo una hora y poco de cerrar el taller e ir a cenar con Neil y mi viejo.

—Hola, Will.

Me detuve. Miré el corcho del despacho de mi padre, las fotos que tenía allí clavadas con chinchetas. Yo de niño, mi padre de joven, Dalton, yo de adolescente, los tres juntos y, la más reciente, Neil y yo mientras le pasaba el brazo por los hombros y sonreía.

Toda una vida en solo una pared.

—Hola, Dek —respondí—. ¿Todo va bien?

—Sí, sí... —murmuró. Sorbió por la nariz. Quizá había estado llorando—. ¿Te llamo en mal momento?

—No. Solo estaba haciendo tiempo hasta cerrar el taller e irme a cenar.

—¿Con tu viejo?

Asentí, pero, como no pudo verlo, añadió:

—Sí.

—¿Y qué estabas haciendo? ¿Leer? ¿Qué estás leyendo ahora?

—Un autor nuevo, se llama Stephen King.

—No te creo. ¿Ahora lees libros que no sean de los años cincuenta?

—Sí. —Miré la novela encima de la mesa—. Neil me lo compró en Constown el mes pasado, pero, la verdad, todavía ni lo he abierto por miedo a mancharlo de aceite.

Derek tomó una buena bocanada al otro lado y dejó un breve silencio.

—Te llamaba porque creo que te debo una explicación, Will —dijo entonces—. Por el dinero, ya sabes.

—No te preocupes, me ha alegrado mucho poder ayudarte.

—Te lo devolveré. No ahora, pero... cuando pueda.

—No te preocupes —repetí.

—¿Sigues creyendo que es para comprar drogas?

—No. Si me has dicho que no lo era, te creo.

—No lo es. —Asentí. Le creía de verdad, aunque era complicado después de haberle visto tan cambiado, delgado y consumido—. Te lo juro —añadió.

Parecía importante para él que le creyera, así que, con tono serio y firme, le dije:

—Te creo, Derek.

Silencio.

—Aunque a veces me siento muy tentado —murmuró—. Parece fácil dejarse llevar. Olvidarlo todo.

Levanté la cabeza y miré de nuevo el corcho.

—Esa no es la respuesta. Todos a los que he visto consumir drogas, solo han terminado peor de lo que ya estaban.

—Ah, así que has visto a mucha gente en Greyfalls consumiendo drogas, ¿no, Will? Me fui y de pronto ahora es un pueblo moderno y divertido...

—No. No a muchos. Pero... —bajé la voz y moví la silla giratoria frente al escritorio para sentarme. El plástico chirrió y casi se hundió bajo mi peso—. ¿Recuerdas a Pearl? La camarera del *Chips*.

—Sí, claro. La rubia teñida.

—Sí. Pues empezó a salir con un hombre, un motero o algo así. A veces les veía pasar por aquí y él no tenía muy buena pinta, la verdad. Pearl empezó a estar muy contenta todo el rato, energética. Cuando nos servía el café, sonreía mucho y tenía los ojos raros. Yo sabía que algo pasaba y Neil me dijo que se estaba metiendo cocaína. Que podía olerlo. Después de unos meses, el hombre se fue, el motero, digo. Entonces Pearl empezó a estar muy nerviosa y agresiva. Le gritó a la señora Bullet y le tiró el café a la cara.

—Eso no es raro —me dijo Dek, interrumpiéndome por un momento—. La señora Bullet es una zorra a la que le gusta tocar mucho los cojones.

—Sí —tuve que reconocer—. Pero, aun así, el señor DiCario la despidió. Entonces ella empezó a pedir dinero... —tomé una bocanada de aire. Nunca es agradable pensar en las cosas malas que les pasan a la gente que conoces de toda la vida—. A mí también me lo pidió. Una tarde, aquí, en el taller. Estaba delgada y nerviosa. Me dijo que era para su madre, que se encontraba mal y que no daba conseguido trabajo en los alrededores. —Volví a detenerme un par de segundos—. Al final, me dio a entender que estaba dispuesta a... a hacer cosas a cambio. —Bajé la voz al mínimo y susurré al teléfono—: una mamada.

—Pfff —resopló Derek, en un tono muy alto en comparación con mi último susurro—. Claro. Y te la ofrece a ti, ¿no? Ya. Y parecía tonta la chica...

Me quedé en silencio.

—Dek, creo que no lo has entendido. Pearl estaba tan desesperada que me ofreció sexo a cambio de dinero...

—No, Will. No estaba desesperada, porque si hubiera estado desesperada de verdad, hubiera ido a ofrecerle una mamada a Bruno Filler. A él, a su cara de subnormal, a sus ciento y pico kilos de grasa y a su fama de putero. ¿Lo entiendes? No iría al guapísimo mecánico, con cuerpo de toro y polla de caballo. Lo que ella quería era darse un puto gustazo y, aún por encima, que le pagaras la coca.

No supe ni qué decir al respecto.

—Cuando estás desesperado de verdad, no piensas en las personas, solo en el dinero, Will —me dijo—. Y Pearl sabía muy bien dónde conseguirlo, pero fue a verte a ti. Por un momento sentí una punzada de miedo en el estómago. Quizá había sido la forma en la que Derek se había tomado aquello, quizá lo había oído en la tristeza y rabia que arrastraba su voz, quizá mi mente me jugó una mala pasada; pero, de pronto, me temí lo peor.

—Dek... —perdí la voz—. Dek, ¿tú has...?

No pude terminar la frase.

—No —respondió.

Cerré los ojos y respiré.

—Por favor, llámame antes de llegar a eso. Por favor —casi le rogué—. Te daré todo el dinero que necesites.

Oí un jadeo al otro lado de la línea y, tras unos segundos, Derek sorbió la nariz humedecida.

—Ya lo he hecho, Will. Ya te he llamado antes —me dijo con un tono afectado, un poco ronco, como el de una persona que se esfuerza por no echarse a llorar—. Y tú estabas ahí. Como siempre...

Los ojos se me humedecieron, pero fue debido al alivio y la felicidad.

—Yo siempre estaré aquí —le dije.

Derek gruñó, pero fue algo enfadado.

—¡Joder! —gritó antes de quedarse en silencio.

Pude oír su respiración entrecortada, sus jadeos y la forma en la que luchaba por no echarse a llorar. Le di todo el tiempo que necesitó. Tras un par de minutos, me dijo en voz baja:

—Las cosas han sido complicadas. Este último año... Todo se ha descontrolado. Aunque nunca han sido una maravilla, la verdad —soltó un bufido y una risa triste. Después, se hinchó el pecho y exhaló—. A Liam y Lola les pasó algo muy parecido a Pearl. Se empezaron a meter demasiado, empezaron a estar todo el día drogados. Yo no, porque te prometí que no lo haría. Solo les miraba a pudrirse por dentro poco a poco. No ganábamos mucho dinero y se lo gastaban todo en drogas. La familia de Liam también dejó de pasarle la paga cuando descubrieron que había dejado la universidad. Lola perdió su trabajo en los grandes almacenes y empezó a traer hombres a casa. No ligués, me refiero a... —no terminó esa frase—. Yo ya había dejado de follar con ellos hacía mucho, así que no me importó demasiado. Solo estaba allí porque no tenía otro lugar al que ir. Escondía mi dinero y seguía adelante. Pero después empezaron a robármelo y me enfadé. Me fui de la casa y me olvidé de ellos. Tomó otra respiración, pero mucho más calmada. Su tono era cada vez menos afectado y más estable. Quizá le estuviera sentando bien contarme aquello.

—Pero Liam tuvo la brillante idea de pedirle dinero a quien no debía. Siempre fue un puto genio... Después desapareció y, cuando esos hombres quisieron recuperar lo que les debía, me encontraron a mí. Yo les dije que me había ido, que no tenía nada que ver con ellos y que no eran mi problema. Les dio igual. Me dieron una paliza y me rompieron dos dedos. Eran muchos, Will, ni siquiera siendo un... un Witton, pude hacer mucho. Me dijeron que si no les daba el dinero, la próxima vez me cortarían la mano, y después la lengua, y después los cojones y la polla. Les creí... Joder si les creí. Esa gente es muy peligrosa. Por eso te llamé.

Asentí un par de veces en la soledad del despacho.

—Hiciste bien, Dek.

—Sí, bueno. Me lo pensé un poco, la verdad —me confesó—. No sabía cómo te lo ibas a tomar. Sabía que me ayudarías, eso sí lo sabía. Estaba muy seguro de ello. Pero me... me daba muchísima vergüenza, Will. ¿Lo entiendes? No quería que pensaras que soy una puta mierda.

—No es lo que pensé.

—Ya, lo sé; pero yo sí lo pensé. ¿Vale? Me sentía jodidamente humillado. Si no hubieras sido tú... no lo hubiera hecho. Ni de puta broma. Preferiría chupar cada puta polla de esta ciudad antes de pedirle dinero a mi padre.

—Lo entiendo —respondí—. No pasa nada. Me alegro de que me hubieras llamado.

—Yo también me alegro de haberlo hecho... —murmuró.

Sentí una cálida sensación en el pecho y sonreí un poco.

—¿Ahora estás bien? —pregunté.

—Sí, supongo —suspiró—. Después de estar cagado de miedo pensando que te van a cortar los cojones y hacértelos comer, la vida parece un lugar maravilloso.

Me reí.

—Me imagino.

—Ahora estoy en un apartamento de *Downtown*. Es enano y huele a mierda, pero al menos tiene cuatro paredes y un techo. ¿Tú qué tal? ¿cómo van las cosas por allí? A... Neil no debió hacerle mucha gracia que vinieras verme.

Antes de responder, tomé una respiración y me recosté en la silla, haciéndola crujir de nuevo.

—No demasiado —reconocí, yendo a buscar mi cajetilla de tabaco en la pechera del mono—, pero lo entendió. Sabe que me preocupó mucho por ti.

–Lo de Pearl tampoco debió hacerle ninguna gracia –añadió tras un breve silencio—. ¿Se lo has contado?

Me puse el cigarro en los labios y lo encendí, tras soltar una calada de humo gris, respondí:

–Sí. Nada más terminar, fue a buscarla y la detuvo por posesión de drogas y prostitución. La metió toda una semana en el calabozo antes de dejarla marchar. Dijo que era por su bien, para que se le pasara la adicción.

–Ahm... tuvo suerte de que no la matara. Neil hace esas cosas... Mata a gente. Fumé otra calada y miré el cristal del despacho. Neil no me lo había dicho, pero yo sabía que le había dado un par de golpes a Pearl antes de encerrarla. Cuando al fin la liberó, ella huyó corriendo del pueblo.

–¿Y qué tal tu padre? –dijo entonces, porque yo me había quedado en silencio y a Dek le apetecía hablar—. ¿Cocina él esta noche o tú?

–Él –sonreí.

–Buff...

–Lo sé –asentí—. Solo espero que no beba tanto como el año pasado. Se pone muy melancólico.

–¿Melancólico? ¿Tu padre?

–Sí... –solté otra calada de humo y golpeé la punta del cigarro a un lado del cenicero hasta arriba de colillas—. Desde que no vivo allí, parece que me echa mucho de menos.

–¿Qué?, ¿cómo que no vives allí?

–Oh, me mudé –le dije, recordando que Dek no lo sabía—. ¿Recuerdas al señor Johnson? Mi vecino, el del granero.

–Sí, me acuerdo mucho de ese granero –afirmó.

–Pues murió hace dos años y medio. Se cayó por las escaleras del sótano.

–Pues espero que no muriera al momento y que se quedara un par de horas agonizando en el suelo –me dijo Dek—. Se merecía una muerte horrible y dolorosa.

–Sí –murmuré, porque era la verdad—. La familia no quiso ni venir a enterrarle, lo tuvo que incinerar el servicio público de la morgue; como hace con los vagabundos.

–Pues yo hubiera ido –me aseguró—. Hubiera ido para recoger las cenizas y cagarme encima de ellas.

Aquello fue horrible, pero me hizo reír.

–El caso es que los hijos me vendieron toda la granja por casi nada –continué—. Las cinco hectáreas, con la casa incluida.

–Joder, Will... Eso es increíble.

–Lo sé –solté una calada con una sonrisa y miré mi reflejo en el cristal—. Me sentí un poco mal porque era como robarles, pero Pamela, la hija mayor, me dijo que mi padre y yo siempre nos habíamos portado muy bien con ellos y que, si la quería, me la quedara.

–Vaya... Así que ahora eres mecánico y granjero. ¿También trabajas el campo sin camisa, como haces en el taller? Porque te juro que un día vas a causar un accidente si alguien pasa conduciendo y te mira manchado y sudado, Will... –murmuró—. Quizá lo haces a propósito. Para mantener el negocio de la reparación de coches.

Me reí.

–No necesito causar accidente para tener trabajo. La cerveza y el aburrimiento ya lo hace por mí.

–Mmh... ¿y qué dice Neil sobre eso? –preguntó entonces.

–¿Sobre qué?, ¿sobre la gente conduciendo borracha? Dice que si ser subnormal fuera delito, el noventa por ciento del pueblo estaría bajo rejas y con cadena perpetua.

—No, me refiero a que trabajes sin camiseta y con el mono bajado —respondió, ignorando por completo la broma, aunque a mí me hubiera hecho mucha gracia cuando Neil lo había dicho.

Me encogí de hombros.

—Pues no dice nada. ¿Qué va a decir?

—No sé, los Witton somos muy celosos, pero él está mal de la cabeza. A lo mejor te lo había prohibido o algo.

Llegué incluso a fruncir el ceño al oírle decir aquello.

—No, la verdad es que a él le encanta —reconocí.

Dek tardó un par de segundos en responder con voz baja y molesta:

—Sí, claro que le encanta...

Miré el cenicero y pensé que había llegado el momento de colgar. Neil llevaba un rato esperándome fuera del taller. Había sentido mis emociones al hablar con Dek y había venido a toda prisa. Podía notar su impaciencia, su frustración, sus celos, su enfado y su miedo fluyendo desde ese segundo corazón en mi pecho.

—Gracias por llamarme, Dek. Me ha gustado mucho charlar contigo —le dije—, pero tengo que irme ya.

—Sí... claro —sonó triste pero firme—. Gracias de nuevo por el dinero, Will.

—De nada. Pasa unas felices fiestas.

Jadeó y casi pude ver una sonrisa agria y triste en sus labios.

—Tú también.

Cuando salí del taller y cerré la puerta de metal, Neil me miró a través de sus gafas de aviador. Mascaba un chicle, como siempre hacía, pero llevaba su ropa de calle: cazadora de leñador, camisa de franela y vaqueros con cinturón negro y hebilla plateada. Estaba increíblemente guapo con su barba cota y su bigote espeso. Su pelo largo y ondulado del color de la madera le enmarcaba su mandíbula ancha y su rostro rectangular. No era el hombre más guapo que veía en mi vida, pero seguía siendo uno de los hombres más guapos que veía jamás.

Me acerqué a su lado. Tenía la espalda apoyada en su coche, los brazos cruzados sobre el pecho abultado y una pierna doblada, con la suela de la bota pegada a la puerta del piloto.

—¿Qué quería esta vez? —preguntó con tono seco.

Le rodeé los hombros con los brazos y me pegué a su cuerpo. Sentí esa electricidad cálida que nos conectaba y el ardiente deseo propagándose por todo mi cuerpo. Neil también se estaba excitando, pero algo le preocupaba.

—Solo quería darme las gracias por el dinero —murmuré cerca de sus labios.

Neil siguió mascando y mirándome a través de sus gafas. Había anochecido hacía mucho, pero nunca se las quitaba si salía en público.

—¿Todavía no te había dado las putas gracias?

Negué con la cabeza, rozando mi frente contra la suya.

—¿Y tardó cuarenta minutos en dártelas?

Abrí los ojos y le miré. Neil estaba enfadado y dolido conmigo. Quería que yo me olvidara de Derek para siempre, quería ser el único hombre en el mundo por el que me preocupara. El único al que quisiera.

—Hablamos un poco —le dije—. Estaba triste. Lo ha pasado mal.

—Que se joda —respondió Neil—. ¿No quería ser libre e irse a la gran ciudad? Pues que lo disfrute. Perdió a su familia, perdió su casa y perdió a su hombre; y ahora todo eso es mío.

Con calma, le di un suave beso en la mejilla y, dejando leves trazos de saliva, fui descendiendo en dirección a su cuello. Allí, usé la lengua para acompañar un beso más intenso. Un escalofrío de deseo y placer ardiente le recorrió de arriba abajo; sin

embargo, apretó el estómago para contener un gruñido y no cedió. Era un hombre orgulloso.

—¿Por qué te enfadas? —le pregunté al oído—. Sabes que soy solo tuyo.

—¿Y él lo sabe?

Moví el rostro para volver a mirar mi reflejo en sus gafas.

—Claro que lo sabe. Pudo oler lo mucho que te esfuerzas en dejarlo bien claro.

Neil tomó una bocanada y se hinchó el pecho. Sentía sórdido orgullo y un oscuro placer. Descruzando al fin los brazos, me rodeó la cadera, me apretó el culo entre sus grandes manos y me pegó con fuerza contra él.

—¿Y a ti te gusta que lo deje bien claro, William? —gruñó en mi oído justo antes de morderme el lóbulo y tirar de él suavemente. Me apretaba las nalgas y frotaba su entrepierna abultada contra la mía.

No necesité responder a eso, solo besarle. El vínculo le dijo todo lo que necesitaba saber mejor de lo que yo jamás podría con palabras. Sobreexcitado y enloquecido, Neil me metió en el coche y, con ese brillo salvaje en los ojos y un jadeo incesante en los labios, me desabrochó el vaquero.

Quería decirle que no sería buena idea, que íbamos a casa de mi padre, a cenar a su lado en la mesa; que no podíamos ir manchados y oliendo a sexo. Eso es lo que quería decirle, pero Neil escupió el chicle a un lado y se metió mi miembro en la boca; entonces me olvidé por completo. Con un gemido, eché la cabeza sobre el respaldo y le agarré con fuerza el pelo. Antes del vínculo, había tenido mis dudas de si aquello realmente le gustaba o lo hacía solo por mí; después comprendí que le apasionaba hacerlo, pero que mi entrepierna le intimidaba un poco. Era una extraña mezcla entre adoración, respeto y frustración.

La quería toda, pero no podía tenerla. Le hacía daño, pero también le producía más placer que ninguna otra que hubiera probado. Luchaba con y contra ella, como su mayor aliado y su más fiero enemigo. Y, como ya dije, Neil era un hombre orgulloso.

Gruñía muy alto, como un ronco grito de guerra. Con los ojos llorosos y enrojecidos, la boca muy abierta, la barba completamente babada y goteando sobre el asiento, sufría arcada tras arcada, lo que solo alimentaba todavía más sus ojos llorosos y el río de saliva. Yo seguía agarrando con fuerza su pelo y moviendo la cadera porque sabía que era lo que él quería que hiciera, sin parar, hasta que aquella avalancha de placer me arrolló de nuevo, dejándome sin aire mientras me vaciaba por completo.

Neil lo sintió tan vibrante, salvaje y devastador como yo lo sentí. Éramos uno, y como uno, ambos nos corrimos. Cuando tenías el vínculo, no había egoísmo, porque lo compartías todo.

Tardamos casi diez minutos en conseguir recuperarnos. Yo respiraba y miraba el techo blanco del Chevrolet. Neil seguía inclinado sobre mi entrepierna, con el pelo cayendo sobre mi cazadora y la frente a la altura de mi ombligo. Cuando al fin estuvo preparado, se incorporó, se pasó la mano por los labios y se frotó los ojos. Parecía haber llorado todo un mar de lágrimas y su voz sonó muy ronca al decir:

—Me alegra haber comido algo sustancial antes de la cena con tu padre. Así no pasaré hambre.

Me reí y mi carcajada grave se propagó por todo el coche, como el olor a sudor y saliva. Cuando me incorporé para besarle, pude notar mi sabor en sus labios, y eso me produjo un oscuro placer.

—Yo no soy el único de los dos que deja su olor en el otro, William —me dijo con una media sonrisa—. No hay un Witton que no sepa que soy tuyo.

Sonreí más.

Con una mano en el volante y la otra a lo largo de mis hombros, Neil condujo a casa de mi padre. La noche de navidad era tranquila y fría, pero dentro del coche había una

ligera luz y un ambiente cálido. *Jolene* de Dolly Parton sonaba en la radio y una sensación de calma y felicidad me llenaba por dentro, revotando en el interior de Neil, quien también se sentía orgulloso por conseguir hacerme feliz.

Entonces ladeó el rostro y me dio un beso en la sien.

Tengo veintitrés años y soy feliz.

Al otro lado del estado, Derek llora en silencio y se agarra con fuerza la cabeza entre las manos. Me echa de menos y piensa en todo lo que ha perdido.

Mil veces ha cogido el teléfono y mil veces ha marcado el número del taller para decirme que me quiere, que siempre me ha querido y que lo siente.

«Déjame volver a casa, contigo», piensa decirme.

Mil veces se ha quedado escuchando la línea y mil veces ha colgado sin decir nada.

Derek Witton tiene veintitrés años y ya no se pregunta si habrá algo más en la vida, porque sabe que nada de lo que pueda encontrar podrá hacerle más feliz que yo.

Pero ya es tarde.

1976

La segunda semana de 1976 nevaba con fuerza. El viento aullaba contra los cristales y la nieve se acumulaba en una capa blanca que parecía cubrir el mundo. Miraba la tormenta desde la cocina, bebiendo mi café matutino mientras fumaba el primer pitillo de día.

Oí la puerta de la calle y escuché el pesado gruñido de Neil. Tardó un poco en quitarse la cazadora empapada, el sombrero de policía y la bufanda que su madre le había calcetado aquellas navidades. Cuando entró en la cocina, caminó directo hacia mí y me abrazó por la espalda, apoyando sus labios en mi cuello. Estaba frío y me produjo un leve escalofrío.

— ¿Qué tal la noche? — le pregunté sin apartar la mirada del jardín nevado.

— Sin ninguna novedad — murmuró, yendo en busca de mi taza de café caliente.

— No tomes café antes de dormir — le dije, apartándola de su alcance.

Neil resopló.

— Sí, señor.

Dándome un último apretón contra su cuerpo, fue en busca de una taza a la alacena.

— Mi padre nos ha invitado a cenar — me dijo.

— ¿Tu padre? — al fin me giré hacia él —. ¿Por qué?

Neil se encogió de hombros y fue con su taza hacia la nevera.

— Mi madre no para de insistir en que quiere conocerte.

— Ah.

— ¿Qué? — preguntó, dedicándome una mirada por el borde de sus ojos brillantes.

Había podido sentir mi incertidumbre y mis recelos al instante, aunque nada en mi rostro o mi postura hubiera cambiado.

— Llevamos un año y medio saliendo. ¿Por qué ahora?

— Por la paliza que le di a Gregor — respondió como si nada.

— Ah.

Hacía tan solo un par de días, Neil había dado un puñetazo a uno de sus familiares y le había pateado delante de todos hasta cansarse; después había vuelto a mi lado para besarme con fuerza y manosearme mientras el resto de los Witton miraban. Había ocurrido en el taller y, gracias a Dios, mi padre no estaba allí para verlo.

— No quiero meterme en los asuntos de tu familia, pero me preocupa que no vuelvan a traernos sus coches — le había dicho cuando se fueron —. Son muy buenos clientes.

— Tranquilo, William. Van a seguir viniendo, lo que no van a seguir haciendo es ponerse cachondos mientras te comen con los ojos. Como hacía Gregor.

Yo había aprendido a no meterme en medio de las extrañas costumbres de los Witton. Así que me limité a asentir.

— ¿Eso le molestó? A tu madre, digo.

— ¿Molestarle? — Neil sonrió y terminó de echar la segunda cucharada de descafeinado en polvo sobre la taza de leche caliente—. Qué va, está encantada. ¿Por qué iba a molestarle que su hijo defienda lo que es suyo? — preguntó, yendo a guardar la lata de descafeinado en su sitio del armario—. Pero es un buen momento para demostrar a la familia que ellos me apoyan y que somos un Clan fuerte y unido. Así que iremos a la granja y cenaremos con ellos.

— Muy bien — concluí. No hacía preguntas cuya respuesta no quería conocer.

— ¿Qué te parece este sábado?

— Bien — murmuré, llevándome el pitillo a los labios.

Neil se acercó a mí, me rodeó con los brazos y hundió su rostro en mi cuello.

— Tranquilo, William. No tienes que ponerte nervioso. No es para tanto.

Tomé una profunda bocanada de aire y asentí.

Aquel sábado a la noche me puse mi mejor camisa, que seguía siendo la misma que tenía desde que había dado mi último estirón a los diecisiete, y compré una botella de vino en la tienda del señor Graham. Para un ciudadano de Greyfalls, aquello era como lo más elegante que se podía llegar a ser en la vida.

Neil me fue acariciando el hombro todo el camino, conduciendo tranquilamente por la carretera nevada en dirección a la Granja. Él estaba muy calmado, feliz, satisfecho por el polvo salvaje que habíamos echado a la tarde y, también, un poco hambriento. Notar todo aquello consiguió relajarme lo suficiente para no parecer un completo idiota delante de sus padres.

La familia de Neil, o su Clan, como él los llamaba, vivían al noroeste de la granja, en una preciosa hacienda de estilo colonial, de dos plantas y con enorme jardín. Ni siquiera tuvimos que entrar en el interior de la granja, porque su propiedad tenía acceso directo a la carretera de montaña.

—¿Ahora te intimido, William? — me preguntó él mientras aparcaba el coche frente a la entrada. Parecía divertido con todo aquello, con lo que yo sentía y no podía ocultarle — . Ya sabías que tenía dinero, soy un Witton.

—Sí, sabía lo del dinero, pero no... sabía cuanto — murmuré, inclinándome sobre el parabrisas para observar aquella enorme casa. Tenía un porche de columnas que cubría toda la parte frontal, con macetas de plantas, mesa de café e incluso un banco colgante.

—Es solo una casa — farfulló él, sin darle ninguna importancia — . Si me preguntas, me gusta mucho más la nuestra.

Iba a responder a eso, pero, antes de que pudiera, una mujer cruzó la puerta de la hacienda. Tenía el pelo perfecto, un elegante vestido de los sesenta, un delantal donde ponía «Sweet Home» y unas manoplas de cocina en las manos.

—¡Chicos! — nos saludó con una enorme sonrisa — . ¡Qué alegría que ya estéis aquí!

—¿Es tu madre un robot? — pregunté.

Neil se rio muchísimo con aquello, pero yo lo decía en serio. La señora Witton parecía sacada de la portada de una revista sobre la Ama de Casa Perfecta. Cuando entramos, se quedó sonriendo, todavía con las manos en alto, como si no quisiera manchar nada, aunque nada de lo que llevara estuviera sucio.

—¡Eres muy guapo, William! — me dijo. Siempre había como un tono efusivo y feliz en su voz — . ¡Madre mía, que ojazos tienes y que grande eres!

—Gracias, señora Witton. Usted también es muy hermosa.

Neil me pasó la mano por los hombros y siguió sonriendo. En parte, porque estaba disfrutando del desastre social que yo era; y en parte, porque se sentía orgulloso de mí. De lo atractivo que yo era y de lo mucho que estaba fascinando a su madre ese hecho.

—Ya te dije que era muy guapo, madre — le recordó él.

—¡No me extraña que tengas que andar dando palizas por ahí! — risa cantarina — . ¡Tú padre está en el despacho, id a saludarle y nos sentaremos a comer!

La señora Witton tenía una forma muy extraña de abrir mucho los ojos al final de cada frase. Yo sonreía, pero en el fondo me estaba sintiendo un poco incómodo.

—Le has gustado mucho — me susurró Neil de camino al despacho de su padre.

La hacienda de su familia eran tan clásica y exuberante por fuera como lo era por dentro. Algunos premios de caza colgaban de las paredes del salón junto con fotografías en blanco y negro. El despacho del Sheriff era poco más que un espacio con mesa, estanterías, máquina de escribir y mucho papeleo. Nos miró entrar por el borde superior de los ojos y levantó un poco la cabeza.

Era la primera vez que veía los ojos del señor Witton, porque, al igual que su hijo, siempre llevaba gafas de sol; y, al igual que su hijo, eran de un azul fascinante, repleto de reflejos y con un brillo salvaje.

—Amh, hola, chicos. ¿Qué tal el viaje hasta aquí? —nos preguntó antes de echar una ojeada a la ventana, a la oscuridad y la nieve—. Tu madre estaba preocupada por si os perdíais.

—Sería muy mal policía si eso pasara —respondió Neil mientras me apretaba el hombro y me acercaba a él.

Ninguno de los dos le ofreció la mano al señor Witton a forma de saludo. Neil me había dicho que no lo hiciera.

—Gracias por invitarme, señor —dije antes de asentir.

El sheriff volvió a mirar hacia nosotros y clavó sus extraños ojos en mí. Era un hombre de los de antes: adusto, serio y estricto. Era complicado descifrar en su rostro ningún tipo de mueca de alegría o tristeza; así que yo no tenía ni idea de si le gustaba o no.

—Para nada, William. Ya eres parte del Clan.

Neil sintió una oleada de orgullo y placer que llegó en oleadas hacia mí. Fuera lo que fuera que hubiera querido decir su padre con aquello, había sido muy bueno.

—Gracias —repetí con otro asentimiento.

—¿Os apetece una cerveza?

—Madre dijo que la cena ya está lista —respondió su hijo.

El sheriff asintió y, sin más, se levantó de la silla para acompañarnos a la salida. Era un hombre grande y alto, como Neil, pero él poseía una redondez en la barriga y la papada tras muchos años de abundantes comidas y largas vigías en el coche de policía. Se sentó a la cabeza de la mesa perfectamente puesta, justo en frente de su mujer, y dejó que ella llevara la carga de la conversación sin añadir más que breves: «Sí, cariño», «es verdad», «lo recuerdo». Incluso a veces, se limitaba a asentir y murmurar un «mmh».

Recuerdo que Neil y su madre conversaban y que él nos lanzaba miradas intermitentes, a su padre y a mí, y entonces, sonreía. En su interior había algo divertido, como un broma de la que disfrutara en secreto.

—¿A ti te gusta el cine, William?!

—Sí, señora.

—¡Yo hace veinte años que no voy al cine!

—Ahm.

—¡No voy desde que me vendieron a los Witton cuando tenía doce años!

Entonces se quedó mirándome con aquellos grandes ojos y se rio. El sheriff soltó un bufido y dedicó a su mujer una leve sonrisa.

—Está bromeando —me aseguró Neil, quien, evidentemente, había sentido mi profunda incomodidad.

Asentí.

—¡Ay, perdona, William! ¡A veces no me doy cuenta de que mis bromas no son para todos los gustos! ¿¡Verdad, Dalton?!

—Sí, cariño.

—¿¡Y qué tal con el vínculo!? ¿¡Ya os habéis acostumbrado!?

—Sí —respondió Neil, yendo en busca de su cerveza—. Al principio fue un poco raro, pero ahora ya no me imagino estar sin él.

—¡Es lo mejor que le puede pasar a un Witton! —le aseguró su madre—. ¡Aun recuerdo cuando tu padre me arrastró al bosque esa noche! ¡Creía que me iba a matar y yo no paraba de gritar y rogar por mi vida! —y se rio.

Al parecer, a su marido y su hijo también les hizo gracia aquello.

—Pues William estaba muy tranquilo, la verdad —le dijo—. Me siguió en silencio y ni siquiera se asustó.

—¿¡En serio!? ¡Debes ser muy valiente, William!

Más orgullo fluyó de Neil hacia mí. Su sonrisa era tan amplia que se podían ver sus anchos colmillos sobresaliendo entre sus preciosos labios.

—Lo único que nos costó un poco fue recuperar el ritmo de sexo duro que nos gusta — añadió entonces, para mi completa sorpresa—. No podía aguantar ni dos minutos sin correrme como si no hubiera follado en años.

Le miré con las cejas levemente arqueadas y las mejillas cada vez más sonrojadas. Sin embargo, a sus padres les hizo gracia: la señora Witton soltó otra carcajada cantarina y el sheriff asintió con una media sonrisa.

—¡Es normal! —nos aseguró su madre—. ¡Al principio, la sensación es tan intensa que enseguida llegas al orgasmo! ¡Pero más vale que no dejes a William descuidado o me enfadaré!

—Pregúntale a padre —sonrió Neil.

El sheriff ni siquiera levantó la mirada del trozo de pavo que comía antes de decir:

—El niño sabe lo que hace.

—¡Oh, ese es mi chico! —lo celebró su madre con un aplauso.

Yo no entendía nada de lo que estaba pasando allí, ni por qué estábamos teniendo esa conversación con sus padres, pero Neil era un profundo pozo de orgullo, felicidad y satisfacción.

Los Witton eran gente extraña.

Tras la cena, la señora Witton sacó una enorme tarta casera y preparó café. Disculpándome un momento, fui a fumarme un pitillo al porche. Miré la oscuridad más allá del haz de luz que salía de la hacienda. Nevaba y, entre los altos árboles, creía ver ojos brillantes y figuras extrañas. Fue solo un momento, pero hubiera jurado que una docena de ojos brillantes me observaban con atención.

—Te vas a helar aquí fuera —me dijo una voz grave a mis espaldas antes de abrazarme entre sus fuertes brazos. Neil hundió su rostro en mi cuello y aspiró con sumo placer—. Suerte que estoy yo aquí para darte calor —ronroneó en mi oído mientras, nada sutilmente, frotaba su entrepierna contra mi culo.

—¿Qué pasa en esta granja, Neil? —le pregunté. Miraba el bosque oscuro y fruncía ligeramente el ceño—. No he visto a nadie desde que hemos llegado.

—Oh, pero están ahí, William —me dijo con los labios pegados a mi oído—. Siempre están ahí.

Y, como si le hubieran escuchado, alguien aulló en la oscuridad.

Me estremecí y desde entonces no hice más preguntas sobre la granja o lo que se escondía allí.

La verdad, nunca quise saberlo.

Se acercaba el final del verano y mi padre me había pedido ayuda para arreglar algunas tablas de las escaleras que ya estaban demasiado sueltas. Bueno, realmente no me pidió ayuda, realmente se cayó una mañana al subirlas y se hizo un esguince. Entonces Neil y yo habíamos ido a arreglarlas mientras él se quejaba de lo vieja que era aquella casa.

—Puedo arreglarlas yo, no os preocupéis, chicos —nos decía, sentado en una silla de la cocina con la pierna vendada en alto y una cerveza en la mano—. No soy un viejo inútil.

—Dile eso a tu tobillo, papá —respondí yo con un par de clavos apretados entre los labios y la mirada puesta en el escalón que estaba apuntalando.

—Fue solo un accidente sin importancia, Willy. Además, ¿qué hacéis aquí en vez de estar disfrutando de la feria de Lake Town? Deberíais ir allí, estar buscándoos un par de chicas guapas con las que pasar el rato.

Sentí el leve enfado de Neil a mi lado, el rastro de desprecio y leve asco que latió desde mi segundo corazón en el pecho. Le eché una mirada rápida y él respondió con una elevación de cejas tras sus gafas de espejo mientras mascaba su chicle.

—Yo ya tengo pareja, papá —le recordé.

—Ya... esa misteriosa chica que te tiene enamorado —murmuró mi padre sin demasiado entusiasmo—. ¿Algún día me vas a decir quién es o cómo se llama? Porque todo lo que sé es que la mitad del día te la pasas en el taller, y la otra mitad con Neil.

—Para gustaros tanto las novelas de detectives, tu padre no parece ser capaz de resolver ni el misterio más obvio —susurró Neil, entregándome otra de las tablas de madera.

Le eché una mirada seca, pero no necesité decir nada que nuestro vínculo no le dijera ya. Él resopló y puso los ojos en blanco tras sus gafas de espejo.

—No es del pueblo, papá. Ya te lo dije —respondí, lo suficiente alto para que me oyera desde la cocina—. Y también trabaja mucho.

—¿Tu la conoces, Neil?

—Sí, señor Parks.

—Entonces, ¿es real?

—Muy real, señor.

—¿Es guapa?

Neil me miró.

—¿Es guapa, William?

—Es muy guapa, papá. E inteligente, y trabajadora y divertida. Es todo lo que me gusta —le dije sin apartar la mirada de Neil. Él sonrió y se mojó los labios antes de morderse el inferior con la punta de su colmillo derecho.

—Mmh... —murmuró mi padre en la distancia—. A esa clase de chicas hay que prestarles mucha atención, Willy. Si las dejas solas, otro se les echará encima.

—Le presto mucha atención, papá. No te preocupes.

—Eso es verdad, señor Parks —afirmó Neil—. William no le da descanso a esa pobre chica...

Le di un golpe demasiado fuerte al martillo y casi me aplasté el dedo pulgar. Solté un jadeo y miré a Neil como si le fuera a matar; pero él sonreía de oreja a oreja y, disfrutando de aquello, movió la cadera de arriba abajo. Por desgracia, la mirada se me fue a aquel punto, al vaquero apretado y el bulto carnoso tensando la cremallera y la tela azulada.

—¿En serio? —se rio mi padre, llenando la cocina y el pasillo con una carcajada grave.

—Oh, sí, señor Parks.

—¿Y qué me dices de ti, Neil? ¿Hay alguna hermosura cometiendo crímenes solo para verte? Sé de un par de chicas a las que no les importaría que te las llevaras presas, no sé si me entiendes... —y volvió a reírse.

—A mí ya me tienen bien cazado, señor Parks. Una morena de ojos azules, cuerpo de infarto y labios hechos para el pecado.

Mi padre silbó.

—Esas son las peores.

—Y que lo diga, señor... —llegó a gruñir Neil mientras me miraba trabajar.

—¿Y dónde encontraste una maravilla así?

—Hace unos años, en el bar. Por entonces estaba con un gilipollas que no sabía apreciarla como se merecía, pero nada más soltarla, me eché sobre ella como un tigre.

—¿Ves lo que te digo, Willy? —me preguntó mi padre—. A las chicas que merecen la pena, no puedes dejarlas solas.

—Sí, papá —murmuré, asegurándome de que el escalón estuviera bien asegurado antes de dar el trabajo por finalizado.

Metí el partillo en mi cinto de herramientas y guardé los clavos que sobraban en el bolsillo mientras me dirigía a la cocina. Allí cogí uno de los pitillos de mi viejo y me lo puse en los labios antes de encenderlo.

—¿Quieres un café, Neil? —le pregunté.

—Sí, me vendrá bien.

—Hay cerveza en la nevera.

—Gracias, señor Parks, pero hoy trabajo de noche y necesito cafeína.

Fui en busca de la vieja cafetera y encendí el fugo con una cerilla. Neil se sentó a un lado de la mesa, mascando su chicle y mirando a mi padre con una ligera sonrisa.

—¿Y no le parece raro a vuestras chicas que viváis juntos? —preguntó mi viejo entonces, echando una calada de humo a un lado antes de ahogar el pitillo en el cenicero.

No me giré, sino que seguí mirando la cafetera sobre el fogón. El calor producía un vapor blanquecino sobre la superficie del metal y, de su interior, comenzó a surgir un agradable olor a café recién hecho. En mi interior, había una tormenta mucho peor que la que azotaba la casa y el bosque.

—¿Raro? —preguntó Neil mientrasladeaba el rostro.

—Sí... —mi padre se detuvo. Pude notar su mirada a mis espaldas, pero seguí sin moverme. En mis labios se consumía un pitillo que no era capaz de fumar—. Es una casa muy grande y hay espacio para ambos, pero... —sorbió aire entre los dientes. No quería decirlo, pero lo haría por nuestro bien—. En el pueblo empiezan a oírse cosas, chicos... Ya sabéis cómo es la gente, se aburre y se inventa tonterías con las que pasar el rato...

—¿Qué dicen en el pueblo? —quiso saber Neil. Estaba tranquilo. No tenía miedo. No como yo lo tenía.

—Dicen que... bueno, ya sabéis, que es raro que dos hombres como vosotros no anden de aquí para allá siempre con alguna chica bajo el brazo. Todas las mujeres de Greyfalls están detrás de vosotros, y es lo normal, sois jóvenes, tenéis un buen trabajo y aspecto de rompecorazones. Pero a todas les decís que no... Y es raro que... viváis juntos y que no se os vea con nadie más.

Mi padre miraba el cenicero y le daba vueltas entre los dedos al cigarro, aplastando cada vez más la punta negra.

—Por eso deberíais traerlos a vuestras novias, o lo que sean —añadió, levantando la cabeza para mirarnos a ambos intermitentemente—. Pasearlas un poco por el pueblo, llevarlas al *Chips* para que las vean... No por mí —dijo, como si no quisiera que pensáramos que no nos creía—, sino por vosotros. Así no le dais más razones a esas mujeres despechadas para que digan tonterías al respecto.

Saqué la cafetera del fuego y fui a por una taza a la alacena. Las manos me temblaban al coger el asa de cerámica verde, pero la apreté con fuerza y la llevé junto a Neil. Él miraba a mi padre tras sus gafas y mascaba su chicle. Dentro de él, había un profundo enfado oculto bajo capas y capas de indignación, asco y desprecio.

—Pues quizá las traigamos un día —le dijo a mi padre—. ¿Qué dices tú, William?

Asentí y le llené la taza de café hasta casi el borde.

—Mientras tanto, ¿por qué no me dice a quién le ha oído decir esas cosas sobre nosotros, señor Parks?

Mi viejo arqueó sus cejas espesas y entreabrió los labios.

—Emh... Bueno, creo que le oí decir algo a Ferguson Barks en la barbería —Ferguson apareció con un ojo morado y cojeando al siguiente día y no volvió a pronunciar nuestro nombre en la vida—. A Sussie, la de la tienda —Sussie perdió cien dólares reparando los cristales de su pequeña tienda de ultramarinos. Dos meses después, se mudó del pueblo—. A Jacob, el granjero —a Jacob le ardió el granero a finales de la semana. Según dijo, fue un accidente, pero le temblaban las manos con las que agarraba su sombrero—. Y puede que el señor Gallagan hiciera una broma de mal gusto en el taller cuando no estabas —me miró un momento, pero enseguida desistió. El señor Gallagan perdió a toda su piara de cerdos. Según decían, aparecieron muertos de un día para otro, desangrados y hechos pedazos delante de la puerta de su casa. Algunos decían que se le había ido la cabeza y los había matado el mismo, porque desde entonces siempre gritaba de miedo al oír la sirena de la policía.

—Por eso lo digo, Willy —continuó diciendo mi padre—. Este es un pueblo pequeño, con pequeños negocios, como el nuestro. La gente no da trabajo a... personas que no les gustan. ¿Entiendes?

—Sí, papá —asentí.

—Tranquilo, señor Parks, yo hablaré con esas personas y les explicaré que se equivocan —dijo Neil.

Y, con una sonrisa de colmillos demasiado anchos, bebió un sorbo de café.

Ese segundo aniversario de nuestra relación nos lo pasamos en un hotelito de Green Peaks, a dos horas en coche de Greyfalls. Aquel pueblo era mucho más grande y tenía cosas que el nuestro no tenía, como, por ejemplo, un bonito restaurante italiano al que Neil me invitó para una cena romántica. Compartimos un buen vino, una conversación tonta y un postre europeo.

Después fue cuando sacó el anillo.

Recuerdo que me quedé mirándolo en silencio. En mi mente no era capaz de formarse la idea más evidente del mundo, sino que, en vez de eso, me preguntaba qué hacía Neil con un anillo de pedida guardado en el bolsillo.

—William Parks —me dijo con una ligera sonrisa en sus labios—. Me enamoré de ti nada más verte esa primera vez en el taller. Tenías una mancha en la mejilla y el pelo revuelto y pensé que jamás había visto a un hombre tan guapo ni que oliera tan bien como tú. ¿Me harías el honor de...?

Y le detuve. Puse una mano sobre la caja del anillo para esconderlo y miré a nuestro alrededor. La idea había tomado forma de una manera repentina y ahora me sentía expuesto y en peligro. Nadie nos miraba allí, pero, para mí, era como si todos los ojos del local estuvieran puestos en nosotros.

Neil colocó su mano sobre la mía, encima de la caja, y la acarició.

—Sé que no podemos casarnos de verdad —me dijo con tono suave y una intensa mirada de sus ojos azules y salvajes—. Porque este mundo no nos entiende; pero yo ya estoy acostumbrado a que el mundo no me entienda. Estoy acostumbrado a esconderme, a mentir sobre mí mismo y lo que deseo. Y por eso quiero darte este anillo, porque estoy cansado de poner excusas y fingir que tú no eres la persona junto a la que quiero pasar el resto de mi vida.

Neil me dio un apretón.

—Si pudieras darme una respuesta, si pudieras ser libre de amar a quien quisieras amar y casarte con quien te hiciera feliz, ¿qué me dirías si te diera este anillo? —me preguntó.

—Te diría que sí —respondí, porque era la verdad—, pero... no podemos llevar un anillo, Neil. Lo sabes.

Neil bajó la mirada a nuestras manos y asintió. Estaba feliz de que yo hubiera aceptado casarme con él, pero también triste por no poder hacer ese deseo realidad. Era 1976 y, todos los días, alguien como nosotros aparecía muerto en algún sitio del país.

—No en el dedo —murmuró, apartando mi mano de encima de la caja de terciopelo para, tomando el anillo, mostrarme que estaba unido a una cadena plateada—, pero, ¿qué me dices de llevarlo colgado?

Lo miré un par de segundos. Recuerdo que dudé. Tenía miedo y él lo sabía, pero también le quería demasiado para decirle que no; eso también lo sabía. Aquella noche, en la intimidad de nuestra habitación, desnudos y uno frente al otro; Neil me puso un anillo alrededor del cuello y yo le puse otro a él.

Nos miramos. Sonreímos. Nos dimos un beso y fingimos que el ruido del calefactor era el órgano de la iglesia, que las luces parpadeantes que llegaban de la calle eran las campanas y los gritos de nuestros familiares, que el suelo de moqueta estaba cubierto de arroz y que, aquella noche, nos habíamos casado.

Recuerdo que, tumbado en la cama tras el sexo más romántico de mi vida, lloré un poco y suspiré. Aquello era todo lo que podríamos conseguir, pero, para mí, era más que suficiente.

En noviembre de 1976, me desperté una madrugada de luna llena.

Sentí a Neil cerca de mí, pero cuando estiré la mano, no lo encontré en la cama. Algo no iba bien con él. El segundo corazón de mi pecho no latía al mismo ritmo de siempre, y las emociones que llegaban desde él eran confusas y superficiales. No era capaz de captar más que mensajes muy simples que decían: «pertenencia a un lugar», «cariño», «seguridad», «necesidad de defender».

Recuerdo que me incorporé en la cama y, con ojos adormilados, miré alrededor. La habitación estaba a oscuras y tan solo entraba un reguero de luz por la ventana. Oí una profunda respiración y, entonces, miré hacia una esquina.

Allí, en las sombras, había unos enormes ojos mirándome. Eran del azul del mar de invierno y del azul del cielo de verano. Brillaban con un tinte salvaje y aterrador y estaban iluminados como si tuvieran luz propia. Como un par de bombillas conectadas a la corriente.

Recuerdo que me quedé helado. Recuerdo que había un intenso olor a almizcle y sangre en la habitación. Recuerdo que, tras todo un minuto mirándole, pregunté:

—¿Neil?

—Hola —respondió una voz muy gutural, rasgada y extraña.

Respiré y asentí.

—¿Qué tal la luna llena?

—Bien... —un momento después—. Aun... falta. Poco.

—Sí, todavía es de noche —murmuré.

Neil solía llegar por la mañana, con una sonrisa cansada y muchas ganas de un café bien cargado. Pero nunca de noche. Jamás de noche.

—Que... bien hueles.

—Sí.

—A mí... —gruñó.

—Sí.

Neil se levantó. Debía estar agachado o algo, porque sus ojos se elevaron, mucho, demasiado, hasta casi alcanzar el techo de la habitación. Neil era alto, tanto como yo, pero no media más de dos metros. No el Neil que yo conocía.

—Mío —dijo.

Asentí varias veces. Entonces se movió. Se inclinó como si anduviera a cuatro patas y se acercó. Hizo un ruido extraño sobre el suelo, como de garras rasgando la madera. Cuando estuvo a punto de alcanzar el haz de luz de la luna que entraba por la ventana, giré el rostro al otro lado para no verlo.

No quería verlo.

Unas garras rasgaron las sábanas y un peso hundió el colchón. Neil jadeaba grandes bocanadas de aire caliente y con olor a carne cruda y sangre. Acercó su rostro a mi cuello y tomó una respiración más amplia y profunda, después gruñó.

—Mío. William —repitió, ahora, a la altura de mi oído.

Asentí lentamente con la mirada fija en el otro lado de la habitación. Algo húmedo me rozó la mejilla, pero no era su lengua, porque estaba rugoso y duro. Parecía un hocico, pero no podía ser un hocico, porque Neil no tenía hocico.

—¿Quieres un café? —pregunté.

—Café... Sí. Me... gusta.

—Haré café —murmuré, apartándome muy lentamente de él para salir de entre las mantas y, sin ni siquiera calzarme las zapatillas, salir hacia la puerta. No miré atrás.

Recuerdo que me quedé fumando en la cocina hasta que amaneció y que, cuando estuve preparado, regresé a la habitación. Puse la mano en la madera de la puerta y la abrí, lentamente, produciendo un lúgubre quejido de bisagras. Ya habían pasado dos años y medio y todavía seguíamos arreglando la vieja casa. Poco a poco, pero siempre juntos.

Vi la cama al fondo, las sábanas revueltas y, sobre ellas, el cuerpo desnudo de Neil.

Respiré y cerré los ojos. Tragué saliva y entré. Cuando estuve a su lado, el abrió un poco los ojos y me miró.

—¿Qué pasa? —murmuró—. ¿Por qué estás tan nervioso?

—Hoy volviste por la noche —le dije.

—Sí... —se pasó una mano por el pelo revuelto y suspiró—. ¿Te asusté?

—Un poco.

—Tranquilo, William —me dijo. Ojos cerrados y una mano que buscaba a tientas mi cuerpo para darme una caricia. Una cadena de metal con un anillo dorado colgaba de su cuello. Sus uñas estaban manchadas de tierra y algo oscuro—. No te voy a hacer daño. Eres mi compañero.

—No parecías reconocerme demasiado bien.

Eso le hizo gracia y un bufido corto acompañó su sonrisa.

—Claro que te reconocí. —Él supo que sus palabras no me tranquilizaron, así que entreabrió los ojos y me miró—. William, si te fuera a matar, ya lo hubiera hecho la noche que te llevé al bosque. ¿Entiendes? No forjas un vínculo con alguien que te vas a comer —sonrió más.

—Ya —murmuré. En el suelo había marcas de arañazos y la habitación todavía olía un poco a almizcle y sangre, como el cubil de un león—. El café está listo.

Me incliné para darle un beso, el gruñó con placer y me dio una última caricia antes de suspirar.

—Te quiero muchísimo —me dijo. Y pude sentirlo, como hacía siempre, todo aquel amor manando en oleadas hacia y dentro de mí.

—Y yo a ti —respondí. Porque era verdad. Pasara lo que pasara, amaba a Neil Witton. Por aterrador que so fuera.

1977

Ese año de 1977 fue uno muy extraño. Empezó con un frío terrible y, por primera vez en la historia, nevó incluso en Miami. Una nueva película del espacio causó furor entre los jóvenes, *Star Wars* se llamaba. Neil me invitó a verla al cine de Green Peaks, porque era mejor que el nuestro y allí podía pasarme la mano por los hombros y acariciarme discretamente. Recuerdo que, al terminar, me encogí de hombros y dije:

—Fue divertida.

—A mí tampoco me pareció para tanto —respondió él, también encogiéndose de hombros.

Después nos habíamos ido a tomarnos una hamburguesa a la cafetería, entre un montón de gente con pelo largo, ropa ajustada y camisas coloridas y un tanto abiertas. El mundo estaba cambiando a pasos agigantados. No en Greyfalls, donde todo seguía igual; pero sí allí, con una juventud que parecía cada vez más libre y despreocupada por lo que sus padres o la sociedad pudieran pensar.

La media melena de Neil, su mostacho, sus gafas de espejo y su camisa entreabierta mostrando el vello pardo de sus pectorales; ya no llamaban la atención a nadie. Casi todos los hombres iban así ahora, desmelenados y con afros, incluso los jóvenes del pueblo. No yo. Yo llevaba mi mismo peinado y la misma ropa desde hacia veinticinco años y no tenía pensado cambiarla en otros veinticinco más.

—A veces me acuerdo de lo que me dijiste, sobre que yo nunca cambiaba. Quizá tengas razón —le dije a Derek una noche o dos después.

Neil trabajaba y yo me había hecho una cena rápida, después me había preparado un café, me había encendido un pitillo y había llamado a Derek Witton. Llevábamos un año y algo haciendo aquello. Llamándonos, digo. Desde que le había prestado el dinero y me había llamado de vuelta. Al mes volvió a hacerlo, y al mes siguiente después de eso. Y una noche me había dado el número de su nuevo apartamento por si yo quería llamarle también. Y lo había hecho y, desde entonces, hablábamos al menos una vez a la semana.

—Mmh... No sé, Will. Antes odiaba pensar que nunca podrías cambiar, creía que siempre serías igual de aburrido y predecible. Pero ahora no creo que seas aburrido y predecible en absoluto. —Soltó un bufido y, con tono divertido, añadió—: Ni en mil años me hubiera imaginado que... No sé, que harías algo como ir a un cine porno.

—¿Por qué no?

—Porque... No parecías la clase de hombre que hiciera esas cosas, Will. Vamos, sabes de lo que te hablo. Eres como «El chico bueno de Greyfalls», el que nunca rompería un plato ni tendría sexo con las luces encendidas.

—Dek, tú sabías que eso no era verdad. No en lo del sexo, al menos.

Derek cogió una bocanada de aire.

—Sí, ya... La verdad es que en ese sentido siempre fuiste muy... abierto.

—Y entonces, ¿por qué te sorprende que tuviera curiosidad por ir a un cine x? No era muy diferente a cuando te hacía mamadas en tu coche en el aparca-cine del pueblo.

—Mmh... No, es un poco diferente. El cine x es mucho más sórdido que eso.

—Sí —murmuré, golpeando la punta del pitillo sobre el cenicero de cristal—. La verdad es que fue bastante más sórdido.

—Sabes, yo por entonces había... pensado en poder hacer contigo algunas cosas de esas. Algunas cosas más... fuertes. Pero estaba segurísimo de que te negarías y creerías que era un cerdo.

—Eres un cerdo, Dek.

Se rio.

—Sí, pero creía que tú no.

Me quedé un par de segundos en silencio.

—¿En serio?

—Sí. O sea, no en el granero, tú y yo. Ahí eras... muy... divertido. —Se aclaró la garganta, algo que solía hacer a menudo para ocultar un gruñido de excitación—. Pero tú nunca hubieras incluido a más personas en eso. O quizá, simplemente, no lo hacías conmigo...

—Neil y yo no incluimos a nadie más en esa noche —le aseguré—. Y jamás lo haremos. Sabes que en eso no he cambiado: yo no comparto a mi hombre con nadie. Es mío y punto.

—Eso es mentira. Había más gente en ese cine, haciendo... cosas. Para eso van allí.

—Sí, pero ninguno participó en lo que Neil y yo hacíamos. Es diferente.

—Os miraban hacerlo.

—Dudo que pudieran mirar demasiado. Estaba muy oscuro.

—Will —dijo con tono serio—. Un hombre como tú no va a un cine porno gay y pasa desapercibido, te lo aseguro. En el momento en el que entraste allí, ya nadie le prestaba atención a la película.

—Amh —murmuré, añadiendo un leve gesto de cabeza. Fumé una calada y solté el humo en dirección a la nevera—. Pues espero que lo disfrutaran tanto como yo.

A Dek se le saltó la risa, una carcajada llena y grave que recorrió la línea del teléfono de extremo a extremo pero que, de pronto, se fue apagando hasta finalizar convertida en un suspiro triste.

—Joder, lo podríamos haber pasado tan bien tú y yo... —murmuró.

Pero ya era tarde.

—¿Y qué tal en el trabajo? Me llegaron las fotos. Son muy bonitas.

—Ah, sí, ¿te llegaron al fin? —dijo, tratando de recuperarse lo antes posible de aquel lapso. A veces le pasaba, a veces parecía arrepentirse de haberme dejado, pero ambos fingíamos que no lo habíamos sentido y seguíamos adelante—. ¿Te gustan? ¿Viste la de la tienda de golosinas? Es de mis favoritas.

Me levanté de la silla, me subí un poco el vaquero y fui hacia la máquina de café. A su lado había una caja de madera, más bien un pequeño cofre, en el que guardaba algunas cosas que Derek me mandaba; entre ellas, las muchas fotos que ahora sacaba de la ciudad.

Decía que le ayudaban. Decía que a veces el mundo era un lugar demasiado oscuro. Decía que, a veces, pensaba en rendirse y tirarse del puente. Entonces se reía, como si fuera una broma. «Llámame antes de que eso ocurra», le había pedido. Y, a veces, me llamaba en mitad de la noche y lloraba.

Abrí el cofre y saqué el puñado de fotos que, cada vez, se hacía más grande. En sus marcos blancos había escrito cosas con bolígrafo permanente. Quizá el nombre del lugar o el día y la fecha. «Ventton Bulevar», «Cruce 23 con Road Glass», «Palomas por la tarde». Otras veces habían escritas palabras bajo las imágenes descoloridas. «Todavía da miedo», decía bajo la fotografía de una luna creciente que se entrevía entre las nubes nocturnas.

Me detuve cuando encontré la foto que buscaba. Era de las nuevas. En ella salía Derek frente a un espejo. Su polaroid se asentaba en un atril y él se miraba con los labios apretados y un brillo triste en sus ojos dorados, como si no le gustara lo que veía en el reflejo. «¿Demasiada barba?», se preguntaba debajo, o quizá me lo preguntaba a mí.

Dek había engordado durante aquellos dos años sin verle. La tela de su camiseta de promoción se tensaba sobre su barriga, su pelo estaba largo y alborotado en bucles dorados, su barba era espesa y con ella trataba de cubrir un rostro ancho y una ligera papada.

Tengo veinticinco años y sigo creyendo que Derek Witton es el hombre más guapo del mundo.

—Mi favorita es la tuya —le dije sin dejar de mirar la fotografía en mi mano—. La barba te queda muy bien.

Dek resopló al otro lado de la línea y se quedó un par de segundos en silencio.

—Estoy hecho un puto desastre. Solo como y trabajo. A veces, a la vez.

—Estás muy guapo, Derek.

No dijo nada.

—Tú estás increíble —respondió al fin en voz baja.

Dejé la fotografía en el montón y miré la pared, justo debajo de los armarios de la alacena. Allí, entre la nevera y un enchufe, había un corcho muy parecido al del despacho de mi padre. Neil había colgado algunas tonterías de nuestra vida juntos: entradas de cine, tickets de restaurantes a los que le había invitado, fotografías nuestras, post-it donde le había dejado un mensaje y terminado con un «Te Quiero»; y hasta el envoltorio de una nueva marca de chicles que le había comprado.

—No estaba seguro de que te hubiera llegado —le dije antes de dar una calada al pitillo.

—Sí, claro que me llegó.

Hablaba de la foto que le había mandado, una mía, en el taller, con el pulgar levantado y una leve sonrisa mientras me inclinaba sobre el viejo Ford del señor Jenkins. Dalton me la había sacado y había bromeado sobre que la mandaría al periódico para que la publicaran junto a un anuncio del taller.

—Van a venir todas las mujeres a cien kilómetros a la redonda solo para verte —había dicho—. Con que solo un par de ellas nos paguen por cambiar el aceite del motor o hacer una revisión; ya habrá merecido la pena.

—¿Y por qué no me sacas otra a mí? —había preguntado mi viejo.

—No te ofendas, jefe, pero la época en la que tú eras la principal atracción del negocio, pasó hace mucho.

—Yo sigo follando más de lo que tú follarías en veinte vidas.

—Y el chico follaría más de lo que tú follarías en otras veinte, si quisiera, claro...

La discusión había continuado, entre un Dalton que se negaba a ceder y mi viejo, que parecía algo ofendido por el hecho de que su hijo hubiera tomado el relevo como «El Mecánico de los Sueños Húmedos». Así lo llamaban ellos, yo no. Yo había cogido la foto y la había mirado un par de segundos. Con un rotulador negro había escrito debajo: «Siempre», y se la había mandado a Derek.

—Ya ves que las modas y yo no nos llevamos bien —murmuré, recuperando, como en un círculo perfecto, la conversación que lo había iniciado todo—. A veces se me pasa por la cabeza cómo sería ponerme una de esas camisas ajustadas con pantalones apretados de campana. Creo que lo odiaría. Parecen muy incómodos.

Dek se rio un poco al otro lado.

—Te digo como estarías, estarías terriblemente guapo y sexy, como siempre, Will.

—Ahm —murmuré, volviendo hacia la mesa para sentarme—. ¿Y cómo va el trabajo?

—¿Cuál? ¿El oficial o ese del que nadie sabe nada menos tú?

Sonreí.

—Ambos.

—Pues en la revista nos va bien. Seguimos teniendo problemas con la policía de vez en cuando, pero son todos unos hijos de puta —Dek nunca perdía la oportunidad de insultar al cuerpo de seguridad del Estado—. Nos hicieron un par de redadas ya este año y se llevaron presos a Sally y a Thomas.

—Si escribís sobre el consumo de drogas y publicáis fotografías inapropiadas, no me sorprende.

—Escribimos sobre la realidad del mundo, Will. Escribimos sobre lo que está sucediendo, ahora mismo, aunque la gente se niegue a verlo. El cannabis está en todas partes, en cada esquina, local y discoteca de la ciudad. La gente lo consume y está en su derecho de hacerlo. ¿Por qué no íbamos a hablar sobre ello de una forma sincera y directa?

—El mes pasado sacasteis un artículo llamado: «Aprende a liar un canuto digno de Bob Marley».

Dek resopló.

—Eso fue idea de Denis. A veces se pasa con sus sesiones de «inspiración»; pero eso no quiere decir que no estemos haciendo un buen trabajo. ¿Y a qué te refieres con «fotos inapropiadas»?

—Sabes a lo que me refiero.

—No, no lo sé, William. Porque a mí no me parece que una pareja interracial dándose un beso, o dos mujeres dadas de la mano con una pancarta feminista, sean «fotos inapropiadas». ¿O es que tú también quieres ver solo a parejas blancas y heterosexuales teniendo una vida normativa y perfecta? ¿Te da miedo saber que hay algo ahí fuera diferente a lo que ves en cada puta película, lees en cada puto libro o miras en cada puto programa de la televisión?

Fumé otra calada y no dije nada en un par de segundos, lo que tardé en soltar el humo y dar un trago de café.

—Perdona, Will —se disculpó en un tono más bajo—. A veces estoy cansado de tener que defender las cosas en las que creo, y me duele pensar que tú tampoco las entiendes.

—Las entiendo —murmuré—. Ahora mejor, gracias a ti y la revista.

Derek resopló de forma audible.

—Pagas demasiado por comprarla y hacer que te la envíen. Es tirar el dinero, ya sabes que no hace falta que lo hagas por mí.

—No lo hago solo por ti, lo hago porque me gusta leer tu trabajo. Creo que es muy bueno.

Silencio.

—Gracias, Will. —Otra breve pausa—. ¿Qué haces con ella? ¿La lees a escondidas y después la quemas en la parte de atrás de la casa? La gente del pueblo podría pensar que eres alguna clase de anticristo revolucionario y librepensador si te ven leerla. Sería peligroso.

Eso me hizo gracia, así que me reí.

—No, la verdad es que la llevo al taller para leerla allí. Quizá te sorprenda, pero mi viejo y Dalton también la leen.

—No...

—Sí —sonreí más—. Tienen unas discusiones bastante acaloradas con algunos temas. A mi padre no le parece para tanto que haya parejas de diferentes razas, dice que hay mujeres negras muy guapas y que él no le diría que no a alguna. Dalton no está nada de acuerdo; sin embargo, no está en contra del consumo de marihuana. Dice que siempre ha habido cannabis, desde que él era joven, y que no es como las drogas modernas que matan a gente, como la cocaína y la heroína. Mi viejo le dice que las drogas son drogas y que todas deberían estar igual de prohibidas. Entonces Dalton le ha echado en cara que él también ha probado el cannabis una o dos veces y que estaba siendo un puto hipócrita. Mi padre se enfadó muchísimo con él. Ya sabes que sigue creyendo que tengo diez años y que me voy a asustar por descubrir que no es el modelo de conducta perfecto e intachable que siempre ha querido ser para mí.

—Sí, ya... tu padre y su hipocresía —dijo Dek.

Asentí.

—En lo que ambos están de acuerdo es en que odian a las feministas. No porque sean lesbianas, sino por decir que están sometidas a los hombres. De las lesbianas dicen que, de todas formas, nadie se las iba a querer follar, así que no pasa nada porque se follan entre ellas.

—Joder... A veces echo de menos Greyfalls, pero te oigo decir estas cosas y se me quitan las ganas.

Me reí y le di una de las últimas caladas al pitillo.

—Tú sabes que no todas las feministas son lesbianas, ¿verdad?

—Sí, ahora, gracias a la revista, lo sé.

—Will... —parecía algo dolido—. Decir que todas las feministas son lesbianas que odian a los hombres, es como decir que todos los gays somos machistas que odian a las mujeres.

«Gay» era una palabra nueva que se usaba desde hacía poco para describir a los homosexuales. Antes se les llamaba «desviados», «depravados», «muerde-almohadas». Ahora la gente joven y moderna, nos llamaba solo «gays». En la ciudad, quiero decir, no en Greyfalls.

—Lo sé —asentí—. ¿Y qué tal en el trabajo que solo yo conozco?

Evidentemente, a Derek no le daba para vivir siendo el reportero secundario de una revista alternativa con una tirada de menos de mil unidades mensuales. Así que había tenido que buscarse otra fuente de ingresos, una sobre la que le había costado un poco hablarme al principio.

Cogió aire y suspiró.

—Pues bien, siempre va bien. Como dice el señor Pucciano: la gente siempre muere, el pelo siempre crece y los hombres siempre se la pelan. Así que tengo una funeraria, diez peluquerías, y una cinematográfica porno.

—Sigo pensando que ese hombre es un genio —reconocí.

—Meh... Cualquiera puede grabarse follando y después venderlo. No es para tanto.

—Sí, pero fue el señor Pucciano quien intuyó antes que nadie que la gente usaría el VHS para consumir películas de adultos en la seguridad de su casa, donde nadie podría juzgarlos.

—Pfff —volvió a resoplar—, eso te lo podría haber dicho yo, porque, de haber podido en su momento, me hubiera comprado todas las películas guarras que hubiera en el mercado. Sobre todo cuando te conocí, madre mía... —se rio—. La tenía dura las veinticuatro horas del día.

Sonreí y apagué el cigarro en el cenicero.

—Por eso te contrató el señor Pucciano, por tu verídica y sincera visión de lo que un adolescente gay y salido querría mirar en una película porno.

—Las películas que dirijo no son para adolescentes, Will, porque ellos no pueden pagarlas. Son para hombres como yo, tristes y solos que se la tocan una vez a la semana con la mano todavía manchada de restos de pizza.

—Agh... —no pude evitar decir—. ¿Por qué piensas eso, Dek? Tú eres el hombre más guapo y sexy del mundo. No tienes a todos esos chicos de tus películas haciendo cola para besarte, solo porque tú no quieres.

Derek se quedó un par de segundos en silencio.

—No sé, Will. La verdad es que no quiero a nadie. Bueno, sí... —una risa triste se escuchó por la línea—. Sí que quiero a alguien, mucho... Muchísimo. Pero ahora es de otro hombre y no puedo tenerlo.

No dije nada. ¿Qué podía decir? Me quedé mirando la mesa y dibujé una línea siguiendo la beta más clara de la madera. De lado a lado. Era injusto que ahora Derek me quisiera, cuando, hacía seis años, yo había sido suyo y a él no le había importado.

—Solo quiero que seas feliz, Will —me dijo. Había lágrimas en sus ojos y su voz temblaba un poco—. Y si él te hace feliz, me parece bien. Lo respeto.

—Yo también quiero que seas feliz, Derek —murmuré—. Y no creo que trabajar día y noche y estar tan solo te haga feliz.

—No, pero... no quiero estar con nadie. Ya he estado con demasiadas personas. Esos primeros años sin ti ya exploré todo lo que quería explorar y no encontré nada que me gustara. Ahora quiero estar solo, sacar fotos y esperar a que me llames. Eso es lo que me hace feliz.

Los ojos se me humedecieron y tuve que parpadear un par de veces; como eso no funcionó, terminé cerrándolos y recostándome sobre la silla.

—Dentro de poco será tu cumpleaños —le dije. Para mi sorpresa, la voz apenas me tembló—. ¿Me vas a dejar que te invite a comer a un lugar decente o me vas a llevar a uno de esos locales apestosos que tanto te gustan?

Dek se rió, algo bajo, triste, casi doloroso; pero una risa después de todo.

—Mmh... No sé. Este año podría enseñarte el estudio de cine, ahora que eres todo un experto en películas porno quizá te interese saber cómo es el proceso.

—Sé muy bien cómo es el proceso: se mete y se saca hasta que te corras.

Derek volvió a reírse, esta vez más alto.

—Sí, ya veo que hoy estás muy gracioso. No, Will, me refiero a los decorados, la luz, el maquillaje, los guiones... lo creas o no, hay muchísimo trabajo detrás.

—No quiero menospreciar tu trabajo, pero me cuesta creerlo.

—Por eso quiero enseñártelo. Además, tengo ganas de ver como todos se corren encima nada más verte.

—Pff —está vez resoplé yo, casi poniendo los ojos en blanco.

Al hacerlo, vi el reloj encima de la puerta y me di cuenta de que casi eran las diez. En breves, Neil llegaría del trabajo y siempre se enfadaba si me veía charlando con Dek. Él lo sabía, que hablábamos a menudo, digo; pero saberlo es algo diferente a tener que presenciarlo.

—Pues te llamo este fin de semana y hablamos del plan —le dije.

—Genial, bien —un momento en silencio—: gracias por llamarme, Will.

—De nada.

—Te quiero —me dijo.

Yo miraba el reloj de la pared. El puntero de los segundos no se movió ni una sola vez antes de que respondiera:

—Y yo a ti.

Había muchas clases de amor en el mundo. El amor de dos amantes, el amor fraternal, el amor inocente, el amor tóxico y cruel, el amor que le dedicas a aquellos que se han ido y el amor que le dedicas a esos que quieres que vuelvan.

Yo solo le decía a Derek: «te quiero». No me preguntaba el clase de amor que sería.

Quizá porque no quería saberlo.

1978 (Enero - abril)

En el 78 fue cuando todo cambió.

No fue algo repentino, sino más bien una tormenta negra que se empezó a apreciar por el horizonte. De la clase que solo puedes contemplar horrorizado, a la espera de que no destruya tu casa y todo lo que amas.

Recuerdo que las primeras señales llegaron en el momento más inoportuno. Recuerdo que escuchaba el casete que había grabado Neil con sus canciones favoritas, como la nueva de la película *Grease*. Decía que me parecía muchísimo a John Travolta; aunque, sinceramente, yo no lo creía. Lo único que teníamos en común era el pelo negro, los ojos azules y un hoyuelo en el mentón.

Recuerdo que la noche era tibia y arrastraba un aire agradable. Conducía, tamborileaba con los dedos en el volante al ritmo de la música y miraba la carretera sumergida en oscuridad, tan solo iluminada por los dos focos de mi vieja furgoneta del taller. Era el recorrido habitual de Neil durante sus noches de trabajo e, incluso sin saber eso, podía sentir exactamente donde estaba gracias a nuestro vínculo.

Por eso aparqué a un lado de la carretera y, sin necesidad de linterna alguna, caminé con paso seguro hacia delante. La luna estaba en cuarto creciente, pero su tibia luz no se adentraba demasiado entre las altas copas de los pinos y abetos que bordeaban el camino.

De pronto, una linterna me cegó y me detuve. Sonreí un poco y entrecerré los ojos, girando el rostro para que no me hiciera daño.

—¿Qué hace usted aquí, señor Parks? —me preguntó con tono serio—. ¿Acaso no sabe que es peligroso salir de noche por estas carreteras secundarias?

—Sí, agente Witton.

—¿Qué lleva ahí escondido? ¿Son unas galletitas para su abuelita, señor Parks?

—No, señor —respondí antes de levantar la mano—. Es solo la cena de mi marido.

El haz de la linterna se movió un instante a la pequeña bolsa con la fiamblera y el termo. Después, el haz de luz descendió por mi camisa de franela a cuadros rojos y negros y se detuvo a la altura de mi entrepierna.

—¿Y qué le ha traído para comer, exactamente?

—Un sándwich y café, señor —y, llevándome la mano al paquete, lo apreté un poco junto con un movimiento de cadera—: pero quizá él quiera también el postre de nata.

Se oyó un gruñido bajo, denso, uno que acompañó el comienzo de su siguiente pregunta:

—¿Y no le ha dicho su marido que hay animales peligrosos en estos bosques, señor Parks? Algún lobo feroz podría atacarle si le ve caminando solito en la oscuridad... No podría resistirse a un bocado tan delicioso como usted...

—Esa es la cuestión, agente, mi marido *es* el lobo feroz...

Casi no pude verlo, porque la luz de la linterna era demasiado fuerte; pero, al otro lado, el hombre se mojó los labios y se pasó la lengua por sus dientes de grandes colmillos.

—Tendré que registrarle antes de dejarle marchar, señor Parks... —dijo. Su voz era cada vez más baja, ronca y grave, como un gruñido contenido—. Parece que lleva usted un arma escondida.

—¿Yo, señor? —pregunté. Me frotaba el bulto alargado y carnoso de mi entrepierna y negaba con la cabeza—. No, solo llevo la cena de mi marido.

—Suelte la bolsa lentamente y levante las manos, señor Parks.

Dejé todo en el suelo y obedecí.

—Ahora, desabróchese la camisa. Poco a poco, sin movimientos bruscos, o tendré que pegarle.

Poco a poco y sin movimientos bruscos, me desabroché mi camisa roja hasta que el pecho y el abdomen me quedó al aire. El haz de luz de la linterna me iluminó el abundante vello negro y los músculos redondeados contra mi piel clara, así como la cadena y el anillo que colgaba de mi cuello. El jadeo del agente se volvió intenso, pero no dudó al decir:

— Ahora desabróchese el cinturón y bájese la cremallera.

Bajé las manos en alto y me quité el cinturón y bajé la cremallera.

— ¿No suele ponerse ropa interior cuando sale al bosque de noche, señor Parks? — me preguntó, señalando con su haz de luz mi pubis de pelo rizo, denso y negro como la oscuridad que nos rodeaba.

— No cuando voy a ver a mi marido, señor.

— Oh... quizá me haya confundido de cuento, señor Parks. Quizá usted no sea un joven inocente que se ha perdido de camino a casa de su abuelita... sino todo un cerdito.

— Soy bastante cerdo, señor — le aseguré, de nuevo, con las manos en alto.

— ¿Y eso le gusta a su marido, el señor Lobo Feroz?

— Eso le encanta — asentí.

— ¿Por eso apesta usted a sudor y sexo, señor Parks? ¿Porque no se lava?

— No, señor, sí me lavo; pero mi marido me folla todos los días y huele muy fuerte.

— Bueno, señor Parks, si no quisiera oler a fiera salvaje, no debería haberse casado con una, ¿no cree?

— Sí, señor.

— Y si no aguanta que le monten todos los días, quizá debería usted buscarse a un hombre débil y sin carácter al que domar. Quizá uno que se hinche a pizza, haga fotos de mierda y llame a quien no debe para ponerse a llorar. — Un sonido de chicle al explotar resonó en la oscuridad tras la linterna.

— No, señor. Mi marido me hace muy feliz, aunque últimamente el señor Lobo Feroz trabaja mucho, por eso le he traído la cena — añadí, moviendo la cabeza en dirección a la bolsa a mis pies —. ¿Cree que le haría ilusión, señor?

— Mmh... su marido debe ser el hombre más feliz del mundo por tenerle, señor Parks. Además, siendo un lobo tan feroz, seguro que le encantan los cerditos...

— Oh, sí, señor. A mi marido le encantan los cerditos, pero como le vea comerse a otro cerdito que no sea yo, le corto la polla y se la meto hasta la garganta.

Hubo un breve silencio y, entonces, se oyó un leve bufido de risa. Cesó pronto.

— Acérquese, señor Parks — ordenó —. Lentamente y con las manos en alto.

Eso hice, aproximándome al haz de luz cegador que me iluminaba. Cuando estuve frente a él, el agente apagó la linterna y me dio la vuelta con un giro brusco. Antes de darme cuenta, ya tenía la cara apoyada contra el capó del coche de policía y unas esposas alrededor de las muñecas. Entonces me separó las piernas con las suyas y me agarró con fuerza del pelo. Noté su peso sobre todo mi cuerpo al inclinarse sobre mí, tan largo era. Me ahogó y perdí el aliento, pero fue algo dulce y oscuro.

— Todo es demasiado sospechoso, señor Parks — jadeó cerca de mi oído —. Un hombre como usted... tan guapo y con este cuerpo... — con una mano, la que no mantenía alrededor de mi pelo, me toqueteó allí donde quiso: el pectoral, el abdomen, el pubis y el culo. Un roce seco y sórdido que me quemaba la piel —. No puede ser que su marido le haya dejado solito en la oscuridad de la noche. ¿Sabe lo que creo, señor Parks? Lo que creo es que esconde algo...

— No, señor — dije, pero fue apenas un gemido ahogado.

Se incorporó y, con la mano con la que me había estado tocando, me bajó el vaquero con secos tirones hasta la mitad del trasero. Allí me dio un fuerte cachete que me hizo apretar los dientes con violencia y contener un gruñido áspero.

—Eso ya lo veremos —gruñó.

Tiró de mi pelo y me llevó al suelo. Poco pude hacer con las manos esposadas a la espalda más que ponerme de rodillas y alzar la cabeza. La luna era suave y apenas fui capaz de percibir la ancha figura que tenía frente a mí antes de que la luz de la linterna me cegara por completo

—Abra la boca, señor Parks —ordenó. Yo luchaba por entrecerrar los ojos y apartar el rostro de aquella dolorosa columna de luz, así que el agente me dio una bofetada y repitió—: He dicho que abra la puta boca, señor Parks. Así, muy bien. Voy a comprobar que no allá consumido ninguna sustancia ilegal.

Mi respuesta fue apenas un sonido ronco e incoherente, porque el agente de policía ya me estaba metiendo el dedo gordo hasta casi la campanilla. Siguió así, cada vez más profundo, frotándome la lengua de arriba abajo hasta que, inevitablemente, sufrí una arcada.

Los ojos se me humedecieron e hicieron de la luz de la linterna algo incluso más cegador.

—Parece que su marido, el señor Lobo Feroz, le tiene bien entrenado en la garganta profunda, ¿me equivoco?

—Sí, señor... —dije tras conseguir tragar saliva.

—¿Cada cuanto practican?

—Varias veces a la semana, señor.

—¿Siempre se lo traga al final, señor Parks?

—Siempre que puedo.

—¿Le gusta?

—Me encanta.

—¿Y qué piensa su marido de eso?

—Me da igual lo que piense. Es mío y me dará lo que yo quiera.

Se produjo un breve silencio que solo rompió el sonido de un globo de chicle al explotar.

—¿Sabe, señor Parks...?, al principio solo le iba a hacer una exploración profunda de la boca; pero ahora creo que eso sería... demasiado suave.

Apagó la linterna y todo se volvió oscuro. Mis ojos, todavía llorosos y aturridos por la luz, no fueron capaces de ver nada más que punto luminosos que se propagaban por toda mi visión. Una mano me agarró con fuerza del pelo y me obligó a levantarme antes de acercarme de nuevo al capó del coche.

—Ahora los traficantes se esconden la droga en el recto, ¿lo sabía, señor Parks? —gruñó en mi oído—. Se la meten por el culo para que no la puedan detectar, por eso hay que hacer un registro profundo...

No hizo falta que respondiera, porque al segundo siguiente me golpeó el cuerpo contra la chapa fría del coche y volvió a separarme las piernas al máximo, bajando mi vaquero en el proceso. Con las muñecas esposadas a la espalda y los pies enredados en el pantalón, sentí el roce de una lengua húmeda y cálida en la nalga; abriéndose paso, lentamente, en dirección a mi ano.

El agente de policía tenía un espeso bigote rubio que, según él, no le gustaba demasiado. Decía que le hacía parecer mayor y que le daba un aire anticuado, decía que los chicles se le enredaban y que siempre se manchaba al comer. Decía que solo se lo dejaba por su marido, porque a él le gustaba mucho y porque nunca gemía tan alto que cuando le comía el culo y notaba el pelo áspero entre las nalgas.

Y tenía razón.

—Parece que no tiene nada a primera vista —jadeó de nuevo en mi oído. Olía a sudor cálido y a mí. Sus jadeos era rápidos y me producían un ligero cosquilleo en el oído—. Pero llegaré bien al fondo y me aseguraré...

Y, escupiéndose a la mano, la bajo para frotarla por el ano, meter los dedos y oírme gruñir con la cara pegada al capó. Cuando eso no fue suficiente, se desató el cinturón del uniforme y, sin esperar demasiado, me la metió de dos tirones secos.

Entre gruñidos animales, me folló con las manos alrededor de mi cadera; después, sudado y jadeante, me agarró del pelo de nuevo y me obligó a incorporarme lo suficiente para pasarme el brazo por el cuello y ahogarme. Ninguno de los dos dijo nada, yo porque me debatía entre el placer y la asfixia; y él porque no podía mantener un ritmo tan rápido de cadera y hablar al mismo tiempo, tan solo gruñir como un animal y apretar los dientes de grandes colmillos.

Como cada vez desde esa noche de nuestro aniversario, en el momento en el que uno alcanzó el orgasmo, ambos caímos rendidos por la avalancha que nos azotó el cuerpo. Una vez leí que era ilegal manchar o dañar un coche de la policía, y me pregunté de cuánto sería la multa que me asignarían de saber la de veces que yo lo había hecho. Por dentro y por fuera.

Tras la explosión, llegó la calma. El momento de recuperar el aliento, hacer un breve repaso de lo que había ocurrido y, en este caso, y muchos otros, quitarme las esposas y ayudarme a vestirme.

Neil tiró su chicle a un lado y me dio un beso en los labios antes de suspirar. Me quería tanto que dolía.

—Un día te vas a ahogar follando con el chicle en la boca —le dije, acompañándole hacia mi vieja furgoneta.

—Y moriré feliz —respondió.

Allí, sacó el sándwich que había preparado para él y, sirviendo una taza de café para ambos, miramos la oscuridad de la carretera y escuchamos el casete de música. Me encendí un pitillo y abrí la ventanilla, echando el humo hacia fuera.

—Esto de hacer tantas horas extra, ¿tiene que ver con las desapariciones? —pregunté mientras le dedicaba una mirada por el borde de los ojos.

Neil no respondió al momento, sino que masticó un poco más y ladeó el rostro. Dentro de él había indecisión, preocupación y cierto nerviosismo. Llevaba habiéndolo desde que, unos días atrás, habían encontrado un cuerpo mutilado en un motel de carretera de la ruta 42; a hora y media de Greyfalls.

—Está habiendo problemas, William —murmuró—. No quería preocuparte.

—Incluso sin el vínculo, eso no hubiera funcionado —le aseguré, echando otra calada por la ventanilla—. Tu padre ya vino tres veces al taller con malas excusas y preguntando por mí.

—Eso no es nada —me aseguró—. A Sally Collins la vigila como si fuera una criminal.

Sally era algo así como la novia del hermano pequeño de Neil, la cual trabajaba en *Don's Fries*, una cafetería como el *Chips*, pero en Green Peaks. No la conocía demasiado, pero una vez ella y Vicent habían venido a casa. Neil me dijo que era por respeto o algo así. Una de las muchas extrañas costumbres de los Witton.

Sally me había parecido una joven silenciosa y tranquila. Se había sentado muy nerviosa en la silla de la cocina y no había abierto la boca, con su té entre las manos y las mejillas coloradas, mientras los hermanos hablaban y bebían cerveza.

Sally tenía diecinueve años y no cumpliría los veinte, porque tres meses después de aquella visita, moriría en el aparcamiento del trabajo. Los forenses dijeron que se debía al ataque de un gran animal, posiblemente un oso. Eso pensaron.

—¿Entonces pasa algo peligroso? —le pregunté aquella noche a Neil, en mi furgón, mientras yo fumaba y él se terminaba el sándwich y el café. Antes de que Sally muriera.

—No, solo... es extraño. Algo pasa con el Alfa.

—El... —no fui capaz de decirlo—, el señor Witton. El padre de Derek.

Neil asintió con la mirada al frente.

— Está perdiendo poder, pero no sabemos por qué.

— Ahm — murmuré, eso fue todo.

A la semana siguiente, cuando el sol ya había caído y estaba a punto de cerrar el taller; oí un sonido. Levanté la mirada del libro que leía bajo la tenue luz de la lámpara del despacho y pregunté:

— ¿Hola?

Nadie respondió, así que, con el ceño levemente fruncido, quité los pies de la mesa y me levanté. La trapa de la puerta estaba medio bajada ya y en el taller no había más luz que la que llegaba desde el despacho. Sin embargo, yo tenía la sensación de que no estaba solo.

— ¿Hola? — repetí —. Ya casi hemos cerrado.

— ¿William?

Me asusté. Aún recuerdo como el corazón se me detuvo y todos los sentidos se me activaron al mismo tiempo en ese momento en el que oí la voz tan cerca de mí. Me giré de un salto y puse las manos en puños, a la altura de mi rostro. No sé por qué. Jamás había pegado a nadie, aunque mi viejo me había enseñado de niño cómo dar un buen puñetazo en caso de necesitarlo.

— Esas son cosas que todo hombre debe saber — me había dicho, dándome un apretón en el hombro —. Cuando seas mayor, te explicaré otras — y guiñó un ojo.

— William Parks — repitió la voz en la oscuridad. Era densa, gutural, inhumana.

Yo buscaba una forma, un cuerpo, una sombra, pero lo único que vi fueron unos enormes ojos que se abrían lentamente. Eran del color del oro líquido y parecían brillar con luz propia.

— S...sí — conseguí decir. Retrocedí un paso —. ¿Quién eres tú?

— Soy... Ivanna. Witton.

— Ah — entonces lo entendí —. Señora Witton. Me... me ha asustado un poco.

— Sí... Necesito. Hablar — su voz gutural provenía de la oscuridad, donde sus ojos brillaban con un fulgor espectral —. Derek... Mi hijo.

Asentí varias veces.

— Necesito... encontrarle.

— Ahm... Sí, eh... Está en la ciudad.

— Sí. Lejos... Muy lejos. ¿Dónde?

— Eh... Si quiere, puedo llamarle y habla con él ahora mismo. Tengo un teléfono en el despacho — y señalé el lugar con el dedo, pero sin apartar los ojos de ella. O ello. No estaba seguro.

La señora Witton siguió el recorrido y parpadeó. Una, dos veces.

— Sí. Bien. Ahora...

— Sí — murmuré antes de asentir.

Sin darle del todo la espalda, volví al despacho y cogí el auricular. Fuera, en las sombras algo crujía con un sonido húmedo y desagradable. Me centré en tragar saliva y marcar el número que ya me sabía de memoria.

— ¡Ey, Will! Vaya sorpresa, no esperaba que me llamaras dos días seguidos — se rio, parecía feliz de que eso pasara —. Oye, me he comprado esa novela que me dijiste, la de Stephen King, El Resplandor. Me está gustando mucho, llevo toda la tarde con ella y...

— Dek — le detuve.

Pudo oírlo, quizá en el tono de mi voz o en el jadeo que acompañó la palabra, pero lo supo.

— ¿Qué pasa? — preguntó —. ¿Quién está ahí?

Volví a tragar saliva. Notaba la garganta seca.

— Es tu madre.

– Ah... sí. Dile que no quiero hablar con ella.

– No. Ha venido al taller... está... rara.

Un breve silencio después, preguntó:

– ¿Rara?

– Sí, Dek. Rara... como un Witton.

Un silencio más largo después, me dijo:

– No puede ser. Hoy no es luna llena.

– Pues aquí está.

– No – volvió a negar, como si le costara creérselo –. Mi madre no... no hace eso. Algo ha tenido que pasar. Algo muy grave.

– Quiere hablar contigo.

Derek tomó una profunda bocanada y murmuró un bajo:

– De acuerdo.

– ¿Señora Witton? – la llamé.

Se oyeron unos pasos y, entre la penumbra del taller, aparecieron unos ojos. Por un instante, el corazón se me detuvo, pero la razón por la que bajé la mirada a la mesa no fue el horror que no quería ver, sino la completa desnudez de la mujer.

– Gracias, William – me dijo con un tono humano y de fuerte acento.

Asentí y le entregué el teléfono. Era un buen momento para fumar, pensé. Quizá un pitillo. Quizá la cajetilla entera. Pude hacerlo allí mismo, ya que la madre de Derek y él mantuvieron una conversación en un idioma que no entendía. Ella sollozaba y se llevaba la mano al rostro, a veces hablaba alto y apretaba los puños. Quería algo, sus ojos estaban muy abiertos y desesperados. Rogaba a su hijo, pero, por cómo empezó a llorar hacia el final, su hijo se lo negó.

No se despidió de mí, solo colgó el teléfono y se fue, tan desnuda como había llegado.

Un par de segundos después, el teléfono volvió a sonar.

– ¿Sí?

– Will, tienes que irte del pueblo. Ya. ¿Me oyes? Ahora mismo. Ven a la ciudad, conmigo. Aquí estarás a salvo.

– No... no te entiendo. ¿Qué ocurre?

– Mi padre se está muriendo, Will. Está enfermo. Al parecer... lleva algún tiempo enfermo, pero ahora ya no tiene fuerzas para mantener a la manada a raya. Las cosas se van a descontrolar. Mucho. Muy rápido. Tienes que venir aquí – insistió. Derek sonaba nervioso, agitado. Le faltaba la respiración y era tajante al decirme que fuera con él.

– ¿Qué?

– ¡Que tienes que coger tus putas cosas y venir cagando hostias a la ciudad! ¡JODER!
¡Tan difícil es de entender?!

Me quedé en silencio y me dejé caer sobre la silla vieja. Tenía casi tantos años como yo pero todavía aguantaba.

– Antes hacían las cosas para que duraran, no como ahora – siempre decía Dalton.

– No puedo irme – respondí –. Neil está aquí.

– ¡Que le jodan! Tú no vas a morir, y si tengo que ir a buscarte yo mismo y arrastrarte todo el camino. Lo haré... – terminó diciendo con voz gutural y oscura. Casi animal.

– ¿Por qué quería hablar tu madre contigo? – pregunté. Algo estúpido que de pronto vino a mi mente –. ¿Tú podrías solucionarlo?

– No. Ella... quiere que vuelva. Quiere que lidere la granja, pero eso no va a pasar. No puedo, Will. No puedo y no quiero.

Miré la mesa repleta de papeles y me quedé en silencio.

– Lo digo en serio, no puedo.

Asentí lentamente.

– Te creo.

— Así que tienes que venir, por favor.

— Escucha, voy a hablar con Neil —le dije—, ya está viniendo a toda prisa al taller. Después, decidiremos qué hacer, ¿vale?

— No. Él no va a querer que te vayas. No le importas de verdad, Will. A mí sí. Eres mi compañero. Tú eres mío y siempre serás mío.

Parpadeé. Derek sonaba cada vez más furioso y salvaje, como si algo dentro de él hubiera despertado después de mucho, mucho tiempo.

— Déjame hablar con Neil, Derek. Él es mi... —pero no me escuchó. Colgó el teléfono y dejó una sensación fría y desagradable en mi estómago.

Por alguna razón, sentí que Dek no bromeaba al decir que me iba a arrastrar todo el camino a la ciudad si tenía que hacerlo.

Colgué el auricular y me quedé mirándolo un par de segundos. Antes de que me levantara y me quitara el mono de trabajo para dejarlo en la alargada taquilla con mi nombre, Neil ya estaba allí. Entró como en una película de acción, rodando por debajo de la trampilla de metal y con el arma entre las manos.

Al ponerse de pie, apuntó un poco a todas partes y respiró profundamente. Estaba asustado, preocupado y furioso, pero mantuvo la calma hasta encontrarme. Entonces se acercó a largos pasos y me abrazó con fuerza.

— ¿Qué coño pasó? —quiso saber con un gruñido ronco. Sus ojos azules brillaban de una forma especial y sus colmillos parecían más grandes.

— La madre de Derek vino hasta aquí. Quería hablar con su hijo. Estaba... rara, como en... la luna llena.

Neil me apretó más fuerte contra él. Parecía fuerte y seguro, pero en su interior había un huracán de emociones.

— ¿Por qué?

— El señor Witton se muere.

Entonces, el huracán cesó y solo quedó un sentimiento que prevaleciera por encima de todos los demás: terror.

— ¿Estás seguro? —jadeó apenas sin aire.

— Sí.

— Bien... Vale... —tragó saliva y se separó un poco de mí, pero solo un poco, lo suficiente para mirarme a los ojos—. Escucha, William. Se acercan tiempos complicados, ¿de acuerdo? Peligrosos. Muy peligrosos. Así que vas a estar todo el rato muy cerca de mí y no vas a venir a trabajar ni vas a cuestionarme sobre nada de lo que diga porque lo único que me importa es que estés bien. ¿Lo entiendes?

— ¿Qué pasa, Dek? —pregunté, levantando una mano para acariciarle el rostro.

— La guerra civil, William —murmuró—. Eso es lo que pasa.

Me estremecí. No por lo que hubiera dicho, sino por lo que sintió al decirlo.

Desde ese momento, mis recuerdos de esa noche se volvieron algo nublados y confusos. Recuerdo vagamente el camino de vuelta a casa, recuerdo que Neil no apartó su mano de mi pierna ni la nerviosa mirada de la carretera. Observaba cualquier sombra, cualquier movimiento, cualquier sonido, como si todo fuera el principio del final.

Recuerdo que llegamos a casa, que cerró la puerta con llave y que corrió todas las cortinas. Recuerdo que me llevó a la cocina y encendió un par de velas para darnos luz antes de llamar a su padre y contarle la noticia. Recuerdo que el sheriff llegó en apenas diez minutos, jadeando y con ojos aterrados. Recuerdo que él y su hijo discutieron bastante.

Neil quería «dar el primer golpe» para demostrar que el Clan era fuerte y se merecía respeto.

El señor Witton se negaba en rotundo. Decía que él era viejo y que Neil y sus hermanos eran muy pocos. El sheriff solo había tenido tres hijos, pero había clanes con diez o más de ellos.

—Nos mantendremos neutrales —concluyó, y su palabra era ley.

A su hijo no le quedó otra que agachar la cabeza y tragarse su frustración y su enfado, latiendo desde mi segundo corazón en el pecho como si fuera una catarata.

—Protegeremos lo que es nuestro y aceptaremos el liderazgo de quien gane.

—Padre...

El Sheriff gruñó y su hijo agachó más la cabeza. Entonces cogió su cazadora y su pistola sobre la mesa y nos miró.

—Os quiero, a ambos. Sed fuertes —y se fue.

Neil se dejó caer sobre la silla y se rodeó el rostro con las manos. No pude hacer mucho más que abrazarle por la espalda y apoyar los labios en su pelo para consolarle. Sabía lo que sentía, pero eso no significaba que pudiera cambiarlo.

—¿Qué haremos? —pregunté.

—Nos tendremos que quedar. Defenderemos la casa y esperaremos a que todo pase. Es lo que ha decidido mi padre —añadió al final, no sin cierta amargura en la voz.

Pero la noche no terminó ahí, porque, tres horas después, alguien aporreaba con violencia la puerta de la entrada.

Yo me desvelé de prisa y levanté la cabeza, pero Neil casi saltó de la cama como un tigre. Si hubiera tenido lomo, se hubiera erizado por completo mientras gruñía. Me hizo una señal para que me acercara y, desnudos, salimos al pasillo. Neil no separaba una mano de mí y otra de la pared. Miraba a todas partes y daba calmados pasos en la penumbra.

Al llegar a las escaleras, bajó una a una, pero no se fue directo a la puerta, sino que quiso pasar primero por el ropero bajo la escalera a coger una de sus armas. Seguía desnudo, pero quizá creyera que la ropa no le iba ayudar en absoluto contra una amenaza como aquella. Contra otro Witton, quiero decir.

Un último golpe hizo vibrar los goznes. La puerta era antigua, gruesa y resistente, pero el extraño la llevaba golpeando un buen rato con una fuerza... brutal. Si no la abríamos, terminaría echándola abajo.

Neil apuntó con su arma, puso la mano en el gozne y lo giró muy lentamente. Yo estaba detrás, no muy lejos, sin saber qué más hacer que quedarme mirando. Me imaginaba uno de esos grandes ojos luminosos en las alturas que esperaba por nosotros. Un olor a almizcle y sangre. Un terrible gruñido en la oscuridad.

Pero, cuando Neil abrió la puerta, allí solo estaba Derek Witton.

Un Derek Witton que no reconocí.

Un Derek Witton salvaje y peligroso que venía a por mí.

20 y 21 de mayo de 1978

Neil estaba muy sorprendido. Yo, no tanto. Dek me lo había dicho, Bueno, no me lo había dicho, más bien yo lo había intuido; pero, por desgracia, había ignorado esa sensación por completo.

En el umbral de la puerta, Derek Witton nos observaba en silencio. Estaba... muy extraño. Siempre había sido grande, ancho de espaldas e incluso más alto que yo; pero aquella noche parecía enorme. Quizá fuera su sobrepeso, quizá fuera su media melena de pelo rizado y descontrolado, quizá su barba espesa; o, quizá, fuera una razón completamente distinta.

Sus ojos dorados brillaban con fuerza, vivos, salvajes e indomables, como ámbar líquido y resina. Apretaba los dientes y respiraba con fuerza. Sus labios estaban tensos y dejaban entrever sus colmillos más gruesos y grandes de lo normal. Sudaba, mucho, como si hubiera venido corriendo todo el camino hasta allí. Las axilas de su camiseta estaban empapadas, al igual que su torso y su cuello. Olía muy fuerte, llenando el espacio que le rodeaba en apenas segundos.

A Neil no le dio tiempo ni a empezar a gruñir. Como un tornado, Derek Witton entró en la casa, le agarró del cuello con solo una mano y le levantó en alto. Con una voz grave, densa, profunda y oscura, dijo:

—Will se viene conmigo.

No era una pregunta, ni mucho menos una sugerencia. Lo dijo como si, simplemente, fuera algo que iba a suceder. Y, por lo que sentí en el interior de Neil, pareciera que fuera a conseguirlo. Al principio solo había experimentado sorpresa y odio; ahora, había un profundo miedo a Derek. No era un miedo racional, sino uno primario. Instintivo. Algo dentro de él que le gritaba que Derek Witton era muy peligroso y que debía *obedecer*.

Pero, aún así, Neil luchó por lo que era suyo.

—No... —gruñó, llegando a apuntarle con el arma.

Derek sonrió como si nada pudiera hacerle daño, porque él estaba por encima de todo y de todos. Entonces, Neil le disparó. Justo en el pecho.

Contuve el aliento y, por un instante, creí que todo el mundo se había quedado en silencio. Esperando, quizá, a que Derek Witton cayera muerto en el suelo.

Pero eso no fue lo que pasó. Lo que pasó fue que una mancha de sangre roja empezó a manchar la camisa abultada del hombre y que, después, una bala aplastada brotó de la herida y cayó al suelo, tintineando contra la madera.

Neil sintió absoluto terror.

Dek le apretó más fuerte el cuello y lo tiró al suelo como si no pesara nada. El policía rodó un metro y se detuvo a los pies de los escalones, completamente desnudo e indefenso.

—Creo que has olvidado quien soy yo... —murmuró Derek con aquella voz oscura y profunda—. Y creo que es hora de que lo recuerdes...

Y dio un paso adelante.

—No —le detuve.

Había llegado el momento en el que la sorpresa y el shock inicial al fin me abandonaron para dejar paso a la racionalidad. Derek Witton no iba a hacerle daño a Neil. Ni siquiera *ese* Derek.

Él me miró con aquellos ojos que parecían llamas doradas. Me agarró del brazo y me acercó a él.

—Te vienes conmigo, Will —me dijo—. Él no podrá protegerte. Yo sí...

—No, Dek —repetí con un tono sorprendentemente firme para lo caótica y extraña que era la situación—. Neil es mi marido y me quedo.

Derek dedicó una intensa mirada al policía, todavía en el suelo.

—Dile que tiene que venir conmigo —ordenó. Así sonó, como una orden.

Pensé que Neil se negaría al instante. Creí que me daría la razón y que le pediría a Derek que se fuera. Casi deseé que lo hiciera.

Pero Neil no pudo. Con una respiración pesada, los ojos húmedos y la mirada en el suelo, murmuró:

—Vete con él, William. Tiene razón. Él... puede protegerte mejor que yo.

Parpadeé y fruncí el ceño.

—Neil...

—Si quieres volver, te dejaré —me dijo Dek a mi lado, todavía con su mano alrededor de mi brazo. Me miraba como si pudiera desgarrarme por dentro y su voz profunda reverberaba levemente en mi pecho—. Sabes que te quiero. Sabes que solo deseo que seas feliz... Pero ahora vas a venir conmigo, porque yo soy tu compañero y no permitiré que te pase nada malo. Jamás. ¿Lo entiendes, Will?

Yo no sabía qué sentir ni qué pensar. Aquel Derek me intimidaba un poco. Su fuerza era... real. Su olor intenso me nublaba el juicio y me traía recuerdos de un pasado lejano en el que yo también olía así. Sus ojos brillaban como hacía tiempo que no lo hacían, incluso más de lo que nunca los había visto brillar.

Y, todo lo que me llegaba de mi segundo corazón en el pecho, eran sentimientos de sumisión, aceptación, tristeza y angustia. Neil se había rendido porque, aunque me quería más que a nada, no podía luchar contra un poder que le superaba de aquella manera. Y sabía que los demás tampoco podrían. Que nadie podría.

Y, como me amaba, me dejó ir.

—William... Cuando todo esto pase, vuelve. Ahora tienes que estar a salvo.

Eso fue lo que me dijo, sin mirarme y con los ojos llorosos.

—¿Y tú? —pregunté—. No puedes quedarte aquí.

—Yo estaré bien. Defenderé la casa. Será más fácil si estoy solo.

Parpadeé y una lágrima se deslizó por mi mejilla. No me había dado cuenta de cuándo había empezado a llorar.

Derek tiró de mí, firme, pero con cuidado de no hacerme daño. Con el cuello girado, miré a Neil en el suelo a los pies de la escalera, haciéndose más pequeño y distante a medida que nos alejábamos. Dek me abrió la puerta de su coche, miró a ambos lados y la cerró. Subió en el asiento del piloto y arrancó sin mirar atrás. Olía a sudor fuerte y, ahora, también a la sangre que le había manchado la camiseta.

Conducía rápido por las largas carreteras boscosas, con las luces largas encendidas y los ojos muy atentos. Apretaba los dientes y respiraba bocanadas profundas. No parecía el Derek Witton que yo conocía. Algo había despertado dentro de él. Algo hervía en su sangre y se había apoderado de su cuerpo grueso y su mente melancólica. Algo con lo que había nacido. Algo que formaba parte de su historia y su familia. Algo de lo que había tratado de huir tan desesperadamente para, ahora, recurrir a él en un momento de necesidad.

Yo era más importante para Derek que cualquier otra cosa, y si tenía que caer en el abismo salvaje y oscuro de la noche por mí. Lo haría.

Una y mil veces.

Eso fue lo que me dijo de camino a la ciudad.

—No tengas miedo, Will, sabes que jamás te haría daño. Sabes que te amo... —me miró por el borde de sus ojos brillantes como llamas de miel y oro—. Pero esta parte de mí es peligrosa. Muy peligrosa, ¿de acuerdo?

Asentí. Él asintió también y con los labios entreabiertos y unos colmillo especialmente grandes ocultos detrás, siguió jadeando con profundas bocanadas y puso la radio.

«*You're The One That I Want*», de *Grease*, sonaba en la radio. Derek empezó a darle toques al volante al ritmo de la música, lentamente, mirando la carretera y murmurando la letra. Parecía como si estuviera completamente drogado y un poco ido.

—¿Sabes que te pareces mucho a John Travolta? —me preguntó sin mirarme—. Siempre se me pone durísima cuando le veo.

Asentí y miré al frente. Aquella tenía que ser, a fuerza, la noche más extraña de toda mi vida.

Cuando llegamos a casa de Dek, un pequeño apartamento en un barrio obrero de la ciudad, me dejó suficiente espacio para ordenar mis pensamientos. No es que se fuera muy lejos, porque tampoco había espacio para eso; pero sí que me dejó tranquilo tras ofrecerme un café cargado e irse a duchar.

Era casi de madrugada y busqué el teléfono fijo para llamar a Neil. Estaba en una mesilla al lado del sofá, junto a una foto enmarcada bajo la que había escrito en bolígrafo negro: «Siempre».

Neil no tardó más de dos toques en responder. No me dijo nada de lo que no me había dicho en casa: quédate con Derek y vuelve cuando todo pase.

—Te quiero —le dije, porque el vínculo era demasiado lejano y ya casi no podía percibirle.

Neil sorbió por la nariz y pude sentir una distante punzada de tristeza, angustia y vergüenza.

—Y yo a ti, William. —Se quedó en silencio—. No... no importa lo que pase, solo que vuelvas a mi lado, ¿de acuerdo?

Recuerdo que fruncí el ceño y le pregunté a qué se refería. Pero Neil no respondió. Siempre creí que lo supo, desde el momento en el que Derek despertó esa furia interior y vino a por mí. Su compañero.

Era un Witton y conocía cómo funcionaba ese extraño mundo de su familia. Lo odiaba y le dolía, pero lo aceptaba. Para Neil, solo era su culpa por haber fallado al protegerme. Así que el único de los dos que se sorprendió de lo que pasaría en aquellos meses, sería yo.

—Tienes que dormir conmigo —fue lo que Derek me dijo aquella primera noche—. Debes oler a mí.

Al principio me negué, dije algo como: «No, Neil se enfadaría»; pero a Dek no le importó. Me agarró de la camisa de franela y me acercó a él. Pude sentir su aliento profundo en el rostro y su intensa mirada de ojos ardientes.

—Escucha, Will... Ahora ya no soy el chico de antes, ¿entiendes? Mientras estés en peligro, harás lo que yo ordene...

Sentí cierta presión en el pecho y traté de ladear el rostro, porque Dek me estaba presionando con demasiada fuerza su frente sobre la mía. Se acababa de duchar, pero parecía que no tardaría en volver a apestar a sudor, porque ya podía percibirlo de nuevo en su ropa y su cuello.

—No quiero asustarte —insistió, pasando una mano por mi espalda para terminar agarrándome de la nuca y guiarme directo a su habitación—. No quiero que pienses que ya no me importan tus sentimientos o tus deseos, porque no es verdad. Me importan mucho. Siempre lo han hecho, aunque creas que no. —Me miraba y me desabrochaba la camisa frente a la cama. Sus palabras eran graves, densas y calmadas, aunque su respiración era algo agitada de vez en cuando—. Te amo y te respeto. Tanto, que no he ido a Greyfalls y he reventado esa bonita cara de Neil contra su estúpido coche de policía cuando supe que estaba tocando lo que era mío.

Me deslizó la camisa por los hombros y me la quitó, bajando la mirada a mi cuerpo. Con los labios todavía entreabiertos, se pasó la lengua por los dientes de grandes colmillos y produjo un gruñido gorgoteante de garganta. Uno que ya no fingía ocultar con una tos inesperada, como hacía siempre por teléfono.

Entonces miró las marcas de mordiscos en mi cuello y tensó la mandíbula. Volvió a mirarme por el borde superior de los ojos y comenzó a desabrocharme el cinturón del vaquero.

—No, no lo hice, ¿sabes por qué, Will? Porque era solo culpa mía que te hubieras ido. Era culpa mía haberte dejado escapar y haber dado por hecho que nadie más se atrevería a tocarte. Fui estúpido y confiado. Lo quería todo y lo perdí todo.

Me bajó el vaquero y, con un toque suave pero firme, me giró en dirección a la cama para hacer que me sentara en el borde. Él se agachó, tan grande era, hasta ponerse de rodillas. Me miró un momento y después volvió a mis ojos mientras comenzaba a desatarme las botas.

—Así que me quedé aquí. Empecé a sacar fotos para tratar de expresar cosas que no era capaz de decir con palabras, trabajaba día y noche para no pensar en ti y me comía todos mis sentimientos, pizza a pizza...

Terminó de descalzarme y, sin dudarle ni un segundo, hundió los dedos por debajo de la cintura de mi ropa interior para quitármela. Desnudo, Derek me observó como si estuviera a punto de devorarme por completo. Pero no lo hizo, sino que se levantó y se quitó la camiseta, el pantalón y las zapatillas sin si quiera desabrocharlas.

—Pero ahora soy la clase de hombre que me juré que no sería. La clase de hombre que más odio —me decía mientras se desnudaba—. Ahora soy como mi padre. Ahora tengo el poder para hacer todo lo que quiera y nunca pedir permiso. Y es increíble, Will —jadeó, inclinándose sobre la cama y sobre mí—. Nunca me he sentido tan vivo...

Sus ojos brillaban de una forma aterradora en la penumbra de la habitación. Derek apestaba a sudor y me miraban como si fuera a prenderme en llamas. Yo me aparté un poco, y él no hizo nada por detenerme. No lo necesitaba. Sabía que tenía la fuerza para doblar a cualquiera a su voluntad de acero.

Acercó su rostro a mí y tomó una leve respiración antes de gruñir con evidente desagrado.

—Nunca quise que me vieras así —me dijo en la oscuridad, gateando hasta atraparme entre sus piernas y colocar los brazos alrededor de mi cabeza—. Nunca quise atraparte en esta vida de locura y crueldad, Will. No es lo que quería para mí ni para ti. Para nosotros.

Apoyó su frente sobre la mía y cerró los ojos. Su pelo largo y rizado cayó en bucles descontrolados a nuestro alrededor. Me ahogaba. Era su cuerpo sobre el mío, la forma en la que me atrapaba, el tono de su voz, el olor de su cuerpo y aquel aura eléctrica y animal que le rodeaba por completo.

—No quiero que me odies —susurró casi a la altura de mis labios—. Sigo siendo Derek Witton, *tu* Derek Witton; pero también soy algo más. —Respiró profundas y largas bocanadas en mi rostro—. Es un subidón... —entonces, se rio un poco—. No sé si seré capaz de dormir.

No dije nada. Estaba... completamente aturdido y en blanco. Si yo podía sentir esa energía que brotaba de él, no me podía ni imaginar lo que Dek estaría sintiendo.

Con un movimiento lento y un jadeo, se dejó caer a mi lado, liberándome de aquel pequeño universo en el que me había atrapado. Me rodeó con los brazos y me atrajo a su cuerpo cálido y abultado. Todavía podía sentir su mirada como dos láseres al rojo vivo apuntando a mi sien.

—Si te follara, se te iría mucho más rápido ese asqueroso olor a Neil. Es triste que creyera que podría protegerte. ¿Viste como le agarré del cuello y le tiré al suelo? Ni

siquiera tuve que esforzarme. Yo soy... bueno, yo soy especial, pero, aun así, dudo que hubiera podido hacer algo contra un Clan si os hubieran atacado. —Negó con la cabeza—. Es patético. Me da pena la gente que vaya a morir en esta estúpida guerra. ¿Pero sabes quién no va a morir? Tú, Will, porque yo voy a protegerte y a mí no hay Clan que me venza. Por cierto, tranquilo, no te voy a follar ni nada así. No ahora, quiero decir. Te acabaré follando porque eres mío y es lo que quiero; pero no ahora. Ya te dije que te amo y te respeto y entiendo que todavía estés un poco apegado al patético de Neil. Te daré tiempo.

Y, terminando esa frase, me apretó un poco más contra él y suspiró con una sonrisa.

Tardé mucho en dormirme y, cuando al fin lo conseguí, el sol ya entraba a raudales por la ventana y el despertador resonaba por todo el cuarto. Derek se removió, dijo algo por lo bajo, un par de insultos, y se movió para apagarlo. Después, estiró los brazos y las piernas, bostezó como un león y se pegó mucho a mí mientras me susurraba al oído: —La tengo más hinchada y dura de lo que la he tenido nunca —y, como si quisiera demostrarlo, la pegó a mi espalda—. ¿Te apetece empezar el día por todo lo alto o prefieres hacerme sufrir?

—Lo siento, Dek —murmuré en respuesta.

Él no insistió. Con un chasquido molesto, se levantó de la cama y fue directo al baño. No me moví de la cama mientras oía el agua de la ducha y los violentos gruñidos de Derek. Gruñidos salvajes de un pasado que jamás creí que volvería a vivir.

Dek salió tan desnudo como entró, pero con una toalla a los hombros y una mueca de labios apretados.

—Que sepas que te has perdido una corrida monumental, de esas legendarias. ¿Te acuerdas de la noche en el granero poco antes de la luna llena, ese día que te comí el culo y te follé contra la columna y casi tiramos abajo el techo? Pues hablo de ese nivel de corrida desaprovechada por el desagüe.

Me incorporé de la cama y le miré. El Derek de los últimos años se preocupaba mucho de taparse y ocultar su cuerpo de mí, quizá, avergonzado de sí mismo y el aspecto que tenía. Ese Derek, el que había amanecido a mi lado después de haberme ido a buscar, estaba completamente desnudo, con las manos en la cadera y una sonrisa en el rostro. Por alguna razón, se había pasado la maquinilla de afeitar por la cabeza y la barba, dejándose solo un espeso bigote sobre los labios. Recibí aquello con un arqueamiento de cejas. Estaba realmente sorprendido. En solo unos minutos, Dek se había llevado por delante meses y meses, sino años, de pelo acumulado. Quizá, acabando de un plumazo con años de baja autoestima y apatía física oculta bajo una melena y una barba descuidada.

—Ese día te corriste mucho —asentí.

Sabía que debía estar triste, preocupado por Neil e inseguro por lo que pudiera pasar; pero estaba ahí, sentado en la cama con una expresión sorprendida en el rostro. Puede que fuera la constante sorpresa, o puede que fuera la nueva actitud electrizante de Derek. Resultaba increíblemente contagiosa.

—Pues lo siento, Will —me dijo, señalándome con dedos en formas de pistolas y, disparando, añadió—: era toda para ti y tú te lo has perdido.

—Ahm —murmuré. Lo peor: que sentí cierta pena por ello.

—Venga, dúchate. Hoy hay mucho que hacer: tenemos que desayunar en un sitio muy especial, después ir a la revista. Reunión del equipo para el siguiente número. Así que vamos a pasarnos la tarde viendo como los chicos se ponen morados a cannabis y tienen las ideas más estúpidas. Te va a encantar. ¡Ah! —exclamó, deteniéndose a medio camino de ponerse su pantalón exageradamente apretado—. Y es mejor que llames a tu padre y le digas que no salga muy tarde de trabajar durante estas semanas. No tendría que pasarle nada, pero es mejor no tentar a la suerte.

Y eso hice: llamar a mi viejo lo primero, después ducharme y después, por insistencia de Derek — que ya no aceptaba un no por respuesta en nada —, buscar algo entre su ropa que ponerme. Elegí una camiseta y unos vaqueros de talle alto que, por suerte, no me estrangulaban las piernas como dos boas constrictor.

Me reuní en la pequeña cocina con un Dek que, si no supiera que era él, no reconocería. ¿Cuánto puede cambiar alguien en una noche? Al parecer, demasiado.

Su pelo corto y su barba con bigote rubio tenían un aspecto casi militar, pero sus gafas de aviador eran modernas, de un color café que se iba degradando hacia el beige. Su camisa blanca de enormes solapas y con pequeñas flores, estaba tan abierta que se veía prácticamente todo su pecho y gran parte de su barriga, cubierta por una fina mata de vello dorado. Sus pantalones, bueno, sus pantalones podrían estar acabando en aquel mismo momento con toda la siguiente generación de Witton de tan apretados que estaban.

—¿Qué te parece? — me preguntó, siempre con una sonrisa de grandes colmillos tras los labios.

—Estás... diferente, pero muy guapo — afirmé.

—Mmh... — gruñó, acercándose a mí mientras hacía girar la anilla de las llaves con su dedo—. ¿Sabes? Siempre que me decías que estaba guapo, o que tú me querías, no te creía. ¿Cómo va a gustarle alguien como yo?, pensaba. Pero siempre me hacía muchísima ilusión que lo dijeras. ¡Me hacía sentir el hombre más sexy del mundo!

Dek se detuvo muy cerca de mí, con su rostro casi pegado al mío, pero sin llegar a rozarme.

—Me salvabas la vida cada vez que te oía decir que me echabas de menos, William Parks.

Sus ojos tras las gafas empezaron a brillar de una forma que ni los cristales ahumados consiguieron sofocar. Capté aquel olor a sudor cálido, extrañamente familiar y extrañamente diferente al que recordaba. Había algo que tiraba de mí hacia Derek. Algo que yo no entendía. Algo que me asustaba porque era algo que yo no podía controlar.

Dek sonrió, levantó una mano para pellizcarme el mentón y pasó por mi lado, dejándose petrificado y sin aliento.

¿Qué cojones está pasando?, eso fue lo que me pregunté. Qué cojones está pasando...

—Venga, quiero que todos vean el pedazo de hombre que eres — me llamó, ya desde la puerta.

Parpadeé y, con un simple «amh», le seguí.

En general, mi presencia allí sorprendió a algunos; pero el cambio radical de Derek sorprendió a todos. En la cafetería me presentó como su mejor amigo y me rodeó los hombros con el brazo; en la redacción de la revista, me presentó como «su chico» y me dio un buen cachete en el culo antes de rodearme la cadera.

El momento me hizo sentir profundamente incómodo, aunque estuviéramos en lo que él siempre había llamado «espacio seguro». Dek no era el único homosexual de la revista, porque había una mujer negra y pelo afro que también tenía novia y un hombre de gafas y pipa en la boca que no se cortó demasiado en mirarme de arriba abajo.

Ese hombre era el famoso John Tree, el director y creador de la revista. Digo «famoso» porque fue al único que reconocí, ya que su foto solía aparecer en la contraportada de todos los números.

—Ten cuidado, John — le dijo Dek. Sonreía, pero había una peligrosa advertencia en sus ojos—. Will no es un aspirante a modelo que puedas tentar con cocaína y un apartamento en la gran avenida.

El señor Tree no se ofendió por aquello, sino que dijo:

—¿Y tú qué le das para que se quede? ¿Pizza y antidepresivos?

Los demás sonrieron un poco, pero le dedicaron miradas del tipo: «Jo, John, no seas malo...». Nada obvio, porque era el jefe. Derek no. Derek me soltó un momento, le dio tal puñetazo que le tiró al suelo de bruces y después siguió sonriendo.

—¿Alguien más quiere poner a prueba mi paciencia? —le preguntó al resto de la audiencia, demasiado sorprendida e impactada como para responder—. ¿No? Maravilloso.

—Eh... creo que he dejado clara varias veces mi opinión sobre la violencia —dijo el señor Tree, todavía desde el suelo mientras se apretaba una nariz que no paraba de sangrar y cada vez estaba más amoratada—. No sé que te has metido, Derek, pero quedas despedido. Esto es inaceptable.

—¡Oh, vamos, John! —Dek seguía sonriendo cuando se puso de cuclillas frente a su jefe y le dedicó una mirada por el borde superior de los ojos, por encima de sus gafas—. ¿Estás seguro que eso es lo que quieres? —le preguntó, esta vez en un tono que le erizó la piel.

Me pude imaginar lo que el señor Tree vio en aquellos ojos, y no me sorprendió que cambiara rápidamente de idea mientras una risa nerviosa le atravesaba el pecho. Dek también se rio, muy alto, llenando la pequeña redacción de una risa grave y ruidosa. Con solo una mano, agarró al señor Tree del hombro y le levantó como si no pesara nada. Le dio un golpe en la espalda que casi le hizo volver a caer y declaró:

—¡Hay mucho que hacer hoy! Linda, ¿tienes ese café preparado? Le ha hablado a Will de lo bien que lo preparas. —Sonrisa, gesto de pistolas.

Dispara.

Hay electricidad en todo lo que hace. No sabes por qué, pero quieres gustarle. Es la encarnación del liderazgo y el poder. Pasa menos de media hora y ya todo gira a su alrededor. Tiene gravedad propia, es como el sol de aquel universo vacío.

Se acerca al sillón del señor Tree y nadie le detiene cuando me invita a sentarme en él. Se pone a mis pies, sobre la vieja alfombra de felpa, y pasa sus brazos por encima de mis piernas, apoyando la cabeza entre mi estómago y mi entrepierna. Sonríe. Todos le miran. Todos quieren oír su opinión y reírse de sus bromas.

Toma todas las decisiones y nadie le cuestiona. Da órdenes y todos asienten, encantados de poder complacerle. Se van y nos quedamos solos. Le acaricio distraídamente el pelo corto y él se quita las gafas y cierra los ojos con una ligera sonrisa en los labios.

Me mira.

—Te amo —dice con un leve gruñido.

Derek Witton tiene veintisiete años y acaba de descubrir lo que es ser un Alfa.

Del 21 al 28 de mayo de 1978

El segundo día tras mi llegada a la ciudad, me besa. Recuerdo muy bien lo que sentí. Recuerdo la sorpresa inicial y, de pronto, el placer. Me derretí por completo entre sus brazos y cerré los ojos. Recuerdo como perdí el aliento cuando separó sus labios de los míos y la punzada de culpabilidad que sentí después.

Derek me miraba fijamente tras sus gafas marrones y sonreía. Sus grandes manos en mi cadera, su cuerpo apretado y de pecho descubierto pegado al mío.

—Así es como se besa, ¿lo entendéis? —le dijo a los chicos del rodaje. Me miraba y se relamía un poco la saliva de los labios—. Y entonces... —me da la vuelta y empieza a mover la cadera contra mi trasero mientras me agarra del pelo—, te lo follas bien duro. ¿Quedó claro?

Yo estaba aturdido, totalmente sonrojado, con la mirada perdida en la pared de cemento grisáceo y los enormes ventanales cubiertos de viejas hojas de periódico amarillento.

No era la primera vez que Derek me había llevado a su estudio de cine porno, pero sí era la primera vez que me usaba como ejemplo para explicarle a los actores lo que quería. Normalmente, la primera y única vez que había estado allí antes, quiero decir, solo se había sentado en la silla con cara aburrida y había dado un par de apuntes desgastados mientras dejaba a los chicos hacer... bueno, su trabajo.

Pero no ese día, ese día se estaba tomando muy en serio su papel creativo.

Había entrado por todo lo alto conmigo bajo el brazo y había dado un par de aplausos, reuniendo al equipo a su alrededor. Verle era mágico. Todos caían rendidos y fascinados por ese nuevo Derek que parecía haber cogido el mundo por los cuernos y torearlo a placer.

—Quizá deberías darnos una demostración más profunda —sugirió uno de los actores, uno de patillas que se fumaba su cuarto pitillo entre toma y toma. Ni siquiera se había cubierto el cuerpo, por lo que su incipiente erección era más que obvia—. Quizá sin ropa y en la cama.

—Quizá lo haga, pero en mi casa y cuando tú hayas terminado tu puto trabajo —respondió Derek, dándome un cachete en el culo antes de atraerme de vuelta a sus brazos y sentarme en su regazo.

Había más sillas, pero Dek no me había dado la opción de sentarme en ellas.

—Venga, no tengo todo el día —insistió, recostándose un poco—. Le prometí a Will que le llevaría a un museo y a cenar.

—Estás poniéndoles mucha presión encima para una película de diez dólares —murmuré, recuperando la voz gracias a un par de respiraciones profundas y un poco de saliva.

—Es su trabajo, Will —me susurró de vuelta al oído—. Ellos solo tienen que aguantar un poco y correrse al final, pero los que se van a tener que quedar media noche montándolo todo y editando, somos nosotros. ¿Entiendes? Pff —resopló, levantando la mano de mi pierna para darle una leva palmada—. Pero mira que mal la chupa, por dios... ¿por qué pone esa cara? No lo entiendo.

—Mmh —murmuré con tono pensativo, mirando la escena sexual que se estaba produciendo justo frente a nuestros ojos—. Yo también pondría cara de asco si tuviera que chupársela a ese hombre.

Dek se rio por lo bajo y me apretó más contra él.

—Lo sé, pero esto no es cuestión de lo que le gusta a los actores. No es un local gay donde hayan decidido montarse un trío, no uno de verdad, quiero decir —puntualizó, haciendo un movimiento de cabeza hacia el cutre decorado que, suponía, trataba de imitar un local nocturno—. Si se les considera «actores», es porque tienen que saber

actual. ¿No? Mira a ese —señaló al más pequeño, un chico de pelo moreno y ojos oscuros—. Viene de la calle, de la prostitución, y se nota que ya nada le asusta. Los otros dos han entrado en el negocio directamente y no son capaces de fingir porque no se han visto en la situación de tener que comérsela a un viejo que no se ducha y, aún así, sonreír.

—Buff —sus palabras consiguieron arrancarme una mueca de desagrado—. Pobre chico.

Dek se encogió de hombros, haciéndonos vibrar a ambos por el movimiento.

—En la ciudad las cosas son así, Will —me dijo—. Muchos de los jóvenes gays que hay por aquí, tienen que escapar de casa o, directamente, les expulsan para no volver a saber de ellos. Llegan sin estudios y sin dinero, muchas veces no son blancos, lo que solo complica mucho más las cosas, y... hacen lo que pueden por sobrevivir. No puedes juzgarles por ello.

—No les juzgo, pero no puedo evitar sentir pena por ellos —respondí.

—No todos tienen a un ángel guardián que los salve de esa vida —murmuró antes de darme el beso más dulce en la mejilla—. No como yo...

Sonreí, pero fue un gesto vago y teñido de tristeza. Todavía me producía un poco de ansiedad recordar aquello.

—¿Y no te sientes mal por ayudar a otros a hacerlo? —pregunté, señalando a los actores, la escena que llevaban acabo y los muchos fingidos gemidos y jadeos que producían.

—Oh, yo no les elijo ni les convengo para ello —negó al momento—. Yo solo dirijo películas en cadena y las preparo para que salgan al mercado. A los chicos los mandan de empresas especializadas y otros sitios. Muchas veces ni les vuelvo a ver de nuevo.

—Amh... —me detuve un par de segundos y seguí mirando la escena—. Creo que ya no podré volver a tocarme mirando porno. Esto le quita toda la magia.

Dek se rio tan alto que tuvo que taparse la boca, porque había interrumpido la grabación. Lo único que necesitaban esos chicos era tener que hacer más tomas después de una hora dándole sin parar.

—A mí me pasa lo mismo, por eso solo pienso en ti —susurró en mi oído antes de darme otro beso, esta vez, más cercano al cuello.

Como había prometido, después Derek me llevó a un museo local que le gustaba mucho y compramos una buena cena que llevamos de vuelta a la productora, porque, como había dicho, aún quedaba trabajo que hacer. Yo pedí una hamburguesa y él un enorme plato de carne con pasta que devoró sobre la mesa de mezclas.

—Cuando miraba comer a mi padre pensaba: cómo cojones es capaz de tener tanta hambre siempre, pero ahora lo entiendo —me dijo—. Estoy como hambriento y cachondo to-do-el-dí-a —y lo dijo así, vocal por vocal mientras me miraba fijamente a los ojos—. Así que, si no te importa, me vendría de luuuujo una de tus legendarias cabalgadas de vaquero de las que tanto me acuerdo por las noches.

Y, con su nueva e imparable sonrisa, se recostó en la silla, moviendo levemente la cadera para destacar todavía más el bulto carnoso que, sinceramente, no necesitaba mucha ayuda extra para hacerse notar.

Por desgracia, sonreí y solté un leve bufido. Pero negué con la cabeza y me centré en terminarme las patatas que acompañaban mi hamburguesa. No sabía qué me pasaba. Mi mente pensaba en Neil y en lo mucho que le echaba de menos, pero mi cuerpo había caído totalmente presa de Derek y su nuevo poder. Era incluso peor que cuando éramos jóvenes. Era, simplemente, absurdo.

—Will, él sabe que va a pasar —me dijo entonces, mucho más serio que antes—. Sabe que yo he ganado, que soy más fuerte, y el más fuerte es el que se lo lleva todo. Quitando el hecho de que eres mío, que estamos predestinados y que nuestra conexión

está a un nivel totalmente diferente de la de los demás —añadió con un movimiento de muñeca, como si quisiera sacar aquello de encima lo más rápido posible—. Neil sabe perfectamente cómo son las cosas. Si no eres capaz de defenderlo, es que no es tuyo, y si no es tuyo, puede ser de cualquier otro. En la manada, solo importa la ley del más fuerte.

Y, al terminar, dejó caer la mano sobre mi muslo, frotando la mano peligrosamente cerca de mi entrepierna.

—Antes me sentía horrible y asqueroso —murmuró—, me daba vergüenza que me miraras. Sabía que Neil seguía estando muy fuerte y atlético y que yo no era más que una bola de grasa con pelo que se arrastraba de lado a lado de la ciudad. Pero ahora puedo olerlo mejor que nunca y sé que sigues poniéndote como un perrito en celo cada vez que me acerco. Y eso solo me pone más y más cachondo y me hace sentir más y más poderoso... —terminó gruñendo de una forma gutural y más salvaje. Su mano terminó por alcanzar mi entrepierna y se quedó ahí más tiempo de lo que debería. Y yo no hice nada por evitarlo, porque él tenía razón—. ¿Qué piensa él de esto? —y me apretó más fuerte—. De esta puta maravilla...

Volví a negar con la cabeza.

—No hablemos de él —le pedí. Ya me sentía suficiente mal por estar traicionándole así. Derek se levantó de su silla, dio un paso hacia mí y me cogió en brazos como si no pesara nada. Me dejó sobre la mesa y me abrió las piernas frente a mi mirada sorprendida y mis labios entreabiertos de incredulidad.

—Sí, hablemos de él, Will —dijo, acercando su rostro al mío hasta que nuestras frentes se rozaron—. Hablemos de como me robó lo que era mío y después hablemos de cómo yo lo he recuperado. Hablemos de las cosas que te hacía. ¿Le tenía miedo a esto? —y volvió a apretarme la entrepierna, añadiendo una sórdida caricia por el camino. De arriba abajo, desde el cinturón hasta el final de mis muslos—. ¿Le tenía miedo, Will? ¿Creía que era demasiado? ¿Te la tocaba y la miraba o solo fingía que no estaba ahí? Respóndeme, vamos...

Dek apretó un poco más su frente contra la mía, provocando que tuviera que ladear un poco el rostro. Había un rastro animal en sus palabras jadeantes, un intenso olor a sudor y una electricidad salvaje que lo llenaba todo y me aturdiría por completo.

—No... No, solo le intimidaba un poco —murmuré. No supe por qué, pero tampoco es que supiera demasiado bien lo que me ocurría desde que había llegado Derek. El nuevo Derek.

Él soltó un bufido y su sonrisa de enormes colmillos se hizo más grande.

—Pues a mí no me da miedo —susurró en mi oído mientras, con sus manos, me desabrochaba el cinturón—. A mí me encanta, Will. Me encanta lo grande que es, me encanta cómo huele y me encanta como sabe... —parpadeé y empecé a ponerme colorado. El corazón me latía muy rápido en el pecho y mi entrepierna estaba cada vez más al descubierto—. ¿Sabes por qué? Porque está hecha para mí. Todo tú estás hecho para mí. El color de tu piel, el tono azul de tus ojos, la forma en la que sonrías, el rubor de tus mejillas, el aroma de tu cuerpo, la forma en la que hablas, la forma en la que piensas, las cosas que haces y las cosas que sientes... Todo está hecho para enamorarme. Para darme placer. Para hacerme feliz. Porque estamos predestinados, Will. No lo olvides. Tú y yo estamos hechos para estar juntos.

Dicho eso, terminó de bajarme el vaquero con un par de tirones y, entonces, se puso de rodillas entre mis piernas. No dejaba de mirarme fijamente con aquellos ojos dorados, tan brillantes y asfixiantes, tan calientes y espesos que me hacía arder la piel, las entrañas e incluso el alma; como si ese oro líquido me bañara. Lentamente, gota a gota. Derek agarró mi miembro y se lo acercó al rostro, ladeando la cabeza, respiró profundamente y produjo un gruñido profundo, grave y salvaje.

—No tienes ni idea de lo mucho que echo de menos oler a ti, Will... —me dijo—. ¿Tú echas de menos oler a mí?

No respondí, aunque no creo que lo hubiera hecho ni de haber podido. Derek me miraba fijamente y me ahogaba, empezó a acariciar sus labios contra la cabeza húmeda de mi miembro y yo empezé a estremecerme de arriba abajo, apretando los labios para no gruñir como un cerdito.

—¿Te gusta mi bigote, Will? —me preguntó en voz baja, produciendo un vahó cálido sobre la sensible piel de mi miembro erecto. Estaba tan duro que casi dolía—. Me lo empecé a dejar cuando me dijiste que te ponían, pero con toda la barba no se notaba. Ahora sí se nota... ¿a ti te gusta, Will? ¿Te gusta notarlo en la polla?

Y, con la punta de la lengua, me empezó a darme cortos lametones, como un perrito.

Cerré los ojos y eché la cabeza atrás. Apretaba con fuerza los bordes de la mesa y creía que me iba a morir. Era estúpido, porque yo sabía que no era para tanto, Neil me lo había hecho mil veces, pero... Derek tenía algo. Como si su lengua estuviera hecha solo para mí. Como si tuviera la suavidad, el tamaño y la calidez perfectas para volverme loco.

—Joder... —jadeé, abriendo los ojos para mirar el sucio techo de la sala de mezclas.

Creo que gruñí muy alto cuando Derek se metió toda la cabeza en la boca y limpió la abundante humedad que allí había; pero fue difícil escucharme por encima de rugido grave y denso que el produjo. Después apartó un poco el rostro y se relamió mientras, con su mano, hacía todo el recorrido, desde la base a la punta, apretando lo justo para sacar de mí otra abundante gota de humedad que también lamió con un rugido.

Sus labios rusos eran gruesos y suaves, rosados. Perfección.

—¿Quieres más, Will? —me preguntó.

—Sí. —Ni siquiera lo dudé. ¿Por qué no lo dudé?

—¿Quieres que me corra mientras lo hago?

—Sí.

—¿Quieres verme haciéndolo?

Bajé la cabeza y le miré.

—Sí —gruñí.

Derek sonrió y sus ojos brillaron en la oscuridad.

—Chicos, ¿habéis visto este test de la revista Liberty? Dice que pude saber vuestro carácter solo contestando a treinta preguntas. ¿No es raro? ¿Queréis probarlo?

—Claro, parece divertido.

—¿Cuál es vuestra comida favorita?

—Will.

—Vale, qué gracioso, ¿y cuál es vuestro lugar favorito?

—Will.

—¿Vas a seguir así, Derek?

—Estoy respondiendo solo la verdad. No te enfades.

—No me enfado, pero no te lo estás tomando en serio.

—Vale, de acuerdo, perdona.

—¿Cuál es vuestro sabor favor...?

—Will.

—¿Sabéis qué? Mejor sigo trabajando. Tengo que escribir un artículo.

A los cinco días de llevarme a la ciudad, Derek y yo tuvimos sexo por primera vez desde aquella fatídica tarde de hacía casi diez años.

Fue algo premeditado, no casual ni debido a un arrebato salvaje y tonto. Y, aun así, siendo capaz de verlo llegar y detenerlo, resultó inevitable.

Se acercaba la luna llena y Dek estaba más descontrolado que nunca. Se pegaba mucho a mí, me abrazaba y se frotaba discretamente, incluso en lugares donde no era seguro hacerlo. Desde aquel primer beso y aquella improvisada mamada en el estudio de edición, habíamos abierto una puerta que, quizá, ninguno de los dos estaba dispuesto a volver a cerrar. Derek me trataba como si fuera suyo y yo... yo era un caos de persona. Echaba de menos a Neil, le llamaba cada día y le pedía que tuviera cuidado antes de decirle «te quiero»; y después llegaba Dek con su hiper-masculinidad, su asfixiante autoestima, su intoxicante presencia, su olor y ese aura electrizante.

—Es como si no pudiera ni pensar en resistirme —le dije en el despacho de la redacción, donde, al caer la noche, nos la habíamos chupado el uno al otro sobre el sofá de diseño del señor Tree. Derek lo había llamado «hacer un 69».

—¿Y por qué ibas a evitarlo? —preguntó él. Ojos cerrados, ancha sonrisa, los pantalones por los tobillos y su brazo a mi alrededor, pegándome a su cuerpo grande, velludo y voluminoso.

—Porque tengo pareja, Dek. ¿Recuerdas? Neil me dio un anillo —murmuré, fumando otra calada de mi pitillo antes de llevarme la mano al rostro y frotarme las sienes.

—¿Y qué, Will? Él te ha dado un anillo, pero yo soy tu compañero. El de verdad, el único que tendrás. El hombre de tu vida. ¿Entiendes? —me acarició y me atrajo más contra él, recostándome contra su cuerpo sudado y cálido—. Estás intentando controlar fuerzas que escapan a tu entendimiento. Y al mío, la verdad. Está muy dentro de nosotros, es algo tan primitivo y salvaje que no se puede domar.

—Pero antes no era así. Antes, de niños, tú me gustabas mucho, pero no de esta forma. Ahora es como si me ardiera la piel por tenerte —y me miré la mano, como si fuera a encontrar alguna diferencia allí. Como si cupiera la posibilidad de que hubiera cambiado tanto por fuera como por dentro.

—Mmh... —murmuró Derek—. Te entiendo. Si yo hubiera sentido lo que siento ahora, jamás se me hubiera pasado por la cabeza engañarte. Pero yo antes era estúpido. Me esforzaba mucho por reprimirme, por huir de mi mismo y la granja. Ahora no. Ahora soy todo lo que siempre he sido en el fondo: un Witton. Por eso nuestro vínculo es más fuerte que nunca, porque es algo de mi... familia. —Abrió los ojos y me miró con aquellos ojos como calderos de resina y miel, capaces de capturar un instante y hacerlo eterno—. Ahora soy todo lo que siempre has deseado que fuera.

Giré el rostro y le miré con una expresión seria.

—Yo siempre te he querido —le aseguré—. Esto... no cambia nada.

—Sí, claro que me querías; y yo te quería a ti —afirmó—, pero ahora las cosas son como deberían haber sido siempre. ¿No lo sientes, Will? ¿No sientes cómo, de pronto, todo tiene sentido? Nosotros somos un puzle perfecto, pero yo te escondía las piezas y tú no podías encajarlas en el lugar correcto. Ahora sí. Ahora todo funciona —e, inclinándose hacia mí, me dio uno de esos besos que me derretían por completo. Algo corto, suave, húmedo pero salvaje cuando, con sus distes, me mordía el labio inferior y lo deslizaba entre sus colmillos. A veces un poco doloroso; pero siempre increíblemente excitante.

Tomé una bocanada de aire, porque me había quedado sin aliento. Giré el rostro al frente, hacia la mesa del despacho del señor Tree. Fumé una calada y, soltando el humo, pregunté:

—¿Y a ti te parece bien, Dek?

—¿Esto? —se rio y me apretó contra él, llegando a tumbarme encima y abrazarme—. Will, esto es lo que siempre he querido. Tú, yo... juntos al fin.

—No. Me refiero a tu nuevo... «yo». Ese del que siempre has huido.

—Ah... Sí, antes le tenía mucho miedo, ¿sabes? Me aterraba descubrir en lo que podría convertirme si cedía —pasó la mano por mi pectoral y acarició distraídamente el vello negro que lo cubría—. Mi padre siempre estaba fuera de control. No era violento con nosotros: con mi madre y conmigo, pero sí con todos los demás. Tomaba lo que quería y todo le daba igual: dinero, coches, incluso a mujeres. No me refiero a que las forzara ni nada de eso, a todas les... gustaba estar con él. Ya sabes, el Alfa tiene un apetito feroz.

Me dijo aquello al oído, terminando por mordisquearme el lóbulo y gruñir.

—Y ya te dije que mi madre y él no estaban predestinados, así que a mi padre no le importaba tener sus aventuras por ahí. Lo odiaba por eso, ¿sabes? Por engañar a mi madre de esa forma, pero a ella no le importaba, decía que en el momento en el que se emparejó con un Alfa, sabía lo que iba a pasar. Después...

Se detuvo ahí, me apretó un poco más fuerte y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá color naranja. Suspiró.

—Después ella se encargaba de que ninguna de esas mujeres tuviera un hijo. Una cosa era que su marido tuviera aventuras, y otra muy diferente era que una de ellas le diera un heredero. Porque yo soy el único hijo que él podía tener, con ella. ¿Entiendes? Por eso se emparejaron, por eso mi madre cruzó el mundo para estar con él: para juntar las dos líneas de sangre y crear algo más poderoso. A mí...

No podía verle el rostro, solo mirar el horrible cuadro que colgaba de la pared del despacho y oír las palabras que él me decía.

—Los dos eran violentos y crueles a su manera —me dijo—, pero el mundo de los... Witton es así. Lo único que importa es lo fuerte que seas. —Me dio un beso en la mejilla y acarició la punta de la nariz contra mi pelo—. Yo no quería eso para mí, ni lo quería para ti, Will. Me aterraba atraparte conmigo en ese mundo de locura y horrores. Por eso nunca te mordí. Pero Neil no tuvo tanta consideración... —su voz se volvió un poco más grave y oscura—. A él no le importó marcarte y tirarte de cabeza al abismo. Y, ahora que vives en las sombras, ya no tengo que preocuparme de haber condenado tu alma. Ahora solo tengo que preocuparme de matar a cualquiera que te toque...

Sus palabras dejaron un profundo silencio en el despacho. Terminé el pitillo y hundí la punta en el cenicero de diseño que había en una mesilla, también de diseño, al lado del sofá que, como ya dije, era de diseño. No creabas una revista alternativa y *underground* si no tenías dinero de sobra que gastar.

—Creía que habías dicho que no podías hacerlo —murmuré—. Que no podías ni querías cambiar.

Derek soltó una pequeña risa prepotente.

—Creía que no podía, eso era cierto. Hasta que mi madre me llamó y tú dijiste que no ibas a venir, entonces sí que pude. Ni lo dudé, Will. Sabes que haría cualquier cosa por ti.

—Pero, ¿es lo que quieres?

Dek se encogió un poco de hombros y bajó el rostro a mi cuello.

—Si te digo la verdad, Will... —susurró—. Jamás he sido tan feliz como ahora. Siento que podría conseguir todo lo que quiero y que nadie podría hacer nada por impedírmelo. Porque no hay nadie más fuerte que yo... No soy capaz de sentir miedo, ni dudas, ni remordimientos...

Tomó aire en mi cuello y volvió a suspirar.

—Así que esta luna llena te voy a follar y a morder —dijo. No fue una sugerencia, solo un hecho—. Nosotros estamos predestinados, no necesitamos esperar un año para

forjar ningún vínculo, porque esa es una unión con la que hemos nacido. —Me dio un beso en la mejilla y me abrazó, moviéndome de lado a lado entre los brazos como si yo fuera su oso de peluche favorito—. Joder, ¡qué ganas tengo!

Después, me soltó, me dejó a un lado y se levantó antes de subirse los pantalones, solo lo suficiente para poder caminar hacia el minibar del señor Tree. Con la entrepierna al aire, todavía colgando obscenamente sobre la cintura, y la camisa completamente abierta para mostrar su pecho y barrigas abultadas; eligió uno de los wiskis más caros que allí había. Cogió uno de los vasos *on the rock*, pero cambió de idea y terminó por echarse un cubo de hielo directamente en la boca, abrir la botella y beber a morro. Unos diez tragos después, soltó el aire con un jadeo y sonrió. Mascó el hielo y lo deshizo con un ruido de crujiendo hasta que no fue más que granizo y agua.

—Ah, y Will... —me dijo, volviendo a mirarme—. Quiero que sepas algo: yo no soy mi padre. Yo no voy a buscarme a chicos guapos con los que pasar el rato, porque yo, al contrario que él, encontré a mi compañero hace mucho, mucho tiempo. Antes no entendía lo que eso significaba... No quería entenderlo; pero ahora lo entiendo. Y te juro que jamás estaré con nadie que no seas tú.

Recuerdo que me quedé en silencio, allí, sentado en ese incómodo sofá naranja, mirando unos ojos tan dorados y brillantes que daban miedo. O, quizá, lo que realmente daba miedo era la forma en lo que había dicho esas últimas palabras.

Sonaban a una verdad irrefutable e inamovible: «contigo o con nadie, Will».

Eso fue lo que me dijo.

Aquel 27 de mayo de 1978, hubo luna llena.

Derek sufrió los síntomas normales de un Witton, como Neil también los sufría: sudoración, acaloramiento e hiperactividad, como si hubieran caído presas de una repentina fiebre.

Pero Neil se iba a la granja pasada la media tarde y no solía volver hasta la media mañana del siguiente día. Derek se quedó conmigo todo el camino, por lo que pude descubrir qué era lo que seguía a esos primeros síntomas.

Al atardecer, Dek empezó a sentirse ahogado y a desabotonarse la camisa y los pantalones como si no fuera capaz de soportarlos. Una capa de sudor brillante perlaba por completo su piel, acumulándose en pequeñas gotas en su vello rubio y deslizándose por sus sienes y su cuello.

—Vámonos a casa —me pidió, incapaz de soportarlo más.

A nuestro alrededor la gente gritaba y levantaba pancartas en alto. Había una manifestación que el señor Tree quería cubrir y a la que Dek no le había importado llevarme para «mostrarme la vibrante revolución de la ciudad».

—Estamos viviendo historia, Will —me decía siempre—. El mundo está cambiando.

Por suerte, no estábamos lejos de su apartamento, al que llegamos justo a tiempo. Allí, Dek se arrancó la ropa a tirones y gimió de puro placer. Tiró los jirones de su camisa a un lado, sin preocuparle demasiado haberla destrozado por completo, y se fue directo a la ducha.

Cuando terminé de preparar un café y se lo llevé a la habitación, la encontré en penumbra, con las ventanas completamente bajadas y tan solo la pequeña lámpara encendida. Olía muy fuerte, a sudor denso y algo almizclado.

De pronto, algo me atrapó y apreté los dientes antes de tensarme. Una risa grave resonó en mi oído.

—Mira lo que te he comprado —me dijo, colocando algo sobre mi cabeza.

Dejé las tazas de café sobre el aparador. Debido al susto, había derramado parte del café caliente sobre mis manos. Lo lamí y me quité lo que él me había puesto en la cabeza. Era un sombrero de vaquero.

Dek volvió a reírse, aunque sonó algo parecido a un gruñido. Cuando le miré, se mordía su grueso labio inferior. Sus colmillos parecían más grandes de lo normal, y más afilados.

Con un balanceo lento y confiado, como si no pudiera estar quieto mientras me miraba con unos ojos demasiado brillantes, levantó su mano para mostrarme qué más tenía. Lo que tenía, era las uñas demasiado alargadas y en punta, negras, como garras; y dos de sus corbatas.

—Átame... —me dijo con aquella voz más gruesa y profunda—. Átame al cabecero de la cama y dime que soy tuyo...

Aquello consiguió arrancar un gesto de cejar arqueadas en mi rostro.

—¿Recuerdas cuando lo hacíamos en el granero? —preguntó, acercándose la tela de las corbatas a los labios mientras me miraba por el borde superior de los ojos—. Nadie me doma como tú, Will... Nadie puede...

Se acercó un paso, pero no llegó a rozarme, solo pasó muy cerca de mí sin dejar de mirarme y se dejó caer en la cama, haciendo temblar el colchón bajo su peso. Estaba completamente desnudo y empapado en sudor. Yo respiraba y me ahogaba y ardía por dentro.

Jamás había sentido nada como lo que el nuevo Derek me hacía sentir.

Con piernas abiertas y el tronco apoyado en los codos, ladeó el rostro y gruñó. Movía la cadera muy lentamente, frotando su miembro completamente duro y cada vez más empapado contra el vello de su barriga.

—Quiero que me hagas sufrir, quiero que me escupas en la boca y quiero que me des una bofetada por haberte abandonado todos estos años —me dijo—. Quiero que saques a esa bestia que ambos sabemos que tienes dentro, Will... Yo lo he hecho por ti —jadeó. Me llevé una mano a la boca y lamí un poco más del café amargo que todavía tenía ahí.

—Lo siento, Dek. Ya te lo he dicho, ahora estoy con Neil. Te quiero mucho, pero él estaba ahí cuando más le necesité. Él siempre ha estado ahí. Tú no. Sabes lo importante que es para mí la fidelidad y la lealtad. Jamás podría hacerle algo así; ni siquiera por ti. Lo siento. Esto no va a pasar.

Eso fue lo que pensé. Eso fue lo que debería haber dicho y hecho. En ese momento y antes. Docenas de veces antes. Yo lo sabía.

Pero lo que hice fue ir junto a él, coger las corbatas de sus manos y atarle las muñecas con fuerza las barras del cabecero de la cama. Entonces, bajo su mirada enloquecida de ojos brillantes y sus incesantes jadeos, me puse de pie en el colchón y empecé a quitarme al ropa. Derek me observa y sonreía con sus dientes de grandes, grandes colmillos sobresaliendo bajo su labio superior y su espeso bigote rubio. Tiraba de las ataduras como si quisiera liberarse, pero no podía, y eso solo le excitaba más.

Desnudo, me puse el sombrero de vaquero, me senté a horcajadas sobre su pecho y empecé a masturbarme. Yo estaba completamente empapado.

Derek apretó los dientes con furia, incapaz de hacer nada más que verme y revolverse bajo mi peso.

—Joder... ¡Que bien HUELES! —terminó rugiendo. Algo demasiado profundo. Demasiado animal.

Con la mano manchada, le di una bofetada que resonó por toda la habitación y le hizo girar el rostro. Dek lo volvió a girar hacia mí. Sus ojos en blanco, su boca abierta.

—Hazlo otra vez... —susurró casi sin aire.

Y eso hice.

Derek se pasó la lengua por los labios, como si pudiera saborear el dolor y el placer en ellos.

—Dime que me tienes domado... —me rogó—. Dime que soy tuyo...

Le agarré del cuello y me incliné para susurrarle al oído:

—Amarme es morir... y esta noche seré la muerte.

Derek perdió el aliento, como si, de verdad, hubiera dado su último suspiro de vida. No separó de mí sus ojos como llamas doradas que brillaban más que la suave luz que los iluminaba. No lo hizo ni un solo segundo, por muy alto que gruñera y muy fuerte que apretada sus puños hasta clavarse sus uñas negras y sangrar. No lo hizo cuando se oyó un crujido húmedo en su espalda que le hizo arquearla de forma violenta. No lo hizo cuando, babado de saliva densa y pegajosa, se pasó la lengua por sus grandes colmillos y me dijo con una extraña voz:

—Ven a mí... quiero morderte...

Extasiado, sudado y en mitad de una de las experiencias más extrañas y sobrecogedoras de mi vida, ni siquiera lo pensé dos veces. Me incliné sobre él, acercando mi cuello a sus labios y su boca de dientes afilados. El mordisco fue profundo y doloroso, acompañado de un rugido grave y aterrador. El corazón me latió con fuerza en el pecho y Dek empezó a mover la cadera a una velocidad aterradora. Creo que grité. No estoy seguro. De pronto, todo tuvo sentido.

No recuerdo cuando me dormí. Quizá, simplemente me desmayé, demasiado exhausto y aturdido, con el cuello empapado en sangre y la sensación de que mi corazón había empezado a latir a un ritmo diferente.

Pero recuerdo cuando me desperté en mitad de la noche. Afuera, en la ciudad, llovía con fuerza, agitando los cristales tras las persianas cerradas. Recuerdo que parpadeé y miré la oscuridad que me rodeaba. Sabía que Derek estaba allí, en alguna parte.

Le encontré frente a la cama. No a él, sino a los enorme ojos dorados que me miraban desde las alturas, brillando incluso en la más profunda oscuridad.

—Dek... —jadeé—. No... ¿no deberías estar por ahí fuera?

—No —respondió una voz grave, salvaje y profunda. Casi gutural—. Me quedo. Siempre me quedo. Ahora. Tú estás aquí.

Asentí lentamente. Aquellos ojos estaban muy por encima del suelo, casi en el techo. Tragué saliva. La habitación apestaba a sangre y almizcle.

—Tienes... miedo —me dijo.

—Bastante —reconocí—. Da mucho miedo.

Por la forma en la que los ojos se movieron, supe que asentía lentamente.

—Da mucho miedo.

Seguí asintiendo durante el breve silencio que siguió sus palabras. Entonces, él dio un paso y un sonido arañó el suelo de la habitación. Esos enormes ojos se acercaron al borde de la cama, totalmente abiertos.

—Me gustó mucho... lo de esta noche.

—A mí también.

—Te mordí.

—Lo sé, todavía me duele un poco.

—Lo he lamido. Se curará. Pronto.

—Ehm... gracias, Dek.

Los enormes ojos se movieron hacia un lado, ladeándose, como si hubiera girado la cabeza.

—Te eché mucho. De menos. —Un breve silencio después—: Iba a verte. En la luna llena. Te buscaba. Te echaba mucho de menos.

Volví a asentir.

– Hablas bastante para ser esta noche. A tu madre y Neil les costaba mucho más.
– Sí. Yo soy Alfa. Puedo... pensar mejor. Incluso así. Puedo... controlarme. Ellos no pueden.

Sus ojos se movieron de nuevo, inclinándose, en esa ocasión, en la otra dirección.

– Te quiero. Mucho – me dijo.

– Y yo a ti.

– Soy un monstruo – me dijo.

– Lo sé.

Silencio.

– ¿Quieres follar? – me dijo.

Tras unos segundos, se me saltó la risa.

– ¿Ahora?

Asintió lentamente.

– Es más grande. Así.

– Tiene sentido. Tú eres más grande así – respondí.

Se oyó un jadeo, algo como la risa que tendría un perro de poder reír. Aquellos ojos se inclinaron hacia delante y un enorme peso empezó a hundir los pies de la cama de matrimonio. Hubo un crujido, como de tela rasgada.

– No quiero. Asustarte.

– No me asustas – respondí, porque mi corazón latía con calma incluso cuando aquellos enormes ojos estaba ya casi sobre mí.

– ¿Quieres tocarme?

– No hace falta. Si dices que la tienes más grande, te creo.

Otro jadeo rápido que arrojó sobre mi rostro un aliento cálido. Entonces, una mano me rozó el rostro. Era enorme, el doble de grande de lo que debería ser, áspera y tibia. Tras unos segundos, esa gigantesca mano con garras buscó la mía y, apretándome la muñeca con sumo cuidado, la llevó hacia su pecho. Había una mata de pelo allí. Derek era un hombre velludo, pero no me refería a eso, me refería a que parecía tener pelaje sobre sus pectorales hinchados.

– ¿Lo sientes? – me preguntó.

Asentí.

Bajó el pelo y la piel, su corazón latía a un ritmo calmado. Exactamente, al mismo ritmo que el mío. No había diferencia porque no había otro corazón. Solo uno, el que desde ahora compartíamos.

Aquel era el verdadero vínculo.

Del 29 de mayo al 8 de junio de 1978

Tras aquella primera luna llena, Derek se despertó y, al ver que no estaba a su lado, gritó:

– Will, vuelve a la puta cama.

– Solo me estaba haciendo un café.

– Pues bébete el café mientras me abrazas – y con un gruñido, añadió –: Sí, ahora sé lo que sientes y no, no estoy siendo infantil e impaciente. – Un breve silencio después –: ¡No lo estoy siendo! ¡Así que no me hagas ir a buscarte!

Cuando volví con el café en la mano, me quedé un momento con el hombro apoyado en el umbral de la puerta. Derek seguía desnudo en la oscuridad, no podía verle del todo bien, pero podía sentir el punto exacto en el que estaba.

También sentía la intensidad de su amor, pero no era un sentimiento diferente al que yo poseía, sino el mismo. Era difícil de explicar con palabras, pero Dek y yo no compartíamos las emociones el uno con el otro; Derek y yo *teníamos* las mismas emociones.

– Es muy extraño – murmuré, acercándome a él en la oscuridad.

– Sí.

– Me siento... poderoso.

– Sí.

– Y vivo.

– Sí.

– Y muy excitado.

– Sí... – sonrió.

Si había creído que Neil y yo teníamos mucho sexo, me había equivocado. Derek y yo no teníamos ningún tipo de control. No quería decir que nos pasáramos el día haciéndolo una y otra vez, pero la cantidad e intensidad de nuestras relaciones sexuales, superaban con mucho la media. No siempre terminaba en penetración, porque ninguno de los dos creía que fuera necesario para pasarlo bien. Ni siquiera de jóvenes habíamos creído eso. Así que la mayoría de troteos a lo largo del día eran solo toqueteo o sexo oral, dejando las relaciones fuertes para la intimidad de nuestra casa.

Derek seguía gruñendo como un animal y eso no hacía las cosas especialmente sutiles. Aunque nadie nos decía nada, porque creo que nadie se atrevía a enfrentarse a él.

Incluso el señor Tree había abandonado la esperanza de recuperar su despacho, dejándolo por completo para el disfrute personal de Derek.

– Eh, os he comprado un pequeño regalo, chicos – nos dijo con una sonrisa nerviosa en los labios y una botella de whisky escocés entre las manos.

– Joder, qué bien. Gracias, John – sonrió Dek, cogiendo el licor rodeado de un lacito rojo –. ¿Has terminado de hablar con ese amigo tuyo, el de la sala de exposiciones?

– Sí. Me ha dicho que puedo enviar a alguien a cubrir el evento.

– ¡Genial! Will y yo iremos encantados – y cerró la puerta en sus narices –. Will, esta noche nos vamos de fiesta. Ponte algo elegante, después quítatelo para que pueda lamerte entero y vuelve a ponértelo – me guiñó un ojo.

– Creía que esta noche tenías que ir al estudio – recordé, echando el humo del pitillo a un lado.

– Voy a dejar lo de dirigir porno – anunció. Le quedó incluso elegante porque lo hizo justo antes de descorchar la botella de whisky y servirnos dos vasos con hielo, como si celebrara la noticia –. Creo que la revista tiene muchas posibilidades, pero que John no ha querido aprovecharlas. Yo lo haré. Convertiré *The New Now* en un éxito de masas.

Y me entregó el vaso *on the rock* para brindar por ello.

—¿Cómo? ¿Con más recetas sobre setas alucinógenas? —pregunté, mostrándole la portada del último número.

Dek se rio y se sentó a mi lado en el sofá. Pasó su mano por encima del respaldo tras mis hombros y acomodó la cadera obscenamente abultada. Llevaba la camisa tan abierta que casi se podía ver el final de su ombligo, de no ser, claro, por el talle tan alto de sus pantalones violetas. Seguía teniendo barriga, pero estaba adelgazando a un ritmo asombroso. Todo aquel volumen que antes le apretaba las caderas y la camiseta, se estaba yendo directo a sus brazos, a su pecho y sus piernas como si entrenara seis horas al día.

Derek siempre había sido grande, pero ahora estaba volviéndose enorme. Quizá fuera su sangre rusa, quizá fuera que comía mejor y follaba como nunca, quizá fuera esa nueva fuerza que le llenaba por dentro y hervía en su interior. Fuera como fuera, ya nadie escapaba a su atractivo masculino y animal.

—¿Recuerdas lo que siempre te decía? —me preguntó, mirándome a través de los cristales ahumados de sus gafas de aviador—. Que las nuevas generaciones están buscando una voz que les represente. Una voz que no tenga miedo de decir lo que piensan. Que hable sobre los problemas del mundo y las verdades que nadie quiere oír. Asentí.

—Nosotros seremos esa voz —me dijo, girándose un momento para buscar su portafolios—. Esta es la portada que voy a publicar este mes.

Miré la hoja, porque era eso, una hoja con fotografías de Dek pegadas. Algunas que había sacado y no me había enviado: de parejas homosexuales besándose en la calle, manifestaciones, parejas interraciales y todo lo que, según él, el mundo odiaba. Debajo había escrito un gran: «Estamos aquí, jódete».

—Es... provocador —reconocí, arqueando ligeramente las cejas.

—¿Te gusta? —sonrió más y se pegó a mí para explicarme dónde y cuándo había tomado alguna de ellas—. Nos pasaremos por algunas de las fiestas más influyentes y conoceremos a gente allí, gente importante. Haremos que nuestros nombres aparezcan en revistas y le daremos un rostro a la editorial. Tú y yo —me dijo—. Jóvenes, guapos, masculinos y, lo más importante, gays. Será como una patada en los huevos del heteropatriarcado y sus arquetipos sobre los homosexuales.

Derek estaba emocionado con la idea, así que yo también lo estaba, pero también había una leve reticencia a ello que nacía de mi interior. Él lo supo y su enorme sonrisa se apagó un poco.

—Quizá sea demasiado, tienes razón —miró la portada y negó con la cabeza—. Quizá deberíamos quedarnos con lo que tenemos y no tratar de cambiar lo que no podemos cambiar.

Parpadeé y ladeé el rostro.

Fue extraño oír mis propios pensamientos y sentimientos reflejados en él.

—Siempre me ha gustado esa parte de ti que lucha por lo que cree —le dije, porque era la verdad—. Pero yo no soy de esas personas que van a fiestas, conocen a gente y hacen pública su vida privada.

Dek asintió y volvió a mirarme.

—Sé que no te gusta la ciudad y que echas de menos Greyfalls.

—Sí. Soy un hombre de pueblo, Dek. Me gusta la tranquilidad, conocer a todos los vecinos y mi trabajo en el taller.

—Lo sé... De todas formas, lo de la revista solo era una idea tonta —me dijo, apartando la portada para volver a meterla en el portafolios.

—Era una gran idea —respondí.

Él se encogió de hombros, volviendo a girarse hacia mí para apretarme contra su cuerpo y sonreír.

—Ya me he pasado mucho tiempo en la ciudad, Will —me dijo.

—Pero este es tu sueño. Vivir el cambio y participar en el movimiento.

—Ese nunca fue mi sueño. Mi sueño era poder vivir contigo. ¿Qué me gustaría poder hacerlo en la ciudad? Quizá, pero no es algo que vaya a echar realmente de menos.

Me bebí un trago de la copa y esperé un par de segundos. Necesitaba pensar mis próximas palabras, o puede que necesitara entender mis propios sentimientos al respecto.

—Creía que, cuando la guerra terminara, volvería yo solo.

—¿Sí? —a Dek le hizo gracia aquello—. ¿Creías que te iba a volver a dejar escapar? ¿Ahora? Siendo así —y se señaló de arriba abajo. No se refería a su cuerpo cada vez más musculoso ni a su atractivo animal y sexual, sino a lo que ahora tenía dentro—. No podría, Will. Ya es tarde.

—¿Y Neil? —esa pregunta me la hacía muchas veces.

—Neil ya sabe lo que hay —respondió. Ya no sonreía, solo me miraba con aquellos ojos de llamas doradas tras sus gafas color café—. Ambos somos Witton y ambos conocemos las reglas.

—Ya, pero yo no soy un Witton. Quiero mucho a Neil y le prometí que volvería.

Eso era lo que yo me repetía una y otra vez, porque era lo que me hacía sentir mejor. Me horrorizaba pensar que le hubiera olvidado tan rápido. Tan fácil. Tan... pronto.

—Oh, y vas a volver —me aseguró—. Conmigo —añadió—. Y oliendo mucho a mí —añadió después.

—Eso es injusto.

Derek se rio y su carcajada grave llenó el despacho.

—¿Injusto? ¡En absoluto! Si Neil quiere recuperarte, puede luchar conmigo por ello. La verdad... —su voz se volvió densa y oscura mientras agachaba la cabeza y me miraba por el borde superior de los ojos, justo por encima de sus gafas—, estoy deseándolo... pero no va a hacerlo Will —negó lentamente con la cabeza y se acercó hasta rozar su frente con la mía—. Yo soy demasiado poderoso y eso le aterra. Te quiere, pero no moriría por ti. Yo sí lo haría. Sin dudarle ni un segundo.

Me quedé allí, quieto, sintiendo dentro de mí lo ciertas que eran esas palabras. Derek había llegado demasiado lejos y ya no se echaría atrás. Ahora era el rey de aquel mundo terrible y oscuro del que tanto había intentado escapar.

—Lo siento —murmuré—. Siento que hayas tenido que cambiar por mí.

Dek relajó su expresión seria y me dio un suave beso en los labios, dejando un rastro de llamas y saliva en ellos.

—Tú no me has cambiado, Will, solo me has hecho ser quien siempre debería haber sido.

—Pero no...

—No era feliz, Will —me interrumpió—. Lejos de ti, de mí mismo. Corría y no sabía hacia dónde. Buscaba algo y no sabía lo qué. Trataba de llenar un vacío muy profundo dentro de mí con trabajo y comida; pero nunca era suficiente.

Se bebió toda la copa de whisky de un trago y la dejó sobre el suelo antes de inclinarse sobre mí y, con suavidad, tumbarme bajo su peso en el sofá. Acercó el rostro a mi cuello, allí donde aún tenía una marca de mordisco reciente. Aspiró una buena bocana de aire y gruñó. Se sentía increíblemente feliz, porque eso era lo que yo sentía a su lado.

—Lo único que me molesta de todo esto —susurró en mi oído—, es que mi padre tuviera razón. Solo necesitaba la luna llena y a ti.

Y, mordiéndome el labio, empezó a bajarme el pantalón.

Derek Witton era una fuerza de la naturaleza. Imparable. Egoísta. Arrolladora. Llevaba la cabeza muy alta y una leve sonrisa en los labios bajo el espeso bigote rubio. Me rodeaba los hombros y caminaba por la ciudad como si todos se tuvieran que apartar a su paso. Una o dos veces llegó a darle un puñetazo a alguien con el valor suficiente para hacer algún comentario al respecto.

Normalmente, se controlaba; otras, no.

Le pidió al señor Tree que nos diera las llaves de su apartamento en el centro y, él, dubitativo y farfullando algún tipo de excusa, terminó dándoselas como si, simplemente, no pudiera resistirse a obedecer.

—¿Ves? Esto es de lo que hablo —me dijo al entrar en el precioso apartamento con terraza y vistas a la calle central—. Cuando puedes conseguirlo todo, ¿cómo puedes resistirte a cogerlo? Es... intoxicante.

—Es solo temporal —respondí, porque era la verdad.

No es que me sintiera bien «robando», pero el señor Tree no era el mejor de los hombres y no me importaba tanto abusar de su dinero y su suerte en la vida.

—Qué asco... —dijo Dek, caminando hacia el salón donde, sobre la mesa de, exacto, diseño, había una tablilla con cocaína—. Este es el hombre que ha decidido crear una revista para quejarse del abuso de los poderosos —añadió, usando un lápiz para levantar unos calzoncillos que había en el suelo. Demasiado pequeños para ser del señor Tree.

—Me da miedo entrar en la habitación —murmuré.

Ya lo hizo Derek por mí, volviendo con una enorme sonrisa en el rostro y un enorme pene de plástico en la mano. Lo movía y el juguete se agitaba en el aire como una serpiente muerta.

—¡Mira, Will! —exclamó. Yo me quedé serio y a medio camino de terminar de llenar la cafetera eléctrica—. ¿Crees que era para él o para los chicos que se traía? —me preguntó.

—Tira eso a la basura —fue lo único que dije.

—Mmh... si lo lavamos bien...

—No.

—Tiene más cosas ahí dentro, quizá...

—A no ser que sean esposas o cuerda, no me interesa lo que tenga en la habitación.

—Creo que he visto un bozal.

Eché una última cucharada de café y cerré la máquina. Tranquilamente, devolví la lata a su sitio y me saqué un pitillo.

—Quizá —murmuré, encendiéndolo.

Después de tirar toda la droga por el retrete y cambiar las sábanas, el apartamento resultó increíblemente agradable y soleado. La terraza era maravillosa, la pared acristalada que la unía al salón dejaba entrar mucha luz y, aunque yo siguiera sin entender el encanto de los muebles de diseño, debía reconocer que le daban un toque muy moderno y elegante a la casa.

Un vecino bajó una vez para preguntarnos qué eran aquellos rugidos animales y golpes en la pared. Sabía perfectamente lo que eran, pero prefirió ser sutil, al contrario que Derek.

—Oh, ese soy yo gruñendo muy alto mientras me follo a mi marido a cuatro patas. ¿Tienes algún problema?

—Voy a llamar a la policía, esto es inaceptable. Pervert...

No conseguí oír mucho más desde la cocina, pero Dek debió decirle algo muy convincente, porque aquel hombre no volvió a molestarnos jamás. Ni él ni ningún otro vecino.

Esa misma noche, Derek me llevó a cenar a un precioso restaurante a solo una manzana de allí y, cuando volvimos, gruñó más alto que nunca. Le gustaba hacer eso. Le encantaba dejar claro que él mandaba en el mundo y que nadie podía negárselo. Se lo pasaba por la cara a todos y los demás solo podían apretar los dientes, tragarse su resentimiento y joderse.

—Es parte de lo que soy —me dijo mientras se encogía de hombros, como si no fuera su culpa.

Yo no era partidario de la violencia y el abuso. Nunca lo había sido y nunca lo sería; sin embargo, debía reconocer que lo encontraba muy atractivo en un hombre. Quizá se debiera a que me había criado en un pueblo apartado donde los arquetipos de masculinidad se basaban en aquella exacerbada glorificación a la violencia, pero no podía evitar sentir una intensa punzada de deseo y placer cuando Derek dejaba bien claro quién mandaba.

Él lo sabía, y por eso siempre volvía a mí con una media sonrisa en los labios y una actitud prepotente, entonces me robaba un beso salvaje y me daba un cachete en el culo.

Nada cambiaba en mi rostro, pero por dentro ardía en llamas y me derretía y me quedaba sin aliento.

Y solo Derek Witton me hacía sentir así.

Una calurosa noche del 2 de junio de 1978, Neil me llamó y me dijo que había perdido la casa. Recuerdo su tono bajo y su voz afectada al decirme:

—Lo siento, William...

—No pasa nada, lo que importa es que tú estés bien.

Neil no parecía de acuerdo, pero respondió:

—Sí... yo... volví a casa de mis padres. Aquí estamos aguantando bien. Todo es una locura.

Asentí lentamente y miré la ciudad más allá de la cristalera. Derek estaba sentado en una hamaca en la terraza, totalmente desnudo, con las manos detrás de la cabeza mientras la luz de la luna creciente le bañaba el cuerpo. Sonreía. Ahora siempre sonreía.

—¿Ha desaparecido más gente? —pregunté.

—Laura Smith —murmuró. Sonaba muy cansado—. Creo que estaba saliendo con alguno de nosotros. No sé con quién, pero la cazaron. Todavía no hemos encontrado su cadáver.

Nos quedamos un par de segundos en silencio. No conocía a Laura, pero lo sentía por ella. Lo sentía por todas esas personas que estaban desapareciendo, sin embargo, mi padre, Dalton y Neil estaban bien y eso era todo lo que realmente me importaba.

—Sabes que él podría terminar con todo esto en solo una noche, ¿verdad? —me dijo entonces.

Miré a Derek al otro lado del cristal.

—Podría venir aquí, a la granja, y hacer que todos le obedecieran y dejaran de matarse entre ellos. Pero es un puto crío egoísta y todo le da igual —continuó Neil, empezando a gruñir un poco por lo bajo—. Su padre también era un hijo de puta, pero al menos sabía cuál era su deber y jamás hubiera permitido que algo así sucediera.

Seguí sin decir nada. Derek se levantó de la hamaca y entró en el apartamento. Fue directo hacia mí y, rodeándome los hombros con el brazo, tomó el auricular.

—¿Tienes algo que decirme, Neil? —le preguntó—. Estaba descansando un poco después de haberme follado a Will, pero no he podido evitar oír que hablabas de mí.

Se oyó un leve murmullo saliendo del teléfono. Dek asintió varias veces con un simple: «Aham, aham, ya».

—Verás, Neil. Tienes toda la razón: me importa una mierda si os matáis entre vosotros. Me importa una mierda lo que le suceda a la granja y a cada puto Witton que viva en ella —le dijo—. Sin embargo, lo que no voy a permitir es que se queden con la casa de Will, al contrario que tú. Le costó mucho trabajo y dinero convertirla en su hogar. —Un breve silencio y una breve risotada después—: Si tanto trabajo has puesto tú también, quizá no deberías haber huido como una puta rata en cuanto la atacaron, ¿no crees? —Derek me atrajo hacia él y me dio un beso en la sien antes de acariciarme el hombro—. Dejaré todas tus cosas tiradas en la carretera, así podrás recogerlas cuando tengas el valor suficiente de salir de la madriguera en la que te hayas escondido.

Y colgó.

Con una leve sonrisa en el rostro, me giró hacia él y me rodeó la cadera.

—Bueno, creo que es hora de volver a Greyfalls... —me dijo.

—La verdad, me alegro —respondí, alzando las manos para rodear sus hombros.

—Diez años después, parece mucho tiempo, eh.

Me encogí de hombros.

—Greyfalls nunca cambia.

—Sí... —cogió aire y suspiró—. ¿Sabes cuántas veces pensé en llamarte para decirte que quería volver?

Negué.

—Muchas. Demasiadas. —Pegó su frente a la mía y la movió de lado a lado en un suave caricia—. Vayamos a recoger las cosas al apartamento. Volveremos esta noche.

Fuimos a la casa de Derek, donde solo quiso hacer una maleta rápida, la bolsa de su cámara de fotos y las carpetas de las fotografías que había sacado. Solo eso fue lo que metió en la parte de atrás de su coche antes de emprender el viaje a Greyfalls.

La noche era oscura y calurosa, el viento agitaba nuestro pelo y en la radio sonaba *Because the Night* de Patti Smith. Derek la cantaba en alto, movía la cabeza y golpeaba el volante al ritmo. A veces me miraba y sonreía más.

Diez años después, al fin estaba volviendo a casa.

Como le había prometido, Greyfalls no había cambiado demasiado. Solo estaba mucho más vacía y silenciosa de lo que estaría cualquier viernes a la noche. Los incidentes y desapariciones no habían pasado por alto y los vecinos habían preferido quedarse en sus casas a ser la siguiente víctima del «asesino en serie de Greyfalls»; así lo habían llamado ellos. El periódico le dio un giro más morboso y dramático: «El caníbal de Greyfalls», lo titulaban, ya que las víctimas siempre aparecían descuartizadas y con mordiscos.

Por entonces, ya habían encontrado seis cuerpos y habían desaparecido otros ocho de los alrededores. Nadie sabía la verdad.

Al pasar por la carretera, comprobé que en casa de mi padre había una luz encendida en su habitación. Cogí aire y lo solté. Dek me dio una apretón en la pierna y murmuró:

—Está bien, Will.

Asentí.

Mi casa, sin embargo, no estaba tan silenciosa y desocupada. La verja de la entrada estaba abierta de par en par, al igual que la puerta. Se oían gritos saliendo del interior y música. Todas las luces estaban encendidas y en la pared del porche habían escrito con sangre: «Colmillo Negro».

No necesité preguntar. No quería saberlo.

Con una calma sorprendente, Derek bajó del coche y miró la escena. Se quitó las gafas, me invitó a acompañarle con un movimiento de cabeza y, juntos, nos dirigimos a la entrada.

No sabía lo que me esperaba por entonces. Quizá una feroz batalla, algún tipo de pelea encarnizada o una tensa discusión. Pero eso no fue lo que ocurrió; lo que ocurrió es que Derek y yo entramos en mi casa, nos encontramos con un grupo de cinco personas, tres hombres y dos mujeres, los cuales nos miraron de una forma muy sorprendida y confusa.

—Fuera —les dijo Dek. Solo eso.

Y ellos se fueron corriendo.

Resultó un tanto anticlimático, la verdad, pero no iba a quejarme de haber podido recuperar mi casa de una forma sencilla y rápida. Derek fue a cerrar la puerta, a apagar la música y, al volver, echó un vistazo alrededor.

—Me gusta mucho, Will. Te ha quedado muy bonita —me dijo.

Miré la cocina deshecha, con platos rotos por el suelo y alguna silla destrozada. Habían vaciado la nevera y abierto todas las baldas para encontrar comida o, simplemente, rebuscar entre los botes que allí había. Habían escrito guarradas en la mesa con la punta de un cuchillo, o eso quise creer; e incluso habían asaltado la despensa y habían colgado un ciervo muerto.

—Gracias —respondí—. El ciervo no es mío.

A Derek le hizo mucha gracia aquello. Me pidió que le enseñara el resto, así que le hice una pequeña guía por la planta baja, igual de destrozada y vandalizada que la cocina. Después le llevé a la planta superior y le enseñé la habitación principal. Me llegaron recuerdos de mi vida con Neil y sentí un regusto amargo en la boca del estómago.

—El pasado es el pasado —me dijo Dek al oído. Entonces me dio un cachete y se fue a tirar a la cama para añadir—: No quiero sonar desconsiderado, Will, pero cuanto antes empecemos a follar, antes llenaremos la casa con nuestro olor. —Y, comenzando a desabrocharse el cinturón y la bragueta, preguntó—: Oye, ¿vosotros teníais juguetes y esas cosas? Porque lo del bozal me ha gustado bastante. Quizá deberíamos comprarnos alguna mierda de esas. ¿Qué dices?

—Hay cuerda, esposas y lubricante en el cajón de la mesilla —respondí.

—No... —jadeó, dejando de bajarse el pantalón para girarse y rebuscar donde le había dicho. En seguida sacó unas esposas y me miró con una enorme sonrisa bajo su espeso bigote rubio—. ¿Te pones el sombrero de cowboy y yo me pongo una de las gorras de policía de Neil y fingimos que eres un vaquero muy, muy cerdo que haría cualquier cosa para que su padre no se entere de que han pillado a su hijo toqueteándose y gimiendo en mitad del bosque?

Fruncí el ceño y ladeé la cabeza.

—Creía que habías dejado de dirigir porno —le recordé.

Dek se rio.

—Sí, bueno, digamos que ahora solo dirijo escenas privadas con mi actor favorito —respondió, poniéndose de rodillas para quitarse la camisa, llevarse las manos a la cadera y mirarme—. Alto ahí, vaquero, ¿qué eso que llevas en el pantalón? Había oído que en el rancho de tu padre había un semental, pero no me imaginaba que se referían a su hijo...

Se me escapó un bufido y una sonrisa, pero negué con la cabeza.

—No me gustaría jugar a policías contigo, ni que te pusieras la ropa de Neil —le dije—, pero tengo uno de mis monos del taller aquí, por si prefieres que te revise el aceite.

Derek se quedó un par de segundos en blanco.

—¿Tienes uno de tus monos del taller? —dijo con voz ronca y profunda. Inclino el rostro y sus jadeos se intensificaron. Me miró por el borde superior de sus ojos, los cuales empezaron a brillar de una forma que ya conocía demasiado bien—. ¿Está sucio?

—Podría estarlo.

–Ufff... –resopló—. UFFFF –rugió mientras, en su entrepierna, empezaba a palpitar un bulto carnosos y grueso.
Ya estaba perdido incluso antes de empezar.

Verano de 1978

Reordenar la casa, no llevó tanto tiempo como parecía que llevaría. En un par de días ya teníamos todo limpio. Habíamos tirado los cristales rotos, vajilla partida y muebles destrozados en la basura. Habíamos limpiado las paredes pintadas con sangre, sacado el ciervo de la despensa, fregado el suelo, repuesto lo que faltaba y parchado los sofás. Lo que más trabajo llevó realmente, y algo a lo que Derek le dedicó bastante entusiasmo y tiempo, fue a «marcar» el territorio. Así lo llamó él.

—Si me huelen, no se acercarán — me dijo.

—Sí, eso lo entiendo, lo que no entiendo es por qué insistes en follarse en cada esquina de la casa, en lo alto del granero y en el bosque. ¿No funcionaría igual si dejaras la ropa colgada en las ramas y la valla?

—Pffff —bufó mientras ponía los ojos en blanco—. No, no, no... Para nada sería igual.

—Dek... ni siquiera te frotes después contra nada que no sea yo.

—Sí —sonrió mucho, incluso llegando a producir un jadeo tonto antes de lamerse los colmillos—. Esa es la parte más importante.

—Ya. Es muy importante que me comas el culo contra un árbol antes de follarme bajo la luz de la luna.

—Muy importante —asintió varias veces—. Tú no lo entiendes, Will. No eres un Witton —concluyó.

Después de organizarnos y... «marcar» bien el territorio, regresamos al taller, donde mi viejo y Dalton se llevaron la mayor de las sorpresas al ver a Derek Witton. Mi viejo mejor amigo.

—¡Madre mía, chico! La ciudad te ha sentado bien —le dijo mi padre, dándole un amistoso golpe en el hombro mientras miraba el cuerpo abultado y grande de Dek. También miró sus pendientes y tatuajes, pero esos los ignoró educadamente—. ¿Qué tal por allí? Dicen que ahora las chicas van con faldas muy cortas —le guiñó un ojo.

—Pues no lo sé, a mí me gustan más los... —ahí se detuvo. No porque él quisiera, sino por el codazo que le di en la barriga antes de rodear sus hombros y apretarle contra mí.

—Dek tenía una novia muy celosa, así que no podía mirar demasiado —respondí yo por él—. Ahora le ha dejado y él ha vuelto al pueblo. Se quedará conmigo una temporada.

—Ah... —mi padre y Dalton asintieron, dedicándose una mirada de complicidad—. No te preocupes, Dek, ya habrá otras chicas. A un hombre como tú no le dejan soltero por mucho tiempo.

—Son todas unas zorras —aportó Dalton.

—Ays... —suspiró Derek mientras me miraba—. Qué maravilla es volver a Greyfalls. Asentí y, con un cariñoso apretón, le guíe hacia la parte trasera del taller. Allí le ofrecí un mono de trabajo y le empecé a explicar los básicos. Le había dicho que no hacía falta, pero Dek había insistido en acompañarme y aprender sobre el negocio.

—Algo tendré que hacer, ¿no? —me dijo aquella noche—. ¿O quieres que me quede en casa todo el día?

—Pero no tiene que ser en el taller —insistí—. A ti la mecánica no te gusta.

—Quizá me acabe gustando. No sé, es cuestión de ir probando.

—Creo que tu época de experimentar y probar cosas nuevas, ya ha terminado —mi tono sonó duro y firme, porque escondía una pequeña gran advertencia.

Derek se rio y me abrazó más fuerte antes de volcarse sobre mí entre la paja del granero. Diez años después de la primera vez, habíamos vuelto a retozar en la penumbra de aquel viejo lugar que olía a polvo y humedad.

—Me pone muchísimo cuando me hablas así, Will —susurró cerca de mis labios. Su bigote rubio seguía mojado y su aliento todavía olía a mí—. Eres la única persona que me intimida, porque eres la única que puede hacerme daño...

Puse una mueca de comisuras apretadas y párpados caídos, lo que, para mí, era ser muy expresivo.

—No quiero que vuelvas a Greyfalls y aún por encima hagas algo que odias —dije—. No es justo, Dek. Se que estás aquí solo por mí.

—Mmh... —murmuró, dándome un beso en la mejilla antes de comenzar una cuidadosa procesión en dirección a mi cuello—. Quizá... —beso—, me pase por... —beso—, el periódico del pueblo... —beso—, y les pregunte —beso—, si buscan un nuevo... —beso—, reportero.

—Esa es una gran idea —afirmé, acariciándole la espalda.

—Por «preguntar» me refería a obligarles a contratarme —puntualizó, volviendo a mirarme a los ojos.

—Lo sé.

—Ah, bien, porque con mi experiencia haciendo reportajes escandalosos, desvergonzados y pervertidos en *The New Now*, nadie en este pueblo de mierda me iba a contratar.

—Creo que tendrías más suerte diciendo que dirigías películas porno. A la gente le parecería menos obsceno que defender el feminismo y la igualdad entre razas.

Dek volvió a reírse a carcajadas.

No pasó ni un día cuando, en mitad del taller, sentí una sensación de felicidad y emoción. Sonreí. No necesité que Dek me llamara para confirmar algo que ya sabía: le habían «dado» el trabajo y hasta le habían «permitido» elegir las noticias que más le interesaba investigar.

—El señor North es un encanto, se acordaba de mí —me dijo—. Enseguida me contrató y aceptó los buenos consejos que le di sobre cómo hacer las cosas.

—Ya... Oye, Dek, es un periódico local. Muy local. No te olvides de eso.

—Lo sé. No te preocupes, Will, no voy a publicar nada por lo que nos puedan quemar en la hoguera. Mi primer reportaje será sobre la feria de ganado de Backhill.

—Oh, es una gran feria —asentí—. Importante en el condado.

—Sí, eso dijo el señor North. Él había pensado en un título como: «La Feria de Ganado de Backhill: ¡siempre un éxito!», pero yo le sugerí algo más como: «La Feria del Ganado: compra una vaca y esclavízala, como hiciste con tu mujer».

Hubo un breve silencio en la línea.

—¿No?, ¿en serio? —me preguntó—. Vamos, Will, ha sido gracioso. Lo sabes.

Yo sonreía, pero no le iba a dar el placer de saberlo. Tomé aire y suspiré.

—Sé que lo harás genial —miré por la cristalera del despacho—. Escucha, mi padre está empezando a darle patadas al Ford del señor Thomsom, así que es mejor que vuelva al trabajo antes de que nos deje sin clientes. Nos vemos en casa. Te quiero.

—Yo más a ti —respondió, aunque no hacían falta palabras, porque ambos podíamos sentir aquel amor, como el aire que respirábamos y el sol que nos calentaba la piel.

Conseguir un trabajo creativo con el que expresarse, fue muy importante para Derek. Él tenía una mente inquieta y un espíritu de lucha, al contrario que yo, que era feliz en mi empleo más rutinario y laborioso. Sin embargo, Dek también tenía una idea extraña de lo que significaba cumplir con la rutina diaria. A veces prefería venir al taller en vez de cubrir una noticia, a veces me visitaba diciendo que se aburría, a veces decía que me echaba de menos, a veces solo quería tener un poco de sexo y otras, simplemente reconocía que no le apetecía trabajar.

—Es aburrido, Will... —se quejaba, siguiéndome por el taller con las manos tras la cabeza y unos morritos de pato en sus labios rusos—. No sale ninguna noticia interesante y, la verdad, prefiero estar contigo.

—¿Y el señor North te paga igual aunque no hagas tu trabajo?

—Claro que me paga igual. Soy el Alfa, sabe lo que hay.

—Dudo que lo sepa.

—Pues lo sabrá, porque no pienso hacer nada que no quiera.

Tomé aire y negué con la cabeza.

—Solo llevas una semana en el periódico, y esto es Greyfalls, ¿qué te esperabas que sucedería? ¿Qué comenzara una revolución social en el *Chips* o algo?

—No sé... hay una guerra sangrienta y cruel en la granja, pero el señor North quiere que escriba sobre «la tarta ganadora del concurso *Miss Apple 1978*».

—Espero que ganara la señora Wick, me dijo que este año le había echado un ingrediente secreto.

—¿Cocaína?

—No, creo que se refería a canela en rama.

—¿Te imaginas que le echara cocaína? ¿Te imaginas que la señora Wick fuera una narcotraficante que quisiera convertir a todo Greyfalls en adictos a sus tartas de manzana? Joder, ese sería un gran reportaje...

Sonreí y; como mi viejo y Dalton no estaban allí, porque me habían dejado solo aquella tarde; me giré para darle un beso a Dek. Él gruñó por lo bajo y apartó las manos de detrás de la cabeza para tirar de mi camiseta de asas hacia él. Me dio otro beso con lengua y gruñó más alto.

—Creo que debería limpiarte todo ese sudor a lametones, Will... —me dijo, apretando su entrepierna contra la mía—. Es importante para... ya sabes, marcar el territorio...

Volví a bufar y sonreír, pero no me quedó otra que apartarle y volver a mi trabajo, porque el *Volkswagen* de la señora Troy no se iba a arreglar solo. Aun así, Derek no se dio por vencido —nunca lo hacía— y se pegó a mi espalda, aprovechando que me había inclinado sobre el capó abierto.

—¿Por qué no investigas las desapariciones, Dek? —le pregunté—. Ambos sabemos quién fue, pero todavía hay cuerpos sin encontrar y esas familias se merecen poder enterrar a sus seres queridos. O lo que quede de ellos...

—Porque, primero —y me dio un buen cachete en el culo que me hizo levantar la cabeza y mirarle por encima del hombro. Como no, Dek estaba sonriendo y lamiéndose sus grandes colmillos—, yo no quiero meterme en asuntos de la granja ni los Witton; y, segundo —me dio otro cachete—, eso es asunto de la policía, no del periódico local.

—Era una sugerencia, ya que tanto te aburres de cubrir noticias tontas.

—Oh, no me aburro... —me aseguró, agarrándome de la cadera para frotar su entrepierna contra mi culo, de lado a lado y de la forma más obscena posible—. Nunca me aburro de esto...

—¿Y qué me dices de los turistas desaparecidos? Esos siempre son noticia y el periódico siempre cubre la investigación.

—Yo ya estoy cubriendo una investigación —murmuró, con la mirada puesta en nuestras caderas rozándose y en mi espalda cubierta de sudor—. Se trata sobre la cantidad de semen que es capaz de producir un Alfa cuando tiene un compañero tan jodidamente sexy como tú. Los datos todavía no son concluyentes, pero todas las señales apuntan a que es mucho, muchísimo...

—¿Los datos no son concluyentes? —pregunté, incorporándome para buscar el trapo y limpiarme las manos manchadas—. Entonces quizá debería dejar de tragármelo, así podrías verlo por ti mismo.

Derek quiso reírse, pero a la vez estaba demasiado excitado para dejar de apretar los dientes, por lo que, al final, se rio como haría un lobo en una serie de dibujos animados; casi jadeando y moviendo el pecho.

—No tienes ni idea de lo feliz que me haces, William Parks —me dijo.

Le dediqué una mirada por el borde de los ojos mientras terminaba de limpiarme la grasa de las manos. Sabía perfectamente cómo de feliz le hacía, porque era la misma felicidad que yo sentía cada día al despertarme a su lado. No había diferencia alguna porque Derek y yo compartíamos un único corazón que latía al mismo ritmo en nuestro pecho.

Lo que yo no sabía era que, si ese corazón se paraba, sería el final de ambos.

Un corazón, un sentimiento, una vida.

Ese era el trato.

Dos semanas después de haber vuelto a Greyfalls, recibimos una visita a media noche. Alguien llamó a la puerta y al timbre, varias veces seguidas, así que me deslicé entre las mantas y saqué la cabeza tanto como pude.

—Dek...

—No —negó, tratando de empujarme para que volviera a meterme debajo de la cama.

El timbre sonó de nuevo.

—Dek, puede ser mi padre —insistí.

Derek cogió aire y lo soltó con un suspiro enfadado. Estirando la mano hacia la mesilla de noche, fue en busca de las llaves y me hizo una vaga señal para que me diera la vuelta. Eso hice, pasando las piernas por encima de él para dejarle al alcance las esposas que tenía atadas a las muñecas. Dek las agarró un momento y gruñó por lo bajo, agitando la cadera bajo las mantas.

—¿Vas a dejarme así? —preguntó, como si le doliera.

—Después terminamos —respondí, moviendo las manos para que me liberara de una vez.

Cuando lo hizo, me limpié la boca empapada de saliva y de líquido preseminal y salté en busca del pantalón de mi pijama a rayas. El timbre sonó de nuevo cuando descendía a toda prisa por las escaleras.

—¡Ya voy! —anuncié.

En pocos segundos, ya había abierto. Lo más curioso de aquello, fue que nunca, ni por un instante, se me había pasado por la cabeza que fuera a ser un enemigo. Un Witton que hubiera venido a hacernos daño, como estaban haciendo con otras parejas de greyfalls y alrededores.

No. Porque Derek estaba tan confiado en su poder que su seguridad me nublaba por completo el juicio, haciéndome sentir tan invulnerable e intocable como él era. Por supuesto, tenía razón y nadie se atrevería a hacernos daño; fue solo un pensamiento que me cruzó la mente al abrir la puerta de la casa y ver a la señora Witton al otro lado.

—Oh, hola... —murmuré, parpadeando varias veces.

—Hola, Will —me dijo. Estaba nerviosa, miraba a mis espaldas y trataba de sonreír, pero no lo conseguía. La señora Witton siempre había sido una mujer muy hermosa, aunque ahora la guerra y la incertidumbre se había apoderado de su belleza como termitas en una casa vieja—. ¿Está Derek, mi hijo, en casa?

No respondí al momento. Dek había podido oír a su madre y había sentido una mezcla de desprecio, angustia y añoranza que me llenó por un instante el pecho.

—Emh... —terminé murmurando.

Unos pasos resonaron en el pasillo superior y, frente a las escaleras, apareció la imponente figura de Derek. Ya no quedaba ni rastro de grasa en su cuerpo, solo puro músculo tensando una piel lechosa y cubierta de vello dorado. Se cruzó de brazos y miró a su madre de una forma que dio miedo.

Ella le dijo algo en ruso y él le respondió en el mismo idioma. La señora Witton empezó a llorar y apretó sobre el pecho sus manos temblorosas. Tenía las uñas manchadas de tierra y sangre y la ropa sucia. Dijo algo más, aunque sus palabras se terminaran perdiendo en un sollozo ahogado. Derek tardó unos segundos en responder:

—Will, ¿te importaría prepararle un café a mi madre?

—No, claro —dije, haciéndome a un lado para invitarla a entrar.

Ella asintió en agradecimiento, pero fue un gesto vago y sin apenas apartar la mirada de su hijo, al que volvió a hablarle en un idioma que yo no entendía. Me resultó un poco maleducado, pero pude llegar a entenderlo. No era el mejor momento para pararse a pensar en pequeños detalles sociales como aquel.

Derek descendió las escaleras, haciendo retumbar la madera bajo su peso. Se había puesto uno de mis pantalones de pijama y, aunque no le quedara del todo mal, seguían estando apretados alrededor de sus muslos y tirando de la cinta elástica de la cadera, lo que dejaba el reguero de pelo entre su ombligo y el inicio de su pubis al descubierto. Por no hablar, por supuesto, del bulto alargado que sobresalía bajo la tela suelta y fina. La imagen era terriblemente sexy, pero un tanto inapropiada para presentarte delante de tu madre. Si no eras un Witton, digo; pero ellos eran gente extraña y quizá vieran aquello muy normal.

La señora Witton esperó a su hijo y le acompañó con la cabeza baja hacia la cocina. Allí, yo ya estaba empezando a preparar una cafetera nueva. Todavía tenía café de la mañana, pero creí que sería más educado ofrecerle una taza recién hecha.

Derek se acercó a mí y apoyó la cadera sobre la encimera, pegándose todo lo posible antes de volver a cruzar sus enormes brazos sobre su enorme pecho.

—Por respeto a mi compañero, prefiero que hables en inglés, madre —le dijo.

La señora Witton asintió y, sin decir nada, tocó una de las nuevas sillas con la punta de los dedos. Su hijo asintió y ella al fin pudo sentarse.

—Me hace feliz que volverte a ver —dijo, todavía con los ojos dorados empapados en lágrimas y la voz rota—. Me hace feliz que aceptas la sangre de tu familia.

—Solo lo hice por Will y no voy a liderar a la manada. Así que, si has venido a pedirme eso, puedes tomarte tu café e irte para no volver.

La señora Witton se quedó en silencio. Miró sus manos sobre la mesa y cerró los puños para ocultar sus uñas manchadas.

—Tú tienes poder ahora. Más poder que nadie. Así que nadie puede decir a ti nada. Me hace feliz y orgullosa ser madre de ti.

Puse la cafetera al fuego y me di la vuelta para pasar la mano por la encimera y rodear la cadera de Derek. No quería interrumpir, y no se me hubiera pasado por la cabeza hacerlo; sin embargo, no pude evitar acercarme a su oído para susurrar:

—Lo está pasando mal con el inglés y parece que tiene mucho que decirte —acaricié su piel cálida y le di un leve apretón.

Derek tomó aire y ladeó el rostro para darme un tibió beso en la mejilla antes de dirigirse a su madre, de nuevo, en ruso. Entonces ella empezó a hablar de una forma fluida y de corrido, contenida, pero muy emocionada.

No entendí absolutamente nada, a excepción del «*Spasibo*» que me dedicó la señora Witton cuando le entregué la taza de café y el azucarero. Le di otra a Derek, pero él la rechazó, así que me la acabé tomando yo junto con un pitillo.

Tras toda una hora, la señora Witton dijo algo y su hijo sintió angustia y enfado. Negó con la cabeza y su madre insistió, comenzando a llorar. Dek bajó la mirada al suelo y murmuró algo. Ella se levantó y se fue al salón.

—Quiere traer aquí a mi padre —me dijo en voz baja.

Parpadeé.

—¿Tu padre sigue vivo?

—Sí. Le queda muy poco pero sigue vivo. Mi madre se lo llevó de la granja antes de que le mataran y lo escondió en una cueva de las montañas. Al descubrir que habíamos vuelto, salió a buscarnos. Está muy cansada y teme que no pueda aguantar mucho más.

—¿Crees que les mata...?

—Sí, Will. Así son las cosas con los Witton —me interrumpió, dedicándome una mirada seria por el borde de los ojos—. Y quizá sea lo justo —añadió—. Que les encuentren escondidos en algún agujero del bosque y se los coman.

Tomé una profunda respiración y miré la taza vacía que había dejado la señora Witton sobre la mesa.

—Sería lo justo. ¿No crees? —murmuró—. Ellos han formado parte de ese mundo, han vivido en él y lo han alimentado. Mi padre hizo todo lo que quiso con quien quiso... ¿no sería maravilloso que ahora le asesinaran aquellos de los que tanto ha abusado? Como algún tipo de venganza cósmica o justicia poética.

Rodeé a Derek en un abrazo y le di un beso en el cuello, porque eso fue lo que sentí que necesitaba en ese momento. Sus palabras eran duras y firmes, pero en nuestro interior bullían las dudas y la indecisión como una caldera al fuego.

—Tus padres tomaron sus decisiones, pero también te han dejado a ti tomar las tuyas —murmuré, muy cerca de su oído—. Al final, no te obligaron a quedarte ni a aceptar el... el cambio. Siempre me preguntaban por ti y les alegraba que estuvieras bien y que siguieras en contacto conmigo.

—Les alegraba porque habían invertido demasiado en mí y porque creían que tú me acabarías atrayendo a la granja y a Greyfalls.

—Y tenían razón.

—Pero no de la forma que querían. No aceptando el liderazgo y sometiendo a todos como algún tipo de supremacista nazi.

—No, porque tú eres mejor que ellos.

—Lo soy.

—Tú has elegido tu propio camino.

—Exacto.

—No eres el Alfa que ellos querían que fueras, sino la persona que tú quieres ser.

—Sí. Nosotros solos, tranquilos, viviendo a nuestra manera. Sin importar nada más.

—Entonces... —me separé lo suficiente para mirar sus ojos dorados y rodearle el rostro con las manos—, ¿qué es lo que *tú* quieres hacer con tus padres, sin importar nada más?

Derek cerró los ojos y apoyó la frente contra la mía, frotándola suavemente de lado a lado.

—Incluso con mis padres aquí, no voy a dejar de gruñir como un animal en la cama. Espero que lo sepas.

Se me escapó un bufido y asentí.

—Me gusta mucho que seas tan ruidoso —le dije—. Eso nunca ha sido un problema para mí.

Como si quisiera demostrarlo, Derek produjo un ruido gutural y me besó, mordiendo mi labio inferior entre los colmillos antes de tirar de él. Suspiró.

– Vayamos a buscar a mi puto padre y tirémosle en alguna esquina de la casa donde se pueda morir en paz.

– Eres un gran hijo.

Dek se rio.

Con aquello decidido, llevamos mi vieja furgoneta hasta un camino de montaña y, allí, la señora Witton nos guio entre los árboles y las rocas hasta un desfiladero bastante empinado que daba al río. Entre las piedras y la humedad, había una grieta medio escondida tras ramas, hojas y arbustos. Dentro, se escondía un señor Witton que ya no reconocía.

Como Derek lo era ahora, su padre también había sido enorme. Alto, increíblemente fuerte y con un aura eléctrica y agresiva. Todavía recordaba aquel primer encuentro y lo impresionado que me dejó a los dieciséis, cuando le vi por primera vez.

El señor Witton que salió de esa gruta húmeda y oscura, sin embargo, era solo una remota sombra de aquel hombre. Escualido, consumido, pálido y ojeroso, apenas consiguió arrastrarse lo suficiente para que su mujer le agarrara entre los brazos y le ayudara a salir. Derek se quedó mirando de brazos cruzados sobre su pecho desnudo.

– Padre... – murmuró cuando se cruzaron sus miradas de ojos brillantes en la oscuridad.

El señor Witton se apoyó en brazos de su mujer. Estaba sucio y, aunque hiciera una calurosa noche de verano, él tiritaba. Por como apestaba, diría que incluso se había hecho sus necesidades encima. Le faltaba pelo, le costaba respirar y no era capaz de mantenerse en pie por sí mismo. Sin embargo, sonrió de oreja a oreja al ver a Derek.

– Es maravilloso, ¿verdad? – le dijo con voz baja y seca –. El poder de doblegar el mundo a tu voluntad.

– Lo es – afirmó Derek –, y, como tú hacías con él, padre, yo lo usaré solo para hacer lo que me salga de la polla.

Dek trataba de ser provocador, irreverente, quizá hasta vengativo; pero no funcionó. El señor Witton asintió lentamente y dijo:

– Tú eres el Alfa.

No llegué a entender lo que quiso decir, ni lo que pudo significar aquello. Solo supe que Dek sintió un escalofrío y una profunda incomodidad al respecto. Sin decir nada, hizo un gesto a su madre y ella se apartó para que su hijo pudiera cargar al desmejorado señor Witton, como si fuera un niño entre sus brazos.

Cuando llegamos a casa, se lo devolvió a su madre y le señaló donde estaba el baño de invitados mientras le daba una breve explicación en ruso. Después, me llevó al piso superior y entramos en el baño del dormitorio. No le dejé alejarse mucho de mí. No con esos pantalones de cintura caída que enseñaban demasiado y, al mismo tiempo, demasiado poco.

Mi teoría era que la madre de Dek no se había enterado de que habíamos vuelto debido a que nos hubieran visto casualmente por el pueblo, sino porque habían escuchado a su hijo gritando: «¡SÍ, JODER, WILL...!», cada noche de la semana. Y esa vez no fue diferente.

Como le había dicho a Dek, a mí no me resultaba violento tener relaciones con la misma intensidad y... sonoridad de siempre. Después de todo, ellos eran Witton y, fiel a mi educación clásica: yo en mi casa y en mis tierras hacía lo que quería sin dar explicaciones.

Eso no quería decir que no me hubiera resultado un tanto violento encontrarme con la señora Witton en la cocina, recién duchado después de buen sexo mañanero, y escucharla decir:

– Alfas muy fogosos. Muy... emh... apasionados. Abuelo de Derek también gustaba mucho gritar y golpear las paredes. Mi madre y él también hacían mucho ruido. Todo

pueblo les oía. Mi madre siempre decía –y dijo algo en ruso–. Emh... «nadie folla tan duro y te preña como Alfa» –tradujo tras pensarlo un momento–. Mi madre y padre tuvieron doce hijos, solo ellos dos. Mis hermanos también follan muy duro, como mi Derek –y sonrió, como si aquella fuera una conversación completamente normal a primera hora de la mañana.

–Derek también es mi hijo, Ivanna –respondió el señor Witton, quien, por supuesto, estaba allí, sentado en una silla y bebiendo una taza de café recién hecho–. Mi mujer se cree que todo lo bueno que tiene Derek es solo gracias a su sangre, pero se equivoca –me dijo.

Le costaba un poco hablar, pero, poco a poco y tosiendo de vez en cuando, lo conseguía. La señora Witton respondió algo en ruso y, por el tono que usó, sonó acusador y cortante. El señor Witton negó con la cabeza.

–Veinte años en este país, y ni se ha preocupado de aprender el idioma. Así son ellos –me dijo, como si ella no estuviera allí con nosotros–. Pero no me sorprende, ¿sabes cómo llaman a su familia en Rusia? Hombres Oso. –Eso le hizo gracia y, al intentar reírse, le dio un fuerte ataque de tos. Su mujer le acercó un trapo húmedo y le limpió la sangre de los labios–. Les llaman así porque son poco más que animales con un montón de vello corporal. Grandes, eso sí –tuvo que reconocer–. Muy poderosos y resistentes. Hay que serlo para sobrevivir en los bosques helados de Siberia.

Yo asentía de vez en cuando, fumando un pitillo y sin saber qué decir. Por suerte, apareció Dek por la puerta antes de que tuviera que hablar. Ignoró por completo a sus padres y vino directo a darme un buen beso en los labios y un cachete en el culo.

–¿Todavía sigues vivo? –preguntó en alto y de espaldas mientras se preparaba el café.

–Todavía sí.

–Aha... –asintió–. Will y yo tenemos que ir a trabajar. Hay televisión por satélite y una buena colección de novelas de misterio por si queréis entreteneros.

Dicho eso, cerró el termo y me miró, añadiendo un bajo:

–¿Nos vamos?

Asentí.

La relación con sus padres era un poco tensa pero, como con otras muchas cosas, yo preferí mantenerme al margen y no meterme donde no me llamaban. La señora Witton insistió en encargarse de preparar las comidas y limpiar, a lo cual, quise negarme en un principio, hasta que Dek me dijo:

–Déjala, es lo que tiene que hacer.

–¿Lo que tiene que hacer? –pregunté, girando el rostro hacia él–. ¿Qué piensan tus amigas feministas de eso?

Derek resopló y se recostó un poco más en el asiento del despacho, el cual crujió a forma de queja. Una repentina tormenta de verano le había empapado el pelo y mojado la camisa abierta.

–No es por eso, Will. No se trata de ser mujer u hombre, se trata de respeto. Mi madre quiere agradecerme que les vigile y les proteja; y como mi padre no puede ni cagar solo, es ella quien trabaja para mí. –Se encogió de hombros y concluyó con un simple–: Cosas de los Witton, ya sabes.

–Ahm.

Dek tomó una buena bocanada de aire y miró el taller vacío, la enorme compuerta abierta y la lluvia que azotaba la calle.

–Es curioso –me dijo–. No creía ni que mi madre supiera cocinar. Siempre han hecho todo para ella. Es normal, quiero decir... no la han educado para ser una don nadie. A ella la educaron para ser hija de Alfas y madre de Alfas... la *Yiuskiosrrskia* –esa no era la palabra real, pero es como recuerdo que sonaba.

—Sí, anteaayer tu padre me dijo que venía de Siberia —respondí, porque sentía que Dek quería hablar de ello. Había cierta tristeza entremezclada con cariño en nuestro interior.

—Sí. No son Hombres Oso de verdad, la familia de mi madre, me refiero —me miró—, mi padre les llama así, pero son iguales a los Witton. Bueno, iguales no. Ellos son enormes. —Se le saltó una pequeña risa triste y negó con la cabeza—. Recuerdo que una vez fui a ver a mis abuelos y mis tíos. Me dieron muchísimo miedo.

—¿Eran todos... Alfas? —pregunté.

—No, no. O sea, bueno, sí —tuvo que corregirse—. Todos tenían sangre de Alfa, pero el único que mandaba era mi abuelo. Un hombre terrible... —frunció el ceño y bajó la mirada—. Tenía como veinte mujeres y cien hijos. Allí tienen esa tradición, ¿sabes?. El Alfa tiene muchísimos hijos y, cuando muere, estos luchan por el poder entre ellos. Es una forma de asegurarse que solo sobreviva el más fuerte y... entonces cada generación será más fiera, poderosa y brutal que la anterior. —Se detuvo ahí y se quedó en silencio, perdido entre los recuerdos—. A veces pienso en la suerte que tengo de que la familia de mi padre no sea así. La graja tiene sus propias tradiciones sangrientas y horribles, pero al menos no consisten en tener que asesinar a tus hermanos. Aquí hay un sistema de Clanes, grupos unificados que se defienden los unos a los otros y forman parte del organismo que es la manada.

Entonces me miró y una leve sonrisa surcó sus labios gruesos y marcados.

—Yo soy el resultado de lo mejor de ambos mundos.

—Eres mucho más que eso, Dek —respondí—. Eres mi hombre.

Derek se rio y asintió. Alargando la mano, tiró de mí y me sentó en su regazo.

—Quizá eso sea una maldición más que una bendición, William Parks —me dijo mientras hundía su rostro en mi cuello—. ¿Recuerdas lo que te he dicho sobre las muchísimas parejas de mi abuelo y mis tíos? Imagínate tener que satisfacer las necesidades de un Alfa que podría estar follándose a veinte personas tranquilamente... Eso es mucho, muchísimo sexo... —y, susurrando a mi oído, preguntó—: ¿Crees que podrías soportarlo?

—¿Acaso te sientes insatisfecho, Derek Witton? —pregunté, mirando fijamente sus ojos dorados y brillantes.

—No —respondió al momento—. Ni por un segundo.

—Bien —asentí mientras, con una mano, empecé a desabrochar el botón de su vaquero—. Porque, aún con mis muchas imperfecciones y defectos, no creo que jamás te puedas quejar de que me falte apetito sexual.

Derek sonrió y entreabrió los labios, tanto, que se pudieron apreciar a la perfección sus colmillos grandes y anchos en comparación con el resto de sus dientes. Cuando alcancé su miembro y lo rodeé con la mano, soltó un profundo gruñido y dejó caer la cabeza hacia atrás. Así, con los ojos entrecerrados y una respiración cada vez más jadeante, respondió:

—No... Jamás.

Incliné el rostro y mordí su grueso labio inferior, como él hacía con el mío. Otro gruñido ronco llenó el despacho y se propagó por el taller. Compitiendo con el tronar de la tormenta a lo lejos.

Pero, de pronto, la silla llegó al final de su vida y, bajo el incontenible peso de Derek y el mío, se partió y nos tiró al suelo. La sorpresa fue repentina y brusca, pero, tras unos segundos, Derek se rio tan alto que no se pudo escuchar ni la lluvia.

Invierno de 1978

El señor y la señora Witton no fueron los únicos que vieron a Derek como una forma de salvación. Al final del verano, cuando el calor terminó y las noches se hicieron más largas, la guerra en la granja tomó un nuevo giro.

Entonces, fue cuando Neil me llamó.

—Mi hermano está herido y ya hemos perdido a dos de los niños —me dijo. Sonaba terriblemente cansado, terriblemente angustiado y terriblemente asustado—. No sobreviviremos al invierno. Solo quería decirte que me has hecho muy feliz y que no...

—Venid aquí —le interrumpí. Ni lo pensé, solo lo dije—. Hay sitio de sobra y nadie se atreve si quiera a acercarse.

Neil tardó un poco en volver a hablar.

—¿Qué dice Derek sobre eso? —preguntó.

Miré a un lado, hacia la ventana de la cocina, tras la cual podía ver a los señores Witton sentados en viejas hamacas, disfrutando de los últimos rayos de sol de la tarde.

—A Dek no le importará —respondí—. Además, sabe que eres muy importante para mí, Neil. Las cosas han... cambiado, pero no quiero que pienses que te he olvidado.

Él se quedó otro momento en silencio y, entonces, soltó una bocanada de aire y sorbió por la nariz.

—¿Recuerdas cuando te decía lo patético que era que te llamara solo para quejarse y llorar? —me preguntó—. Ahora yo soy ese hombre patético.

Negué con la cabeza, aunque él no pudiera verme.

—Para nada, Neil —murmuré—. ¿Necesitas que os vayamos a buscar?

—No, vivimos lo suficiente cerca de la carretera para huir en coche. ¿Quieres que esperamos a mañana o...?

—No. Venid ya.

—De acuerdo. —Silencio—. Gracias, William.

—No te preocupes. Deberías haberme llamado antes, creía que todo iba bien...

Se oyó una risa triste.

—Sí... bueno, puede que te haya mentido un poco. Ya sabes, para no preocuparte y esas cosas. Es más fácil sin el vínculo.

Cerré los ojos y apreté un poco los dientes. Todavía me sentía culpable por aquello. Derek era el hombre. Mi hombre. Lo sabía, quizá siempre lo había sabido. Y por mucho que amara a Neil, jamás sería lo mismo. Dek me decía que Neil también lo sabía; pero yo seguía sintiéndome culpable de alguna forma.

—Pues fuiste un idiota y deberías habérmelo dicho antes —murmuré—. Pero ya hablaremos cuando estéis aquí. A salvo.

No necesité respuesta. Neil colgó el teléfono y, apenas una hora después, se presentó a las puertas de mi casa junto a lo que quedaba de su familia. Estaban... Dios, estaban fatal. Todos parecían consumidos, agotados, demasiado cansados para mantenerse en pie. Pálidos, ojerosos, desnutridos y asustados. La madre de Neil ya no sonreía, solo se apretaba contra su marido, el sheriff, al que ahora le faltaba un ojo y cojeaba. Los hermanos de Neil no se encontraban en mejores condiciones, con los hijos que les quedaban apretados a sus pantalones y sus mujeres a las espaldas.

Neil fue el primero en dar el paso y cruzar el umbral de la propiedad. Se detuvo, con ojos llorosos, miró a un lado, como si esperara que alguien o algo le atacara y le destrozara allí mismo. Pero lo único que sucedió fue que yo me acerqué y le di un abrazo.

—Me prometiste que me llamarías si las cosas iban mal —le recordé, no sé por qué. Solo lo hice. Quizá porque me dolía mucho verles así.

Neil me rodeó con los brazos y cerró los ojos. Tenía una venda en el hombro y, por lo manchada que estaba, parecía de una herida reciente.

—Tenía que intentar defender la casa, William —respondió—. Era todo lo que me quedaba.

Me separé y miré sus ojos azules como el mar de invierno y el cielo de verano. Se había afeitado el bigote y ahora estaba extraño. Era verdad que le hacía parecer un poco mayor de lo que era.

—Venga, pasad —le invité, a él y a la familia a sus espaldas—. Hay comida de sobra y... creo que tengo vendas limpias en alguna parte.

—Espera, ¿y Derek? —preguntó él—. ¿Sabe que hemos venido? Tiene que saberlo, William. Podría matarnos a todos en apenas segundos.

—Le he llamado al trabajo —respondí, colocando mi mano en su hombro sano—. Me dijo que no pasaba nada porque os quedarais hasta que termine la guerra.

—¿Eso te ha dicho? —Neil no parecía creerme. Sin el vínculo, sería sencillo mentirle, como él había hecho conmigo.

—Bueno —murmuré—, la verdad es que me dijo que eras patético, que creía que ya estarías muerto y que, si para mí era importante, no le importaría aceptarte a ti, a tu polla enana y a tu triste familia en nuestra casa.

Entonces Neil sonrió. Puede que fuera la primera vez que lo hiciera en mucho, mucho tiempo. Sus ojos se humedecieron y asintió.

—Genial.

Con un gesto de la mano, se volvió e invitó a su familia. Cada uno de ellos pasó por mi lado y agachó la cabeza con respeto y sin mirarme demasiado a los ojos. Fue extraño pero, como siempre, los Witton eran gente extraña.

Cuando Derek llegó, nos encontró en la cocina; a Neil, al sheriff, al hermano mediano, a su madre y a su madre. Todos reunidos alrededor de la mesa y con tazas de café recién hecho entre las manos. El silencio fue casi sepulcral, tanto, que los pasos de Dek resonaron como tambores sobre el suelo de madera.

Él, por otro lado, estaba muy tranquilo. Sonreía, como siempre, y fue directo hacia mí para darme un beso en los labios y una palmada en el culo. Rodeándome los hombros, miró a los Witton.

—¿Qué hay para cenar?

—Rosktif —era solo rosbif, pero la señora Witton parecía incapaz de pronunciar esa palabra.

—Oh, genial —murmuró Dek—. Voy a ducharme y cenamos. ¿Vienes, Will?

Asentí, dejé mi taza a medio beber a un lado y le seguí. Dek ignoró al resto de la familia y a los niños que estaban escondidos en una esquina del salón. Fue directo a la habitación, encendió la ducha, me desnudó, tuvimos un poco de sexo oral, gruñó tan alto como siempre y, tras terminar, nos reunimos de nuevo en la cocina con el resto.

Prácticamente, fue como si nada hubiera cambiado para él y, en cierto sentido, eso fue bueno. Los Witton al fin consiguieron empezar a relajarse y, a los pocos días, ya actuaban como gente normal. O todo lo normal que esa familia podía ser. Los niños jugaban en el jardín y los adultos se encargaban un poco de todo; pero ninguno abandonaba jamás los lindes de la propiedad.

Eso nos dejó a Derek a mí encargados de reunir las provisiones. Así las llamaba él, no yo, porque, al parecer, le hacía gracia hablar de nuestra casa como si se tratara de un campamento de refugiados.

—La verdad, me alegra poder ayudarles. Son buena gente —llegué a decirle un día en el taller.

Mi viejo y Dalton andaban por allí, así que Dek se había quedado de brazos cruzados cerca de la torre de neumáticos, evitando todo tipo de contacto «sospechoso».

—Sí, son muy... serviciales. Diría que incluso, sumisos. Espera, ¿eso no te resulta familiar? Ah, sí, porque es lo que hacían con mi puto padre en la granja.

Apreté la comisura de los labios y continué limpiándome las manos en el trapo.

—No han venido a casa para ser tu manada, Dek. Han venido porque, gracias a ti, es un lugar seguro y porque yo les he invitado.

—Eso no quiere decir que su instinto no les lleve a tratarme como a su líder.

—Tú te tratas a ti mismo como el líder —le corregí.

—Claro, porque soy el que manda.

—A veces no entiendo a dónde quieres llegar con esta conversación.

—A donde quiero llegar es que va a haber consecuencias de todo esto. Los Witton son los Witton y siempre lo serán.

Eso sonó a advertencia, pero yo lo ignoré. Para mí, el comportamiento de la familia era extraño, pero no más de lo habitual en ellos. No fue hasta que, una noche de comienzos de noviembre, a dos días de la luna llena, pasó algo que jamás creí que pasaría y, entonces, comencé a entender a lo que Derek se refería.

En mitad de la noche, alguien llamó a nuestra puerta. Enseguida levanté la cabeza y dejé de besar a Derek. La familia no subía jamás al segundo piso y creía que algo terrible tenía que haber sucedido. Miré a Dek y él se encogió de hombros con mucha calma. No podía ser nada malo, pensé.

Con una sábana alrededor de la cintura, me acerqué a la puerta y la entreabrí. Al otro lado había unos ojos azules que brillaban en la oscuridad.

—Neil —susurré, abriendo un poco más la puerta. Miré a sus espaldas, hacia la penumbra, pero allí solo estaba él—. ¿Pasó algo?

—No, nada —respondió. Apoyó el hombro en la pared y se cruzó de brazos—. Solo venía a preguntar si queríais compañía esta noche.

No lo entendí. La verdad, quizá para muchos fuera obvio, pero para mí no lo fue.

—¿Qué? —pregunté.

—Compañía —me dijo, arqueando sus cejas y llegando a medio sonreír—. Ya sabes, William. Tú, yo y el Alfa.

Parpadeé y, con un movimiento casi mecánico, me volví en dirección a Derek. Por alguna razón, me había esperado que saltara de la cama como un completo loco, saliera al pasillo y matara allí mismo a Neil. Sin embargo, se quedó tumbado, con los brazos estirados en las almohadas y, lo único que hizo, fue encogerse de hombros y preguntar:

—¿Te apetece?

Decir que me encontraba en shock era decir poco. Recuerdo que volví el rostro hacia Neil y que a él se le escapó un leve bufido de risa antes de fingir que se rascaba la nariz para ocultar lo graciosa que le resultaba la situación. Él me conocía y sabía lo que estaría pasando por mi cabeza.

—Gracias, Neil, pero no —conseguí murmurar.

Él asintió, se apartó de la pared y se metió las manos en los bolsillos de su chándal viejo.

—Ya sabéis donde estoy —me dijo antes de guiñar un ojo y darse la vuelta.

Lentamente, cerré la puerta y me quedé allí, mirando la madera pintada de blanco durante casi medio minuto.

—¿Por qué...? —comencé a decir, girando primero la cabeza y después el cuerpo—.

¿Por qué a los dos hombres más celosos y posesivos que conozco no les estaba importando participar en un trío, Dek? —le miré.

Sus ojos dorados brillaban como llamas en la penumbra.

—Te dije que esto pasaría —respondió—. Me tratan como a su líder.

—Eso no responde a mi pregunta —insistí, señalando la puerta con el pulgar.

—Ya sabes que tratan de hacer cosas para compensarnos por protegerlos. Pues bueno, Neil también ha querido agradecernos ese privilegio. No es para tanto —me aseguró, volviendo a encogerse de hombros—. Mis padres también lo hacían a veces: con otra persona o incluso otra pareja. Es algo normal entre los Witton —concluyó.

—Aha... —murmuré—. Y a ti no te hubiera importado... A ti —recalqué bien ese hecho—. No te hubiera importado que Neil... me besara, manoseara y me follara.

Derek ni siquiera se molestó en decir nada, solo se señaló su miembro erecto y duro como toda respuesta. Negué con la cabeza. No era capaz de entenderlo.

—Es completamente diferente, Will —dijo—. Neil está sometido a mí, sabe que yo mando y que tú eres mío. Siempre que lo haga conmigo presente y con mi aprobación, lo que pase entre nosotros tres no cambia nada.

—¿Y... el olor?

—Ufff —resopló—, el olor sería brutal. Sin duda... —y sonrió. No lo había dicho como algo malo o negativo, sino como algo digno de interés y excitación.

—No. Me refiero a mí, oliendo como Neil, después. —Me costaba expresarme incluso más de lo normal, lo cual, reconozco, parecía casi imposible.

—Ah... No. Bueno, sí, claro. Después ibas a oler un poco a él, pero nada de lo que no me pudiera encargar en un día o dos. No te preocupes por eso.

—No me preocupo —le aseguré.

Derek me hizo una señal para que volviera a la cama y, un tanto aturdido, lo hice. Me tumbé a un lado y él se dio la vuelta para cubrirme con su cuerpo y besarme.

—No es una obligación, Will. Solo algo divertido —me dijo antes de volver a besarme.

—¿Tú quieres? —pregunté.

—Siempre que sea contigo, no me importaría —respondió—. No sería diferente a usar las esposas, la cuerda, el sombrero de vaquero o a hacernos una de nuestras películas.

—A mí sí me parece muy diferente a eso.

—Pues entonces, no lo hacemos —concluyó, besándome de nuevo.

Derek no volvió a sacar el tema o referirse a ello nunca más, pero, por desgracia, Neil sí lo hizo. Justo a la mañana siguiente, cuando, en la cocina, se acercó a mí y dijo en voz baja:

—Te he cargado más el café, supuse que lo necesitarías.

Asentí, le di las gracias y acepté la taza. Ahora la casa siempre estaba un poco llena, entre los niños, los adultos y el ajetreo; pero Neil tuvo la sutileza de señalarme la puerta del jardín y acompañarme a fumar. Nos alejamos un poco hacia el cobertizo de las herramientas y, allí, Neil se cruzó de brazos y apoyó la espalda.

—Supongo que tendrás preguntas —me dijo.

—No, la verdad. Solo estoy... impresionado.

—Ya —bajó la mirada al suelo.

Al sheriff le había dado por usar aquel lugar para construir algunos muebles para la casa y ahora había virutas de madera y serrín por todas partes.

—Es complicado, ¿sabes? —murmuró sin mirarme—. Forma parte de nuestras costumbres, pero que tú y yo hayamos tenido una relación antes, puede volverlo demasiado confuso.

—Sí —reconocí.

—No hemos llegado a hablar de esto... y quizá ahora no sea el momento, pero quiero que sepas que no te guardo rencor ni te odio por haberte quedado con Derek.

Dejé la taza en la mesa de carpintero y fumé una calada. Necesitaba más la nicotina que el café en ese momento.

—Yo... me siento muy culpable. Te quería muchísimo, Neil. De verdad.

—Lo sé —asintió mientras fruncía el ceño y cerraba los ojos—. Podía sentirlo, William. Sé que me amabas con locura, y yo también lo hacía. Y quizá si Derek no hubiera sido

el Alfa, hubiera podido defenderte de él; pero no pude. —Me miró. Había humedad en sus ojos azules y brillantes—. Te mereces un hombre que pueda protegerte, y yo no soy ese hombre. Y, aunque hubieras decidido volver solo y buscarme, yo sabría que no te merezco. ¿Entiendes?

Asentí.

—Para nosotros, eso es importante —me dijo—, para los... Witton. Ser capaz de defender lo que es tuyo. Porque si no es tuyo...

—... puede ser de cualquiera —dijimos a la vez.

Neil asintió un par de veces y volvió a bajar la mirada al suelo.

—Gracias, Neil, me alegra saber que estamos bien y que, pase lo que pase, podremos ser amigos —sonaba cliché, sonaba a novela barata y a serie de televisión ñoña; pero fue lo que me salió decir y lo que dije—. De todas formas, no tienes que sentirte obligado a ofrecernos... un trato especial, ni ha visitarnos por la noche, ni nada así.

—Ah, no —negó al momento, llegando incluso a sonreír—. No lo hice por obligación, William. Es una costumbre, pero no una imposición. Lo hice porque... bueno —se rio un poco más y se pasó la lengua por los labios a la vez que miraba a un lado—. Ahora no tengo compañero, y la luna llena está cerca, y... Derek y tú estáis bastante... —Me miró y juntó los hombros en una de esas muecas tan suyas: un poco casual, un poco sexy, un poco sórdido—. Digamos que, si no os conociera de nada, hubiera subido a veros la primera noche, y quizá la segunda y la tercera... —y sonrió.

Me reí un poco pero, de pronto, me sentí mucho mejor. Tomé una bocanada y apoyé la cadera en la mesa de carpintero con la sierra a un lado.

—Eres un cerdo, Neil —murmuré.

—Sabes que sí.

—Creía que odiabas a Derek.

—Le odio —afirmó—, pero eso no quiere decir que ahora no sea mi Alfa y que no esté dispuesto a lamerle las pelotas hasta quedarme sin saliva.

—Derek solo la mete —dije, arqueando un poco las cejas mientrasladeaba el rostro.

—Sabes que no le digo que no a un poco de diversión por la puerta trasera. Y, de todas formas, la gracia es que tú también estás ahí... —me recordó—. Seguro que encontrábamos una manera de entendernos muy bien entre los tres...

Y, en ese momento, preferí coger mi taza de café e irme a la puerta mientras le dedicaba una mueca divertida. Preferí irme porque, como Neil había dicho, se acercaba la luna llena y el cobertizo empezaba a oler a sudor cálido y suave. Conocía ese aroma y sabía lo que significaba y yo no estaba seguro de que quisiera promover aquello.

Bueno, la verdad es que sí estaba seguro: seguro de que no quería.

Podía llegar a entender la erótica y excitación de encontrarme entre dos hombres como eran Neil y Derek, pero eso no significaba que quisiera llegar a hacer esa fantasía realidad. No había mentido a Dek cuando le había dicho que yo no compartía a mi hombre con nadie, y no le menté cuando le dije:

—Lo siento, pero no quiero participar en tríos. Ni ahora, ni nunca.

Derek dejó de tamborilear las manos sobre el salpicadero y mover la cabeza al ritmo de *We Will Rock You*, de Queen. De pronto, bajó el volumen de la radio al cero y me miró. Un jadeo de risa se le escapó de los labios y arqueó las cejas.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Y eso que te acabas de sacar de la nada?

—Llevó todo el día dándole vueltas —reconocí, mirando de nuevo al frente, a la carretera lluviosa—. Sé que a ti te gustan esas cosas, pero a mí no.

—Vale... —asintió lentamente y colocó una pausada mano en mi muslo—. Will, te lo he dicho. A mí me da igual. Tú eres todo lo que necesito.

—¿Seguro? —insistí, echándole una rápida ojeada—. Entiendo que te excite la idea, a mí también me excita, pero sé que nunca querría probarlo de verdad. Quizá sea demasiado clásico y aburrido para abrir la pareja como hacen en la ciudad.

—Will, no te ofendas, pero serían solo tríos casuales, no meternos de cabeza en el poliamor. Son cosas diferentes —me acarició la pierna con cariño y siguió sonriendo—. Y me parece bien, me gusta que seas un hombre clásico y aburrido y por eso te amo tanto.

Apreté las comisuras de los labios y le miré de nuevo.

—¿Seguro?

Derek asintió y pude notar su convencimiento y la verdad dentro de mí. Con un suspiro y una palamada en mi pierna, dijo:

—Así que por eso estábamos tan inquietos y apesadumbrados hoy, ¿eh? Pensé en preguntarte, pero quizá te parecía mal que me metiera. Ya sabes, con nuestro vínculo es complicado saber donde empiezan los sentimientos de uno y terminan los del otro.

—Ya, a veces es un poco compl... ¡JODER! —di un volantazo repentino y pisé el freno con todas las fuerzas.

La furgoneta derrapó por la carretera y se quedó a un metro y poco de caer el pequeño desnivel del arcén y estrellarnos contra uno de los árboles. Cuando el mundo se detuvo, miré a Dek para asegurarme de que estuviera bien y después miré a nuestras espaldas, hacia la persona responsable de todo aquello. Derek no lo dudó, gruñendo y con los dientes apretados, salió de la furgoneta y dio un fuerte portazo.

—¿¡Qué cojones haces!?! —rugió bajo la lluvia—. ¡Casi matas a MI COMPAÑERO!

Salí del furgón y miré al hombre, completamente desnudo, que se cayó de rodillas sobre el cemento de la carretera y alzó las manos. Respiraba con fuerza y miraba el suelo con unos ojos que no podían ser de otro que no fuera un Witton.

—¿Patrick? —pregunté, acercándome un par de pasos.

El joven me miró un instante y asintió antes de agachar de nuevo la cabeza. Me había costado un poco reconocerle al principio porque, primero, su pelo normalmente rizo y denso, estaba completamente mojado y desperdigado por su rostro; y, segundo, porque había adelgazado bastante, palidecido y perdido una oreja. Aunque, por cómo tenía el cuerpo lleno de moratones y cortes, aquel no había sido ni el mayor de sus problemas.

—¿Le conoces? —me preguntó Derek, atrayéndome hacia él y pegándome con fuerza a su cuerpo.

—Sí, es Patrick, uno de los chicos que venían desde la granja a traernos los coches averiados —le expliqué—. Joder, me has dado un susto de muerte —reconocí—. ¿Qué hacías parado en mitad de la carretera, bajo la lluvia?

—Quería hablar —respondió con una voz ronca, sin bajar las manos ni subir la mirada del suelo—. Yo... Mi Clan necesita ayuda. Por favor. Somos neutrales. Lo juro.

Sonaba desesperado, pero, últimamente, todos los Witton sonaban así.

—Si sois neutrales, no deberíais tener problemas —dijo Dek, no muy interesado en lo que el joven pudiera decir. Aunque sí le preguntó—: ¿y por qué no te conozco?

—Patrick tiene diecinueve, cuando tú te fuiste de Greyfalls, todavía era un niño —le expliqué yo.

Dek murmuró un bajo: «Ahm...», y se dio por complacido.

—Están empezando a atacar a los neutrales —nos dijo, atreviéndose a mirarnos un instante antes de arrepentirse y agachar la cabeza—. Nos presionan para tomar partido, pero es una muerte segura.

Ya conocíamos esa historia, Neil y su familia nos la habían contado la noche que habían llegado. Al parecer, el poder estaba demasiado disgregado y había demasiados

aspirantes a líder. La guerra se había vuelto una completa locura y ya nadie estaba seguro.

—Han matado a mi padre —continuó. La voz se le rompió y perdió el aliento—. Y también a mi primo Tom y a Isabella. Atraparon a la pequeña Pam y la torturaron delante de casa para obligarnos a salir de ella. Estuvo gritando toda la noche... —y ahí se detuvo, incapaz de seguir hablando sin que la voz se le rompiera con sollozos incontrolables—. Por favor... —terminó rogando.

Miré a Derek y él me devolvió la mirada. No hicieron falta palabras, ambos sabíamos lo que el otro sentía.

—De acuerdo —murmuró, pero con cierto escepticismo. Si fuera por él, Patrick hubiera vuelto a casa y llorado hasta dormirse—. Tráelos a casa.

Patrick levantó la mirada y no paró de asentir durante casi diez segundos.

—Gracias, Alfa —le dijo, levantándose de un salto para caminar hacia el bosque—. Iremos ahora mismo, cuando todavía hay luz.

Cuando volvimos al furgón, Derek resopló y se pasó una mano por su pelo mojado.

—Esto es un error, Will.

—A mí no me parece un error —respondí, poniendo un poco la calefacción antes de arrancar el motor.

—Porque no lo entiendes. Los Clanes van a creer que estoy reuniendo a mi propio ejército.

—¿Y crees que podrían unificarse contra nosotros y atacarnos? —pregunté.

—Pfff, ¡claro que no! —frunció el ceño y negó como si acabara de decir una completa locura—. No tienen cojones a atacarme.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es que esto va a afectar a la guerra de la granja, y te dije que yo no quería que tomáramos partido en ello.

—No creo que estemos tomando partido —murmuré, conduciendo a un ritmo mucho más lento y sin apartar la mirada de la carretera ni un segundo—. Creo que estamos ayudando a gente que, como nosotros, tampoco quiere tomar partido y que no se merece que asesinen a sus seres queridos.

—Pero así es la guerra, Will —insistió—. Es lo que ellos crearon, es el mundo en el que viven. Cruel, salvaje y sin misericordia. La ley del más fuerte. Matar o morir, ¿recuerdas?

—Derek —le dije—. Si dejas que esa gente que necesita ayuda, muera, si no haces nada y solo miras como se destruyen entre ellos, es cuando realmente participas en el mundo que tanto detestas. Tienes el poder de marcar la diferencia. Úsalo.

Dek se quedó en silencio, mirando la carretera, el bosque y la lluvia que empapaba los cristales.

—¿Dónde estaba este Will cuando le hablaba de la revolución social y la lucha de género? ¿Eh? Entonces, lo único que me decías era que una persona no puede cambiar el mundo.

—No es lo mismo —negué—. Yo no tengo el poder mágico de hacer que la gente me obedezca solo porque lo ordene.

—¿Ves? Ahí te equivocas —me dijo, dando una palmada antes de mirarme—. Todos tenemos voz, pero pocos la usan, porque es mucho más fácil quedarse mirando y decirse a uno mismo que «una persona no puede cambiar el mundo».

Tomé una bocanada de aire y le miré por el borde de los ojos.

—Estás siendo injusto.

—¿Injusto? —se le saltó la risa—. ¿Sabes que es injusto, Will? Que yo tenga que fingir que tengo una exnovia en la ciudad y que tú finjas que tienes una chica en... ¿Dónde era? ¿Green Peaks? Eso es lo injusto, que no pueda darte un beso en público ni casarme

contigo, aunque te ame más que cualquiera de los paletos de este puto pueblo aman a sus mujeres. Pero claro, eso te parece bien, la guerra de los Witton, no.

Negué con la cabeza, pero no dije nada, porque Derek estaba sacando las cosas de quicio y no merecía la pena discutir al respecto.

—¿Sabes qué, Will? —continuó, apoyando el codo en el respaldo del asiento compartido antes de girarse hacia mí y mirarme—. Ya que quieres cambiar el mundo, ¿por qué no le dices a tu padre que yo no soy tu mejor amigo, sino el hombre que te come la polla y duerme a tu lado cada noche?

Apreté el volante entre la manos y le dediqué una seca mirada por el borde de los ojos.

—Tienes el poder para hacerlo, para ser libre. Úsalo...

—¿Tanto te ha molestado lo de Patrick? —pregunté.

—No, pero, ya que ahora eres un revolucionario, quiero que des ejemplo y hagas justicia; porque si no haces nada y solo miras como se destruyen entre ellos, es cuando realmente participas en el mundo que tanto detestas...

—Estás enfadado —murmuré, pero eso era algo que ambos sabíamos.

—Sí. Y si tú no le dices la verdad a tu padre, yo no aceptaré a ningún Witton en nuestra casa.

Detuve el coche en seco y le miré, esta vez sin sutilezas.

—Es justo, ¿no crees? —me dijo—. Así ambos ponemos nuestro granito de arena para cambiar el mundo en el que hemos crecido y que odiamos.

—Así que prefieres que mi padre me odie a salvar a esa gente.

—No, lo estás entendiendo mal, Will. *Tú eres* el que prefiere estar a salvo que salvar a esa gente...

—No puedes obligarme a hacer eso —lo dije con convicción, pero en mi interior había un silencioso ruego.

—Sí puedo, ¿recuerdas? —respondió. Ya no sonreía, solo me miraba con aquellos ojos como oro líquido y ardiente—. Soy el Alfa.

Negué con la cabeza y los ojos se me humedecieron.

—Cuando termine la guerra.

—No, ahora.

—Dek...

—A mí me da igual —se llevó una mano al pecho y puso una mueca inocente—. Eres tú el que quiere protegerlos. Por mí podían morirse todos mañana mismo en mitad de un baño de sangre y vísceras, y me tomaría mi café tan tranquilamente.

—Por favor... —eso si fue un ruego, porque sabía que lo decía en serio. Podía sentirlo, al igual que el sentía lo que yo tenía dentro—. No puedo...

Derek movió su mano y, con el reverso del dedo, me limpió una lágrima de la mejilla.

—Te amo más que a nada, Will —me dijo—, pero a veces te olvidas de quién soy. Hago solo lo que quiero y cuando quiero... y ahora quiero que le digas a tu padre que me amas, o que dejes morir a cada Witton de Greyfalls. Tú decides.

Cerré los ojos y miré al frente. Entonces, tomé una bocanada y arranqué el motor. Cuando alcanzamos la última carretera antes de llegar a nuestra casa, me detuve frente a una valla de madera y miré el interior iluminado por la luz azulada de la televisión. Derek estaba a mi lado y me miraba. Sus ojos brillaban en la penumbra de esa forma extraña, como lo hacían en la luna llena, cuando no era del todo humano.

—¿No tienes miedo a que te odie después de esto? —le pregunté.

—Yo no le tengo miedo a nada, Will —murmuró—. Y no vas a odiarme, porque en el fondo soy justo como quieres que sea: grande, fuerte, irreverente, salvaje, estricto, impredecible y un poco cruel, pero solo por tu bien —sonrió.

—Pareces muy seguro de eso. Esperemos que no te equivoques.

Salí del coche y cerré de un golpe seco.

—Estamos predestinados, ¿recuerdas? —me dijo, siguiéndome bajo la lluvia en dirección al pequeño pórtico de madera—. Estoy hecho para ti, así que no puedo ser algo que no quieras que sea.

No dije nada, simplemente me detuve frente a la puerta de madera y la golpeé un par de veces. Oí un distante:

—¿Willy?

—Soy yo, papá. No te preocupes —respondí a buen volumen, para que me oyera.

No tardó demasiado en abrir la puerta con una sonrisa y una expresión sorprendida. Llevaba solo una camiseta vieja y los pantalones de chándal con los que le gustaba mirar la tele, porque ya estaban tan sucios que no merecía la pena lavarlos, así que seguía comiendo pizza, ganchitos y cerveza encima de ellos una y otra vez.

—Vaya, chicos, qué sorpresa. ¿me dijiste que vendrías? —preguntó de pronto, frunciendo el ceño y mirándome—. No, ¿verdad? Porque ya sabes que a veces me habláis en el taller y no me entero muy bien.

—No, papá. Solo vine un momento a hablar contigo, ¿te importa?

—No, no, no... —negó al momento, haciéndose a un lado—. La verdad es que me vendrá bien, estoy un poco cansado de mirar la televisión. Ya sabéis, con toda esta locura del asesino en serie, el *Chips* y el *Gryzzlei* cierra nada más caer el sol... Greyfalls ya no es tan divertido como solía ser. ¿Queréis una cerveza?

Ya estaba de camino a la cocina, hablando solo y esperando a que le siguiéramos. Derek puso una mano en mi espalda y me empujó un poco hacia delante, pero con suavidad. Entonces agité la cabeza y seguí a mi viejo.

—Papá, quería contarte algo. Es mejor que te sientes.

Mi padre se detuvo y me miró, medio inclinado sobre la nevera abierta. Su expresión era de pura perplejidad. No me sorprendía, yo me estaba portando de una forma muy extraña. Para empezar, había una mueca de ceño fruncido en mi rostro.

—Vale... —murmuró, cerrando la nevera antes de moverse hacia la silla y sentarse.

Para entonces, yo ya tenía un pitillo en los labios. Lo encendí y fumé una buena calada antes de rascarme una ceja con el meñique.

—Ya tengo veintinueve años y creo que ha llegado el momento de que sepas la verdad

—comencé, pero sin mirarle. No era capaz de mirarle—. Yo... —no—. Lo que... —no—

. El caso es... —no.

—Me estás empezando a asustar un poco, Willy —murmuró mi padre, pasando su mirada de mí a Dek, quien solo se cruzaba de brazos y mantenía una ligera sonrisa en el rostro.

Al fin, me volví un poco hacia Derek y le señalé con el pulgar de la mano con la que sostenía el pitillo.

—Querías conocer a mi novia guapísima, graciosa y a la que amo con locura. Bueno, pues aquí está —lo solté sin más, mirando al suelo y terminando por fumar una calada y echarla a un lado.

Mi viejo tardó en pillarlo, la verdad. Miró a Derek y frunció más el ceño.

—¿Qué?

Volví a rascarme la ceja.

—Que... Derek no es mi amigo, papá. Y Neil tampoco lo era...

Entonces algo hizo «click» en su cabeza y, de pronto, se levantó tan rápido que tiró la silla al suelo. Retrocedió hasta la encimera y se quedó mirándonos como si fuéramos el mismísimo anticristo llegado a la tierra.

Levanté la mano en un gesto de «es que lo sabía» y negué con la cabeza. Me di la vuelta. No quería mirarlo, no quería ver la decepción en el rostro de mi padre. O, peor, el asco.

– Lo siento – fue lo único que pude decirle – . Vámonos – añadí, haciendo una señal a Derek para que me siguiera hacia la puerta.

– William – me llamó una voz antes de que saliéramos.

Me giré y vi a mi padre de pie en el pasillo.

– No vuelvas por el taller – dijo.

Asentí, bajé la mirada y me fui.

Ese 18 de octubre de 1978, fue la última vez que hablé con mi padre.

El 3 de febrero de 1999, murió de un ataque al corazón.

El 4 de febrero de 1999, llevé flores a su tumba y volví a pedirle perdón.

El 20 de marzo de 1999, el banco vendió el local de Parks Motors a una franquicia y el taller se convirtió en el nuevo McDonald de Greyfalls.

Navidad de 1978

Derek se quedó muy silencioso después de lo de mi padre. Me abrazó mucho, me besó y me dijo:

–Has sido muy valiente y estoy muy orgulloso de ti. Sabes que yo siempre te amaré. Yo asentía y lloraba en silencio. Esa noche me fumé una cajetilla entera en el porche, pensé en el futuro y miré la luna casi llena entre las nubes oscuras. Derek se equivocaba, el mundo no había cambiado en absoluto; mi vida, por el contrario, sí lo haría.

En noviembre, di de alta mi propio negocio en el ayuntamiento y lo empecé en el viejo granero al lado de casa. Muchas cosas habían empezado en ese granero, así que, de alguna forma, me pareció el lugar apropiado para comenzar. Rodeado de coches viejos, sudado y manchado, Derek me sacó una foto cuando no miraba. «Greyfalls, 1978», la tituló.

–Vas a necesitar esta foto cuando seas millonario y quieras recordar a todos que empezaste por lo más bajo – me dijo.

Eso nunca ocurrió, lo de hacerme millonario, digo. Sí que ganamos muchísimo dinero, pero a mí me faltaba ambición y jamás llevé el negocio mucho más allá de Yellow Hill. Me sentía cómodo en mi pequeño mundo y ganábamos de sobra para vivir una gran vida; así que a mí me valía. Esa foto, la primera que me hizo, se fue directa al tablón que compré cuando abrí el primer concesionario. William Cars, lo llamé.

–Joder, en tu familia no hay mucha imaginación para los nombres, eh – me dijo Derek por aquella, orgulloso de mí, pero negando con la cabeza mientras miraba el brillante cartel.

Pero me estoy adelantando, eso no pasaría hasta 1981; en esas primeras semanas de navidad de 1978, yo solo tenía un par de coches hechos pedazos, un granero y muchas ganas de trabajar. Siempre había pensado que Dalton tenía razón al decir que muchos de los coches que se llevaban al desguace, solo necesitaban un par de repuestos, una capa de pintura y un poco de cariño para volver a estar como nuevos; y eso era lo que me había propuesto hacer.

Mientras tanto, el nuevo Clan de Patrick ya se había asentado en casa. Estábamos un poco apretujados, pero se acercaba la nieve y no podían simplemente acampar en el terreno, como Derek propuso en un inicio. Eran ocho más cinco niños, estaban desnutridos, cansados y asustados. No iban a poder sobrevivir el duro invierno de Greyfalls a la intemperie.

Aunque había momentos en los que incluso hubiera deseado haberlo permitido.

–¿Qué haces aquí, Patrick? – le pregunté, abriendo la puerta de mi habitación.

El joven había recuperado el tono sonrosado de mejillas, su pelo rizo y alborotado de color castaño, el leve brillo de sus extraños ojos verdes y la tímida sonrisa. Aunque no debía ser muy tímido si era capaz de presentarse en mitad de la noche y completamente desnudo en nuestra habitación.

–Hola, Will, ¿necesitáis compañía? – me preguntó. Movía los dedos con cierto nerviosismo para taparse con los rizos la oreja que le faltaba y me miraba, a mí y a la enorme figura que había en la cama.

–¿Tú no...? – me detuve y bajé la voz. Una vieja costumbre que nunca pude evitar –. ¿Tú no tenías novia? Cindy Mills. Siempre le hablabas a mi padre de ella.

–Oh, sí – afirmó. Movía un poco los pies y cada vez estaba más sonrojado. Quería parecer mayor y maduro, sin embargo, solo conseguía lo contrario –, pero lo dejamos antes de verano. Ya sabes... ella quería algo más serio y yo quería pasarlo bien – y me hizo un gesto de esos que hacían los chavales por entonces, moviendo las manos como si estuviera surfeando o algo así.

—Pero... —murmuré, señalándome a mí y a Derek a mi espalda—. Nosotros somos...
—La bisexualidad existe, Will —anunció Dek mientras se llevaba las manos tras la cabeza.

—Ah... —comprendí.

Patrick me hizo un gesto de pistolas y las disparó mientras me guiñaba un ojo y chiscaba la lengua. Ese gesto lo conocía porque se lo había copiado a Derek.

—Gracias, Patrick. Eres un chico muy guapo —le dije, señalando lo obvio, porque el joven era toda una belleza americana de cuerpo atlético y, sinceramente, miembro inesperadamente gordo—, pero Dek y yo no hacemos esas cosas.

Patrick perdió la sonrisa y me miró con una expresión entre la sorpresa y la profunda decepción.

—¿No? Oh... vaya —nos miró a ambos y empezó a golpearse los puños en un acto inconsciente y pensativo, solo para no quedarse quieto—. Pues tenía unas ganas horribles de haceros... de todo —murmuró.

—Gracias —repetí, supongo que porque no sabía qué más se decía en una situación como aquella.

—Emh, si queréis solo me quedo a mirar...

—Gracias, Patrick —y cerré la puerta.

—No te hagas el digno, Will —me dijo Derek, con las manos tras la cabeza y marcando sus gruesos bíceps. Estaba desnudo, con la manta cubriéndole hasta la mitad de los abdominales marcados y una sonrisa sórdida en sus labios rusos—. No sería la primera vez que haces guarradas delante de otros.

—No —reconocí mientras me quitaba el pantalón del pijama y me unía a él bajo las mantas—, pero esos eran extraños, no un chico que conozco desde hace años y que ahora vive en mi casa.

—¿Viste lo gorda que la tenía? —preguntó—. Sinceramente, tuve curiosidad por saber si se haría más gruesa cuando se le pusiera dura o no, pero no pregunté para no darle esperanzas.

—Hiciste bien —respondí, dándole un beso en los labios—. A mí sí se me pone más gruesa cuando me excito...

—Mmh... —gruñó, acercando el rostro para morderme de forma juguetona—. A ti no se te pone más gruesa, Will, a ti se te pone monstruosa...

Me reí.

Pocas noches después de esa, recuerdo despertarme en la penumbra y, soñoliento, ir a mear. Al volver a la habitación y apagar la luz del baño, vi una enorme sombra en la ventana. Estaba de pie, a dos patas, perfilada por la luz plateada de la luna llena. No vi mucho, solo su contorno algo peludo y de brazos alargados terminados en extrañas manos con garras.

No grité, solo cerré los ojos y aparté el rostro.

—Me has asustado, Dek —murmuré.

—Perdona —respondió una voz gutural y profunda.

Unos pesados pasos resonaron sobre las tablas del suelo, seguidos de un sonido a rasguños. La habitación olía a fuerte almizcle y sangre.

—Están ahí —me dijo—. Esperando. Quieren que. Vaya.

Con una de esas manos monstruosas, señaló la ventana. No quise mirar la garra curvada y negra que terminaba un dedo alargado y velludo; solo asentí.

—¿Y se van a quedar allí esperando por ti toda la noche?

—Sí. Creen que. Soy su Alfa.

Me eché en la cama y miré la almohada. Me valía cualquier sitio, cualquier punto menos la ventana, la luz de la luna y los enormes ojos dorados que brillaban en la oscuridad casi a la altura del techo.

– Bueno, tú los proteges de la guerra. Es normal que te respeten.

– Pero yo no... quiero ser su Alfa.

– No tienes que serlo.

Un aullido rompió el silencio de la noche.

– Me llaman – dijo, dando otro paso hacia la ventana –. ¿Los oyes?

– Sí, los oigo – murmuré.

– Quiero ir. Quiero cazar... pero no puedo. Si lo hago, seremos manada.

Asentí y tomé una buena bocanada de aire.

– Con suerte la guerra terminará pronto – le dije –. Ven, tumbate en la cama. No te va a sentar bien quedarte mirándoles toda la noche.

Me hice a un lado, acercándome todo lo que pude al borde del colchón, mientras oía el sonido de unos pesados pasos, un crujido de madera y un rasguño de garras. Los enormes ojos dorados que brillaban con luz propia descendieron y se quedaron muy cerca de mi rostro. La cama se hundió bajo el peso de un cuerpo extraño, demasiado grande para caber entero. Un aliento cálido me azotó el rostro a cada respiración; pero eso no fue nada en comparación con la lengua áspera y grande que me lamió el rostro.

– Dek... – murmuré, limpiándome una saliva densa y viscosa –. Sabes que no me gusta que hagas eso.

– Te quiero – me dijo.

– Y yo a ti.

– Lo sé... – y en ese momento puso la mano sobre mi pierna.

Pude sentirla, la piel rugosa en la palma y el pelo que cubría el resto. Cerré los ojos y tragué saliva. No me daba miedo, solo me hacía sentir muy incómodo.

– ¿Quieres follar? – preguntó.

– No, así no.

– La última vez. Te gustó.

– No, el... – me detuve –. La otra vez no sabía que ya habías cambiado.

– Sí. Lo sabías.

– No. Me... empecé a dar cuenta sobre la mitad, más o menos.

– Lo sabías – insistió.

– Estaba de espaldas, Derek. No me di cuenta.

– Puedes ponerte. De espaldas. Ahora.

– Ahora lo sé.

– La otra vez. También lo sabías.

Tomé aire y me giré un poco para mirar el techo.

– ¿Es por algo especial? Querer follar así, digo. Siempre me lo preguntas.

– Es fácil quererme. Cuando soy grande, fuerte. Y guapo. Pero no es fácil. Así – me dijo –. Pero esto es. Lo que soy.

– Yo te quiero igual – murmuré –. Ya lo sabes.

– Mi abuelo decía. Que la luna llena sacaba. Nuestra verdadera forma. Que la piel humana. Era solo un disfraz.

– ¿Tu abuelo el siberiano sádico con cien hijos decía eso? Vaya... qué sorpresa.

Dek se rio, pero de aquella forma tan extraña: jadeante, algo descontrolada y baja.

– Si me quieres. Igual. ¿Por qué nunca. Me miras? – preguntó entonces.

– Joder, Derek – terminé diciendo.

Entonces me moví para pasar por encima de él y encender la lamparilla.

– ¿Contento? – pregunté, mirando sus ojos dorados.

Dek se pasó la lengua por el hocico.

– Estaría más contento. Si me montaras – respondió con esa voz gutural y ronca, la cual, producía casi sin mover la boca de enormes colmillos y dientes afilados.

– Quizá otra noche. ¿De acuerdo?

Dek asintió y, con una de sus manos alargadas y terminadas en garras, apagó la lamparilla.

Los Witton no se parecían a nada que saliera en las películas o las series de televisión. Eran peores que eso. Mucho peores.

A las puertas de navidad, ya había empezado a nevar y el mundo se volvió un lugar oscuro, frío e inhóspito. Anocheceía mucho antes y, cada mañana, dolía un poco más levantarse de las sábanas calientes y acogedoras. Yo ya no tenía horarios que cumplir, pero me gustaba seguir despertándome a la misma hora, hiciera el tiempo que hiciera.

El sheriff y Neil hacían lo mismo, quizá tan acostumbrados como yo a madrugar. Me los encontraba en la cocina y tomábamos un café, cada uno en una esquina de la mesa, mientras yo fumaba y charlábamos de tonterías. Después, se nos unía la señora Witton con su marido y Cherry y sus hijos.

Todos me miraban primero y asentían con respeto, pero, aparte de eso, me trataban con toda la normalidad del mundo.

Entonces llegaba Derek por todo lo alto, se acercaba a mí, me daba un beso, un cachete en el culo y nos íbamos. Nunca dirigía ni una palabra a otra persona si podía evitarlo. Simplemente, fingía que no estaban allí.

—Oír a los niños me está molestando un poco —me dijo aquella mañana. Yo conducía y él bebía de su termo, pequeños sorbos de café caliente mientras miraba a la carretera nevada.

—¿Los niños? Qué extraño, siempre se portan muy bien —respondí.

Eran como seis o siete, y todos tenían la energía de un huracán, pero la gastaban toda arrasando con el campo nevado y, para cuando llegaban a casa, ya no les quedaba mucho fuel que quemar.

—No, no los de casa, los de fuera —me explicó con un gesto vago.

Giré un momento la cabeza hacia él.

—No hay niños fuera.

Dek resopló y negó, pero no dijo nada más al respecto. Yo, por el contrario, me quedé pensando en ello durante todas las compras y el camino de vuelta a casa. Incluso cuando trabajaba en el granero y, mis ojos, se dirigían inconscientemente hacia la gran puerta abierta, el bosque nevado y la colina más allá.

—Frans —dije al joven de cuclillas que cambiaba una de las ruedas—, ¿tú oyes a algún niño ahí fuera?

Él levantó su mirada de ojos marrones y brillantes, como el color del chocolate y las avellanas. Se quedó en silencio y después respondió un simple:

—No —antes de volver al trabajo.

—Ahm —asentí, bajando la mirada a la caja de cambios del Ford que arreglaba.

Aquella era la clase de conversaciones que Frans y yo manteníamos tras su llegada junto con Patrick. Creía que era un primo suyo o algo así, nunca estuve seguro, de lo que sí estuve seguro era de que le gustaba la mecánica, no tenía miedo a mancharse las manos y que aprendía muy deprisa.

—Neil, señor Witton —les dije a media tarde, acercándome al aserradero donde ambos trabajaban normalmente—. ¿Vosotros habéis oído a unos niños alrededor de la casa?

Eran cinco hectáreas de terreno, pero incluso eso se hacía pequeño cuando no podías ir a ninguna otra parte; así que tratabas de mantenerte ocupado con cualquier cosa.

—Solo a los nuestros —respondió el sheriff—, pero nosotros somos hombres. Si quieres estar seguro, ve a preguntarle a Clara.

Y eso hice.

—Disculpa, Clara —le dije, interrumpiendo su trabajo en el invernadero.

Yo había creído que aquello no era más que un montón de plástico apretujado en una de las esquinas del terreno, pero resultar ser un intento frustrado de jardín cubierto que los Witton no dudaron en reconstruir y revivir.

La mujer se volvió y sonrió. Era una preciosidad de pelo cobrizo, ojos anaranjados y dientes blancos con colmillos gruesos. También era la madre de los sobrinos de Neil y la mujer de su hermano Daniel.

—Hola, Will, ¿ha ocurrido algo? —respondió, girándose con las manos manchadas de tierra.

—No, nada. Solo quería saber si has oído a unos niños fuera de la propiedad.

La joven perdió la sonrisa y frunció el ceño.

—¿Te refieres a otros niños o a los nuestros?

—Otros, creo.

Clara fue a por un trapo y se limpió las uñas sucias y la tierra húmeda. Con determinación, me siguió al exterior y, juntos, fuimos al borde oeste de la hacienda. Allí tomo una buena bocanada del aire frío y miró al horizonte. Hizo lo mismo veinte pasos después, y otros veinte más; pero siempre dentro de los lindes de la propiedad.

—Allí —señaló entonces, en dirección al bosque nevado—. Todavía hay pisadas en la nieve —señaló después, aunque, para mí, fuera algo imperceptible—. Se acercan de noche y se quedan parados... allí —una pequeña caseta de animales en ruinas.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué hacen aquí?

Ella me miró.

—Lo que hacemos todos, Will: sobrevivir.

Aquellas palabras me incomodaron un poco, pero no tanto como descubrir que había niños merodeando por los alrededores de la casa de noche. En mitad del invierno. Sin ningún adulto con ellos.

Cuando la noche cayó, volví a ese punto de la hacienda y esperé con una linterna en una mano y una bolsa de comida en la otra. Apuntaba los árboles a lo lejos y la cabaña destruida. Tiritaba, pero me encogía dentro de mi cazadora de invierno y seguía esperando.

—No van a salir si te ven, Will —me dijo una voz grave a las espaldas antes de abrazarme y besarme el cuello.

—Sigo sin entender por qué están aquí —le dije a Dek.

Él se encogió de hombros.

—Los habrán mandado sus padres para intentar protegerlos.

—¿A la intemperie en mitad del invierno? —me volví un poco y miré sus ojos brillando incluso en la oscuridad de la noche.

—Nuestra casa es como «la cuarta dimensión», un universo alterno a la realidad del mundo —me trató de explicar, pero usando sus propias referencias televisivas—. Aquí no hay guerra ni muere gente, así que mandan a sus hijos lo más cerca del portal entre dimensiones, con la esperanza de que los hombres malos no les den caza y les maten.

—¿No sería más fácil pedirnos que los cuidemos?

—Mmh... —murmuró—, pero ellos no saben si yo estaría dispuesto a hacerlo, o el precio que podría pedirles a cambio. Solo saben que estoy aquí y que soy demasiado poderoso.

Tomé una bocanada de aire frío y miré el bosque nevado y a oscuras.

—Se van a morir allí solos, Dek.

—Sí.

—Y quizá deberíamos evitarlo.

—Quizá.

—¿Te importaría que los trajéramos aquí?

— Es tu casa, Will, no la mía.

— No me refería a eso.

— Ah... — suspiró —. La verdad, Will, después de lo que pasó con tu padre, creo que ya no tengo derecho a negarte nada; así que todo lo que decidas me parecerá bien.

Asentí.

— Vayamos a buscarlos — murmuré, acercándome a la valla de madera.

Eran once niños, de todas las edades, todos del mismo Clan; o eso es lo que nos dijeron los dos más mayores. Derek arqueó las cejas y sintió un cierto ramalazo de sorpresa cuando oyó el nombre de sus padres.

— Gente importante, un Clan poderoso — me diría después en la intimidad de nuestra habitación —. Que hayan mandado a sus hijos aquí solo significa que la guerra se está volviendo un conflicto a campo abierto.

Les ayudamos a cargar las pocas cosas que tenían escondidas en las cabañas improvisadas donde habían dormido. Tiendas de campaña de verano, demasiado finas para el invierno, donde se apretujaban entre ellos y tiritaban, tratando de entrar en calor.

— Edmond sigue dormido — nos dijo una de las niñas, sosteniendo entre los brazos a su hermano de dos años —. Está muy cansado.

Dek y yo nos miramos. Derek puso una mano en el hombro de la niña y negó con la cabeza.

— Está muerto — le dijo.

Sonó fuerte y directo, pero ella bajó la cabeza hacia el rostro pálido y de labios azules del niño y lloró en silencio. Después, simplemente asintió. Quizá era algo que ella ya sabía, pero prefería continuar mintiéndose a sí misma al respecto.

Nos llevamos a los once niños de vuelta a casa y, allí, ya nos aguardaban el resto de los Witton. Miraron a los jóvenes un par de segundos y, en el momento en el que Derek dijo: «se quedan», les ayudaron en todo lo que pudieron. Les dieron de comer, los pusieron al lado de la chimenea, les rodearon de mantas y les dijeron que todo iría bien, que ahora estaban a salvo.

Aun así, los pequeños continuaron durmiendo ellos solos, apretujados los unos contra los otros, como hacían en su fría tienda del bosque. Únicamente los dos más mayores hablaban o trataban de mezclarse con el grupo de treinta y seis personas que ahora habitaba en mi casa.

No voy a mentir, la antigua hacienda del señor Johnson era grande, pero no estaba hecha para contener a una cantidad de gente como aquella. Muchos de los adultos compartían habitación, cinco o seis en la misma, o se apilaban en el salón y el comedor, extendiendo improvisadas camas por el suelo, allí donde podían. A mí me parecía un poco incómodo; pero a los Witton no parecía importarles. A los niños, por otra parte, les encantaba la casita de mantas que les habían hecho en el pasillo inferior, al lado de las escaleras. Era como su pequeño castillo inexpugnable o su cabaña secreta.

A finales de ese mes, terminando aquel extraño año, recibimos otra visita inesperada.

Fue a media noche y, como otras veces, en el momento menos oportuno. Llamaron a la puerta y resoplé, llegando a poner los ojos en blanco. Derek, por el contrario, no dejó de gruñir y mover la cabeza de arriba abajo, cubriendo mi miembro con una boca empapada y de espeso bigote rubio.

— Espera — jadeé, agarrándole del pelo y tirando de él. Yo estaba a horcajadas sobre su pecho y, Derek, esposado al cabecero de la cama.

Me miró con sus ojos dorados y brillantes y se relamió.

— Espero que no sea uno de los adolescentes preguntando si necesitamos compañía — me dijo.

Fruncí el ceño y puse una leve mueca de asco. Más les valía que no, porque entonces sí me iba a enfadar.

Me aparté de encima de él y busqué algo con lo que cubrir mi erección. Al final opté por un simple cojín que me puse delante de la entrepierna antes de dirigirme a la puerta. La abrí solo un poco y miré la oscuridad al otro lado.

—Lo siento mucho, Will —me dijo el sheriff desde las sombras. Podía ver sus ojos azules, pero no su cuerpo—. Hay un grupo de personas fuera.

—¿Qué? ¿Quién? —me giré hacia Derek y miré su rostro impassible. Incluso allí esposado y desnudo, parecía que nada pudiera hacerle daño—. Vale... danos un minuto, por favor —respondí antes de cerrar la puerta.

Derek suspiró y echó la cabeza sobre la almohada.

—Los putos Witton siempre tan importunos —murmuró.

No dije nada, solo me apresuré a liberarle y vestirme. Cuando salimos al exterior, el frío nos azotó con fuerza en el rostro. La noche era oscura y la única luz que se veía era la que salía de nuestra casa. Derek me rodeó los hombros y empezó a caminar por la nieve.

El «grupo» nos esperaba en la carretera, justo detrás de la valla. Sus ojos eran como estrellas en la más profunda negrura, bastante perturbador de mirar si no estabas acostumbrado a los Witton y sus... extrañezas.

—¿Qué coño queréis? —fue lo que preguntó Derek.

Una figura se adelantó al resto. Una mujer de pelo entrecano y ojos del color de la mantequilla.

—Necesitamos asilo, Alfa. Mi Clan se someterá a ti.

Dek resopló y movió la cabeza en un gesto perezoso. Después no respondió, solo me apretó el hombro y me hizo una pregunta silenciosa.

—Emh... claro, pero no queda mucho sitio en la casa —dije, mirando a la mujer.

—Solo queremos estar a salvo, no nos importa dónde.

—Vale, quizá... en el granero. Puedo mover los coches de allí y cubrirlos con una lona.

—Perfecto —lo celebró Dek con un simple aplauso—. Ahora volvamos a cama —y me dio un cachete.

Así fueron las cosas. Aquel nuevo Clan se asentó en el granero el 30 de diciembre de 1978, el más grande que nos había visitado hasta la fecha. Rosemary, la matriarca, era una mujer seria y de pocas palabras, pero siempre se mostró muy agradecida por permitirles quedarse con nosotros.

—En cuanto pueda, iré al pueblo y compraré más mantas —le dije, entregándole las pocas que nos quedaban en la casa, algo polvorientas y con un fuerte olor a desván.

—No te preocupes, William, nos las apañaremos. Al menos, tenemos un techo sobre nuestras cabezas.

Asentí y miré el lugar. Los Witton de esa rama de la familia estaban... bastante mal. Eran como veinticinco y no había uno que no estuviera herido o, en el peor de los casos, mutilado de por vida.

—Traeré el botiquín —murmuré.

A la mañana siguiente, tomaba el café frente a la ventana de la cocina, fumaba un pitillo y miraba el granero en la distancia. No recuerdo estar pensando en nada en especial, solo que oí un golpeteo y ladeé el rostro en dirección a la puerta. El padre de Derek apareció caminando con ayuda del viejo andador del señor Johnson, su mujer le acompañaba de cerca y me dedicó un educado asentimiento y un bajo: «*Priviet*».

—¿Has visto cuantos mutilados, William? —me preguntó el señor Witton, alcanzando una silla en la que poder sentarse—. ¿Sabes lo mejor de todo?, que Derek podría haberlo evitado. Hoy mismo podría parar esta estúpida guerra, pero no quiere. Él prefiere jugar a ser periodista y olvidarse de todo, así que la familia sufre.

Eso fue lo que dijo, delante del sheriff, su mujer, Neil y otras tres personas que se quedaron completamente en silencio. Todos fingían no haberlo escuchado, pero todos tenían la misma expresión de incomodidad en sus rostros, porque todos sabían que era cierto.

—Derek es el Alfa —murmuré, fumando mi pitillo y echando el humo hacia el techo.

Su padre asintió y bajó la mirada de ojos vidriosos a la mesa.

—Gracias a Dios, yo no estaré aquí para ver el final de esta locura —dijo.

Quizá el señor Witton lo había sentido, el final de su vida, digo, porque la mañana del 7 de enero de 1979, no se despertó nunca más. Recuerdo que bajé a la cocina y estaba extrañamente silenciosa. No se oía a los niños y los adultos tomaban su café con la cabeza gacha. Incluso la madre de Neil, normalmente sonriente y dicharachera desde primera hora de la mañana, se encontraba en una esquina, terminando de cocinar las tortitas.

—William —me dijo Patrick desde la puerta. Cuando me giré, vi su expresión seria antes de que me hiciera una señal en dirección al salón.

El padre de Derek estaba en su improvisado colchón en la esquina. Su mujer estaba a su lado y le agarraba la mano. Recuerdo que no lloraba, solo estaba ahí, sentada al borde de la cama y mirando a su marido.

Tomé aire y lo solté. Ya había durado mucho, eso fue lo que pensé, quizá lo mismo que pensaba la señora Witton y que pensó Derek cuando, al bajar las escaleras, se reunió con nosotros frente al cadáver.

—Ahm... —murmuró. Lo que sentimos en ese momento fue tristeza y añoranza, pero fue algo frugal, momentáneo y pasajero—. Bueno, habrá que enterrarlo —añadió.

Su madre dijo algo en ruso, él resopló y me rodeó los hombros.

Por alguna razón, al señor Witton tuvimos que cargarle hasta el furgón y llevarle a la granja. Su madre también vino con nosotros, silenciosa y de mirada perdida en la parte trasera de mi coche. Dek me dio un par de indicaciones para tomar un camino de tierra que llevaba a una colina de la enorme propiedad de los Witton y, frente a un antiguo cementerio, nos detuvimos.

Pude notar las miradas, esas extrañas presencias que no podía ver entre los árboles y en la lejanía. Estábamos en pleno centro de la guerra, pero Derek se comportaba como si fuera un día cualquiera. Sacó a su padre envuelto en una manta y lo apoyó contra un árbol sin hojas que había allí. Nevaba y la tierra estaba demasiado dura para excavar, así que lo que hizo fue rociarlo de gasolina y pedirme mi mechero.

El señor Witton ardió deprisa y, a medida que las llamas naranjas se propagaban, también quemaron el árbol, creando una gran, brillante y vistosa hoguera.

Ninguno de los tres lloraba.

—Creo que habría que decir unas palabras —dijo Derek, frotándome el hombro con cariño—. Ehm... Connor Witton, fuiste el Alfa, hiciste lo que te salió de la polla, te hinchaste a follar y viviste feliz. Ceniza a las cenizas, polvo somos y... toda esa mierda. Asentí, creo que más por respeto que por aquel inesperado panegírico que Dek se había sacado de la manga. Nos quedamos un par de minutos y después nos volvimos a casa. Cuando aparqué en el garaje, la señora Witton dijo algo en ruso y miró a su hijo. Dek la miró por el espejo retrovisor y después asintió lentamente.

Cuando se fue, pregunté:

—No se va a suicidar, ¿verdad?

—No, claro que no —se rio—. No, solo quiere volver a Rusia. Siempre ha echado de menos las estepas y ahora ya no hay nada que la ate a este lugar.

—Ahm... —murmuré.

La señora Witton nos dejó aquel mismo mes: se despidió de su hijo con un beso en la mejilla y de mí con un abrazo. Nos dio la gracias y, según me traduciría Dek después, nos deseó una feliz vida juntos.

Después de aquello, entre enero y febrero, aparecieron un par más de clanes a nuestras puertas. Llegó el momento en el que tuvimos que montar un improvisado campamento a las afueras de la casa y llenarlo de tiendas de lona y calefactores. A veces, de camino a los coches que arreglaba, pasaba por el terreno embarrado y de nieve sucia, miraba a los hombres y mujeres cubiertos con mantas, tratando de entrar en calor o entretenerse con juegos de mesa y cartas; y, entonces, era cuando las bromas de Derek comparando nuestra casa con un campo de refugiados, tomaban un giro macabro que me erizaba la piel.

A principios de marzo había unas noventa y pico personas en las cinco hectáreas de mi propiedad. Tratar de darles de comer a todos era una completa locura y algo imposible para mí a un nivel económico; por suerte, los Witton tenían dinero de sobra para aquello y más. Tras la muerte de su padre, Derek había heredado un capital enorme. Y lo digo de verdad: enorme.

—Ahora que soy millonario, ¿me la vas a chupar con más entusiasmo, Will? —fue lo que dijo él al respecto, sonriendo y agitando los papeles del notario en el aire.

—Yo siempre te la chupo con entusiasmo —respondí.

—Mmh... sí... —y sonrió más, mojándose los labios como si pudiera saborear la excitación.

Pero que él fuera el heredero legal de todas las posesiones y capital de los Witton, no quería decir que las quisiera. Usó lo justo y necesario para costear la comida y necesidades de los refugiados y dejó el resto sin tocar.

—Es dinero del líder de la granja, no mío —me explicó, aunque jamás le hubiera pedido explicaciones al respecto.

Así que, aunque algo apretados, nos fue bastante bien hasta que el 25 de abril de 1979, la guerra terminó. No se escucharon cohetes, ni hubo fuegos artificiales; lo cierto, era que llovía bastante y nadie actuó de una forma diferente a cualquier otro día lluvioso de primavera.

Lo único que pasó fue que, al caer la noche, apareció una sombra frente a la valla de nuestra casa. Derek levantó la cabeza, como si la hubiera oído llegar y, agarrándome con fuerza contra él, salimos a buscarla. El hombre nos esperaba tranquilamente, al lado de su coche, con una gabardina alrededor del cuerpo y un sombrero en la cabeza.

—Oh, así que has ganado tú —le dijo Dek. No sonaba impresionado porque no sentía más que indiferencia al respecto.

El hombre levantó la cabeza y nos miró con sus ojos color champán, brillando en la oscuridad de una noche sin luna en el cielo.

—Sí, he ganado yo —declaró. Se apartó del coche y metió las manos en los bolsillos de su chaqueta larga y negra—. Quiero el dinero y el resto de mi manada.

Derek ladeó la cabeza y aspiró aire entre los dientes. Aquello le había molestado bastante.

—Ten cuidado... —le dijo, intentando que sonara relajado y casual, aunque no lo consiguió—. Te daré lo que es tuyo, pero debes recordar quien soy yo. ¿Entiendes?

—¿Y quién eres tú? —quiso saber el hombre.

—Soy la persona que podría matarte ahora mismo, o mañana, o pasado... —murmuró, esta vez con tono denso y oscuro—, y tú no podrías hacer nada para evitarlo.

El hombre asintió lentamente, sin apartar la mirada de nosotros.

—Si no te metes en la granja y en nuestros asuntos, permitiré que vivas aquí con... tu chico.

—Ya —algo dentro de Derek le rogaba que matara a aquel hombre que no se estaba doblegando a su voluntad, como habían hecho todos los demás. Pero se contuvo, tomó una buena respiración y forzó una sonrisa—. Le daré la buena noticia al resto. Puedes irte ya.

—Lo quiero todo —dijo el hombro.

Dek dejó de girarse y le dedicó una mirada por encima del hombro, una de esas que daban verdadero miedo. El hombre no se movió, pero tampoco volvió a decir nada.

Tampoco volvimos a verle jamás por allí.

Al entrar en casa, ya había un buen grupo reunido en el salón, a la espera. Dek dio la gran noticia y aplaudió para celebrarlo. Fue el único que lo hizo. Aquella misma noche, empezaron a recogerlo todo.

Algunos, entre ellos Patrick y su clan, se acercaron a mí o a Derek y nos preguntaron si podrían quedarse con nosotros. La respuesta de Dek fue directa y rotunda:

—No.

Eso me hizo preguntarme algo.

—¿Por qué parecen tristes? ¿No deberían estar contentos de poder volver a sus casas y que todo regrese a la normalidad?

—Mmh... los cambios son complicados, Will. —Dek me abrazó por la espalda y limpió su rostro sudado en mi pelo—. El nuevo líder no es un Alfa. Lo será en un año o dos, porque su cuerpo cambiará; pero ni de lejos será tan poderoso como era mi padre, o como lo soy yo. ¿Entiendes?

—No, la verdad es que no.

—Los Witton quieren líderes fuertes, que les protejan y les den confianza. Para eso se someten. No sigues a un Alfa que sea incapaz de mantener el poder, porque eso es estúpido.

—Entonces les da miedo que ese nuevo Alfa no sea lo suficiente fuerte.

Dek se encogió de hombros y me abrazó contra él.

—En parte —me dijo—. Gregor no era el más fuerte de la granja, solo el que quedó en pie al final. Todos lo saben.

—¿Por eso han pedido quedarse con nosotros?

—Sí. Todavía tienen la esperanza de que yo sea su Alfa y que... no sé, haga mi propia granja aquí o alguna mierda así. Pero eso no va a pasar.

—Ahm.

El 1 de mayo, ya no quedaba nadie. Se lo habían llevado todo y se habían despedido educadamente, dándonos de nuevo las gracias por toda la ayuda que les habíamos dado. Derek ni siquiera se movió de su silla de la cocina, despidiéndose con la mano mientras terminaba de tomarse su café de las mañanas.

Yo no puedo decir que aportara mucho más que eso, asintiendo y repitiendo «de nada», hasta la saciedad. Las únicas personas de las que realmente me despedí como tal, fueron Neil y su familia, y Patrick y Frans; al que, en tono bajo, le dije:

—Oye, si quieres, puedes pasarte por aquí a trabajar en el granero. Por ahora no puedo pagarte mucho, pero me vendría muy bien tu ayuda.

El joven se limitó a asentir y a decir un breve:

—Me encantaría.

—Si alguna vez te has preguntado cómo serías tú si fueras un Witton, ahí tienes la respuesta —dijo Derek, señalando a Frans por la ventana—. Por dentro, quiero decir, no por fuera. Tú tienes muchísimo mejor culo que él.

—Gracias, Dek —sonreí, acercándome para abrazarle y darle un beso en los labios.

Estaba feliz porque él estaba feliz, así que era sencillo dejar pasar esa leve sensación de tristeza y pérdida que latía desde el fondo de nuestros corazones. A mí me entristecía perder a toda esa gente que, de alguna forma, se había convertido en mi propia familia; a él le entristecía haber perdido a la manada. Pero eso nunca lo dijo en voz alta. Jamás.

1980 - 2015

El mundo estaba cambiando, pero Greyfalls era siempre la misma.

Incluso después de un año tan extraño, con desapariciones y asesinatos en serie, las cosas fluyeron paulatina e irremediadamente hacia la normalidad; como río tras el deshielo.

En 1980, nadie se acordaba de cuando habían tenido que huir a casa y encerrarse allí hasta la salida del sol por miedo a ser asesinados. Nadie hacía especial referencia a ello, no más veces ni con mayor entusiasmo que cuando hablaban del incendio de 1931, o del mundial del 65.

Los Witton sí recordarían lo que había pasado, pero también es difícil olvidarse de algo cuando te deja una marca en la piel de por vida. No los veíamos mucho por el pueblo, a los Witton, digo. Quizá a veces en mercado o en el *Chips*, al que seguían yendo tanto jóvenes como ancianos cuando les urgía la necesidad de una hamburguesa grasienta y una *Coca-cola*.

Siempre nos saludaban, a Derek y a mí, cuando nos veían. Nada especial, solo un breve y rápido asentimiento. Por lo general, era como si no fuéramos más que familiares muy distantes que apenas conoces. Eso estaba bien, la verdad. Después de todo lo que había pasado, no me apetecía formar parte de aquel mundo.

Yo solo necesitaba a un Witton, mi marido, con el que legalmente pude casarme el 26 de mayo de 2015; cincuenta y siete años después de haberle conocido por primera vez. Ya nos habíamos dado anillos mucho antes de eso, pero había sido solo algo simbólico. A los setenta y tres, pudimos hacerlo realidad. Nos dimos un beso y fuimos a pasar un par de días al bosque, allí donde, hacía tanto tiempo, habíamos sido dos adolescentes enamorados que miraban las estrellas.

—Joder, aún me voy a morir ahora, caminando por este puto bosque —me dijo. Su bigote estaba plagado de canas y en su cabeza ya apenas quedaba pelo—. ¿Te imaginas, Will? Que me muera ahora mismo después de habernos casado.

—No digas tonterías —le pedí, tirando de su mano.

Ya no éramos ningunos jóvenes, pero, aun con nuestras barrigas abultadas, nuestras articulaciones doloridas y nuestra falta de aliento, llegamos al lugar. Entonces nos abrazamos y miramos el cielo. Había una luna creciente en mitad de un cielo estrellado y un suave aire agitaba las copas de los árboles.

—¡Ah! —chilló, agarrándose el pecho, como si le diera un ataque al corazón.

Cuando le miré, empezó a reírse.

—Nah, era broma, solo quería darle un final dramático a esto —me dijo.

Miré sus ojos de oro, sus dientes blancos de colmillos grandes y su bigote canoso.

Tengo setenta y tres años, y sigo creyendo que Derek Witton es el hombre más guapo del mundo.

FIN